UNA NOVELA DE
LOS AMOS DE LA NOCHE

COSECHADOR DE SANGRE



AARON
DEMBSKI-BOWDEN

Impulsados por el odio que sienten por el Falso Emperador, los Amos de la Noche acechan en las sombras de la galaxia y buscan vengar la muerte de su primarca. Su oscura misión los lleva a pactar una alianza con los Corsarios Rojos, a los que sólo les une un mismo enemigo. Junto a esta banda de piratas renegados llevarán la destrucción a la fortaleza monasterio de los Marines Errantes.



Aaron Dembski-Bowden

Cosechador de sangre

Warhammer 40000 » Amos de la Noche - 2

ePub r2.0
diegoan 09.06.2018

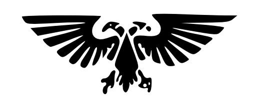
Título original: *Blood Reaver*
Aaron Dembski-Bowden, 2011
Traducción: Sergio Núñez Cabrera

Editor digital: diegoan
Editor digital: Titivillus (r1.0)
ePub base r1.2





Para Vince Rospond, con sinceros agradecimientos, de Aaron y Katie



Estamos en el cuadragésimo primer milenio.

El Emperador ha permanecido sentado e inmóvil en el Trono Dorado de la Tierra durante más de cien siglos. Es el señor de la humanidad por deseo de los dioses, y dueño de un millón de mundos por el poder de sus inagotables e infatigables ejércitos. Es un cuerpo podrido que se estremece de un modo apenas perceptible por el poder invisible de los artefactos de la Era Siniestra de la Tecnología.

Es el Señor Carroñero del Imperio, por el que se sacrifican mil almas al día para que nunca acabe de morir realmente.

Sin embargo, incluso en su estado de muerte imperecedera, el Emperador continúa su vigilancia eterna. Sus poderosas flotas de combate cruzan el miasma infestado de demonios del espacio disforme, la única ruta existente entre las lejanas estrellas.

Su ruta está señalada por el Astronomicón, la manifestación psíquica de la voluntad del Emperador. Sus enormes ejércitos combaten en su nombre en innumerables planetas. Sus mejores guerreros son los Adeptus Astartes, los marines espaciales, supersoldados modificados genéticamente. Sus camaradas de armas son incontables: las numerosas legiones de la Guardia Imperial y las fuerzas de defensa planetaria de cada mundo, la Inquisición y los tecnosacerdotes del Adeptus Mecanicus por mencionar tan sólo unos pocos.

Sin embargo, a pesar de su ingente masa de combate, apenas son suficientes para repeler la continua amenaza de los alienígenas, los herejes, los mutantes… y enemigos aún peores.

Ser un hombre en una época semejante es ser simplemente uno más entre billones de personas. Es vivir en la época más cruel y sangrienta imaginable. Este es un relato de esos tiempos. Olvida el poder de la tecnología y de la ciencia, pues mucho conocimiento se ha perdido y no podrá ser aprendido de nuevo. Olvida las promesas de progreso y comprensión, ya que en el despiadado universo del futuro sólo hay guerra.

No hay paz entre las estrellas, tan sólo una eternidad de matanzas y

carnicerías, y las carcajadas de los dioses sedientos de sangre.

PRÓLOGO
UN ÁNGEL CRUCIFICADO

El guerrero hizo girar su casco entre las manos. Las yemas blindadas de sus dedos acariciaron los arañazos y muescas que mancillaban la ceramita de color medianoche. La placa facial estaba pintada de blanco con la meticulosidad de un artesano y conformaba la imitación estilizada de una calavera humana. Una de las lentes escarlata estaba hecha añicos, entretejida de grietas. La otra tenía la mirada clavada en las alturas, sin vida al estar desactivada, mientras reflejaba un cielo que ya se oscurecía.

Se dijo a sí mismo que aquello no era simbólico; los daños de su yelmo no reflejaban el daño que había sufrido su legión. A medida que sofocaba tales pensamientos, se preguntaba de dónde habrían salido estos. La guerra tenía el hábito recurrente de avivar las brasas de la melancolía, pero eso era irrelevante. Había que trazar unos límites.

El guerrero tomó aliento, y tras sus ojos cerrados danzaron y sangraron unas criaturas inhumanas. Había estado soñando con los eldar últimamente, durante los meses previos a poner el pie sobre este mundo desolado. Se contaban por millares: cosas larguiruchas de rostros demacrados y ojos hundidos, a bordo de una flamígera nave de velas negras y hueso falso.

—Cazador de Almas —lo llamaron.

El tono de voz con que su hermano pronunciaba aquel nombre no dejaba claro si se trataba de un mote o un título honorífico.

El guerrero se volvió a poner el casco. Una de las lentes titiló al activarse y bañó el entorno con el rojo asesino de su visión de adquisición de blancos. La otra mostraba una furibunda estática gris, así como la distracción que suponían las imágenes residuales que derivaban del retraso en la entrada visual. Esta todavía se hacía eco de la difuminada y descolorida escena de la puesta de sol unos pocos segundos después de que el guerrero le hubiese dado la espalda.

—¿Qué? —preguntó.

—El ángel está sucumbiendo.

El guerrero sonrió al tiempo que desenvainaba el gladio que llevaba en la greba. La luz diáfana del ocaso se reflejó a lo largo del filo de la espada en cuanto el acero se encontró con el gélido aire.

—Glorioso.

• • • • •

Crucificar a uno de los astartes imperiales había sido una presunción deliciosa que bien servía como medio para alcanzar un fin. El guerrero en cuestión pendía laxo de los brazos e inmerso en la agonía, aunque continuaba negándose a que sus labios rajados pronunciaran ni una sola palabra. «Los Ángeles de la Muerte del Emperador —el guerrero sonrió—. Estoicos hasta el final».

Al no tener clavos de hierro a mano, subirlo hasta ahí arriba requirió cierto grado de improvisación. En última instancia, el líder ordenó a sus hombres que crucificasen al ángel cautivo contra el fuselaje del tanque de la escuadra y que, para cumplir con la tarea, le empalasen los miembros con los gladios.

La sangre seguía derramándose sobre la cubierta con líquida percusión, aunque hacía rato que había cesado de manar con la avidez propia de la lluvia. La fisiología de los miembros del Adeptus Astartes, a pesar de que estos gozaban de la inmortalidad escrita en sus genes, albergaba una cantidad finita de sangre.

A los pies del prisionero crucificado reposaba un casco. El Cazador de Almas apartó de golpe otra oleada de reflexiones inoportunas al ver un yelmo tan parecido al suyo, distinto sólo por los colores a los que este había jurado lealtad y por el linaje al que estaba vinculado. Sin sentir verdadera inquina, lo aplastó con la bota. Cuán pertinaces e insípidos que eran los zarcillos de la melancolía, últimamente.

El guerrero cautivo alzó la vista y mostró unas facciones que la atroz obra de los cuchillos había mutilado. Su armadura era de ceramita pintada de dos colores: uno azul vivo y el otro blanco puro, y su superficie estaba agujereada y agrietada alrededor de las espadas cortas que lo atravesaban. Su cara, antaño tan orgullosa y adusta, era un despliegue de venas al aire y de varias capas de musculatura sanguinolenta. Hasta le habían cortado los párpados.

—Salve, hermano —el guerrero saludó al prisionero con cortesía—. ¿Sabes quiénes somos?

• • • • •

En cuanto la resistencia del ángel sucumbió, la confesión no se hizo esperar. El otro guerrero se acercó, y la pregunta que susurró por el altavoz del yelmo rasgó el aire entre ellos. El guerrero casi pegó la placa facial al rostro despellejado del ángel; la escena era la de dos cráneos que se miraban el uno al otro bajo la puesta de sol.

—¿Dónde está Ganges?

• • • • •

Mientras sus hermanos se preparaban, el guerrero observaba arder la fortaleza en el lejano horizonte, pendiente de cómo devoraba esta el mundo a su alrededor. Se trataba de una extensión de torres y plataformas de aterrizaje cuya oscura mole engullía el terreno a la vez que asfixiaba el cielo con su aliento humeante. Y sin embargo, dicho bastión no les había brindado casi nada que valiera la pena una vez que quedó expuesto a las manos ansiosas de botín. ¿Para qué atacar un mundo si la única reserva de recursos ya estaba agotada? Piratear sin sacar provecho no era más que mendigar.

Era poco digno. Ah, sí. Y bochornoso.

El guerrero miraba las almenas con atención; un precario baluarte en un mundo sin vida del que se había apropiado un capítulo cuyos miembros se hacían llamar a sí mismos «los Marines Errantes». Un asalto en pos de armas; de suministros; de preciada, pero que muy preciada, munición… desaprovechado. Esto se debía a que las propias cruzadas del capítulo habían agotado del todo sus reservas, por lo que no habían dejado más que las sobras para las avariciosas manos de la VIII Legión.

La fortaleza había caído en un solo día y había ofrecido muy poca resistencia. Los servidores y acólitos del Mechanicum, ataviados con túnicas, irrumpieron en los bancos de datos del bastión casi abandonado, aunque lo único que descubrieron fue lo mismo que ya sabían todos los guerreros: el ataque había sido un despilfarro de sus menguantes reservas de munición. Los Marines Errantes ya no almacenaban aquí su armamento.

—Las cosas han cambiado desde la última vez que navegamos por estas regiones del espacio. —El Elevado se dirigió a su tripulación con voz rugiente. Tal confesión le dolía a él tanto como les dolía a todos los demás—. Hemos arrojado nuestras últimas lanzas… para conquistar un cascarón vacío.

No obstante, las ascuas de una posible oportunidad aún ardían en medio de la amargura de la desesperación y la decepción. Una palabra surgía una y otra vez en los flujos de datos: «Ganges». Como muestra del vínculo entre los Marines Errantes y el Mechanicum de Marte en este sector del espacio, un puesto fronterizo en el vacío profundo tenía la responsabilidad de proveer a la armería del capítulo de cuantiosas existencias de materias primas. Los Marines Errantes, en sus orgullosas armaduras de azul oceánico y blanco marmóreo, mantenían el orden y la justicia en el subsector destruyendo a los piratas, fueran humanos o alienígenas. Al proteger los intereses del Mechanicum, se habían ganado la alianza con Marte; al conseguir tal alianza, se aprovechaban de una parte de la prolífica producción de municiones del

Mechanicum. Un ciclo de simbiosis que se veía impulsado por el interés mutuo.

El guerrero admiraba eso.

La prioridad principal consistía en localizar aquella refinería en el espacio profundo, que eludía a todo aquel que quería encontrarla. Custodiada por encriptaciones infranqueables, la única cuestión realmente prioritaria resultaba incognoscible para todos ellos.

Los pocos prisioneros que habían capturado del monasterio vacío fueron de escasa ayuda en lo que a información se refería. Ayudantes humanos, servidores lobotomizados, siervos del capítulo… Ninguno de ellos sabía la posición de Ganges en el espacio. Aquellos pocos guerreros que habían defendido este mundo inútil habían muerto bajo las espadas y los bólters de los hermanos del Cazador de Almas, y se habían abrazado a la muerte como si esta fuera un honorable sacrificio antes que arriesgarse a que los capturasen y profanasen.

El último defensor todavía respiraba cuando acabaron. El guerrero tenebroso lo había arrastrado hasta las llanuras de ceniza para que lo despellejasen bajo el sol poniente.

Incluso ahora, el miembro de los Marines Errantes seguía respirando, aunque no por mucho tiempo. Le había revelado a la VIII Legión todo lo que esta necesitaba saber.

Ganges. Asaltarla cosecharía riquezas mucho más suculentas.

En la órbita, el sol del sistema Vectino era un orbe gigantesco, de fuego intenso y fuerza desmedida. En la superficie del tercer mundo, era un ojo lacrimoso cerrado por la polución que bloqueaba la mayor parte de su brillo. El guerrero lo observó a medida que se ponía detrás del bastión en ruinas.

Unas ondas de frecuencia crepitantes transportaron la voz hasta sus oídos.

—Cazador de Almas —lo llamó esta.

—Deja de llamarme así.

—Disculpa. Uzas se está comiendo la semilla genética del marine errante.

—¿El marine errante está muerto? ¿Ya?

—No del todo. Pero si deseas ejecutarlo tú mismo, es ahora o nunca, porque Uzas está haciendo un desastre.

Talos negó con la cabeza, a pesar de que allí no hubiera nadie para verlo. Era consciente de la razón por la que su hermano le preguntaba aquello: había sido el guerrero de los Marines Errantes quien le había disparado con el bólter a corta distancia, lo que le había roto el yelmo y estropeado la placa facial.

La venganza, incluso una venganza así de mezquina, resultaba tentadora.

—Tenemos todo lo que necesitamos de él —aseveró el guerrero—. Deberíamos volver pronto a la nave.

—Lo que tú digas, hermano.

El guerrero contempló las estrellas mientras estas abrían los ojos, que apenas perforaban la capa de nubes, como si se tratara de poco más que de alfileres de luz

pálida. Ganges estaba ahí fuera y, con ella, la oportunidad de volver a respirar sin dificultad.

PRIMERA PARTE
DESATADO



I

ECOS

La nave permanecía en silencio mientras la chica caminaba por la telaraña de corredores.

Aquello no se debía, en realidad, a la falta de sonido, sino más bien a una presencia que recorría como un espectro los pasillos de hierro negro. Habían pasado tres días desde que el *Pacto de Sangre* hubiera navegado por última vez con energía suficiente. «La cacería», lo llamaban ellos en su idioma sibilante. Así se referían a este éxodo por el vacío a medida que se acercaban al objetivo con el silencio que suponía la falta de energía, sin que nadie los viera u oyese. La cacería.

Octavia lo llamaba «la espera». Para un navegante, nada resultaba más tedioso que eso. El fuselaje todavía crepitaba mientras el acero maltratado se asentaba, pero los sonidos de la tripulación estaban más ausentes que nunca. Y es que quedaban tan pocos…

Uno de sus ayudantes le pisaba los talones mientras ella se alejaba de su cámara. Se trataba de una figura desgarbada ataviada con una túnica y cuya silueta jorobada había cedido más de la mitad del terreno a unos implantes biónicos rudimentarios.

—Ama —susurraba él, una y otra vez—. Ama, ama. Sí. Ama. Yo sigo a la ama — aquel ser no parecía ser capaz de levantar la voz más allá de un susurro.

Octavia estaba aprendiendo a hacer caso omiso de aquellas molestas criaturas. Este era uno de los más feos de la manada de hombres y mujeres potenciados que le profesaban servidumbre. Su altura no sobrepasaba el hombro de la chica, y tenía los ojos cosidos con puntos de sutura gruesos y en absoluto sutiles. Fueran cuales fuesen las modificaciones que habían realizado sobre su cuerpo, estas zumbaban, chasqueaban, traqueteaban mientras el ser caminaba con sus andares contrahechos.

—Ama. Hay que servir a la ama. Proteger a la ama. Sí. Todo eso.

El ser tenía la cabeza alzada y la miraba con su rostro sin ojos, aunque era capaz de verla por medios que ella no estaba segura de querer comprender. Parecía esperanzado, por estrambótico que aquello fuera. Era como si quisiera que lo elogiasen por arrastrar los pies a su lado y por chocar de vez en cuando contra las paredes.

—Calla —le pidió de forma bastante educada, dadas las circunstancias.

—Vale —accedió el jorobado—. Sí, ama. Me callaré por la ama. Sí. Ya me callo.

Bueno, había merecido la pena intentarlo.

—Por favor, regresa a la cámara —le rogó, y hasta sonrió con dulzura—. Volveré pronto.

—No, ama. Debo seguir a la ama.

La respuesta de la chica fue un resoplido en absoluto femenino mientras sus botas seguían resonando por el suelo de cubierta metálica del pasillo. Sus reflejos los siguieron cuando atravesaron una sección reflectante del fuselaje de acero. Octavia no pudo resistir la tentación de mirarse a sí misma, a pesar de que sabía que lo que iba a ver no le gustaría.

Lo que vio fue un andrajoso pelo negro, cuyos enredos había podido domesticar, tan sólo en parte, mediante una deshilachada coleta. Vio piel pálida, poco saludable y a la que no le daba el sol. El perfil de su mandíbula lucía una magulladura tenue que no recordaba haberse hecho, y sus harapos estaban embadurnados de aceite y de la suciedad típica de las cubiertas; todo ello sobre el áspero tejido teñido del azul de la medianoche de su mundo natal, Terra. Si sus prendas hubiesen estado más limpias, habrían podido considerarse un uniforme: el atuendo de la casta de esclavos de la nave, que colgaba de su esbelta silueta, holgado y sucio.

—Qué bella flor —le reprochó a su desgarbado reflejo.

—Gracias, ama.

—Tú no.

Su acompañante pareció reflexionar sobre eso durante un momento.

—¡Ah!

En la lejanía, unos sollozos apagados interrumpieron cualquier otro posible comentario. Transmitían una emoción humana, desamparada, sin retazo alguno de maldad. Una niña. El sonido se desplazaba de forma extraña por el pasillo y resonaba a lo largo de las paredes de metal.

Octavia notó que se le ponía la carne de gallina. Miró atentamente pasillo abajo y se esforzó por discernir algo en medio de aquella oscuridad que su lámpara de mano apenas podía penetrar. El haz de luz daba estocadas a diestra y siniestra, apuñalando la estancia con su débil brillo. Su búsqueda tan sólo se topó con las paredes de metal desnudo, hasta que la luz no pudo alcanzar más allá del largo corredor.

—Otra vez no —susurró ella, antes de pronunciar un dubitativo saludo.

No hubo respuesta.

—¿Hola? —probó otra vez.

El lloriqueo de la niña cesó y se desvaneció mientras el eco de la voz de Octavia se propagaba.

—Hola, ama.

—Que te calles ya.

—Vale, ama.

Ella tragó pesadamente y su garganta emitió un ruidito seco. No había niños en la nave. Ya no. Octavia se dispuso a coger su comunicador de mano, y casi pulsó la runa de «enviar». Pero ¿para qué? Septimus no estaba en la nave. Ya llevaba fuera casi dos meses y la había dejado sola.

Octavia le chasqueó los dedos a su… ¿sirviente? ¿Ayudante? Cosa.

Él alzó su mirada ciega hacia ella. La chica no lograba entender demasiado bien cómo era capaz de mirarla de forma tan adorable aunque tuviera los ojos cosidos.

—Vamos —apremió Octavia.

—Vale, ama.

—La has oído, ¿no? A la chica, digo.

—No, ama.

La navegante encabezaba la marcha mientras se alejaban cada vez más de su cámara. Según caminaban, él se toqueteaba los sucios vendajes que le cubrían las manos, pero no dijo nada más. A veces, en las profundidades de la nave, los sonidos resonaban por el costillar del fuselaje: los martillazos de las herramientas de un maquinista o los golpes sordos de las botas sobre el metal varias cubiertas más arriba. A veces oía voces amortiguadas, que sonaban sibilantes por la lengua de asesinos en la que se expresaban. Desde que la habían capturado, le había costado aprender hasta las reglas más básicas del nostramano. Al escucharlo, este sonaba tanto melifluo como seductor. La cosa cambiaba mucho cuando se aprendía. En esencia, el nostramano era una pesadilla de palabras complejas y de construcciones enrevesadas que estaban relacionadas de manera muy vaga, y eso ya era ser generosos, con el gótico. Ella sospechaba que, a pesar de los agradables elogios de Septimus, lo pronunciaba todo mal, y además estaba bastante segura de que el vocabulario que había aprendido hasta el momento no habría enorgullecido ni a un niño especialmente duro de mollera.

Prosiguieron la marcha por las tinieblas y se aproximaron al final del pasillo. En la oscuridad que tenían delante, allí donde el pasillo se ramificaba en un cruce, una silueta pasó como un borrón de un lado al otro. Aquello se había cruzado a la carrera en su camino: demasiado frágil y bajo como para ser un adulto, demasiado diminuto como para ser siquiera una aberración como su ayudante. Octavia captó un fogonazo de ropa azul antes de que la silueta se hubiera ido. La chica oyó sus rápidas y suaves pisadas mientras se alejaba a toda prisa por el otro corredor.

De nuevo volvió a oír los sollozos infantiles: los delicados lloriqueos de un niño que trata de aguantar el dolor.

—¿Hola?

—*Ashilla sorsollun, ashilla uthulun* —le respondió la niña, a la vez que el sonido

de pasos apresurados se desvanecía.

—Creo que me vuelvo a la cámara —murmuró Octavia en voz baja.



LA ESTACIÓN GANGES

Una esquirla de medianoche vagaba a la deriva con los motores apagados, sin delatar en absoluto su presencia.

En medio del vacío giraba un mundo cuyo rostro sin nubes era de piedra gris y continentes sin vida. Bastaba con echar un único vistazo, por inexperto que uno fuera en la materia, para ver el potencial de esa roca; no para albergar vida, sino para proveer a una especie que dominaba la industria de sus valiosísimos minerales.

La única evidencia de la presencia de seres humanos pendía de la órbita: una vasta plataforma de gris metalizado, cuyos brazos de atraque vacíos intentaban alcanzar el espacio. La palabra «GANGES» estaba estarcida a lo largo del fuselaje de la estación en gótico alto imperial. La esquirla de oscuridad a la deriva se acercó todavía más a ella, tan desapercibida para los escáneres astrales como para el ojo desnudo. En el interior de su cuerpo, similar a una cuchilla, una máquina comenzó a chirriar.

• • • • •

Maruc se dejó caer con pesadez sobre el sofá, sin mayor pretensión que la de dejar de moverse. Durante un breve instante, eso fue más que suficiente. Ni siquiera se molestó en quitarse las botas con sendas patadas. Los turnos de dieciséis horas no eran lo peor de los trabajos forzados que realizaba, pero estaban cerca de serlo. Inspiró profundamente una bocanada del aire cargado de su cápsula habitacional hasta que le dolieron las costillas. Apestaba a cartones de comida que debería haber tirado hacía días, así como a la omnipresente sugerencia de unos calcetines sin lavar.

Hogar, dulce hogar.

Para cuando el suspiro acabó de abandonar sus labios, ya se estaba frotando los ojos con los pulgares, masajeándolos en un intento de aliviar algo el escozor que conllevaba haberse pasado todo el día atento al curso de las traqueteantes cintas transportadoras. Con el dolor de oídos no pudo hacer nada. Eso tendría que quedarse.

Dejando escapar un lamento exagerado se volvió para alcanzar el mando a distancia, que yacía en pedazos sobre el suelo. Unos pocos chasquidos después pudo ensamblarle otra vez el cargador de la batería. Apuñaló repetidamente el botón de encendido con la yema del dedo, sabedor de que este se percataría de sus intenciones tarde o temprano. De milagro, esta vez sólo le llevó unos pocos segundos. La pantalla empotrada en la pared opuesta parpadeó llena de vida.

Bueno, más o menos.

Mostraba la típica distorsión irregular que delataba que se trataba de algo mucho peor que una mala sintonización. Un problema técnico, quizá. Sin imagen, sin sonido, sin nada. No es que el ciclo eterno de sermones, necrológicas y avisos de seguridad de Ganges fuera demasiado emocionante, pero siempre era mejor que ver únicamente estática.

Le dio un toquecito al botón del volumen. El silencio se transformó en un siseo susurrante de interferencias inarticuladas, incluso a la máxima potencia. Maravilloso. No, en serio. Sencillamente genial. Como si tuviera los créditos suficientes para llamar a los servidores técnicos otra vez. Qué bonito.

Dejó escapar el mando de sus dedos manchados de aceite al suelo, donde volvió a separarse en diferentes piezas al instante. Después, le espetó un sonoro «¡a la mierda!» a la cámara habitacional vacía, decidió que estaba demasiado cansado como para molestarse en desplegar el sofá cama y emprendió la tarea de dormirse para escapar de un día inútil de una vida cada vez más inútil.

¿Estaba orgulloso? No. Pero «sólo» siete años más de esto, y tendría suficientes ahorros como para largarse de Ganges de una vez por todas y coger una lanzadera a otra parte, otra parte con un porvenir más halagüeño. Habría ingresado en la Guardia Imperial si no estuviera cegato perdido. Pero lo estaba, por lo que no lo había hecho.

En vez de eso, trabajaba en las cintas transportadoras de la cadena de montaje de Ganges, mientras suspiraba por culpa de un trabajo considerado demasiado mediocre como para que se hubieran molestado en programar un servidor que lo desempeñara por él.

Maruc se sumergió en el sueño mientras le daba vueltas a esos pensamientos dentro de su dolorida cabeza. No se trató de un sueño que le reportara descanso, aunque no importó, porque, de todas formas, no duró demasiado.

La pantalla comenzó a chillar.

Maruc se alejó de la frontera del sueño con un sobresalto que aderezó con una retahíla de improperios, agarró el mando y lo juntó de nuevo a la batería de un manotazo. Bajó el volumen mientras con la mano que tenía libre comprobaba que no

estuviera sangrando por los oídos.

No sangraban. Estaba casi sorprendido.

Un vistazo al crono digital de la pared le reveló que había estado dormido, o casi dormido, durante menos de cinco minutos. Era obvio que el monitor volvía a tener sonido, aunque ninguna otra distorsión que hubiera oído antes sonaba de esa forma. Este modelo le había dado una gran cantidad de problemas técnicos. La pantalla había crepitado, zumbado, chisporroteado y siseado antes. Jamás había chillado.

Legañoso y víctima de un dolor de cabeza palpitante, volvió a subir el volumen. El sonido aumentó en intensidad, aunque no en claridad. Se trataba de un agónico lamento mecánico, de un tono dolorosamente agudo; de un centenar de voces humanas, informes y átonas, deshumanizadas al estar ahogándose en estática. Aquello era todo eso y nada a la vez.

En lo alto, las luces parpadearon. Se acercaba otro corte de energía. Ganges era un antro de mala muerte, en el mejor de los casos, varado en la órbita alrededor de un mundo muerto situado en el culo de ninguna parte. La última vez que se había ido la luz habían pasado tres ciclos diurnos hasta que los técnicos consiguieron reanimar otra vez los generadores de iluminación. Lo que no había sido excusa para interrumpir el trabajo, claro; no con los programas de producción que cada sector debía cumplir. En aquella ocasión, todo el distrito oeste de la estación se pasó setenta horas trabajando a la luz de las antorchas. Docenas de obreros perdieron miembros o dedos, y aquella semana la lista de necrológicas era tan larga como el pergamino de oraciones diario de un santo.

Maruc se arrastró fuera del sofá justo cuando las luces se apagaron. Su andadura a tientas en la oscuridad lo llevó hasta la pared, y una vez ahí, abrió la cabina de suministros de emergencia que albergaba su lámpara de mano junto con un lote de cargadores de repuesto, útiles para cada uno de los escasos y simples electrodomésticos de la habitación. Siempre había sido un poco dejado para mantenerlos cargados, así que saber cuáles tenían energía iba a seguir siendo un misterio pendiente de resolverse. Bajo la luz trémula de su lámpara de mano, se llenó los bolsillos del mono de trabajo con ocho discos cargadores, que tenían el diámetro de la palma de una mano, y luego se tiró de nuevo en el sofá, a la espera del inevitable mensaje de megafonía dirigido al personal que les iba a exigir que todos «actuaran con normalidad» y que les anunciaría que la iluminación sería restaurada «a la mayor brevedad posible».

Por el Trono. Vaya un agujero.

Pasaron dos minutos, y estos se convirtieron en cinco. Esos cinco se convirtieron en diez. De vez en cuando, Maruc encendía la lámpara, la apuntaba contra el crono de pared y fruncía el ceño al ver el tiempo que había pasado.

Por fin, el sonido de una sirena surgió del altavoz montado sobre la puerta. En lugar del mensaje automatizado que había estado esperando, el sistema de comunicaciones general de la estación emitió el mismo lamento estridente que su

pantalla, sólo que el doble de alto. Maruc se llevó las manos con fuerza a los oídos, como si sus dedos y sucias palmas pudieran amortiguar un centenar de decibelios de alaridos demenciales. Le dio un golpe seco al cierre de la puerta con el codo y cayó de rodillas al pasillo comunal. Aquel ruido estridente también lo siguió hasta allí, pues también provenía de los altavoces de la cubierta. Se descorrieron otras puertas, aunque lo único que consiguió aquello fue amplificar el ruido: el chillido salió de las habitaciones individuales mientras otros miembros del personal salían trastabillando de sus propias cámaras.

—Pero ¿qué demonios está pasando?

Gritó la pregunta, pero nunca la oyó abandonar su garganta, ni tampoco le respondió nadie en las proximidades.

● ● ● ● ●

Arella había estado contando otra historia sobre su gato cuando todo se fue al infierno. La historia no es que fuera divertida ni interesante, pero ahí, en la cubierta de vigilancia, cualquier cosa que hiciera pasar el tiempo se consideraba una distracción bien recibida. Sus turnos de trabajo casi siempre consistían en pasarse intervalos de doce horas observando pantallas de escáner que no mostraban nada, leer informes de la tripulación que nunca diferían en lo más mínimo con respecto a los días anteriores, así como discutir qué haría cada uno de ellos una vez se los destinase lejos de aquella estación de municiones destartalada para, con suerte, volver al servicio naval propiamente dicho.

Hoy había ocurrido algo, y no era que la tripulación del cambio de turno estuviese encantada con ello, precisamente. Su primer oficial, Arella Kor, se sentía inclinada en grado sumo a desear que todo se hubiera quedado como estaba.

La batería de armas estaba activa y las torretas defensivas miraban fijamente al vacío. Los escudos estaban activados: esferas superpuestas de fuerza invisible que protegían el horrendo casco de la estación. Los ojos de Arella se perdieron en el temporizador de su consola. Habían pasado siete minutos y cuarenta y un segundos desde que había empezado la interferencia. Ella la llamaba «la interferencia» porque sonaba mucho menos preocupante que «el puñetero grito».

En aquel preciso instante, el puñetero gri… la interferencia se estaba transmitiendo por la red de frecuencias interna, a la par que profería gritos estridentes en todas y cada una de las cubiertas a un volumen exasperante. No podían apagarlo, y nadie sabía el porqué.

—Las luces acaban de apagarse en Oeste-Dos —exclamó uno de los oficiales—. Oh, mierda… Y en Este-Uno. Y en Este-Tres. Y en todo el sector Este. Y…

Por casualidad, las luces de la cubierta de mando se apagaron justo en aquel

momento. Los generadores de reserva se pusieron en marcha, lo que los bañó a todos ellos en el rojo migraña de las luces de emergencia.

—Es una señal externa. —El oficial de la consola situado al lado de Arella dio unos golpecitos con el dedo a la pantalla, una de las pocas de la estación que todavía funcionaba—. Sea lo que sea eso, viene de fuera.

Arella resopló para apartarse de la cara un mechón de cabello. En la cubierta de mando siempre hacía demasiado calor, pues la filtración de aire nunca había funcionado bien, y el estrés tampoco ayudaba demasiado.

—¿Detalles?

Se secó el copioso sudor de la frente con la manga.

El oficial apuñaló la pantalla con el dedo otra vez.

—Una transmisión carente de fuente, hace diez minutos. La tengo aquí, registrada en el archivo. Cuando los cogitadores procesaron la señal para grabarla y archivarla, esta se… propagó. Como una enfermedad, casi. Ha inundado ciertos sistemas específicos de la estación, como la matriz de comunicaciones y las partes más primitivas de la red de suministro de energía.

Arella se mordió el labio inferior y se aguantó las ganas de soltar un taco.

—¿Y la gravedad?

—No se ha visto afectada.

—¿Qué hay de los escudos?

—Aún están activados.

—¿Atmósfera? ¿Soporte vital? ¿Armas?

—Todo en orden. Es una retahíla de código corrupto brutal, simple y aleatorio. No es capaz de desconectar nada complejo, tan sólo las comunicaciones, el auspex y… parece que la red de iluminación también está apagada. No son más que los sistemas más básicos, pero están invadidos por ese código intruso que impide que funcionen.

Ella volvió a mirar la pantalla del escáner, al mismo flujo de información corrupta que había estado viendo durante los últimos diez minutos.

—Los escáneres, las luces y la frecuencia. Estamos ciegos, sordos y mudos. Y sabes que nos van a pegar la patada en los dientes por esto, maldita sea. Los muy cabrones nos van a llenar de faltas los historiales. Ya verás.

Como si aquello fuera a suponer alguna diferencia, se abrochó con gesto ausente los botones de la chaqueta de su uniforme por primera vez en incontables turnos.

—¿Es que no te preocupa que pueda tratarse de un ataque? —le preguntó el otro oficial.

Arella negó con la cabeza.

—Nuestras armas y escudos todavía funcionan. No hay nada de lo que preocuparse, excepto de a quién va a inculpar el Mechanicum. Y esos seremos nosotros. Esos chapuceros de mierda y sus márgenes de beneficios.

Hace tan sólo unos pocos años, a ella le habría preocupado toda aquella gente obligada a trabajar a oscuras. Ahora su principal miedo se lo reservaba para sí misma:

el Adeptus Mechanicum no se iba a tomar bien la presencia de retrasos importantes en la producción, y todo ya iba mal de un centenar de formas diferentes. A este paso era probable que jamás se pudiera largar de Ganges.

El oficial que tenía al lado, Sylus, se rascó uno de los lados del mentón sin afeitar.

—Así que nos interfieren las comunicaciones y caemos por debajo de los niveles de productividad críticos. Pues tampoco creo que sea culpa nuestra.

Arella luchó por mantener la paciencia. Sylus era nuevo en la estación, llevaba únicamente dos meses en su puesto y no había encajado bien. Los implantes biónicos que le reemplazaban la parte izquierda de la mejilla y la frente, así como el ojo, eran ridículamente caros: estaba claro que se trataba de un rico que jugaba a ser soldado. Quizá su acaudalado padre lo había mandado aquí como alguna especie de castigo, o bien era un topo del Adeptus Mechanicum que fisgoneaba buscando cagadas. Fuera cual fuese la verdad, era un jodido cabezota cuando quería serlo.

Ella resopló.

—¿A quién crees tú que van a echarle la culpa los chapuceros? Lo de «unos piratas nos interfirieron» no va a colar. ¿Por qué iba nadie a atacar un sitio así, joder? Aunque puedan evitar nuestras armas, sean quienes sean los de ahí fuera, aquí no hay nada que valga la pena llevarse.

Sylus no le prestaba atención. Arella se levantó del asiento con la boca abierta mientras miraba fijamente hacia la ventana de la cubierta de mando, a una nave que no debería estar allí.

● ● ● ● ●

El Pacto de Sangre había nacido en una época en la que la Humanidad no se conformaba con alcanzar las estrellas: la Humanidad quería conquistarlas. Por aquel entonces, grandes astilleros rodeaban los mundos del sistema solar, mientras el Emperador dirigía a la especie humana de regreso a la galaxia para emprender una cruzada cuyo objetivo consistía en unificar bajo su mando a todos los mundos dignos de ello.

Hace diez mil años, las embarcaciones producidas durante aquella era surcaban las estrellas, antes de que el redescubrimiento de las plantillas de construcción estándar homogeneizase la tecnología de toda la raza humana. Innovar no se consideraba pecado. La divergencia en nombre del progreso era visionaria, no blasfema. Como muchas de las otras naves de guerra nacidas en aquellas primeras flotas, el diseño del *Pacto* tomó como base fragmentos de tecnología de PCE, si bien no se vio limitado a estos.

Cuando navegaba a toda máquina, rasgaba el espacio como un grácil cazador cuyo diseño le debía tanto a los contornos de las naves de guerra de la antigua Gran

Cruzada como a la angulosa estructura de un crucero de ataque del Adeptus Astartes.

El afecto que sentía el Elevado por su embarcación sobrepasaba el simple orgullo. El *Pacto* constituía un refugio, el santuario de ese ser en una galaxia que deseaba su destrucción, así como el arma que esgrimía en la Larga Guerra.

En su trono de mando, la criatura se relamió las mandíbulas mientras contemplaba, atenta, la escena de cómo se expandía en el occulus la estación Ganges. Se habían acercado hasta allí igual que un fantasma, sin que los detectaran ni los instrumentos de la estación ni las baterías de armas, pero a medida que se acercaban al borde invisible de los escudos de vacío de Ganges, era más fácil que pudieran ser detectados a simple vista.

—Más cerca, más —azuzó el Elevado a la tripulación del puente—. Mantened el Alarido.

• • • • •

El monitor de Arella aún mostraba una confusa tormenta de datos: imágenes parpadeantes que entraban con retraso, listados informativos y también señales que habían rastreado y que sencillamente no era posible que estuvieran ahí. En un instante registraba cincuenta y tres naves dispuestas unas casi encima de otras. Al siguiente, nada excepto espacio vacío.

En el exterior de la ventana panorámica, la nave se les acercaba. Las planchas de blindaje, con sus capas negras, bronce, cobalto y medianoche, reflejaban la mirada de las estrellas distantes.

—Parece un crucero de ataque de los Marines Errantes —comentó Arella—. Uno grande. —Se mordió el labio inferior, incapaz de apartar la vista de la nave que se aproximaba—. Se supone que los Marines Errantes no iban a volver a reaprovisionarse hasta el final del ciclo productivo, dentro de nueve meses y medio.

—No son los Marines Errantes —contestó Sylus—. No son ni sus colores ni su símbolo.

—Entonces, ¿quiénes demonios son?

Sylus soltó una risa baja y suave.

—¿Y cómo voy a saberlo?

Arella se volvió a sentar mientras respiraba a través de los dientes apretados.

—¿Cómo es que no estamos disparando? —Sintió que había alzado tanto la voz que la pregunta corría el peligro de sonar como un lloriqueo—. Tenemos que disparar.

—¿Contra marines espaciales imperiales? —Uno de los otros oficiales parecía consternado—. ¿Te has vuelto loca?

—¿No ves que están invadiendo nuestro espacio sin dejar claras sus intenciones,

que ni se han molestado en saludarnos y que nos están interfiriendo los sensores hasta hacerlos inservibles? ¿Y que encima se acercan a velocidad de atraque a un puesto fronterizo del Mechanicum repleto de recursos para compartir con el capítulo de los Marines Errantes? Pues sí, sí que deberíamos defendernos. —Maldijo otra vez—. Tenemos que disparar, sea como sea.

—¿Aunque no seamos capaces de fijar ningún blanco?

Sylus se resistía a ceder al pánico bromeando. Si acaso, parecía estar casi aburrido, a la vez que trabajaba en su consola y recalibraba diales con la paciencia digna de un ladrón de cajas fuertes.

—¡Pues haz que la estación de defensa dispare las armas en modo manual!

En aquel momento, Sylus frunció el ceño mientras intentaba escuchar por el auricular.

—La frecuencia interna está desconectada. ¿Qué quieres que haga, Arella? ¿Gritar por el pasillo y esperar que toda la estación lo oiga? Ahí abajo están ciegos, de todas formas. La luz se ha ido. ¿Cómo van a llegar hasta las plataformas de las torretas?

Ella apretó los dientes, pendiente de la nave de guerra que se aproximaba cada vez más a ellos. Había casi tres mil personas a bordo de Ganges, por no olvidar que contaban con la potencia de fuego suficiente como para deshacerse de una flota pirata al completo. Y ahora, cuando era sólo una nave la que les apuntaba al corazón, las únicas personas que lo sabían no podían avisar a la gente que de verdad podría hacer algo al respecto.

—Disparemos a ciegas.

—¿Qué?

—Abrid las portillas de armas. Haremos que las baterías de artillería orientales disparen a las coordenadas aproximadas de la nave. Programadlo como si fuera un simulacro con fuego real. ¡Funcionará!

—Buena idea.

Sylus se llevó la mano a la pistola que tenía enfundada y, sin dudarlo ni un instante, apuntó y disparó con un único movimiento fluido. El disparo restalló en la pequeña cámara a un volumen asombrosamente alto. Arella se desplomó de su silla como si la hubieran deshuesado, con un agujero perfecto taladrado en la frente. Una papilla húmeda decoró la pared que tenía detrás.

—Y habría funcionado —sentenció Sylus.

En cuanto a los demás oficiales del turno, dos se quedaron estupefactos, mientras que el tercero se llevó la mano a la pistola. Ese fue el que murió primero, y profirió una serie de gritos ahogados en su asiento a la vez que Sylus le pegaba tres tiros en el pecho. Los otros dos intentaron huir. Sus planes acabaron con sendos disparos en la cabeza, cosa que roció de más fragmentos craneales y masa cerebral oscura la cámara de control.

—Un trabajo sucio —murmuró Sylus.

Echó de una patada a uno de ellos de su trono de control recubierto de cuero y

empezó a manipular la consola, atendiendo a varios de los sistemas principales de la estación en una rápida sucesión. Las compuertas de armas permanecieron cerradas: le había vedado a un centenar de torretas la energía que estas necesitaban para activarse. Los muelles de lanzamiento y las colmenas de cápsulas de escape quedaron bloqueadas al haberlas desprovisto por completo de energía, lo que había dejado atrapado a todo el mundo dentro de la estación. Por último, los escudos de vacío se colapsaron al privarlos de la energía que los nutría y al aislarlos de los generadores de reserva. Las alarmas comenzaron a gemir en el interior de la cámara, pero él las desactivó casi de inmediato. ¡Qué sonido tan irritante, ese!

Sylus respiró hondo. Tuvo ganas de poner las botas encima de la consola, pero, y esto le resultaba extraño, le pareció que no había necesidad de ser tan irrespetuoso. En vez de eso, se puso en pie, recargó la pistola, y se dirigió a la consola de comunicaciones en la que había estado sentado antes.

Una única luz azul parpadeaba. Mensaje entrante. Lo abrió.

—Informa.

La voz que surgió del enlace de voz era una mezcla de gorgoteo y rugido.

—Aquí Septimus —contestó—. La estación Ganges es vuestra, mi señor.



ANOCHECER

• • • • •

«Las ratas siempre sobreviven».

No había nada en ese pensamiento que le inspirase orgullo, no obstante, era bochornoso lo adecuado que resultaba.

—Vamos —susurró Maruc por encima del hombro.

Él había durado más que la mayoría en aquel oscuro mundo carmesí de luces de emergencia. Los tres hombres se desplazaban por el corredor con las lámparas de mano irradiando estrechos rayos de luz por delante de ellos. Cada vez que una lanza de luz le daba una pincelada a la pared, los indicadores pintados sobre el fuselaje proclamaban que el pasadizo era el E-31:F. Maruc siempre evitaba a toda costa los pasillos principales de la estación. Desde que los asesinos habían llegado, no existía un solo lugar que fuera del todo seguro, pero lo cierto era que Maruc había sobrevivido unos cuantos ciclos diurnos más que la mayoría por haber sido cauteloso ante todo. Se ceñía a los pasadizos terciarios y a los conductos de mantenimiento siempre que le era posible.

Sabía que apestaba después de haber soportado las setenta y nueve horas en las que había reptado por la oscuridad con el cuerpo sucio, y sus ojos eran charcas de dolor, pues tenía la vista cansada de estar forzándola permanentemente. Pero estaba vivo. Como una rata, había sobrevivido al mismo tiempo que oía los ecos de los gritos lejanos, los tiroteos y las carcajadas que se abrían paso por el esqueleto mecánico de la estación Ganges.

Lo peor de todo era el frío. ¿Cómo podía ser tan intenso que quemara? Las

paredes de metal que los rodeaban estaban pintadas con diamantes al formarse cristales de hielo. El vaho les abandonaba los labios y la nariz en finas volutas que se llevaban el preciado calor con ellas. No es que Maruc fuera doctor, pero sabía que no iban a sobrevivir a otra noche en aquella sección de la estación. Los asesinos, fueran quienes fuesen, habían destruido los intercambiadores de calor en el sector este. Quizá querían sacar a lo que quedaba de la tripulación de sus escondites. Era posible. O quizá se habían aburrido de la cacería y lo único que pretendían era matar por congelamiento a la tripulación superviviente dondequiera que esta se escondiese. Ninguna de aquellas ocurrencias era demasiado reconfortante.

—¿Habéis escuchado eso? —susurró Maruc.

Por delante de ellos, algo de metal golpeteaba rítmicamente contra una superficie también metálica. Maruc hizo que se detuvieran, y con sus tres lámparas escrutaron lo que se extendía por delante de ellos pasillo abajo. Nada. Un pasillo vacío. El repiqueteo no se detuvo.

—Es una turbina de ventilación —susurró Joroll—. No es más que un ventilador.

Maruc se apartó de los sorprendidos ojos del otro hombre, así como de su aliento rancio.

—¿Estás seguro?

—Nada más que un ventilador. Creo. —Joroll tenía la voz tan trémula como las manos—. He trabajado en esos conductos. Conozco los sonidos que hacen.

«Pues claro que sí —pensó Maruc—, pero eso fue antes de que empezases a delirar».

Joroll había dejado de estar en sus cabales más rápido que los demás. Ya había empezado a mearse encima sin darse cuenta. Al menos, cuando Maruc lo hacía, era para mantener el calor. Otra técnica de supervivencia.

«Las ratas siempre sobreviven», pensó otra vez, con una fea sonrisa.

—Vamos, entonces.

Se desplazaron con sigilo exagerado, sin conocer en absoluto la capacidad perceptiva de los asesinos. Joroll había visto a uno con mayor claridad, pero se negaba a hablar de ello. Dath, en la retaguardia del trío, aseguraba haber visto más que Maruc, pero aquello tampoco quería decir mucho: una inmensa silueta de ojos rojos que gritaba con la voz de una máquina. Dath se había lanzado de cabeza por una escotilla de mantenimiento antes de llegar a ver nada más y había dejado, en medio de jadeos, a sus trabajadores atrás, los cuales fueron despedazados mediante métodos muy ruidosos. Un asesino había bastado para despachar a quince personas.

Maruc no podía igualar un avistamiento de ese calibre. Tenía la sospecha de que era justo ese el motivo por el que todavía seguía con vida. Se había quedado en los pasadizos más estrechos nada más escuchar los primeros informes de la llegada de los asesinos a bordo, y sólo salía de su escondite cuando era necesario asaltar las despensas o saquear los almacenes de material en busca de paquetes de baterías.

Ahora hacía demasiado frío como para hacer eso; era hora de emprender la

marcha y rezar para que las demás secciones de la estación todavía tuvieran calefacción. Durante un tiempo consideró la idea de abandonar, de limitarse a tumbarse en el angosto espacio de la escotilla de mantenimiento, que pasaría a ser su madriguera improvisada, y esperar a que el frío se lo llevase. Puede que nunca se descompusiera tras haber muerto. Al menos hasta que los equipos de rescate del Adeptus Mechanicum llegaran para reactivar los intercambiadores de calor… Entonces, con toda seguridad, se derretiría y quedaría convertido en un pútrido charco burbujeante sobre el acero.

En el siguiente cruce, Maruc se quedó un largo rato esperando e intentó por todos los medios a su alcance oír algo por encima del sonido de sus propias pulsaciones. Luego empezó a caminar por el pasadizo de la izquierda.

—Creo que vamos bien —les susurró.

Joroll negó con la cabeza. Se había quedado quieto en su sitio.

—Por ahí no es.

Maruc oyó suspirar a Dath, pero este no dijo nada.

—Por aquí se va al comedor —le dijo Maruc de la manera más suave y tranquila de la que fue capaz—, y necesitamos víveres. No es momento para discutir, Jor.

—Al comedor no se va por ahí. Es por la derecha.

Joroll señaló hacia el corredor opuesto.

—Por ahí se va hacia la cubierta técnica del área este —respondió Maruc.

—No, no es así —Joroll replicó alzando la voz con un quejumbroso matiz—. Deberíamos ir por aquí.

El ventilador en las cercanías continuó con sus lentos chasquidos.

—Venga, vámonos ya —le dijo Dath a Maruc—. Dejémoslo tirado.

Joroll se pronunció antes de que Maruc tuviera que decidir qué hacer, cosa que el veterano trabajador del manufactorum le agradeció.

—No, no, voy con vosotros. No me dejéis atrás.

—Baja la voz —dijo Maruc con suavidad, sin tener idea alguna de si aquello llegaría a cambiar algo las cosas—. Y mantened bajas las lámparas.

Maruc encabezó la marcha. Otro desvío hacia la izquierda. Otro más. Luego un largo pasillo y después hacia la derecha. Se quedó inmóvil en la esquina y, con cierta renuencia, apuntó con la lámpara pasillo abajo, a las compuertas dobles de la entrada del comedor.

—No… —dijo con voz queda, con tan poca fuerza que no llegaba ni a ser un susurro.

—¿Qué pasa? —siseó Joroll.

Maruc entrecerró sus congestionados ojos mientras dejaba que el foco de luz recorriese las puertas destrozadas. Habían separado los mamparos de los goznes, hasta haberlos arrancado de la pared y convertido en un desastre de metal torturado y retorcido.

—Nada bueno —murmuró Maruc—. Los asesinos han estado aquí.

—Han estado en todas partes —añadió Dath. Sus palabras salieron casi como un suspiro.

Maruc temblaba a causa del frío cortante, mientras el haz de luz de su lámpara era víctima del temblor de sus manos.

—Vamos —susurró—. Y ni una palabra.

Cuando se acercaron a las puertas rotas, Joroll olisqueó el aire.

—Huelo algo.

Maruc inspiró con lentitud. El aire estaba tan frío como para escaldarle los pulmones con fuego gélido, pero seguía sin ser capaz de oler una mierda, aparte del metal mojado y su propio hedor, claro está.

—Yo no huelo nada. ¿De qué se trata?

—Olores. Malos olores.

Maruc se apartó de Joroll, que lo miraba con ojos llenos de temor. Estaba delirando, sin duda. Maruc fue el primero en girar la esquina. Entró con sumo sigilo por uno de los bordes del acceso desgajado a la vez que echaba un vistazo por la espaciosa cámara bañada por las luces rojas de emergencia, aunque fue incapaz de discernir ningún detalle en medio de aquella penumbra. Las mesas, docenas de ellas, yacían volcadas y tiradas por los alrededores, abandonadas en donde habían caído. Las paredes estaban ennegrecidas y agujereadas por obra y gracia de los disparos, y toda una legión de sillas estaba desparramada por el suelo; los restos evidentes de una inútil barricada. Cadáveres, montones de cadáveres, yacían con la mitad del cuerpo sobre las mesas, así como tumbados con los brazos abiertos de par en par sobre el suelo cubierto de hielo. Sus ojos relucían de escarcha, mientras que las manchas de sangre se habían transformado en preciosos charcos de rubí cristalino.

Al menos, nada se movía. Maruc alzó la lámpara para que la luz iluminase la estancia. La oscuridad desapareció, lo que además reveló aquello que las luces de emergencia no habían mostrado.

—¡Por el Trono del Dios Emperador! —susurró.

—¿Qué pasa?

De inmediato, bajó el haz de la lámpara.

—Quedaos aquí. —Maruc no se iba a arriesgar a que Joroll hiciese gala de su escasa cordura en una situación como esa—. Vosotros quedaos ahí, yo cogeré lo que nos hace falta.

Entró en el comedor. Sus botas hacían crujir la escarcha carmesí de los charcos de sangre congelada. Su aliento era una neblina blanca que formaba volutas por delante de su rostro a medida que caminaba bajo aquella luz diáfana. Tratar de no chocar con los cuerpos no era tarea fácil: Maruc evitaba tocarlos a toda costa, aunque era incapaz de evitar mirarlos. La imagen, a la que la lámpara había otorgado una calidad tenebrosa con su luz, resultaba todavía más obvia de cerca: ni uno solo de los cadáveres de la cámara se había librado de que lo profanaran. Pasó con cuidado por encima de una mujer desollada, y rodeó un montoncito de tiras de cuero en el suelo,

que era donde se había congelado la carne sobrante. Mientras lo hacía, aquel rostro descarnado de venas al descubierto y músculo ennegrecido le ofrecía una sonrisa dentuda.

Algunos de los cuerpos eran poco más que esqueletos rojizos que el hielo había resecado y que yacían rígidos entre las mesas, carentes de algún miembro o de todos ellos por completo. El frío había hecho mucho por disimular el olor, aunque ahora Maruc entendía de qué hablaba Joroll.

Avanzó con sigilo hasta la compuerta cerrada del almacén y rezó para que la válvula de la cerradura no rechinase al girarla. Maruc agarró el metal gélido con las manos y efectuó un movimiento de volante. Por una vez, la fortuna le sonrió: el cerrojo cedió con un tirón súbito y, gracias al lubricante, se desbloqueó. Tras inspirar hondo, Maruc tiró de la compuerta para abrirla, lo que descubrió el almacén que había detrás.

Parecía ser que no lo habían saqueado. Había estanterías con cajas de paquetes de raciones deshidratadas, así como contenedores de producto cárnico reconstituido; estos últimos mostraban con orgullo la estampa del aquila imperial o del engranaje de Marte. Maruc se había adentrado tres pasos cuando oyó el grito detrás de él.

Sabía que podría esconderse. Podría cerrar la puerta del almacén y congelarse hasta morir en soledad, o bien encontrar un escondrijo y esperar a que acabase lo que fuera que estuviese ocurriendo. Después de todo, la única arma que tenía en sus manos entumecidas era la lámpara.

Joroll volvió a proferir un grito húmedo y repugnante. Antes de haberse dado cuenta, Maruc ya había echado a correr con pasos pesados sobre el suelo congelado.

Uno de los asesinos entró en el comedor agarrando a Joroll y a Dath, a quienes llevaba a rastras. ¡Por el Trono!, aquella cosa era inmensa. En medio de esa penumbra roja, su armadura negra era como una mancha de tinta derramada sobre sangre, y el atroz zumbido que surgía de su generador de energía interno bastaba para darle dentera a Maruc.

Joroll no era más que un peso muerto en la mano del gigante, pues aquel oscuro puño se cerraba alrededor de una garganta que no debería ser capaz de doblarse tanto hacia atrás. Dath aún pataleaba y gritaba, mientras el asesino le tiraba del pelo y le arrastraba con él.

Con manos sudorosas, Maruc le lanzó la lámpara de mano. Esta rebotó contra el emblema del cráneo con alas que adornaba la hombrera del asesino, al que no hizo ni un rasguño, y dio vueltas en el aire conforme se alejaba.

Eso instó al asesino a darse la vuelta y rugir dos palabras a través de los altavoces del casco:

—Ya veo.

Con despreocupada indiferencia, el asesino arrojó a un lado el cadáver de Joroll, que cayó inerte sobre una mesa, al lado de un cuerpo desollado. Dath forcejeaba bajo la presa del monstruo y pataleaba contra el suelo cubierto de escarcha a la vez que,

con manos entumecidas, fracasaba en su intento de abrir a la fuerza el puño que lo asía del largo y grasiento pelo.

Maruc no huyó. Le dolían hasta los huesos por culpa del frío y los espacios estrechos, y estaba medio muerto de hambre y agotado por haberse pasado tres noches sin dormir. Estaba harto de vivir como una rata y de que la única emoción lo bastante fuerte como para franquear las penurias que provocaban el hambre y el lento avance de la congelación no fuera otra que el miedo desmedido. Demasiado cansado como para obligarse a emprender el inútil gesto de huir, permaneció en la cámara repleta de cuerpos desollados y se enfrentó al asesino. Morir no podía ser peor que vivir así, ¿verdad?

—¿Por qué hacéis esto? —Maruc expresó en voz alta el pensamiento que le había estado rondando la cabeza durante días.

El asesino no se detuvo. Una mano acorazada, sobre la que ya se formaba una capa de escarcha, agarró a Maruc por la garganta. La presión que ejercía era peor que el frío que transmitía. Sintió cómo le rechinaba y crujía la columna vertebral, aparte de la asfixia que le provocaba la presión en la garganta, igual que si tuviera un puñado de uvas dentro del cuello. El asesino lo levantó del suelo con lentitud y cuidado, mientras la ira rezumaba del cráneo que tenía pintado en la placa facial.

—¿Me lo preguntas en serio? —El asesino inclinó la cabeza hacia un lado y le clavó los lentes oculares de color rojo—. ¿Es algo de lo que deseas saber la respuesta, o es que tu mente ya no da más de sí por el pánico que sientes?

La presa sobre su garganta se aflojó lo suficiente como para permitirle hablar y de paso tomar unas pocas bocanadas de preciado aire. Todas y cada una de las convulsiones que sufrieron los pulmones de Maruc absorbieron aire apestoso al interior de su cuerpo, lo bastante frío como para que le doliera.

—¿Por qué? —obligó las palabras a salir por sus dientes manchados de saliva.

El asesino habló guturalmente desde el casco con semblante de cráneo.

—Porque yo hice este imperio. Lo construí, noche tras noche, con mi sudor, mi orgullo y una espada en las manos. Lo compré con la sangre que derramaron mis hermanos de sus venas mientras luchábamos al lado del Emperador, cuya luz nos cegaba en la época anterior a que lo enterraseis como a un mesías. Tú, mortal, vives sólo gracias a mi obra. Tu existencia es mía. Mírame. Sabes lo que soy. Busca más allá de lo que no puede ser verdad y contempla aquello que aferra tu vida en sus manos.

Maruc sintió que la orina le corría por la pierna y le hervía la piel. Los ángeles caídos del Gran Traidor. Mitología. Una leyenda.

—Son sólo leyendas —graznó mientras colgaba sobre el suelo—. Sólo leyendas. —Su aliento empañó la armadura del guerrero.

—No somos leyendas. —El puño del asesino se tensó otra vez—. Nosotros somos los arquitectos de tu imperio, desterrados de las páginas de la historia y traicionados por el cascarón al que adoráis mientras se pudre en un trono de oro.

Los lacrimosos ojos de Maruc repararon en el aquila de plata que engalanaba la

placa pectoral del asesino. Un hereje llevaba el aquila imperial, agrietada y estropeada.

—Nos debes la vida, mortal, por lo que te daré a elegir. Servirás a la VIII Legión, o morirás gritando —le prometió el asesino.



DISCORDIA

Capturar la estación había sido tan sencillo como cualquiera de ellos habría podido desear. Era para sentirse orgulloso, aunque tampoco demasiado. Si un guerrero era capaz de encontrar gloria en capturar un manufactorum destartalado como aquel, entonces Talos no lo iba a culpar por ello. Pero para tratarse de una victoria, había resultado ser un tanto vacía, pues era un ataque por necesidad, no para vengarse del Imperio; «una operación de abastecimiento», palabras que Talos sentía que se mofaban de él aunque a la vez le provocaran una sonrisa en los labios. No era la clase de conflicto que adornaría los estandartes de la legión en los siglos venideros.

Lo que no era inconveniente para que estuviera contento con Septimus. Además, se alegraba de tenerlo de vuelta a bordo; estar dos meses sin artificiero había sido un fastidio, cuando menos.

Hacía tres noches que Talos había dado sus primeros pasos sobre la cubierta de la estación. Las puertas de la cápsula de abordaje se habían abierto como una flor y rasgado el fuselaje de acero de la astronave con el característico lamento del metal reventado. Entonces, como siempre, se había adentrado en la hospitalaria oscuridad. Los visores de la escuadra perforaron la negrura con la facilidad para la que los habían programado. Los borrones térmicos le recordaron ligeramente a embriones, dado que estaban encogidos sobre sí mismos: humanos a cuatro patas que buscaban a tientas, temblaban y sollozaban. Presas que lloraban a sus pies y que se resistían a morir mediante los más patéticos e inútiles intentos.

La raza humana mostraba su rostro más feo cuando se desesperaba por sobrevivir. Las bajezas que se hacía la gente a sí misma. Las lágrimas. Los frenéticos disparos que jamás podrían perforar la ceramita.

La VIII Legión irrumpió en la estación sin apenas encontrar resistencia, lo que

descartó cualquier pizca de emoción que pudiera haberse dado. Talos se pasó varias horas escuchando los rebuznos de las demás Garras por la línea. Varios habían echado a correr enloquecidos y habían masacrado a los humanos atrapados, a la par que disfrutaban de su habilidad para inspirarles miedo. ¡Cómo habían aullado de gozo durante esas largas horas de cacería enajenada!

—Esos sonidos —había comentado Talos—. Me refiero a las voces de nuestros hermanos… lo que estamos escuchando son los estertores de muerte de nuestra legión. Es curioso cuán parecido es el sonido del declive al de una carcajada.

Xarl le respondió con un gruñido. Lo mismo podría haber sido una risa entre dientes. Los demás se abstuvieron de hacer comentarios mientras marchaban por los pasillos a oscuras.

Habían pasado tres noches desde entonces.

Durante esas tres noches, los miembros de la Primera Garra habían hecho como el Elevado les había ordenado, y habían supervisado el reabastecimiento del *Pacto*. Se llevaron el combustible de promethium en barriles y depósitos. Absorbieron el turbulento plasma en estado puro de los generadores de la estación. Recogieron minerales de todas clases para transformarlos en materiales para los talleres de los artificieros del *Pacto*. Arrastraron encadenados a bordo de la nave a los miembros útiles de la tripulación de Ganges, de los pocos cientos que escaparon de las masacres iniciales. La de los Amos de la Noche aún permanecía atracada mientras seguía succionando lo que necesitaba a través de las mangueras de extracción de combustible y los cargadores de suministros.

Hacía seis horas, Talos había sido uno de los últimos en azuzar a los esclavos a bordo, unos a los que había encontrado en un comedor que estaba claro que había sido el escenario de una matanza por parte de una de las Garras. Según el Elevado, el *Pacto de Sangre* iba a permanecer atracado dos semanas más hasta que succionase todo lo que fuera de valor de las plantas procesadoras y de las forjas factoría.

Todo iba tan bien como cabría esperar, hasta que alguien se soltó de la correa. La matanza de Ganges había concluido, pero algunas almas nunca quedaban saciadas.

Un guerrero solitario deambulaba por las cubiertas del *Pacto*, con las armas en las manos, sangre en la placa facial y pensamientos envenenados a causa de las supersticiones de una maldición.

• • • • •

Ser el hijo de un dios era una maldición.

¿No eran esos mismos los gimoteos del profeta? «Ser el hijo de un dios era una maldición». Bueno, quizá sí que lo fuera. El cazador estaba dispuesto a admitirlo. Tal vez fuera una maldición. Pero también una bendición.

En aquellas horas de calma en las que se le concedía piedad durante un mínimo instante, el cazador pensaba que esta última era una verdad que los demás olvidaban demasiado a menudo. Se fijaban siempre en lo que les faltaba, nunca en lo que tenían, y miraban al futuro sin coger fuerzas del pasado. Esa no era forma de vivir.

Tras sus ojos comenzaba a crecer una presión que le perforaba el cráneo como una lombriz. Se había entretenido demasiado en la quietud que brindaba reflexionar, lo que conllevaba un precio que tendría que pagar con dolor. Los apetitos habían de saciarse, o de lo contrario le habría de ser impuesto un castigo.

El cazador continuó avanzando, acompañado del eco de sus botas sobre el suelo de piedra. Los enemigos huían de él cuando oían el grave zumbido de su armadura de combate activada, al igual que el gutural traqueteo del hacha sierra activada. Dicha arma era toda una belleza colmilluda y funcional, cuya ristra de dientes habían engrasado con ungüentos sagrados de forma tan frecuente como con sangre.

Sangre. Esa palabra era un chorro de ácido en la telaraña de sus pensamientos. Su indeseable olor, su desagradable sabor; el apestoso flujo carmesí que mana de la carne desgarrada. El cazador sintió un escalofrío y miró los restos sanguinolentos que colgaban del filo del arma. De inmediato, se arrepintió de haberlo hecho: la sangre se había secado y había formado una costra carmesí en los dientes de motosierra del hacha. El dolor lo asaltó con otro fogonazo tan punzante como si tuviera cuchillos detrás de los ojos, y esta vez no desapareció. La sangre estaba seca. Había esperado demasiado entre un asesinato y otro. Gritar liberaba aquella presión, pero los dos corazones le latían con fuerza. El cazador echó a correr.

• • • • •

El siguiente en morir fue un soldado. Murió mientras manchaba de regueros de sudor los ojos del cazador con las manos, al mismo tiempo que se le desparramaban por las piernas los viscosos contenidos de su estómago con húmedo desorden.

El cazador arrojó contra la pared al humano destripado de un leve empujón, lo que le rompió los huesos. Con el gladio, una noble arma que durante un siglo había sufrido la deshonra de que la utilizaran como poco más que un cuchillo para desollar, le cercenó la cabeza al moribundo. La sangre le pintó los guanteletes cuando recogió lo que había cosechado y le dio vueltas en las manos, para ver la forma del cráneo a través de la piel pálida.

Se imaginó que la despellejaba: primero rebanaría las tiras de piel clara, para luego arrancar irregulares pedazos de carne del mismo hueso. Le sacaría los ojos de las cuencas y lavaría el interior con aceites ácidos de limpieza. Si era capaz de imaginárselo de forma tan clara era porque que se trataba de un ritual que había realizado muchas veces con anterioridad.

El dolor empezó a mitigarse.

Cuando recuperó la calma, el cazador empezó a escuchar a sus hermanos. Ahí, la voz del profeta, furioso como siempre; allá, las carcajadas del mal nacido, que rechinaban contra las órdenes del profeta; las preguntas del sosegado eran una débil percusión de fondo en medio del barullo, y todavía más allá, los gruñidos despectivos del peligroso lo interrumpían todo.

El cazador aminoró la marcha mientras trataba de entender lo que decían. Estaban cazando, al igual que él; era todo lo que podía captar de esos zumbidos lejanos. Pronunciaban su nombre una y otra vez. Confusos. Iracundos.

Y a pesar de todo, hablaban de una presa salvaje. ¿Aquí? ¿En los destartalados pasillos de esta torre de habitáculos? El único salvajismo que había ahí era el que habían traído consigo.

—¿Hermanos? —transmitió por la línea.

—¿Dónde estás? —exigió saber el profeta—. Uzas… Dime… Dónde… Estás.

—Yo…

Se detuvo. El cráneo que agarraba cada vez con menor fuerza descendió junto con el hacha que portaba en la otra mano. Las paredes se burlaron de él con amenazadora dualidad, pues las habían tanto tallado como forjado, en piedra y acero. Imposible. Le desquiciaba lo imposible que resultaba la situación.

—Uzas. —Era la voz del que siempre está gruñendo—. Te juro por mi mismísima alma que te voy a matar por esto.

Amenazas. Como siempre, amenazas. Los labios del cazador se replegaron sobre sus dientes, lo que formó una sonrisa pérfida. Las paredes se hicieron de piedra una vez más, y las agresivas voces de sus hermanos se volvieron a fundir en un zumbido que podía ignorar con facilidad. Pues que cacen como quieran, y que lo igualen, si es que pueden.

Uzas volvió a echar a correr a la vez que farfullaba órdenes al dios de mil nombres. Sus labios no dejaban escapar ni un ruego, pues ninguno de los hijos de Curze pronunciaba plegarias jamás. Lo que hacía era conminar a aquellas divinidades a que bendijeran su derramamiento de sangre, sin que la idea de que se pudieran negar a hacerlo se le pasara por la cabeza. Estas nunca lo habían hecho antes, y no sería entonces cuando lo hicieran.

● ● ● ● ●

Los dientes mecánicos se hundieron en la carne y las armaduras. Las bocas gritaron sus últimos alaridos. Las lágrimas dejaron tras de sí regueros plateados sobre pálidas mejillas.

Para el cazador, tales cosas no significaban más que el paso del tiempo.

• • • • •

Muy poco tiempo después, el cazador se hallaba en el interior de una capilla relamiéndose los dientes, a la vez que escuchaba el eco del motor rugiente del hacha rebotar contra la piedra. A derecha e izquierda, los cuerpos destrozados de sus víctimas empapaban el aire frío con el hedor de su sangre. Las alimañas supervivientes estaban replegadas contra una esquina mientras alzaban armas que iban a ser incapaces de hacerle daño y le suplicaban palabras que no servirían de nada.

Una vez desactivó la visión térmica, observó a la presa mediante las mirillas de adquisición de blancos y sus rojas lentes oculares. Los humanos huían acobardados de él. Ni uno solo había disparado.

—Mi señor… —tartamudeó uno de ellos.

El cazador vaciló.

«¿Mi señor?». Estaba acostumbrado a que le suplicaran. Pero no a que le respetaran.

Esta vez, el dolor le comenzó en las sienes; un estallido afilado y aplastante directo al centro del cráneo. El cazador bramó y alzó el hacha. Mientras se acercaba, los humanos sollozantes se encogían y abrazaban entre ellos.

—Sois todo un alarde de soldadesca imperial —se mofó el cazador, arrastrando las palabras.

Se dispuso a darles un mandoble, y los dientes pasados de revoluciones chocaron, con un sonoro repique agudo, contra metal reluciente.

Tenía a alguien delante de él: el profeta en persona. Habían trabado sus armas, ya que la espada de oro se había alzado en defensa de los imperiales acobardados. Su propio hermano estaba entorpeciendo el derramamiento de sangre.

—Talos —el cazador pronunció aquel nombre con labios manchados de sangre—. Sangre. Sangre para el Dios de la Sangre. ¿Es que no lo ves?

—Ya me tienes harto.

Todos los impactos que golpearon a Uzas en la placa facial le sacudieron la cabeza hacia atrás de forma abrupta y le turbaron los sentidos. Cada uno de esos latigazos cervicales llegó en rápida sucesión y le nubló la vista una y otra vez con la violencia suficiente como para hacerlo trastabillar. El corredor resonaba con el eco del metal contra el blindaje. Desorientado, el cazador gruñó lleno de desprecio cuando se dio cuenta de que su propio hermano le había golpeado en la cara tres veces con la culata del bólter. Tenía la mente tan espesa… Le resultaba difícil pensar con tanto dolor. Intuyó, más que sintió, que las manos no le respondían y que habían dejado de agarrar las armas que llevaba. El hacha y el gladio cayeron al suelo.

Mientras recuperaba el equilibrio, contempló la capilla y… No. Espera. Esto no era una capilla. Era un pasillo. Un pasillo a bordo del…

—Talos, yo…

El repique sordo del acero al chocar contra la ceramita volvió a reverberar cuando otro impacto le torció la cabeza bruscamente al cazador con una fuerza tal que hizo que le crujiera el espinazo. Talos hizo girar la espada áurea mientras el cazador caía a cuatro patas contra la cubierta metálica.

—¿Hermano? —Uzas consiguió pronunciar las palabras con sus labios sangrantes. Alzar la cabeza suponía toda una tortura vertebral, pero ahí, tras una mesa patas arriba y sobre un suelo cubierto de cachivaches caseros y de objetos curiosos fabricados con metal robado, dos humanos harapientos y mugrientos se apartaron de él con un sobresalto. Se trataba de un varón y una hembra ancianos, cuyos rostros enmascaraba la suciedad. Uno de ellos llevaba los ojos vendados en la sempiterna oscuridad. Era una tradición del *Pacto*.

El cazador volvió la cabeza mientras los pasos de su hermano se le acercaban.

—Talos. Yo no sabía que estaba en la nave. Yo tenía que… —Tragó con pesadez cuando vio la fría amenaza de las lentes oculares desprovistas de emoción de su hermano—. Pensé que…

El profeta apuntó con la punta de la hoja dorada a la garganta del cazador.

—Uzas, escúchame aunque sea por una sola vez en tu miserable vida. Como tus viperinos labios pronuncien otra palabra más, te mato en el acto.

• • • • •

El olor de la sangre seca y del metal sucio mancillaba el aire a su alrededor. Los servidores no habían recibido la orden de limpiar la cámara desde hacía muchos meses.

—Ha ido demasiado lejos. —Mercutian no hizo ningún esfuerzo por ocultar el reproche en su tono de voz—. Cuando servía con la Séptima Garra, evitábamos reunimos por miedo a rajarnos la garganta mutuamente.

—La Séptima Garra está muerta —señaló Xarl con una sonrisa—. Así que fueran cuales fuesen sus reglas internas, no les salieron muy rentables al final, ¿verdad que no?

—Con el debido respeto, hermano, cállate un rato.

El acento aristocrático de Mercutian era abrupto y distinguido, mientras que el de Xarl delataba un pasado barriobajero.

Xarl descubrió los dientes en lo que, en un humano, habría sido una sonrisa. En sus rasgos cicatrizados de legionario, era el desafío de un depredador.

—Niños, niños —dijo Cyrion, riéndose entre dientes—. ¿Es que no os parece entrañable cuando nos reunimos así?

Talos dejó que discutieran. Siguió sin intervenir, aunque los observaba desde uno de los lados de la cámara mientras sus lentes oculares seguían todos y cada uno de sus

movimientos. Sus hermanos se lanzaban pullas y se metían los unos con los otros de la típica forma en que lo hacen los guerreros que evitan a toda costa la compañía de sus camaradas de armas fuera del campo de batalla. Todos llevaban puesta su coraza híbrida: reparada, repintada, reconfigurada y resellada miles de veces desde que se habían apropiado de ellas, hacía ya tantos años. La de Talos la formaba un barullo funcional de modelos antagónicos, compuesto por los trofeos cosechados de todo un siglo de enemigos asesinados.

Encadenado a la losa de interrogatorio que había en el centro de la sala, Uzas volvió a estremecerse víctima de un acto reflejo muscular. Las articulaciones de su armadura zumbaban con cada espasmo.

A veces, en aquellos momentos poco frecuentes de silencio e introspección, el profeta se preguntaba qué pensaría de ellos su señor genético si los viera ahora: degenerados, corruptos, llevando armaduras robadas y sangrando con cada batalla de la que no podían huir. Miró a sus hermanos de uno en uno y la cruceta de adquisición de blancos los acarició como si se tratara de una amenaza silenciosa. Las calaveras blanquecinas y los cascos agrietados de los ángeles sangrientos pendían de sus armaduras. Todos los hermanos de Talos mostraban expresiones que entremezclaban amargura, hastío, así como ira sin canalizar. Cuales perros de la guerra a punto de soltarse de las correas, se ladraban los unos a los otros y se llevaban las manos a las armas que tenían enfundadas.

Dio un solo paso que resonó por los confines de la cámara de torturas.

—Ya basta.

Por fin, se callaron todos a excepción de Uzas, quien farfullaba y salivaba de nuevo.

—Ya basta —repitió Talos, esta vez más suavemente—. ¿Qué hacemos con él?

—Matémoslo. —Xarl se pasó un dedo por la garganta, ahí donde la irregular cicatriz del gladio de un ángel sangriento se había negado a curarse bien—. Le rompemos la espalda, le rajamos la garganta y de una patada lo tiramos por la exclusa de aire más cercana. —Hizo un gesto de despedida lento y triste con la mano, a modo de pantomima—. Que te vaya bien, Uzas.

Cyrion tomó aire, pero no dijo nada. Mercutian negó con la cabeza, gesto motivado por la lástima, no por el desacuerdo.

—Xarl tiene razón. —Mercutian hizo un ademán hacia su hermano Uzas, tendido y encadenado sobre la mesa—. Uzas ha caído demasiado bajo. Después de tres noches para saciar su sed de sangre no tenía excusa para perder el control a bordo del *Pacto*. ¿Sabemos siquiera a cuántos ha matado?

—A catorce tripulantes humanos, a tres servidores y a Tor Xal, de la Tercera Garra —mientras hablaba, Cyrion miraba a la misma figura que yacía inmovilizada sobre la mesa—. Se llevó cinco de las cabezas.

—Tor Xal —gruñó Xarl—. Ese era casi tan malo como Uzas. Su muerte no supone una pérdida. La Tercera Garra está mejor sin él, aunque no mucho más. Son débiles;

todos los hemos visto en los círculos de entrenamiento. Yo solo me bastaría para matar a la mitad de ellos.

—Toda muerte es una pérdida —lo contradijo Talos—; toda muerte hace que seamos menos. Y los Marcados a Fuego exigirán que se haga justicia.

—No empieces otra vez. —Xarl se apoyó contra la pared, haciendo tintinear unos ganchos de carne que colgaban de unas cadenas herrumbrosas—. No más discursos de los tuyos, gracias. Mirad a ese lerdo. Se pone a babear y a estremecerse tras masacrar a veinte tripulantes por un mero trance. Los sirvientes ya susurran sobre llevar a cabo una rebelión. ¿Por qué deberíamos perdonarle la vida?

Mercutian miró a Talos con sus negros ojos.

—Los Ángeles Sangrientos nos han costado un montón de tripulantes. Incluso aunque contemos con los trabajadores de Ganges, deberíamos tratar de no facilitarle vidas humanas a un demente armado con un hacha sierra. Xarl tiene razón, hermano. Lo mejor es que expulsemos a la serpiente del nido.

Talos, que los escuchaba de uno en uno, no se pronunció.

Cyrion no miró a nadie a los ojos.

—El Elevado ha ordenado que lo destruyamos, sin importar lo que decidamos aquí. Si vamos a contravenir la orden, tiene que ser por una razón que ni en broma pueda refutarse.

Durante un rato, los hermanos permanecieron en silencio a la vez que observaban a Uzas forcejear con las cadenas que lo mantenían preso. Fue Cyrion el que se dio la vuelta primero, y al hacerlo, los servos del cuello le zumbaron con suavidad mientras prestaba atención a la puerta que tenían detrás.

—Oigo algo —advirtió al resto mientras se llevaba las manos al bólter.

Talos cerró los seguros que unían la gorguera al casco.

Y en ese momento les llegó por el comunicador una voz distorsionada que provenía del pasillo de fuera de la cámara:

—Primera Garra… Hemos venido a por vosotros.

• • • • •

Con Tor Xal muerto, Dal Karus se encontró con que soportaba una carga inesperada sobre los hombros.

En días mejores, la posibilidad de ascender tanto de rango habría llegado de la mano de una ceremonia y nuevas marcas de honor en su armadura. Por no olvidar que, en días mejores, se habría tratado también de un ascenso que habría deseado de verdad, en vez de uno por el que se iba a ver obligado a luchar por mera desesperación. En caso de que no mandase él, entonces sería uno de los otros. Tal catástrofe debía evitarse por todos los medios.

—Ahora mando yo —había dicho Garisath mientras apuntaba a la garganta de Dal Karus con la espada sierra desactivada.

—No. No eres digno.

Aquellas no eran las palabras de Dal Karus, a pesar de lo muchísimo que reflejaban los pensamientos de este.

Vejain había dado un paso al frente mientras blandía las armas, y en ese momento comenzó a trazar círculos alrededor de Garisath. Antes de darse cuenta de lo que hacía, Dal Karus se sorprendió a sí mismo imitando aquel gesto. El resto de los marcados a fuego retrocedió a los confines de la cámara, pues prefirieron abstenerse de participar en el desafío para elegir a un nuevo líder, ya fuera por precaución, prudencia, o por la simple certeza de que no iban a poder vencer a los tres guerreros que se enfrentaban entre sí.

—¿Dal Karus? —Las carcajadas de Garisath crepitaron por el enlace de voz. Todos ellos se habían puesto los yelmos tan pronto como se enteraron de la muerte de Tor Xal. Un acto de esa magnitud exigía un justo castigo, del cual se encargarían tan pronto como hubieran designado a un nuevo líder—. Me estás tomando el pelo.

Dal Karus no le respondió. Blandió la espada sierra con una sola mano y dejó la pistola enfundada, pues aquellos desafíos rituales se llevaban a cabo únicamente con armas blancas. Garisath se encorvó, preparado para el ataque de cualquiera de los otros. Vejain, sin embargo, se apartó a un lado, de repente vacilante.

Al igual que Garisath, Vejain no se había esperado que Dal Karus avanzase hacia el centro de la cámara, así que prefirió optar por ser cauteloso y alejarse, al tiempo que las lentes rojas del casco tintaban las miradas de soslayo que lanzaba a sus oponentes.

—Dal Karus —Vejain transformó el nombre en un ladrido distorsionado—. ¿Cómo es que has dado un paso al frente tú también?

En respuesta, Dal Karus inclinó la cabeza hacia Garisath.

—¿Acaso vas a permitirle que nos lidere? Debemos desafiarlo.

La rejilla bucal de Garisath emitió otra risita cargada de estática. Las marcas de quemaduras que le ennegrecían la armadura, curvilíneas runas nostramanas marcadas profundamente a fuego en la ceramita, parecían estar retorciéndose en las tinieblas.

—Seré yo quien lo liquide —gruñó Vejain, cuya armadura lucía quemaduras similares que detallaban sus propias hazañas en glifos nostramanos—. ¿Piensas desafiarme luego?

Dal Karus suspiró con lentitud y dejó que dicho sonido traspasase la rejilla del altavoz del casco.

—No vas a ganar. Te va a matar, Vejain. Pero te vengaré. Lo rajaré cuando esté más débil.

Garisath escuchó el diálogo con una sonrisa tras el cráneo de su placa facial. No pudo resistirse a apretar el gatillo de la espada sierra. Aquel gesto era todo lo que Vejain necesitaba.

—Seré yo quien lo liquide —insistió el guerrero, y cargó hacia adelante.

Los dos amos de la noche se enfrentaron dentro de un círculo de hermanos, y sus espadas sierra gruñeron con frenesí mientras desguazaban las gruesas armaduras del color de la medianoche terrana.

Dal Karus apartó la mirada al final, final que llegó con tanta irrevocabilidad como con frustrante celeridad. Aquellas armas eran casi inservibles contra las armaduras de la legión, así que ambos guerreros cayeron en la traicionera brutalidad, más que practicada, de intentar rebanarle las juntas de la armadura al otro. Vejain gruñó cuando un puñetazo de Garisath le sacudió la cabeza hacia atrás con violencia y le hizo descubrir la garganta, de manera que a su rival le bastó ese escaso segundo para acabar con él. El filo de sierra se estrelló contra los haces de fibras, más blandos, que confinaban el cuello de Vejain y se hundió con profundidad; con suficiente profundidad como para llegar hasta el hueso. Los fragmentos de armadura llovieron por todas partes. Las manchas de sangre brillaban sobre los mecanervios diseminados por el suelo de la cámara.

Vejain cayó a cuatro patas con un estrépito de ceramita sobre acero mientras la vida escapaba de su garganta triturada. Garisath terminó la decapitación con un segundo tajo de su espada. El yelmo rebotó contra la cubierta. La cabeza salió rodando de su interior. Garisath la paró con la bota y la aplastó con un crujiente pisotón.

Apuntó con la espada bañada en sangre a los demás en gesto de desafío.

—¿Siguiente?

Dal Karus dio un paso al frente y sintió que la sangre le quemaba debido a los estimulantes químicos: una dolorosa canción que corría hacia su sistema arterial mediante los puertos de inyección de su venerable armadura. No blandió la espada. En su lugar había desenfundado la pistola de plasma, acto que le hizo ganarse murmullos de reprobación por parte del resto. El costillar que formaban las bobinas magnéticas de la parte trasera del arma refulgió con una iracunda fosforescencia azul, lo que tiñó a todos los amos de la noche presentes con una luz fantasmagórica. El siseo que producía el aire al introducirse por las válvulas de entrada del morro sonaba como la advertencia evidente de una serpiente de cascabel.

—¿Lo estáis viendo? —dijo Garisath con una fea mueca—. Sed testigos, todos vosotros. Nuestro hermano desafía nuestras reglas.

El arma de fusión se sacudía en la mano de Dal Karus y emitía un zumbido ronco, debido a la necesidad de desencadenar la energía que estaba acumulando.

—No pienso ceñirme a una regla que no nos beneficia.

Dal Karus se arriesgó a mirar de reojo a los demás. Varios de ellos asentían. Debido a su letalidad con la espada, Garisath era el líder natural de la Tercera Garra, no el que deseaban sus miembros por unanimidad. La estratagema de Dal Karus se basaba en ese hecho.

—Estás rompiendo la tradición. —Uno de los otros, Harugan, interrumpió el

silencio—. Baja el arma, Dal Karus.

—Si rompe la tradición, es porque tiene la valentía necesaria como para hacerlo —le replicó Yar San, lo que le hizo ganarse varios murmullos que crepitaron por el enlace de voz.

—Garisath no debe liderarnos —aseguró otro, y aquello también recibió murmullos de asentimiento.

—¡Yo mando! —gruñó Garisath con los dientes apretados—. ¡Tengo derecho!

Dal Karus se esforzaba por estabilizar el arma tanto como le permitía el traqueteo de las células de energía. La sincronización debía ser perfecta: el arma tenía que estar cargada al máximo, y tampoco podía dispararla sin que primero lo provocasen. Todo tenía que tener un mínimo cariz de digna ejecución, no de asesinato.

Los miembros de la Tercera Garra le dieron a conocer su decisión mediante unas runas declarativas que repicaron en su visualizador retinal. Garisath, o bien debió de haber visto lo mismo, o bien cedió ante la frustración, pues emitió una retahíla de aullidos por la rejilla bucal del altavoz y se abalanzó hacia adelante. Dal Karus apretó el gatillo y la bocacha de la pistola desencadenó la fuerza contenida de un sol recién nacido.

● ● ● ● ●

Después, una vez que todos hubieron recuperado la visión, permanecieron inmóviles en su cámara comunal. A cada uno de los guerreros lo cubría una fina pátina de cenizas: era todo lo que quedaba de Garisath tras el cegador fogonazo del plasma al liberarse.

—Nos ha quedado claro —refunfuñó Harugan desde el fondo de la garganta, e incluso el leve ademán que dirigió al arma de Dal Karus levantó volutas de polvo de su coraza—. Ahora ya no hay nada que hacer.

Dal Karus le contestó mientras hacía un gesto de asentimiento hacia Vejain.

—Sí que hay algo que hacer. Y no estamos bajo las órdenes de un loco. Contentaos con eso.

En ese momento, los demás avanzaron y trataron el cuerpo de Vejain con poco más respeto que al cadáver de un enemigo. Pensaban arrastrar al muerto hasta el apotecarium, donde le extraerían los órganos de la semilla genética. Desmontarían con máquinas la armadura hasta reducirla a sus piezas individuales y las repartirían entre los hermanos de Vejain.

—Ahora mandas tú —dijo Yan Sar.

Dal Karus asintió, poco agradecido por aquel hecho.

—Así es. ¿Me vas a desafiar? ¿Va alguno de vosotros a desafiarme?

Se volvió hacia sus hermanos. Ninguno respondió de inmediato, y fue Yan Sar

quien le contestó otra vez.

—No te desafiaremos. Pero la justa venganza nos llama y has de llevarnos hasta ella. La Primera Garra ha matado a Tor Xal.

—Hoy hemos perdido tres almas: una por traición, otra por mala suerte y otra por necesidad. —La placa facial de Dal Karus pertenecía a un yelmo modelo Mari VI de diseño aquilino, pintado de un tono rojo apagado que concordaba con los colores de la Tercera Garra. Su armadura, de metal y materiales compuestos, mostraba marcas de quemaduras profundas y serpenteantes—. Si nos enfrentamos a la Primera Garra, perderemos a más todavía. Y no tengo deseos de luchar contra el profeta.

Lo que no añadió fue que una de las razones por las que había matado a Garisath había sido porque tenía la esperanza de evitar la lucha que ahora amenazaba con producirse.

—Ya no pertenecemos a las compañías de Halasker. Somos los Marcados a Fuego, la Tercera Garra de la partida de guerra del Elevado. Somos amos de la noche que han renacido. No bauticemos nuestra génesis con la sangre de nuestros hermanos.

Durante un instante pensó que los había convencido. Compartieron miradas y susurros. Pero la realidad se afianzó de forma taxativa y aplastante escasos segundos después.

—Venganza —exigió Yan Sar.

—Venganza —repitieron los demás.

—Venganza, pues —asintió Dal Karus, quien dirigió a sus hermanos a la mismísima batalla por la que había asesinado a Garisath en un intento de evitarla a toda costa.

Poco después de que llegasen a dicho consenso, los supervivientes de la Tercera Garra avanzaron decididos por el corredor central de las cubiertas penitenciarias, con las espadas y los bólters preparados. La poca luz que había en el *Pacto de Sangre* bailaba por sus corazas de batalla, a la vez que las sombras inundaban las marcas rúnicas negras grabadas a fuego sobre ellas.

Escucharon voces más adelante, las cuales provenían de una compuerta cerrada que daba a una cámara lateral.

—¿Los emboscamos? —preguntó Yan Sar.

—Siete siguen siendo más que cinco.

—Pero uno de mis cinco es Xarl.

Dal Karus le concedió aquello a regañadientes con un gruñido.

—Pues sí, así es.

—¿Cómo es que ahora lideras a la Tercera Garra?

—Hice trampas —admitió Dal Karus. Las palabras eran una sencilla confesión, pues no le expuso ninguna justificación ni excusa a Talos, quien se sorprendió a sí mismo simpatizando con el otro guerrero, por irritante que eso fuera.

—Esto nos va a costar sangre a ambos —le aseguró Talos.

—Eso no se me ha pasado por alto, profeta. Y no escupí en mi lealtad a Halasker

sólo para morir en esta nave destartalada unos pocos meses después. —En el tono de voz de Dal Karus no había ni rastro de rabia—. No te culpo por la… inestabilidad de Uzas. Yo mismo tuve que soportar durante tanto tiempo a Tor Xal que la lacra que supone la corrupción ya me resulta de lo más familiar. Sin embargo, la deuda de sangre ha de pagarse, y los Marcados a Fuego no se van a contentar con un duelo de campeones. Puede que mis propios actos hayan aniquilado la validez de esa tradición entre nosotros, pero incluso antes de cometerlos, ellos ya estaban clamando venganza.

—Entonces tendrás tu pago en sangre —replicó el profeta con una sonrisa pesarosa, y cortó el enlace.

Talos se volvió hacia sus hermanos. Cyrion tenía una postura relajada con el bólter en las manos, de forma que lo único que delataba su renuencia a abandonar la cámara era lo caídos que tenía los hombros. Parecía que Mercutian bien podía haber sido tallado en granito dada su lúgubre e inmóvil pose, erecto mientras agarraba un inmenso cañón. El cavernoso morro del bólter pesado sobresalía de las mandíbulas abiertas de un cráneo. Xarl sujetaba con comodidad una espada sierra a dos manos, y se había dejado las armas bólter ancladas a la armadura, dispuestas a ser empuñadas.

—Vamos allá —dijo, e incluso la distorsión derivada del enlace de voz no pudo disimular su alegría.

Mercutian se agachó y preparó el bólter pesado. El cañón era tan poco sutil como sólo las armas de la legión podían serlo: estaba envuelto en cadenas industriales y poseía una bocacha hinchada que era capaz de vomitar una lluvia de fuego brutal.

—La Tercera Garra preferirá disparar los bólters antes que blandir las espadas. Si Tor Xal está muerto, no tendremos mucho con lo que competir una vez que nos encontremos dentro del alcance de las espadas. Aunque vamos a morir antes de poder llegar hasta ahí, eso sí. Van a despedazarnos con fuego de bólter. —Sonaba tan quejumbroso como de costumbre.

Xarl ladró una carcajada y se expresó con su nostramano de los bajos fondos.

—Tirad granadas de humo tan pronto como la puerta se abra. Eso nos dará un par de segundos antes de que vuelvan a sintonizar la visión rapaz. Luego usaremos las espadas.

Durante unos momentos reinó el silencio.

—Liberadme —dijo, con los dientes apretados, el último miembro de la Primera Garra.

Cuatro cascos se volvieron hacia su hermano y lo juzgaron con sus rojas y rasgadas lentes oculares, sin una pizca de emoción humana.

—Talos —Uzas escupió el nombre mientras se estremecía y se obligaba a sí mismo a hablar entre dientes—. Talos, hermano, libérame. Deja que me recubra de medianoche.

Algo negro y húmedo se le escurrió por el oído. El hedor de la piel de Uzas era tan penetrante que daba vergüenza ajena.

Talos contestó mientras desenvainaba su espada reliquia de la funda que llevaba a

la espalda.

—Soltadlo.



V

VENGANZA

Encontró a Septimus en Mercadonegro y lo vio antes de que él reparase en su presencia. A través de la dispersa multitud, la chica lo observó mientras él hablaba con los tripulantes y siervos congregados. Su mata de pelo enmarañado casi le cubría los sutiles implantes biónicos con los que le habían reconstruido el lado izquierdo del rostro y que estaban fabricados de aleación, contorneados para amoldarse a la estructura facial de la mejilla y la frente. Constituía un nivel de sofisticación quirúrgica que la chica rara vez había visto fuera de los aquelarres teócratas más pudientes o de las familias de la nobleza establecidas en los pináculos más altos de Terra. Incluso ahora, el resto de humanos miraba a Septimus con una mezcla variopinta de desagrado, envidia, confianza y adoración. Pocos esclavos a bordo del *Pacto* mostraban lo valiosos que eran para los Amos de la Noche de forma tan patente.

Como aquella cámara comunal destinada al comercio se encontraba menos concurrida de lo que había estado antes del asedio de Crythe, resultaba también menos opresiva y sofocante. Por desgracia, la ausencia de cuerpos apretujados también conllevaba que la cámara se hubiese enfriado más; tanto como el resto de la nave. La respiración de la muchacha se transformaba en vaho mientras observaba a la muchedumbre. El ayudante jorobado que tenía al lado parecía contentarse con murmurar para sí.

—Pensaba que habíamos capturado a más… gente —le dijo la chica. Cuando él alzó sus ojos invidentes hacia ella y no le respondió, la navegante puntualizó lo que había dicho—. Me refiero a los nuevos esclavos de Ganges. ¿Dónde están?

—Encadenados, ama. Con grilletes, en la bodega. Ahí es donde están, hasta que llegue el momento de partir.

Octavia se estremeció. Ella vivía aquí ahora y formaba parte, de modo indiscutible, de lo que sucedía dentro.

Al otro lado de la cámara, Septimus seguía hablando. La navegante no tenía ni idea de lo que estaba diciendo, pues su nostramano era un flujo constante de susurros del que Octavia podía entender, quizá, una palabra de cada diez. En vez de intentar seguirle el hilo, miraba los rostros de aquellos con los que hablaba. Varios tenían el ceño fruncido o empujaban a sus compañeros, pero fuera lo que fuese lo que les estuviera diciendo, parecía que aplacaba los ánimos de la mayoría. La pasión que destilaba la sinceridad de Septimus la obligó a sofocar una ancha sonrisa, con esa forma que tenía el esclavo de dirigirse a la gente con gestos educados para reafirmar sus propias ideas o el modo en que debatía con la mirada además de con las palabras.

La sonrisa se le borró de los labios cuando reparó en que, en mitad de la multitud, había un rostro al que ensombrecía el hastío. Se trataba de un semblante de luto que mostraba el dolor mediante una máscara de lúgubre cólera. En vez de interrumpir a Septimus, Octavia optó por abrirse paso por el gentío ofreciendo suaves disculpas en gótico, a medida que se acercaba al hombre al que atenazaba aquella pena tan profunda. Este reparó en ella conforme se le aproximaba, y la chica vio que tragaba saliva.

—*Asa fothala susurushan* —dijo él, a la vez que le hacía un débil gesto de rechazo con la mano.

—*Vaya vey*… Esto… Yo… —Sintió que se sonrojaba cuando las palabras se le atascaron en la lengua—. *Vaya vey nesha*.

La gente que la rodeaba retrocedió en aquel momento. Ella no les prestó atención. Estaba acostumbrada a que le hicieran el vacío debido a lo que ocultaba tras la cinta que le rodeaba la frente.

—No lo he visto desde… la batalla —se obligó a expulsar aquellas palabras de sus labios—. Yo sólo quería decirle que…

—*Kishith valveyalass, olmisay.*

—Pero… *Vaya vey nesha* —repitió ella—. No le entiendo —añadió en gótico, en caso de que su titubeante nostramano no hubiera sido lo suficientemente claro.

—Pues claro que no. —El hombre le hizo el mismo gesto de rechazo de antes. Debido a las deudas crecientes de sueño que se debía a sí mismo, unos cercos oscuros rodeaban sus ojos inyectados en sangre—. Sé lo que quieres decir, pero no quiero saber nada. Las palabras no van a devolverme a mi hija. —Su gótico estaba oxidado por la falta de uso, pero las emociones dieron significado a las palabras que pronunciaba con su voz cascada—. *Shrilla la lerril* —le susurró con aire despectivo.

—*Vellith sar'darithas, volvallasha sor sul.*

Septimus pronunció aquellas palabras desde el centro de la multitud. Se abrió paso entre la gente a empujones para enfrentarse al otro hombre. A pesar de que el otro esclavo seguramente no pasaba de los cuarenta, las penurias y la depresión lo habían envejecido varios años más de la cuenta; comparado con él, Septimus casi

parecía un jovencito a pesar de su aspecto andrajoso. Septimus y Octavia intercambiaron un brevísimo saludo cuando cruzaron las miradas, pero aquel gesto se esfumó tan rápidamente como había surgido. El artificiero bajó la vista hacia el esclavo encorvado y lo acusó con una mirada furibunda de su ojo humano.

—Si ando tan cerca como para escuchar tus mentiras, deberías tener más cuidado con lo que dices —le advirtió.

A Octavia la indignó que la defendieran, pues no tenía ni idea de lo que le habían dicho. Ella no era ninguna tímida doncella a la que tuvieran que proteger para evitarle lidiar con esos ataques de pacotilla.

—Septimus…, puedo arreglármelas sola. Tú, ¿qué es lo que me has dicho? —le preguntó al hombre de mayor edad.

—Te he llamado ramera que se acuesta con perros.

Octavia se encogió de hombros, con la esperanza de poder disimular su rubor.

—Me han llamado cosas peores.

Septimus se enderezó.

—Eres el centro de los descontentos, Arkiah. No estoy ciego. Vengaron a tu hija. Puede que eso te reporte poco consuelo, pero ya no se puede hacer más.

—La vengaron, sí —Arkiah también le respondió en gótico—, pero no la protegieron.

Tenía agarrado un medallón de la legión que escogió ese preciso instante para delatarse y reflejar la poca y tenue luz que había.

Septimus apoyó las manos en las pistolas que llevaba enfundadas en las cartucheras de cuero gastadas que le colgaban de las caderas.

—Somos esclavos en un buque de guerra. Hemos llorado juntos la pérdida de Talisha, pero vivimos vidas siniestras en el más siniestro de los lugares. —Su acento no era bueno y le costaba encontrar las palabras—. A menudo, ni siquiera podemos esperar que nos venguen, y mucho menos que nos protejan. Mi señor mató al asesino de tu hija. Aquel ángel sangriento murió como un perro. Fui testigo de cómo se hacía justicia, ya que vi con mis propios ojos a lord Talos estrangular a aquel asesino.

«Sus propios ojos». Octavia miró de forma automática hacia el ojo humano, oscuro y amable, al lado de la pálida lente azul engastada en su cuenca ocular de cromo.

—*Tosha aurthilla vau veshi laliss.* —El otro hombre le respondió con una risa desprovista de sentimiento—. Esta nave está maldita. —Unos murmullos de asentimiento empezaron a hacerse oír. Aquello no era nuevo. Tras la muerte de la niña, los rumores sobre presagios y mala suerte habían corrido como la pólvora entre la tripulación mortal—. Cuando los nuevos esclavos se reúnan con nosotros, les hablaremos de la maldición en la que ahora se encuentran.

Octavia fue incapaz de entender la respuesta de Septimus una vez que este volvió a hablar en nostramano. La chica se alejó de la multitud para esperar a que acabase la reunión y se sentó encima de una mesa vacía en uno de los confines de la inmensa

cámara. Su ayudante la siguió a trompicones, como un insoportable chucho callejero con el que hubiera cometido el error de haberlo alimentado.

—Oye. —La chica le dio un golpecito con la bota.

—¿Sí, ama?

—¿Conociste a la Nacida en el Vacío?

—Sí, ama. La niña. La única descendencia de la que ha sido testigo el *Pacto*. Muerta a manos de los Ángeles de Sangre.

Octavia volvió a sumirse en el silencio durante un rato mientras observaba a Septimus discutir, con la intención de acallar cualquier propuesta de rebelión. Era extraño pensar cómo, en cualquier otro mundo imperial, él podría haber sido un hombre acaudalado, solicitado por sus habilidades: sabía volar tanto en vuelos atmosféricos como en suborbitales, hablaba varios idiomas, sabía cómo utilizar y mantener armas y, como artificiero que era, trabajaba en sus labores de restauración con la meticulosidad de un artesano, así como con la eficiencia de un mecánico. Sin embargo, aquí no era sino un esclavo. Sin futuro. Sin riqueza. Sin niños. Nada.

«Sin niños».

Ese pensamiento la asaltó, tras lo cual le dio otra patadita a su pequeño aprendiz.

—No hagáis eso, por favor —refunfuñó.

—Perdona. Tengo una pregunta.

—Decidme, ama.

—¿Cómo es que durante todos estos años sólo se ha dado a luz una vez a bordo de esta nave?

Su ayudante invidente volvió a alzar el rostro hacia ella. A la navegante le recordó una flor moribunda que intentara ponerse de cara al sol.

—Es la nave —le dijo—. El *Pacto* en sí. Es lo que nos hace estériles; los úteros se marchitan y las semillas se vuelven débiles. —La pequeña criatura se encogió de hombros tal y como haría un niño—. La nave, la disformidad… esta vida. Mis ojos. —Se tocó los ojos cosidos con una de sus manos vendadas—. Esta vida lo cambia todo. Lo envenena todo.

Octavia se mordía el labio inferior mientras escuchaba. A decir verdad, ella no era humana en el sentido más estricto de la palabra: el código genético impreso en la línea sucesoria de un navegante la dejaba en un delicado nicho evolutivo, próxima a ser una subespecie de *Homo Sapiens*. Su más tierna infancia estaba llena de lecciones y de tutores que le machacaban ese mismo hecho con sermones severos y gráficas biológicas complejas. Pocos eran los navegantes que se reproducían con facilidad, por lo que los niños eran algo que se atesoraba con grandísimo celo en una casa de navegantes: eran la moneda con la que comprar un futuro. Octavia era consciente de que si su vida hubiera seguido su curso preestablecido, la habrían llamado de vuelta a las propiedades familiares en Terra, tras un siglo o dos de servicio, y la habrían emparejado con otro vástago de baja casta, miembro de una casa igualmente menor, con la esperanza de que se reprodujera por el bien del imperio financiero de su padre.

Su captura había dado al traste con esa idea, así que aquella era una de las pocas facetas de su mugrienta y poco iluminada esclavitud que de verdad la beneficiaba en algo.

A pesar de eso, se estaba acariciando el vientre sin darse cuenta.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

Su ayudante se encogió de hombros, gesto al que acompañó el roce de los harapos sucios. Esa respuesta no le aclaró a Octavia si él había tenido nombre alguna vez o si sencillamente lo había olvidado; pero fuera como fuese, no iba a obtener una contestación clara en el futuro inmediato.

—Bueno. —Octavia se obligó a sonreír—. ¿Te gustaría tener uno?

Él volvió a encogerse de hombros, y esta vez el gesto acabó con un gruñido.

Octavia vio el motivo. Septimus se les acercaba. Tras él, la multitud se dispersaba de vuelta a sus puestos de venta destartalados, o bien, abandonando la cámara comunal en grupos reducidos.

—Tranquilo, fiera —sonrió el piloto, de mayor altura. Su ojo potenciado zumbó mientras lo enfocaba, a la vez que la lente azul se ampliaba igual que una pupila al dilatarse.

—No pasa nada. —Octavia le dio una palmadita en el hombro al jorobado. Bajo aquella harapienta túnica, sintió que su brazo estaba frío y lleno de bultos. No era humano. No del todo.

—Vale, ama —asintió el ayudante con suavidad. Dejó de gruñir y se oyeron los chasquidos amortiguados propios de la recámara de un arma al cargarse.

Septimus alargó el brazo para apartar a un lado un mechón de pelo suelto de Octavia y ponérselo detrás de la oreja. Ella casi apoyó la mejilla en la palma de su mano, cautivada por la intimidad del gesto.

—Estás hecha un asco —le dijo a la chica, tan falto de tacto y alegre como un crío que tuviera buenas noticias que dar.

Octavia se apartó a pesar de que él ya estaba retirando la mano.

—Vale —respondió ella—. Bueno. Gracias por la observación.

«Idiota».

—¿Qué pasa?

—Nada.

Su ayudante empezó a gruñirle a Septimus otra vez, pues era obvio que había captado la irritación que destilaba el tono de voz de su señora.

«Pero qué amiguito más observador».

Octavia consideró la idea de darle otra palmadita en el hombro.

—¿Todavía hablan de rebelarse?

Septimus miró de soslayo a las multitudes cada vez menos numerosas y enmascaró un suspiro.

—Resulta difícil convencerlos de que la nave no está maldita cuando son nuestros propios amos los que nos están matando. —Vaciló y luego se dirigió a ella otra vez—.

Te echaba de menos.

Buen intento, pero ella no se iba a dejar engatusar tan pronto.

—Has estado mucho tiempo fuera —le respondió con tono neutral.

—Parece que estás molesta conmigo. ¿Es porque te dije que estabas hecha un asco?

—No. —Apenas pudo contener las ganas de sonreír con sarcasmo—. ¿Ha ido todo bien?

«Idiota».

Septimus se apartó las greñas de la cara.

—Sí. ¿Por qué te has enfadado conmigo? No lo entiendo.

—Por nada —sonrió.

«Porque llevamos atracados hace ya tres días y no has venido a verme. Menudo amigo estás hecho».

—No estoy enfadada.

—A mí me lo pareces, ama.

—Se supone que tú estás de mi parte —le reprochó a su asistente.

—Sí, ama. Perdón, ama.

Octavia intentó cambiar de tema.

—Lo de los asesinatos… ¿fue Uzas?

—Esta vez sí que fue él. —Septimus la miró de nuevo a los ojos—. La Primera Garra lo ha llevado a la cubierta penitenciaria.

—Lo han capturado. Y ahora han llegado nuevos tripulantes. Puede que tengamos algo de estabilidad; todo puede volver a la normalidad.

Septimus le mostró una sonrisa de reproche.

—No consigo que se te meta en la cabeza: esto es la normalidad.

—Lo que tú digas —resopló por la nariz—. ¿Cómo era el Alarido? Dentro de la estación, digo.

El recuerdo le hizo esbozar una ancha sonrisa.

—Interfirió los auraescrutadores. Anuló todos los auspex con interferencias. Luego arrasó todas las frecuencias de entrada y salida de la estación; pero hubo más: apagó las luces de todo Ganges. No tengo ni idea de si Deltrian o el Elevado lo habían planeado ni de cómo funcionó, pero me sorprendió mucho.

—Me alegro de que te divirtieras. —Se quitó la coleta y comprobó que tenía la cinta bien colocada—. Para nosotros no fue tan divertido. El Alarido consume energía como no te puedes ni imaginar. Los motores se apagaron casi del todo y los escudos de vacío estuvieron desconectados casi todo el rato. No tuve nada que hacer excepto esperar mientras vagábamos a la deriva durante días. Ojalá no volvamos a usarlo.

—Sabes que lo harán. Ha funcionado, ¿no? —Su sonrisa se desvaneció al no devolvérsela ella—. ¿Ocurre algo? ¿Qué sucede?

—*Ashilla sorsollun, ashilla uthullun* —le contestó con suavidad—. ¿Qué significan esas palabras?

Él alzó una ceja. Su ojo artificial chasqueó en un intento de imitar dicha expresión.

—Es una rima.

—Ya lo sé. —Resistió las ganas de suspirar. Es que a veces era tan lento…—. ¿Qué significa?

—No se puede traducir directa…

Ella alzó un dedo.

—Si me vuelves a decir «no se puede traducir directamente» otra vez, haré que el amiguito que tengo aquí al lado te pegue un tiro en el pie. ¿Lo captas?

—Lo capto, ama. —Su ayudante empezó a manipular algo bajo su atuendo.

—Bueno… —Septimus comenzó a hablar mientras miraba ceñudo al esclavo jorobado—. Lo que quería decir es que no rima en gótico. Y tanto *sorsollun* como *uthullun* son palabras que significan «carente de sol», pero con diferente… eh… sentido. Viene a decir algo así como «estoy ciego, tengo frío». ¿Por qué lo preguntas? ¿Pasa algo?

—La hija de Arkiah. La Nacida en el Vacío.

Las manos de Septimus, cubiertas con unos mitones de cuero repletos de rozaduras, descansaban en el cinto de su cartuchera. Había asistido al funeral de la niña tan sólo cinco meses antes, cuando sus padres habían lanzado el cadáver cubierto con un sudario por una de las exclusas de aire, junto con el de otros tripulantes asesinados.

—¿Qué pasa con ella?

Octavia lo miró a los ojos.

—La he estado viendo. La vi cuando estabas ausente, en la estación. Y hace una semana oí su voz. Fue ella quien me dijo esas palabras.

• • • • •

La puerta no se abrió. Explotó hacia el exterior con una tormenta de fragmentos que llenaron de humo el pasillo. Las alarmas de emergencia sonaron al unísono y las compuertas próximas se bloquearon debido a que los sistemas automatizados de la nave habían registrado un ataque enemigo, así como el riesgo de brechas en el casco.

En medio de la neblinosa humareda, cinco imponentes siluetas avanzaron igual que espectros cuyos rasgados ojos rojos refulgían desde dentro, donde también aparecían los datos de adquisición de objetivos.

Los proyectiles de bólter que impactaron alrededor de ellos hicieron crujir las paredes, pues detonaron con pequeñas explosiones crepitantes que rociaban a los legionarios con esquirlas de hierro y trozos ardientes de proyectiles explosivos. La Tercera Garra había abierto fuego en el preciso instante en que su visión rapaz se

había adaptado al humo.

Talos emergió el primero de entre la humareda, a la vez que los proyectiles de bólter le desgarraban la servoarmadura y arrancaban trozos de la ceramita superpuesta a la musculatura cableada. Salvó la distancia en menos de un latido de corazón, al tiempo que blandía la espada en un arco desgarrador. Las imágenes retinales mostraban los terribles daños que recibía su armadura con runas que despedían un fulgor a las que acompañó de inmediato el pitido agudo y constante del cese de signos vitales que emitió la armadura del guerrero al que acababa de asesinar:

«Garius, Tercera Garra: pérdida de signos vitales», le anunciaron sus lentes.

Qué pena.

—Habéis estado combatiendo contra mortales durante demasiado tiempo —dijo Talos a través del mordisco punzante de los anuladores nerviosos. Su armadura le inyectó drogas de acción rápida directas al corazón, a la médula y al riego sanguíneo, si bien sus efectos se vieron limitados frente a aquel atroz tiroteo. Los bólters no eran tan efectivos contra las armaduras de la legión, pues eran armas que destrozaban mucho mejor la carne que la ceramita, pero a pesar de la bravuconería del profeta, el fuego concentrado se estaba cobrando su precio.

No tuvo ni que retorcer la hoja de la espada para liberarla. El mandoble le había separado la cabeza a Garius de los hombros limpiamente. Talos agarró la gorguera empapada de sangre e ignoró el chorro de vida que manaba igual que orina del cuello cercenado y que le salpicaba de rojo los guantes. Tras haberlo matado, la carne y el blindaje de Garius le sirvieron de escudo. Las detonaciones machacaron el cuerpo decapitado hasta que Talos se lo lanzó al miembro más cercano de la Tercera Garra.

Xarl estaba entre ellos un momento después, y estrelló la espada sierra contra el casco de uno de sus hermanos con la violencia suficiente como para estampar al guerrero contra la pared. Talos se arriesgó a mirar de soslayo a Xarl y vio que su servoarmadura estaba tan carcomida y rota como la que él llevaba. Xarl se abalanzó sobre otro de los marcados a fuego, sin importarle los daños que había sufrido.

Uzas, como siempre desprovisto de toda elegancia, se había lanzado de cabeza contra el enemigo más cercano e intentaba por todos los medios atravesarle la armadura blanda del cuello con el gladio mientras le gritaba a la placa facial de su adversario una avalancha de sílabas sin significado alguno; era como darle voz al odio irracional. Su armadura lloraba fluidos por un millar de grietas, pero al final incrustó la espada corta en su objetivo con un aullido. El guerrero de los Marcados a Fuego se convulsionó y contaminó la línea de comunicaciones con sus gorgoteos. Uzas se reía mientras serraba con la espada de forma totalmente eficaz, pues lo único que hacía era rasparle la espina dorsal al amo de la noche moribundo sin llegar a cortársela. Un pitido sostenido resonó en los receptores que todos tenían en los yelmos:

«Sarlath, Tercera Garra: pérdida de signos vitales».

—¡Espadas! —gritó Dal Karus a sus hermanos supervivientes.

Talos corrió a su encuentro al mismo tiempo que trazaba un arco con la espada de

los Ángeles Sangrientos, la cual dejaba un rastro de energía crepitante tras de sí. Entrechocaron las armas y se trabaron con rapidez, sin que ninguno de ellos cediera. Ambos guerreros se hablaron con los jadeantes gruñidos que producía el doloroso agotamiento que sentían.

—Usar… los bólters… ha sido una estupidez. —Talos esbozaba una ancha sonrisa tras la placa facial.

—Fue… arriesgado… lo admito —le gruñó Dal Karus en respuesta. Los dientes trituradores de su espada sierra chasqueaban y restallaban mientras intentaban roer la dorada arma que los retenía. La sangre de Garius chisporroteaba mientras se freía en la hoja cargada de energía que blandía Talos.

«Vel Shan, Tercera Garra: pérdida de signos vitales».

Talos no vio cómo había muerto, pero sí oyó el rugido de Xarl superponerse al lamento de otro pitido. El profeta redobló sus esfuerzos y presionó más en la lucha, pero los destrozos de su armadura traicionaban sus fuerzas. Mientras le ardían los músculos, su visualizador retinal parpadeó dos veces. La energía fluía con fogonazos erráticos por los sistemas de su servoarmadura, y no podía hacer más por mantener la espada entrecruzada con la de Dal Karus. Sintió el peso desagradable de sus brazos mientras estos se le fatigaban cada vez más. Un chorro de chispas saltó de una rotura en su generador de energía dorsal.

—Te debilitas —le rugió su enemigo.

—Pues tú… estás superado en número —le respondió Talos con una ancha sonrisa.

Dal Karus se destrabó de Talos de forma tan salvaje que arrojó al profeta trastabillando hacia atrás. La espada sierra resbaló por la hendida placa pectoral de Talos y rasgó el aquila profanada que la decoraba. Maldiciendo su pérdida de equilibrio, Dal Karus hizo todo lo que pudo para ignorar el sonido otra vez: una retahíla de pitidos en los oídos que proclamaba las muertes de sus hermanos.

Retrocedió, con la espada en guardia alta contra… contra…

Contra todos. Centra la Primera Garra al completo.

Esta formaba una jauría rodeada por los cuerpos de aquellos a los que había asesinado. Mientras la nube de humo se disipaba, Talos, Xarl, Uzas, Cyrion y Mercutian permanecieron de pie con sus ensangrentadas armas en las manos. Tenían las armaduras hechas un completo desastre, y en un brevísimo momento de empatia, Dal Karus se imaginó la cantidad de trabajo que sería necesaria para reparar tal castigo. El fuego de las armas había alcanzado de lleno a Talos y a Xarl, pues les habían arrancado varias placas de blindaje y las capas interiores estaban ennegrecidas, perforadas y quemadas. Tenían los cascos abollados hasta el punto de parecer deformes. Xarl había perdido una de las lentes oculares y las dos de Cyrion estaban tan agrietadas que iban a precisar más que una reparación superficial para volver a estar operativas. La mitad de las facciones de Uzas eran visibles a través de su placa facial rota. El líder de los Marcados a Fuego, última alma en portar dicho título, se

quedó mirando a los ojos de ese imbécil que sonreía sin parar de babear.

—Esto es culpa tuya —le dijo Dal Karus—. Tu demencia nos ha costado todas y cada una de las vidas que hemos perdido esta noche.

Uzas se relamió los dientes teñidos de la sangre de sus propias encías. Dal Karus dudaba de que esa bestia llegase a comprender siquiera lo que le estaba diciendo.

—Acabemos con esto. —Hizo que los dientes de la espada sierra rugiesen de nuevo y triturasen el aire—. No hagáis que la Tercera Garra caiga en la deshonra haciéndome esperar la muerte.

Cyrion estalló en carcajadas y los altavoces del casco resonaron con crudeza.

—«Deshonra» —pronunció la palabra sin resuello, entre risas—. Un momento, por favor. —Desconectó los cierres de la gorguera, se quitó el yelmo repleto de grietas y se limpió los ojos con un juramento de combate que se arrancó de la armadura—. «Honor», dice, como si le importase algo. Lo dice un guerrero que era un asesino a los trece y un violador dos años después. Y ahora es cuando le importa el honor. ¿No os parece divertido?

Talos alzó el bólter. Su arma de dos cañones lucía grabados que relataban las hazañas de un guerrero caído que había conseguido mucho más que cualquiera de los presentes.

—Por favor —suspiró Dal Karus—, no me ejecutes con el arma de Malcharion.

—Quítate el casco —le respondió el profeta, impertérrito. Las heridas de su armadura todavía soltaban chispas y derramaban aceites lubricantes—. Perdiste toda oportunidad de escoger tu muerte en el preciso momento en que nos obligaste a participar en este estúpido enfrentamiento.

Con lentitud, Dal Karus obedeció. Se enfrentó a la Primera Garra a cabeza descubierta. El suelo de la cubierta olía al aroma especiado de la sangre, a pesar de que el hedor químico de las detonaciones de proyectiles de bólter lo enmascarara. Les ofreció una sonrisa pesarosa, casi una disculpa.

—¿Cómo es que no os conformasteis con matar a Uzas? —les preguntó—. Eso habría acabado con el problema de raíz.

—Seguro que no eres tan inepto como para pensar eso de veras —le replicó Talos con suavidad—, ni yo tampoco. Esta, como con todas las cosas de nuestra legión, es una herida que ha abierto la venganza.

—Deseo unirme a la Primera Garra.

—Entonces no deberías haberte enfrentado a nosotros revestido de medianoche —seguía apuntando a Dal Karus al rostro—. Si no puedes disuadir a tu propia escuadra de llevar a cabo venganzas de poca monta que nos cuestan vidas leales, entonces ¿de qué le vas a servir a lo que queda de nuestra legión?

—Pues tú no puedes controlar a Uzas. ¿Acaso hay alguna diferencia? ¿O es que vuestras vidas valen más que las nuestras?

—Es evidente que sí, puesto que somos nosotros los que te apuntamos a la cara con sus armas, Dal Karus.

—Talos, yo…

Ambos cañones bramaron. Diminutos pedazos de carne con esquirlas húmedas de cráneo quedaron desparramados contra las paredes y sus armaduras. Decapitado, el cuerpo se derrumbó y se estrelló contra la pared del corredor antes de deslizarse hasta caer desplomado en una posición antinatural.

Permanecieron sin dirigirse la palabra los unos a los otros durante un rato. Sus armaduras soltaban chispas y las juntas hacían ruidos desagradables mientras los guerreros se entretenían contemplando la matanza que habían ocasionado.

Por fin, fue Talos quien rompió el silencio.

—Lleváoslos a rastras. Septimus les quitará las armaduras —dijo, señalando los cuerpos.

• • • • •

—Dos meses.

Talos se rio.

—Por favor, no me gastes bromas, Septimus. No estoy de humor.

El esclavo humano se rascó la mejilla en el lugar donde el metal pulido y la piel pálida se unían, y se quedó mirando la carnicería que había diseminada por el taller. Eran siete cadáveres que lucían unas armaduras que apenas habían sufrido daños y que podrían vaciarse para tirar la carne al espacio aquel mismo día. Pero los cinco miembros de la Primera Garra al completo apenas eran capaces de soportar los desperfectos de sus propias servoarmaduras. El aceite y el lubricante escapaban de las grietas y hendiduras de las perforaciones dejando manchas a medio secar. Habría que golpear las abolladuras, cortar y reemplazar del todo la ceramita destrozada, resellar, repintar y rehacer las capas retorcidas de la amalgama de metales…

Y el daño subdérmico era incluso peor. Había que reconfigurar, recoser y reconstruir la falsa musculatura a partir de cables de fibrohaces. Había que cambiar o reparar los servos y los engranajes de las articulaciones. Había que esterilizar y reconstruir los inyectores de estimulantes. Había que resintonizar los puertos de interfaz, y todo eso antes de que se llevasen a cabo las reparaciones más complicadas: los sistemas sensoriales de los visualizadores retinales de cada yelmo.

—No estoy de broma, amo. Aunque use estas partes como piezas de repuesto, me va a llevar más de una semana para cada armadura por separado. Reescribir los sistemas, readaptarlas a vuestros cuerpos, resintonizar las interfaces a cada uno de vosotros… No puedo hacerlo más rápido. No estoy seguro de que alguien sea capaz de hacerlo.

Cyrion dio un paso al frente. Un estabilizador defectuoso le anquilosaba la pierna izquierda y le hacía cojear, mientras que sus propias facciones estaban agrietadas y

sangraban.

—¿Y si te limitas a trabajar en la de tu señor y en la mía?

Septimus tragó con pesadez al tiempo que procuraba evitar la mirada que Uzas le estaba clavando.

—Dos semanas, lord Cyrion. Puede que tres.

—Tú, mortal, arregla la mía. —Todos los ojos se posaron sobre Uzas, y este les resopló—: ¿Qué? Necesito que me reparen la armadura, como todos vosotros —les espetó.

Talos desactivó los cierres del casco con el siseo serpentino del aire presurizado. Le llevó tres intentos quitarse la abollada ceramita y dejar al descubierto el lienzo de heridas sanguinolentas y magulladuras en que se había convertido su rostro. Uno de los ojos se lo cerraba una horrible costra, el otro seguía limpio, negro y sin iris, igual que el de todos los nacidos en Nostramo, mientras fulminaba a Uzas.

—En primer lugar, no te dirijas a mi artificiero, que además es nuestro «piloto», como si fuera un esclavo. Muestra algo de respeto. —Hizo una pausa para limpiarse la sangre de los labios con el dorso del guantelete—. En segundo lugar, tú tienes la culpa de que estemos pasando por estas penurias. Tus ansias de ir por ahí aullando por las cubiertas de la tripulación y de beberte la sangre de los mortales nos va a impedir durante dos meses que estemos listos para la batalla. ¿Le vas a decir tú al Elevado que ha perdido a dos Garras en una noche?

Uzas se pasó la lengua por los dientes.

—Fueron los Marcados a Fuego los que escogieron luchar contra nosotros. Tenían que haberse hecho a un lado y aún seguirían vivos.

—Para ti es siempre todo tan simple… —Talos entrecerró el ojo que todavía tenía sano. Atenuó el tono de voz mediante un último intento de ser paciente, a la vez que intentaba alejar de los labios el dolor que soportaba—. ¿Qué clase de locura infesta tu mente? ¿Qué te hace ser incapaz de entender lo que nos has costado esta noche?

Uzas se encogió de hombros. Toda la expresividad que les mostró fue la sangrienta palma de mano que pintaba su placa facial.

—Hemos ganado, ¿no? Lo demás no importa.

—Basta. —Cyrion negaba con un gesto de la cabeza a la vez que posaba su agrietado guante sobre la hombrera de Talos—. Es como intentar enseñar a respirar a un cadáver. Déjalo, hermano.

Talos se alejó de la mano apaciguadora de Cyrion.

—Llegará la noche en que la palabra «hermano» ya no será suficiente como para salvarte, Uzas.

—¿Es eso una profecía, vidente? —El otro guerrero mostraba una ancha sonrisa.

—Sonríe todo lo que quieras, pero recuerda estas palabras: cuando llegue esa noche, yo mismo te mataré.

Todos se pusieron tensos cuando llamaron a la puerta.

—¿Quién va? —exclamó Talos.

Tuvo que parpadear para aclararse la vista, pues la tenía cada vez más borrosa. Las heridas que le habían infligido no se curaban con la celeridad que habría cabido esperar, por lo que tenía el enervante presentimiento de que los daños que había sufrido debajo de la armadura eran peores de lo que había pensado en un principio.

Un puño se estrelló contra la puerta tres veces.

—Cazador de Almas —crepitó la voz al otro lado, a modo de saludo. Para sorpresa de todos, aquel tono de voz evidenciaba respeto, a pesar de ser tan áspero y seco como el graznido de un buitre—. Tenemos que hablar, Cazador de Almas. Hay muchísimo de lo que hablar.

—Lucoryphus —Talos bajó la espada—, de los Ojos Sangrantes.



Honrad a vuestro padre

Lucoryphus entró en la cámara de la misma forma que una bestia, merodeando a cuatro patas. Sus pies, enfundados en botas de ceramita, se habían transformado en unas garras blindadas que no diferían mucho de las de un halcón: tenían forma de garfios, múltiples articulaciones y un filo que alcanzaba cotas perversas. Hacía siglos que caminar le suponía un calvario; de hecho, a Lucoryphus incluso le costaba desplazarse con ese reptar desgarbado, y parecía que los propulsores curvilíneos acoplados a la espalda del guerrero se quejaran de ser incapaces de remontar vuelo, pues los confines de aquellos corredores mantenían preso al legionario.

Le sangraban los ojos, maldición por la que había adoptado aquel sobrenombre. Las rasgadas lentes oculares de su máscara blanca derramaban sendos regueros de lágrimas. Lucoryphus de los Ojos Sangrantes, con la placa facial de su aquilino yelmo retorcida hasta parecer un demonio que estuviera profiriendo un alarido inaudible, lo observaba todo con los ojos atentos de un depredador. Las articulaciones cableadas de su cuello gruñían con tono mecánico cada vez que los músculos se le tensaban con espasmos involuntarios. Posó los ojos sobre los amos de la noche de uno en uno con entrecortados movimientos de izquierda a derecha de su casco, como si los guerreros congregados fueran posibles presas.

Había sido como ellos antaño. Ah, sí. Igual que ellos.

Su armadura mostraba pocas pistas, tanto de que fuera miembro de los Amos de la Noche como de su linaje. Todos y cada uno de los guerreros bajo su mando lucían de la misma manera el vínculo que los unía: todos reflejaban las lágrimas rojas de su líder en sus propias placas faciales. Los Ojos Sangrantes eran un culto en sí mismo en primer lugar, e hijos de la VIII Legión en el segundo. Talos se preguntó dónde estarían los demás en aquel momento. Conformaban la mitad de las fuerzas

adicionales que la partida de guerra del Elevado había acogido bajo su seno tras haber evacuado a las compañías de Halasker de Crythe.

—Me envía el Elevado. —La voz de Lucoryphus sonaba como uñas rasgando papel de lija—. El Elevado está rabioso.

—El Elevado rara vez está de otro humor —comentó Talos.

—El Elevado —Lucoryphus se detuvo para espirar aire a través de su rejilla bucal mellada— está rabioso con la Primera Garra.

Cyrion bufó.

—Eso tampoco es que sea extraordinario.

Lucoryphus ladró un ruido que denotaba impaciencia y que no se alejaba demasiado del chillido de un halcón, aunque la intervención de los altavoces distorsionaba dicho sonido.

—Cazador de Almas. El Elevado te pide que vayas a verlo. En el apotecarion.

Talos posó el casco sobre el banco de trabajo que Septimus tenía delante. El mortal soltó sin disimulo un suspiro mientras empezaba a inspeccionarlo.

—Cazador de Almas —graznó de nuevo Lucoryphus—. El Elevado te pide que vayas a verlo. ¡Ahora!

Talos, cuyo rostro mostraba las heridas que había sufrido tan sólo una hora antes, permaneció inmóvil. Se alzaba por encima del encorvado rapaz, con la armadura hecha pedazos como consecuencia de la venganza reciente de sus hermanos. A su espalda, la espada dorada que había robado a los Ángeles Sangrientos reflejaba la poca luz existente en la cámara del artificiero. En la cadera, anclado mediante cierres magnéticos, descansaba el inmenso bólter de dos cañones de cierto héroe de la VIII Legión.

Por el contrario, Lucoryphus de los Ojos Sangrantes había acudido desarmado a su encuentro con la Primera Garra. Un curioso gesto por parte del Elevado.

—¿El Elevado lo pide —sonrió Talos—, o lo exige?

Lucoryphus se estremeció con un espasmo muscular involuntario. Su aquilina cabeza se sacudió y la máscara demoníaca dejó escapar un siseo. La garra que tenía por mano izquierda se cerró de golpe y comenzó a temblar. Cuando volvió a abrir los dedos, las articulaciones de metal chirriaron al desplegarse.

—Lo pide.

—Para todo hay una primera vez —comentó Cyrion.

• • • • •

El Elevado se pasó la lengua por los dientes.

El ser aún llevaba puesta la mayor parte de la armadura, aunque, a decir verdad, hacía tiempo que las placas de ceramita habían pasado a ser parte de su carne mutada.

El apotecarion era amplio, pero la naturaleza del Elevado lo obligaba a encorvarse con incomodidad para evitar que los cuernos del yelmo arañasen el techo. Alrededor del ser lo único que había era silencio: el silencio del abandono. Aquella cámara no se había usado para su cometido auténtico desde hacía muchos años. El Elevado acarició una mesa quirúrgica con uno de sus dedos en forma de garfio mientras reflexionaba sobre cómo esas décadas de abandono pronto serían cosa del pasado.

La criatura se desplazó hasta la bóveda criogénica: toda una pared destinada al depósito de cilindros de cristal cerrados, los cuales estaban organizados y almacenados en perfecto orden y ornamentados con los grabados en nostramano de los nombres de los caídos. El Elevado rugió por lo bajo, una exhalación atormentada, al tiempo que sus dedos similares a cuchillos arañaban con un chirrido los depósitos de metal de la cripta y dejaban muescas a su paso. Tantos nombres… Tantísimos de ellos…

La criatura cerró los ojos y escuchó, durante un momento, las pulsaciones del *Pacto*. El Elevado respiraba al mismo son que el distante y rítmico retumbar de los reactores de fusión, que resonaban con los motores al ralentí de la nave atracada. El ser escuchó los susurros, los alaridos, los gritos y los latidos que transportaba la sangre de todos los que había a bordo. Todo ello reverberaba a lo largo del fuselaje hasta llegar a la mente de la criatura, una marea sensorial constante que le costaba cada vez más esfuerzo ignorar a medida que pasaban los años.

Muy rara vez oía carcajadas, y cuando lo hacía, provenían casi siempre de los mortales, a medida que estos se adaptaban a sus diáfanas y grises existencias en las negras entrañas de la nave. El Elevado ya no estaba seguro de cómo reaccionar ante aquel sonido ni de cuál podría ser su significado auténtico. El *Pacto* era la fortaleza de la criatura, un monumento tanto a su propio dolor como al dolor que le infligía a la galaxia de su abuelo. Las risas intrigaban al Elevado ya que, aunque no lograban desenterrar ningún recuerdo claro de su memoria, le susurraban al oído que, antaño, sí habría sido capaz de entenderlas. El ser en persona las había emitido durante aquella era en la que «el ser» había sido «el hombre».

Los labios se retrajeron sobre sus dientes de tiburón en una ancha sonrisa carente de toda emoción. Cómo cambiaban los tiempos. Y pronto volverían a hacerlo.

«Talos. Lucoryphus».

No fue un mero presentimiento lo que lo llevó a tener la certeza de que estaba a punto de verlos. Dicha seguridad vino dada porque captó los pensamientos de esas dos presencias conforme se acercaban a él; apretujados como si fuesen un texto escrito sin espacios, contaminado por retazos de sus personalidades. Esa actividad mental se arrastró hasta cubrir al Elevado igual que una susurrante e invisible ola. La criatura se dio la vuelta un momento antes de que las puertas del apotecarion se abriesen con sus quejumbrosos mecanismos.

Lucoryphus inclinó la cabeza. El rapaz entró a cuatro patas, lo que hacía que los curvos retrorreactores de su espalda se mecieran de lado a lado, en sintonía con su

torpe manera de andar. Talos no se molestó en saludar. Ni siquiera le hizo un gesto con la cabeza al Elevado en señal de reconocimiento. En vez de eso, el profeta entró con lentitud, con la armadura tan maltrecha que parecía que la habían pintado con una gama cromática de la más completa destrucción y el rostro en condiciones no mucho mejores.

—¿Qué quieres ahora? —le preguntó.

Tenía uno de los ojos enterrado bajo tiras de piel pálida y costras supurantes. La cabeza estaba abierta hasta el hueso y la carne de alrededor de la herida estaba chamuscada y recubierta de jirones. Los daños de un proyectil de bólter que casi lo había matado. Interesante.

A pesar de lo indecoroso de aquel desafío tan típico por parte del profeta, el Elevado se sintió agradecido hacia Talos durante un instante, ya que este había asistido a pesar de hallarse en condiciones semejantes.

—Estás herido —comentó con el murmullo draconiano que era su voz—. Puedo oír como tus corazones se esfuerzan por latir. El hedor de la sangre… la pastosa, líquida contusión de los órganos víctimas del sobresfuerzo… Talos, estás más cerca de la muerte de lo que aparentas. Y aun así, te presentas ante mí ahora. Aprecio esta muestra de confianza por tu parte.

—La Tercera Garra ha muerto. —El profeta, como siempre, habló sin rodeos—. La Primera Garra está inutilizada. Necesitamos dos meses para recuperarnos.

El Elevado asintió con su colmilluda cabeza. Él ya sabía todo eso, por supuesto, pero el hecho de que el profeta le informase igual que un soldado obediente bastaba para contentarlo. Por ahora.

—¿Quién te ha partido la cara?

—Dal Karus.

—¿Y cómo ha muerto Dal Karus?

Talos retiró la mano de la gran herida que le había dejado un boquete en el costado. El guantelete se separó embadurnado de lustrosa sangre.

—Rogando piedad.

Lucoryphus, encorvado y de cuclillas en lo alto de una de las mesas quirúrgicas, emitió para sí una risa estridente por los vocalizadores. El Elevado gruñó antes de contestarle.

—Entonces somos más fuertes sin él. ¿Has cosechado las semillas genéticas de la Tercera Garra?

El profeta se limpió la saliva de los labios.

—Hice que los servidores almacenasen los cuerpos en las criobóvedas. Las cosecharé después, cuando tengamos más reservas de solución conservadora.

El Elevado dirigió la mirada hacia los nichos mortuorios: una fila de taquillas construidas en la pared opuesta.

—Muy bien.

Talos no ocultó el gesto de dolor que hizo al inspirar. La agonía que le provocaban

sus heridas, tal y como sospechaba el Elevado, debía de ser todo un martirio. Lo que también era interesante: Talos no había acudido en aras de la obediencia. Si lo había hecho, incluso con esas heridas tan horrendas, se debía al lugar que el Elevado había escogido. La curiosidad podía motivar hasta a las almas más tozudas. No podía haber otra respuesta.

—Estoy cansado de esta existencia, profeta mío —la criatura dejó las palabras suspendidas en el frío aire que tenían entre ellos—. ¿Tú no?

El comentario cogió a Talos por sorpresa, quien parecía de lo más intrigado.

—Especifica —le dijo, con sangre en las encías.

El Elevado acarició de nuevo las cápsulas de semilla genética con las garras, que volvió a dejar tras de sí teatrales arañazos sobre los preciados contenedores.

—Tú y yo, Talos. Ambos somos una amenaza para la existencia del otro. Ah, ah. Ni se te ocurra discutir. No me importa si te falta tanta ambición como aseguras o si sueñas con mi muerte cada vez que te permites dormir. Constituyes un símbolo, un icono, para los marginados y los descontentos. Tu vida es una navaja en mi garganta.

El profeta se dirigió hasta otra mesa de operaciones e inspeccionó con aire ocioso los brazos de acero que colgaban inertes de la maquinaria quirúrgica acoplada al techo. Una capa de polvo recubría la superficie gris de la mesa. Cuando la barrió con el guantelete, apareció una mancha marrón de la sangre vieja.

—Doloron murió aquí —dijo con suavidad—. Hace treinta y seis años. Yo mismo extraje su semilla genética.

El Elevado observaba mientras Talos se permitía divagar en sus recuerdos. La criatura podía ser paciente cuando la ocasión lo requería. No iba a ganar nada metiéndole prisa. Cuando el profeta devolvió la mirada al Elevado, lo hizo con el ojo sano entrecerrado.

—Sé por qué me has convocado —le dijo.

El Elevado ladeó la cabeza con una amplia sonrisa entre los colmillos.

—Tal y como sospechaba.

—Quieres que comience a recomponer nuestras filas. —Talos alzó el brazo izquierdo y lo sostuvo en alto para que el Elevado lo inspeccionase. Algo de la articulación del codo soltó chispas—. Ya no soy apotecario. Llevo casi cuarenta años sin portar las herramientas rituales. Tampoco ha sobrevivido al entrenamiento ninguno de los novicios de las escuadras de Halasker. —Mientras sentía un regocijo perverso al hablar de las penurias que pasaban, Talos hizo un gesto que abarcó la cámara—. Mira este sitio. Guardamos los fantasmas de guerreros muertos en fríos almacenes y tres docenas mesas quirúrgicas acumulan polvo. El equipo es poco más que chatarra debido al paso del tiempo, al descuido y a los daños como consecuencia de los combates. Ni Deltrian sería capaz de arreglar la mayoría de estas cosas.

El Elevado se lamió las mandíbulas con su lengua negra.

—¿Y qué pasaría si pudiera recuperar todo lo que se ha perdido? ¿Recompondrías nuestras filas? —Entonces, la criatura vaciló, y su profunda voz efectuó una

inspiración que estaba a medio camino entre un gruñido y un rugido—. No tenemos futuro si permanecemos divididos. Seguro que lo ves con la misma claridad que yo. Por la sangre de los dioses, Talos, ¿acaso no deseas ser fuerte otra vez?, ¿o que vuelvan los tiempos en los que podíamos enfrentarnos a nuestros enemigos o cazarlos como si fuesen presas, sin tener que huir de ellos una y otra vez?

—Contamos con algo más de la mitad de nuestros efectivos. —Talos se inclinó sobre la mesa quirúrgica—. Yo mismo he hecho el recuento de almas. Los Ángeles Sangrientos masacraron alrededor de cien tripulantes y a casi treinta de nuestros guerreros. No estamos mejor que cuando heredamos los hombres de Halasker, pero al menos no estamos peor.

—¿Que no estamos peor? —El Elevado limpió con la lengua las estalactitas de saliva que unían sus dientes—. ¿Que no estamos peor, dices? No apartes la mirada de tus propios pecados, Talos. Ya has matado a siete de ellos esta misma noche.

Junto con aquellas recriminatorias palabras sonaron las protestas de la pared de metal mientras la retorcían. La monstruosa garra del Elevado la deformaba ahí donde había presionado con demasiada fuerza. Con un gruñido, la criatura se liberó de un tirón.

—Los guerreros de Halasker han estado unos meses con nosotros y las luchas intestinas son ya lo bastante salvajes como para que haya derramamientos de sangre todas las noches. Nos morimos, profeta. Tú, que puedes escrutar las sendas del futuro, no tienes excusa para estar tan ciego. Ponte a mirar ahora, pues, y dime si nos ves sobreviviendo otro siglo más.

Talos no contestó. No hacía falta que lo hiciera.

—Me convocas aquí y me propones una tregua que no entiendo para un conflicto en el que no deseo tomar parte. No quiero heredar el manto de Malcharion. No quiero liderar lo que queda de nosotros. No soy tu rival.

Lucoryphus emitió otra descarga de ruido saturada de estática, que tanto podía ser una risa sibilante como un bufido desdeñoso. Talos no conocía al guerrero lo suficiente como para estar seguro.

—El Cazador de Almas porta el arma del sabio guerrero y todavía dice que no es el heredero de Malcharion. Tiene gracia.

El profeta hizo caso omiso del rapaz y se centró en la criatura que antaño había sido su comandante. Tuvo que tragarse el buche de sangre que le brotó de la garganta antes de hablar.

—No lo entiendo, Vandred. ¿Qué ha cambiado para que ahora hables de esta forma?

—Ruven. —El Elevado escupió el nombre como si fuera una maldición mientras se daba la vuelta con pesadez, y apoyó sus dos garras transmutadas contra la pared de la cripta. Encorvado y gruñendo, clavó la mirada en el tesoro genético confinado en el interior—. En Crythe, cuando huimos de la furia de los Ángeles Sangrientos. Aquella noche todavía me envenena los pensamientos. Ruven, ese miserable tres veces

maldito, se creyó que tenía autoridad para mandarnos sin reparos, como si él fuese algo más que el peón del señor de la guerra. No pienso obedecer a alguien que ha abandonado nuestra legión. No pienso arrodillarme ante un traidor ni escuchar las palabras de un enclenque. Yo, nosotros, estamos por encima de eso.

El Elevado se dio la vuelta de nuevo; sus ojos miraban de forma penetrante, con la intensidad carente de pasión y alma de una criatura nacida de las silenciosas profundidades del océano.

—Quiero sentirme orgulloso de nuevo. Orgulloso de nuestra guerra. Orgulloso de mis guerreros. Orgulloso de revestirme de medianoche. Debemos alzarnos una vez más, más alto que nunca, o ser olvidados para siempre. Voy a luchar contra ese destino, hermano. Quiero que te unas a mí para luchar contra él.

Talos miró por encima de la maquinaria decrépita y de las mesas abandonadas. El Elevado no podía evitar admirar la compostura del guerrero que se tragaba el dolor que debía de estar sintiendo. Algo, alguna emoción reprimida, relucía tras el ojo sano del profeta.

—Si queremos arreglar la nave y reponer nuestras fuerzas, tendremos que atracar en el Iris Infernal otra vez.

—Lo haremos —gruñó el Elevado.

Talos no contestó. Dejó que el silencio hablase por él.

El Elevado se pasó la lengua por sus ennegrecidas mandíbulas.

—Puede que esta vez no veamos tanto derramamiento de sangre.

Al oír eso, Talos inspiró dolorosamente.

—Te ayudaré —dijo por fin.

Mientras el profeta se marchaba de la estancia, el Elevado retrajo sus agrietados labios hasta formar algo parecido a una sonrisa de dientes manchados. Detrás de Talos, la puerta se cerró con un chirriante estruendo metálico.

—Por supuesto que lo harás —susurró húmedamente la criatura al frío aire.

● ● ● ● ●

La puerta se cerró, lo que lo dejó a solas en el pasillo subespinal para reflexionar sobre las palabras del Elevado. Talos no se hacía ilusiones: la tregua que le ofrecía la criatura se cimentaba en el provecho que esta iba a sacar de algo así, y sobraba decir que ninguna de las promesas del Elevado iba a evitar que el profeta se guardase las espaldas a la menor oportunidad. El *Pacto* no era seguro. No con las tensiones que bullían entre las Garras.

Cuando decidió que había caminado bastante, Talos aminoró la marcha. Limpiarse la sangre del ojo bueno suponía un tedio constante. En la mitad desollada del rostro, el aire lo cortaba mientras le acariciaba el cráneo con sus fríos dedos.

Debajo de todo eso, sus pulsaciones hacían poco más que insuflar dolor a su cuerpo.

No era inteligente quedarse solo ahí fuera. Tras dejar el apotecarion, el primer lugar que necesitaba alcanzar eran las bodegas de esclavos. Si el Elevado quería que la partida de guerra fuese más fuerte que nunca, eso requeriría la presencia de esclavos entrenados, dotaciones de artillería, artificieros, manufactureros y también de legionarios. Esta última necesidad era la más difícil de suplir, pero se podía paliar. La estación Ganges les había entregado una fortuna en carne, así como en botín.

El profeta giró hacia un corredor secundario y sintió que dicho movimiento le apretaba ambos corazones contra el pecho. Estos no latían, vibraban: zumbaban por el sobresfuerzo al que se veían sometidos. Una gélida ola de náuseas se apoderó de él con un abrazo desconocido a la par que desagradable; la modificación genética a la que se había sometido en su juventud erradicaba toda capacidad de sentirse mareado desde el punto de vista de la biología humana, aunque los estímulos intensos todavía podían desorientarlo. Resultaba evidente que el dolor también podía.

Cuatro pasos. Dio cuatro pasos por el pasillo en dirección norte antes de estrellarse contra la pared. La sangre le invadía la lengua con un regusto a cobre que le escocía, ya que estaba mezclada con los jugos cáusticos de sus glándulas salivales. Pasó de respirar a purgarse cuando vomitó sangre sobre la cubierta. El charco siseó y burbujeó sobre el acero, pues estaba diluido en tanta saliva ácida que la sangre había pasado a ser corrosiva.

Algo de la articulación de su pierna se bloqueó; casi seguro uno de los cables perteneciente a los haces de fibras, demasiado dañado como para seguir trabajando. El profeta se separó con esfuerzo de la pared, se alejó cojeando del charco de sangre y vómito todavía burbujeante y se desplazó a solas por los oscuros túneles de la nave. Cada paso le transmitía nuevos dolores que florecían bajo su piel. Con una sacudida, el mundo se puso del revés. El metal resonó contra el metal.

—Septimus —murmuró a la oscuridad.

Se pasó un rato respirando de dentro a fuera para llevar a cabo el esfuerzo de introducir el aire estancado de la nave en su cuerpo, y sintió que algo caliente y húmedo le goteaba de una fractura del cráneo. Llamar a gritos a un esclavo no lo iba a ayudar ahora. Malditos fueran los huesos de Dal Karus. Durante un instante de rencor, se imaginó que les daba el casco de Dal Karus a los esclavos para que lo usaran de orinal. Tentador. Muy tentador. La idea de una venganza tan infantil hizo que sus labios sangrantes esbozasen una sonrisa culpable, a pesar de que hacer realidad un acto de ese calibre fuese demasiado mezquino como para considerarlo seriamente.

Obligarse a sí mismo a volver a ponerse de pie le llevó siglos. ¿Es que se moría? No estaba seguro. Él y Xarl se habían llevado la peor parte de los disparos de bólter de la Tercera Garra: sus armaduras habían quedado hechas una ruina, y Talos estaba muy al corriente de lo brutales que debían de ser sus heridas si su sangre ni siquiera podía coagularse para cerrar el gran desgarro que tenía en el costado. Lo que le quedaba del rostro no le preocupaba tanto, pero si no se encargaba de eso pronto, necesitaría un

gran número de implantes biónicos para subsanar los daños.

Otra docena de pasos y se le enturbió la vista. No bastaba con pestañear para aclarársela, y el hormigueo que delataba la localización de su red arterial era una pista clarísima de que la armadura ya le había inundado el riego sanguíneo con adrenalina sintética e inhibidores de dolor a niveles arriesgados.

El Elevado estaba en lo cierto. Sus heridas eran más graves de lo que había querido demostrar. La pérdida de sangre empezaba a arrebatarle el sentido del tacto de las manos y sentía pesadez por debajo de las rodillas. Las bodegas de esclavos podrían esperar una hora. Sus insensibles dedos buscaron a tientas el comunicador secundario en la gorguera.

—Cyrion —dijo al enlace—. Septimus. —Cuán corta era la lista de nombres de plena confianza a los que podía llamar—. Mercutian —continuó de forma ahogada. Y entonces, para su sorpresa—: Xarl.

—Profeta —fue la respuesta que le llegó de detrás. Talos se dio la vuelta al tiempo que respiraba con pesadez dado el esfuerzo que le suponía estar de pie—. Tenemos que hablar —dijo el recién llegado.

Al profeta le llevó un momento reconocer la voz. Seguía sin aclarársele la vista.

—Ahora no.

No intentó llevarse las manos a las armas. Sería una amenaza demasiado obvia y, de todas formas, no estaba seguro de que pudiera agarrarlas con la suficiente convicción.

—¿Algo anda mal, hermano? —Uzas se deleitó en paladear aquella última palabra —. Tienes mala cara.

¿Cómo responder a eso? La presión que sufría bajo la caja torácica le decía que, por lo menos, uno de los pulmones le estaba fallando. La fiebre tenía un sudoroso e inmundo matiz septicémico, cortesía de la miríada de fragmentos de proyectiles de bólter incrustados en su cuerpo. A eso se sumaban la pérdida de sangre y el grave traumatismo biológico, que a su vez se combinaban con su debilitado estado derivado de la sobredosis de drogas de combate que la armadura le administraba de forma automática… Y la lista seguía. En cuanto a su brazo izquierdo… ya no se movía. Quizá tendría que reemplazarlo. Lo que era un pensamiento en absoluto agradable.

—Tengo que llegar hasta Cyrion —le dijo.

—Cyrion no está aquí. —Uzas hizo la pantomima de mirar alrededor del túnel—. Sólo estamos tú y yo. —Se le acercó—. ¿Adónde ibas?

—A las bodegas de esclavos. Pero pueden esperar.

—Así que ahora cojeas de vuelta a Cyrion.

Talos escupió un buche rosáceo de saliva corrosiva que carcomió la cubierta con gran regocijo.

—Pues no, ahora estoy aquí discutiendo contigo. Si tienes algo que decir, hazlo rápido. Tengo asuntos que atender.

—Huelo tu sangre, Talos. Fluye de tus heridas como una plegaria.

—Jamás he rezado en mi vida. Y no voy a empezar ahora.

—Te lo tomas todo de forma muy literal. Eres tan directo… Estás ciego a cualquier cosa más allá de tu propio dolor. —El otro guerrero blandió su arma: no la pesada hacha sierra, sino un gladio de plata tan largo como su antebrazo. Al igual que el resto de la Primera Garra, llevaba su arma de último recurso envainada en la espinillera—. Estás tan seguro de que siempre te van a obedecer… —Uzas acarició el filo de la espada.

—Te he salvado la vida esta noche. Dos veces. —Talos sonrió tras la sangre que le cubría el rostro—. ¿Y me lo pagas con tus lloriqueos?

Uzas todavía jugueteaba con el gladio, el cual giraba en sus guanteletes y cuyo acero el legionario examinaba con falsa despreocupación. La sangrienta huella de una mano era un brochazo en la placa facial de Uzas. Antaño, durante cierta noche de hace mucho tiempo, había sido sangre de verdad. Talos recordaba cómo una joven forcejeaba bajo la presa de su hermano y empujaba con sus dedos empapados de sangre el casco de Uzas con absoluta futilidad. Una ciudad ardía a su alrededor. Ella se retorcía y forcejeaba para evitar que la destripasen con la mismísima espada que ahora empuñaba su hermano.

Después de aquella noche, Uzas siempre se aseguraba de que la imagen siguiera pintada sobre su máscara. Un recordatorio. Un icono personal.

—No me gusta como me miras —le dijo Uzas—. Como si estuviera loco. Repleto de fallos.

Talos se inclinó y dejó caer gotas de sangre oscura de entre sus dientes sobre la cubierta.

—Entonces cambia, hermano. —El profeta se enderezó con un dolorido gemido y se quitó el regusto a cobre de los labios con la lengua—. No me voy a disculpar por ver lo que tengo delante, Uzas.

—Nunca has visto con claridad. —La voz del guerrero estaba saturada de estática, lo que eliminaba cualquier atisbo de emoción en ella—. Siempre hacemos lo que dices, Talos. Siempre tiene que ser como dice el profeta. —Miró su propio reflejo en el gladio—. Todo lo demás está corrupto, podrido o mal.

En la garganta notaba el agrio sabor químico de los estimulantes. Talos resistió las ganas de llevarse la mano a la espada de los Ángeles Sangrientos que llevaba envainada a la espalda.

—¿Me vas a dar el sermón? Me encanta que hayas podido juntar más de cuatro palabras hasta formar una frase, pero ¿podríamos discutir mi punto de vista cuando no me esté muriendo por desangramiento?

—Podría matarte ahora. —Uzas se acercó incluso más. Dirigió la punta de la espada hacia el aquila profanada esculpida en la placa pectoral del profeta, y luego la alzó hasta hacerla descansar en la garganta de Talos—. Un corte más, y estás muerto.

La sangre goteó sobre el filo del arma: gota, tras gota, tras gota, de la barbilla de Talos. Abandonaba las comisuras de sus labios como si fueran regueros de lágrimas.

—Ve al grano —le dijo.

—Te quedas mirándome como si estuviera enfermo. Como si estuviera maldito. —Uzas se inclinó hacia adelante, lo que hizo que su máscara pintada mirase a su hermano a los ojos—. Miras a nuestra legión del mismo modo. Si tanto odias tu propio linaje, ¿por qué sigues siendo parte de él?

Talos no dijo nada. El fantasma de una sonrisa bailó en una de sus comisuras.

—¡Tú no tienes la razón! —le escupió Uzas. El metal mordió y la piel se abrió con la mayor de las delicadezas al paso del metal. Con esa gentil caricia de acero contra piel, la sangre manó sobre la plata—. La legión siempre ha sido así. Te ha costado milenios abrir los ojos y ahora rehúyes de la verdad. Yo honro al primarca. Camino bajo su sombra. Mato como él mataba. ¡Mato porque puedo!, justo como él. Escucho los gritos de divinidades lejanas y recibo poder de ellas sin rendirles culto. Fueron armas en la Gran Traición, y lo siguen siendo en la Larga Guerra. Honro a mi padre de un modo en el que tú nunca lo has hecho. Yo soy más hijo suyo de lo que tú nunca has sido.

Talos clavó los ojos en las lentes oculares de su hermano y se imaginó el rostro babeante que había tras la placa facial. Con lentitud, agarró la espada que tenía en la garganta y la apartó de su piel.

—¿Has terminado ya, Uzas?

—Lo he intentado, Talos. —Uzas retiró la hoja y la envainó con un elegante movimiento—. He intentado rescatar tu honor hablándote de forma honesta y clara. Mira a Xarl. Mira a Lucoryphus. Mira al Elevado. Mira a Halasker, o a Dal Karus, o a cualquier hijo de la VIII Legión. La sangre de nuestras manos está ahí porque el miedo de los hombres sabe delicioso. No es ni por la venganza ni por la justicia ni para asegurarnos de que el nombre de nuestro padre se venere por los siglos de los siglos. Somos la VIII Legión. Matamos porque hemos nacido para matar. Asesinamos porque es el combustible del alma. No nos queda nada más. Acéptalo, y… y quédate… con nosotros. —Uzas terminó con un rugido húmedo y borboteante mientras daba un paso hacia atrás para mantener el equilibrio.

—¿Qué te pasa?

—Demasiadas palabras. Demasiada cháchara. El dolor vuelve. ¿Pensarás en lo que te he dicho?

Talos negó con la cabeza.

—No. Ni por un instante. Aseguras que nuestro padre aceptaba todo aquello que odio. Si eso fuese cierto, ¿cómo es que enviamos a nuestro mundo natal a las llamas? Redujo una civilización a cenizas con el puro propósito de detener el cáncer que se extendía por su legión. Eres mi hermano, Uzas. Jamás te traicionaré. Pero estás equivocado, y voy a salvarte de ese sufrimiento si puedo.

—No necesito salvarme. —El otro guerrero le dio la espalda, y su respuesta estaba saturada de asco—. Siempre tan ciego. No necesito salvarme. Intenté abrirte los ojos, Talos. Recuerda. Recuerda esta noche. Lo intenté.

Talos observó a su hermano Uzas marcharse y adentrarse en las sombras.
—Lo haré.



HUIDA

Libertad.

«Es un concepto un tanto relativo si tenemos en cuenta que no tengo ni idea de dónde estoy», reflexionó Maruc.

Eso sí era un comienzo.

El devenir del tiempo era incierto cuando nada cambiaba jamás. Según sus mejores cálculos, lo habían tenido encadenado como a un perro durante seis o siete días. Al no tener forma de saberlo con certeza, fundamentaba su estimación en la cantidad de tiempo que la gente se pasaba durmiendo, así como cuántas veces se habían visto obligados a cagarse encima.

Su mundo había quedado reducido a un manto de oscuridad y al olor de los detritos humanos. De vez en cuando, durante aquellas incontables horas, la luz diáfana de las lámparas de mano pululaba por la estancia y apuñalaba a la gente apiñada, al tiempo que los pálidos tripulantes de la nave repartían raciones de tiras de carne salada y tazas de hojalata llenas de agua salobre. Hablaban una lengua que Maruc jamás había oído, que consistía en sisearse y que sonaba como si no se dijeran más que «ash, ash, ash» los unos a los otros. Ninguno de ellos se dirigía nunca a sus cautivos. Entraban, alimentaban a los prisioneros y se marchaban. Inmersos otra vez en la oscuridad, las cadenas que los mantenían cautivos apenas les permitían moverse más allá de un metro.

Con el sigilo exagerado del que se había valido en Ganges, deslizó el pie del grillete de hierro que le había dejado rozaduras en el tobillo. No tenía puestas las botas, llenas de mugre y abandonadas en un charco frío de meados junto a sus calcetines.

«Aun así, lo cierto es que es un comienzo», volvió a concederse a sí mismo.

—¿Qué haces? —le preguntó el hombre que tenía al lado.

—Me voy. Me largo de aquí.

—Ayúdanos. No puedes irte sin más. Tienes que ayudarnos.

Oyó que otras cabezas se volvían en su dirección, aunque ninguna pudiese ver nada en aquella negrura absoluta. Al ruego se sumaron más voces.

—Ayúdame.

—No nos dejes aquí…

—¿Quién está libre? ¡Ayúdanos!

Les chistó para hacerlos callar. La presión de los cuerpos apestosos que lo rodeaban era pegajosa y carnosa. Los esclavos estaban de pie en aquella oscuridad extrema, con grilletes en los tobillos y cubiertos con lo que fuera que llevaban puesto cuando se los llevaron a rastras de las cubiertas de la estación Ganges. Maruc no tenía ni idea de cuántos de ellos había en la cámara junto a él, pero sonaba a unas pocas docenas. Sus voces reverberaban por las paredes. Fuera lo que fuese el almacén en el que los habían confinado, era amplio. La nave que había atacado Ganges no era algo para tomarse a risa, fuesen asesinos de leyenda o no.

«No pienso morirme».

Aquello le sonaba estúpido incluso a él.

—Voy a buscar ayuda —dijo, con cuidado de mantener la voz baja. Era bastante fácil, puesto que la deshidratación le había dejado la garganta seca hasta casi silenciarlo del todo.

—¿Ayuda? —Los cuerpos se empujaron entre ellos cuando uno de los de más adelante intentó abrirse paso—. Yo estaba en la estación de defensa —dijo aquella voz con un áspero susurro—. Todos los que había en Ganges están muertos. ¿Cómo te has liberado?

—Me deshice del grillete poco a poco.

Se alejó a través de la masa de cuerpos y fue a ciegas hacia donde, quería pensar, estaba la puerta. La gente lo insultaba y le devolvía los empujones, como si su libertad los molestase.

Una sensación de alivio se apoderó de él cuando sus manos, abiertas de par en par, rozaron la fría pared de metal. Maruc empezó a desplazarse hacia la izquierda a tientas, buscando la puerta con sus dedos llenos de roña. Si pudiera abrirla, habría alguna probabilidad de que…

Ahí. Sus inquisitivas manos dieron con el borde protuberante de la puerta. Ahora bien, ¿se abría mediante un cierre a presión montado en la pared, o por medio de un teclado?

«Aquí. Aquí está».

Maruc deslizó las yemas de los dedos en el panel a lo largo de las protuberantes teclas y palpó un teclado estándar de nueve botones. Las teclas eran más grandes de lo que se esperaba; además, estaban un poco gastadas por el uso.

Maruc aguantó la respiración con la esperanza de calmar su vociferante corazón. Pulsó seis teclas al azar.

La puerta se deslizó sobre unos raíles desengrasados, haciendo ruido suficiente como para despertar a los muertos. La luz que provenía del otro lado se derramó sobre los ojos de Maruc.

—Eh… hola —dijo una voz de mujer.

• • • • •

—Atrás —le advirtió Septimus. Tenía ambas pistolas desenfundadas y con ellas apuntaba a la cabeza del esclavo fugitivo—. Un paso más. Eso es.

Octavia entornó los ojos.

—Está desarmado, Septimus.

Él no bajó las voluminosas pistolas.

—Ilumina la estancia de ahí dentro. ¿Cuántos hay libres?

Octavia obedeció y desplazó la lanza de luz por aquella lúgubre escena.

—Sólo él.

—*Forfallian dal sur shissis lalil na sha daré el* —dijo Septimus, y aunque Octavia no comprendiera dichas palabras, su rostro indicaba que estaba maldiciendo—. Tenemos que ser precavidos. Ten cuidado.

Ella lo fulminó con la mirada durante un instante.

«“¿Ten cuidado?”. ¡Como si hiciese falta que me lo dijeran! Idiota».

—Por supuesto —resopló la chica—. Seguro que se nos come o algo parecido.

—Yo protejo a la ama.

Su asistente, siempre presente a su lado, agarraba una escopeta recortada llena de suciedad con sus manos vendadas mientras clavaba una mirada con los párpados cosidos al esclavo fugitivo. Ella se aguantó la imperiosa necesidad de pegarles un puñetazo a cada uno por su fanfarrona sobreprotección.

—Está desarmado —les repitió ella, haciéndole un gesto a Maruc—. Él… *Sil vasha*… eh… *Sil vasha nuray*.

Su ayudante se rio con disimulo. Octavia le dedicó una torva mirada.

—Eso significa «no le han armado las piezas» —le dijo Septimus. Seguía apuntando a Maruc con las armas—. Tú, esclavo, ¿cómo te has liberado?

Cuando el resplandor se disipó, Maruc se encontró mirando a tres personas. Uno era un monstruito jorobado que llevaba un hábito de arpillera y que tenía los párpados cosidos. Al lado tenía a una chica de elevada estatura, con el pelo oscuro y la piel más lívida que jamás le había visto a una mujer. Y junto a ella, un tipo desaliñado con implantes biónicos en la mejilla y la frente que lo apuntaba con dos pistolas justo en la cara.

—Me deshice del grillete poco a poco —admitió—. ¿Dónde estamos? ¿Qué nos vais a hacer?

—Me llamo Septimus. —Este siguió sin bajar las armas—. Sirvo a la legión astartes a bordo de esta nave. —Su voz resonó en la cámara. Nadie más habló—. Estoy aquí para averiguar cuáles son vuestros oficios y especialidades, y juzgar así vuestro valor para la VIII Legión.

Maruc tragó con pesadez.

—La VIII Legión no existe. Sé algo de mitología.

Septimus no pudo evitar del todo sonreír.

—Hablar así en esta nave será tu sentencia de muerte. ¿A qué te dedicabas en Ganges?

Septimus bajó las armas y Maruc hizo lo propio con los brazos. Acababa de darse cuenta de la imperiosa necesidad que tenía de ducharse.

—Labores de manufacturación, principalmente.

—¿Trabajabas en la refinería?

—Construcción. En las cintas transportadoras. En la cadena de montaje, vaya.

—¿Y en la maquinaria?

—Algo. Cuando se rompían y había que pegarles una patada.

Septimus vaciló.

—Un trabajo difícil.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —Un extraño orgullo floreció en su interior en aquel momento—. Ya sé que era una paliza. Era yo el que lo hacía.

Septimus enfundó las armas.

—Cuando hayamos acabado, te vas a venir conmigo.

—¿Ah, sí?

—Pues sí. —Septimus tosió con educación—. También necesitas un baño.

Entró en la cámara, y los demás lo siguieron. El asistente de Octavia todavía sujetaba con fuerza la escopeta. La navegante le mostró una incómoda sonrisa a Maruc.

—No trates de huir —le dijo ella—. O te disparará. Esto no nos llevará mucho tiempo.

Uno tras otro, Septimus recopiló sus antiguas profesiones, anotándolas en una placa de datos. Esta era la tercera bodega que visitaban. Ninguno de los prisioneros lo había atacado hasta el momento.

—¿Es que les han administrado kalma? —le susurró Octavia en cierta ocasión.

—¿Qué?

—La droga sedante. La usamos en Terra, a veces. —La expresión de Septimus le hizo soltar un suspiro—. Olvídalo. ¿Les estás echando algo en sus raciones de agua? ¿Cómo es que no hacen nada? ¿Por qué no intentan pegarnos?

—Porque lo que les ofrezco no es distinto de lo que ya tenían. —Vaciló y se dirigió a ella—. Que yo recuerde, tú tampoco intentaste pegarme.

Ella lo obsequió con lo que podría haber sido una sonrisa coqueta aderezada de exquisita sofisticación de haber venido del vástago de una familia noble afincada en

un pináculo terrano. En su lugar, la sonrisa pareció algo ordinaria a la par que traviesa.

—Bueno —dijo mientras jugueteaba con su coleta—, conmigo fuiste mucho más agradable que con esta gente.

—Pues claro que lo fui.

Septimus lideraba la marcha hacia la salida. Tras ellos, Maruc y el ayudante de Octavia los seguían. Al resto les había dado las instrucciones de esperar hasta que llegasen más tripulantes que los llevarían a otras partes de la nave, de forma que se pudieran asear y comenzar con sus nuevas labores.

—¿Y cómo es que fuiste más agradable conmigo? —le preguntó ella.

—Porque me cogiste por sorpresa. Sabía que eras una navegante, pero jamás había visto a una antes. —Su ojo humano reflejaba el brillo de la lámpara—. No me esperaba que fueras preciosa.

Se alegraba de que la oscuridad ocultase su sonrisa. ¡Si es que cuando quería podía decir justo lo…!

—Y porque eras muy valiosa para la legión —añadió—. Tenía que tratarte bien. El amo me lo había ordenado.

Esta vez, lo que ocultó la oscuridad fue la mirada que le clavó.

«Idiota».

—¿Cómo te llamas? —le preguntó la chica a Maruc.

—Maruc.

Una sonrisa precedió la respuesta de Octavia. Era la clase de expresión que hizo que Maruc sospechase que su padre se habría desmoronado bajo esas miradas.

—No te acostumbres —le dijo ella—. Nuestro amo y señor puede que tenga otra idea en mente.

—¿Y tú cómo te llamas? —le preguntó Maruc.

—Octavia. Soy la octava.

Maruc asintió y señaló la espalda de Septimus con un dedo mugroso.

—¿Y él es Septimus porque es el séptimo?

El hombre de mayor estatura le respondió por encima del hombro.

—Exacto.

—Pues yo no tengo nombre —fue la útil aportación del ayudante jorobado, cuyos párpados suturados lo miraron durante un instante—. Pero Septimus me llama Fiera.

Por aquel entonces, Maruc ya detestaba a ese enano espeluznante. Se obligó a ofrecerle una sonrisa forzada al contrahecho personaje hasta que este apartó la vista, y entonces volvió a dirigirse a la chica.

—Septimus y Octavia. El séptimo y la octava —comentó. Una vez que ella le contestó con un simple asentimiento, se aclaró la garganta para preguntar—: ¿Los séptimos y octavos qué?

• • • • •

En el corazón del strategium, el Elevado cavilaba sentado en su trono rodeado de sus Atramentar. Garadon y Malek estaban más cerca de su amo y señor que los demás; ambos guerreros, cuyas armas estaban desactivadas y envainadas, proyectaban sombras colosales con sus armaduras de exterminador decoradas con cuernos y colmillos.

Alrededor del estrado, la tripulación del puente trabajaba bajo la mirada severa de los focos que brillaban encima de cada consola. Mientras que la luz bañaba las cubiertas de mando de la mayoría de naves de guerra, el *Pacto de Sangre* permanecía en medio de la oscuridad, rota tan sólo por los reductos de luz alrededor de la tripulación humana.

El Elevado tomó aire y trató de escuchar una voz que ya no podía oír.

—¿Qué os preocupa, mi señor?

Era Garadon quien se lo había preguntado. El guerrero cambió de postura, lo que provocó que las juntas de su armadura sonasen con el concierto de chasquidos de los servos al actuar. En lugar de contestar, el Elevado ignoró la preocupación de su guardaespaldas y se guardó sus pensamientos para sí. El cascarón mortal que ocupaba, aquel icono colosal de fuerza demoníaca, le pertenecía de los pies a la cabeza. La criatura se había abierto paso por el interior del cuerpo del legionario cavando cual lombriz y había vaciado y fundido su código genético por medio de la usurpación más bella e insidiosa imaginable. El cuerpo que antaño había sido el capitán Vandred Anrathi de la VIII Legión ya no existía; era el Elevado quien ahora gobernaba sobre esa envoltura corporal, orgulloso de su usurpación y de la cómoda malformación que había causado para adaptarla a su nuevo dueño.

Pero la mente, los recuerdos… siempre quedaban mancillados por la presencia de otra alma. Rebuscar por los pensamientos de aquel cascarón equivalía a ser el testigo lejano de los recuerdos de otro ser, que la criatura drenaba en pos de significados y conocimientos. Con cada invasión psíquica, los zarcillos violadores de mentes se toparían con una presencia furiosa (e indefensa), enroscada sobre sí misma, en posición fetal. La sombra de Vandred se abrazaba con fuerza a su propio cerebro, separada para siempre de la sangre, los huesos y la carne que había dirigido antaño.

Y ahora… silencio. Silencio desde hacía días, semanas.

Atrás habían quedado las carcajadas que rayaban en la locura. Atrás habían quedado los gritos atormentados que prometían venganza cada vez que el Elevado buscaba entre los conocimientos e instintos acumulados de esa psique.

La criatura respiró a través de sus mandíbulas entreabiertas al tiempo que enviaba los zarcillos de pensamiento de regreso a su propia mente. Sus indagaciones hicieron desbordar recuerdos y emociones mientras la registraban desordenadamente.

La vida sobre un mundo de noche perpetua.

Las estrellas del cielo, lo bastante brillantes como para herir los ojos en las noches despejadas.

El orgullo de contemplar cómo arde una nave enemiga en la órbita mientras desciende de forma vertiginosa hasta estrellarse en el mundo de más abajo.

El asombro, el amor, el devastador torrente de emociones que había sentido al mirar absorto a un padre primarca que no siente orgullo alguno de los logros de sus hijos.

El mismo cadáver pálido que tenía por padre, demente a raíz de las mentiras que se había dicho a sí mismo y que se inventa traiciones para saciar su voraz locura.

Fragmentos de lo que el antiguo propietario de esa envoltura corporal había dejado tras de sí: resquicios de memoria tirados y desparramados con desorden por aquella psique.

El Elevado rebuscó entre ellos, en pos de algo que todavía siguiera vivo. Pero… Nada. Nada existía en las entrañas de aquel cerebro. Las sobras que habían quedado de Vandred habían desaparecido. ¿Acaso anunciaba esto una nueva fase en la evolución del Elevado? ¿Estaba libre al fin de la pegajosa y vomitiva alma mortal que se había resistido a la aniquilación durante tantas décadas?

Pudiera ser, pudiera ser.

Tomó aire otra vez y se enjugó la baba ácida de las mandíbulas con la lengua. Con un gruñido, le indicó a Malek que se acercara y…

Vandred.

No era tanto un nombre, sino más bien un empuje de personalidad, una repentina y agresiva explosión de recuerdos y emociones que bulló contra el cerebro del Elevado. Aquel ataque de poca monta hizo que la criatura soltase una carcajada, pues le divertía la idea de que la sombra que quedaba del alma de Vandred orquestase un asalto así sobre la consciencia dominante después de tanto tiempo. El silencio no había sido un síntoma de que esa alma hubiera sido destruida, después de todo; Vandred se había escondido, tras escarbar más profundo en su contrahecha psique compartida, y había acumulado energías para aquel inútil intento de golpe de Estado.

«Duerme, ser de carne insignificante —se rio entre dientes el Elevado—. Atrás te quedas».

Los alaridos desaparecieron poco a poco hasta que se los volvió a tragar y pasaron a ser un zumbido de fondo de escasa intensidad, en las más recónditas profundidades de la percepción inhumana del Elevado.

Bueno. Había sido una distracción muy divertida. La criatura volvió a abrir los ojos a la vez que introducía aire en la envoltura corporal para expresarle a Malek sus decisiones.

Una tormenta de luz y sonido lo aguardaba de regreso al mundo exterior: sirenas que aullaban, tripulantes que corrían, voces humanas que gritaban. Una carcajada en su interior acarició los sentidos del Elevado; se trataba de la sombra de Vandred, que se regocijaba en su patética victoria al haber distraído al demonio durante un breve

instante.

El Elevado se levantó del trono. Su mente inhumana ya estaba obteniendo respuestas del aluvión de información sensorial. Las sirenas eran alarmas por la proximidad de una amenaza leve. La nave seguía atracada. La consola de auspex emitía sus resultados con urgencia; un tripulso que sugería que, o bien se acercaban tres naves, o que había muchas más embarcaciones más pequeñas apiñadas. Dada su localización, podría tratarse de naves transportistas sin importancia que estuvieran al servicio del Adeptus Mechanicum; una patrulla de la armada imperial a la que los vientos de la disformidad habían desviado muy lejos de su rumbo o, con total y funesta probabilidad, la llegada de una flota de vanguardia con los colores del capítulo astartes que había jurado defender esa región del espacio.

—Desconectad todos los umbilicales de la estación.

—En seguida, mi señor.

Aquel mortal oficial de puente —¿cómo se llamaba? ¿Dallow?, ¿o Dathow? Esos detalles tan nimios luchaban por permanecer en la mente del Elevado—, ataviado con su antiguo uniforme de la armada imperial desprovisto de todo emblema que mostrase su afiliación, se inclinó sobre su consola. El hombre llevaba varios días sin afeitarse. Su mentón lo decoraban mechones canosos.

Dallon, la voz de Vandred se manifestó como un fantasma en la mente de la criatura.

—Todos los sistemas a máxima potencia. De inmediato.

—A la orden, mi señor.

La criatura expandió sus sentidos e hizo que su vista y oído se fundieran con los sensores de largo alcance de los auspex del *Pacto*. Ahí, ardiendo en medio del espacio profundo, los cálidos rastros del núcleo de los motores enemigos. El Elevado se inclinó hacia la sensación y envolvió a las presencias que se aproximaban con su visión carente de ojos; como un ciego que contase las piedras que tenía en la mano.

Son tres. Tres naves pequeñas. Una patrulla de fragatas.

El Elevado abrió los ojos.

—Informe de situación.

—Todos los sistemas están preparados.

Dallon seguía trabajando en la consola cuando el maestre de auspex anunció desde el escáner de su mesa:

—Se acercan tres naves, mi señor. Son fragatas clase Nova.

En la pantalla del occulus, la imagen mostró las siluetas de tres naves del Adeptus Astartes que cortaban la noche mientras se acercaban a ellos igual que lanzas. Aunque fueran a esa velocidad, les llevaría alrededor de veinte minutos estar al alcance de las armas. Tiempo más que suficiente como para zafarse del combate y huir.

«Clase Nova. Asesinas de naves».

Estas preferían llevar armas adecuadas para batirse en duelo en mitad del vacío, más que marines espaciales imperiales para efectuar acciones de abordaje a corta

distancia.

Todos los rostros miraron en dirección al Elevado; todos a excepción de los servidores esclavizados a los sistemas de la nave, quienes murmuraban, babeaban y cogitaban, ciegos a cualquier cosa para la que no estuvieran programados. La tripulación humana estaba expectante, a la espera de más órdenes.

El ser sabía qué era lo que estaban esperando. El Elevado supo con repentina claridad que todos los humanos de la cámara oval esperaban que ordenase otra retirada. Huir era lo más razonable, pues el *Pacto* seguía siendo una sombra de su antiguo ser, ya que renqueaba a raíz de las cicatrices que se había ganado en la brutalidad de Crythe.

El Elevado se pasó su lengua negra por las mandíbulas. Tres fragatas. En caso de que el estado del *Pacto* hubiera sido óptimo, se habría abierto paso entre ellas como una lanza y las habría destrozado con facilidad desdeñosa. Quizá, si los destinos lo permitían, el *Pacto* aún podría…

No.

El *Pacto* estaba al borde de ser una completa ruina. Tenía los cargadores de munición vacíos y sus motores de plasma se morían de hambre. No habían usado el Alarido por capricho: por causas de necesidad, el Elevado le había ordenado a Deltrian que lo crease, combinado con que el esclavo humano del profeta trabajase en la estación como un traidor. Atacar Ganges de la forma convencional jamás había supuesto una opción viable. Ni tampoco lo era sobrevivir a este combate, aunque se tratasen de presas tan insignificantes.

Y aun con todo, durante un momento, la tentación resultó ser agónicamente fuerte. ¿Podrían ganar? El Elevado hizo que su consciencia recorriese los huesos de hierro de la embarcación. El botín que habían succionado de Ganges aún permanecía en las bodegas de la nave, sin que todavía los hubieran transformado en compuestos utilizables. Ni todo el material en bruto de la galaxia los iba a ayudar ni un ápice.

Pronto llegaría la hora de desenfundar las armas y mostrar los colmillos. Ahora era tiempo de dejarse gobernar por la razón, no por la rabia. El Elevado apretó los dientes y obligó a sus propias palabras a conservar la calma.

—Dirigid la nave por el través de Ganges. Que todas las baterías de estribor abran fuego a discreción. Si no podemos terminar de extraer nuestro premio, entonces nadie lo hará.

La nave se estremeció en cuanto empezó a obedecer. El Elevado volvió la cabeza hacia su ayudante de puente.

—Dallon, prepáranos para la traslación a la disformidad. En cuanto Ganges esté hecha pedazos, huiremos.

«Otra vez».

—Como ordenéis, señor.

—Abre un enlace con el navegante —rugió el Elevado—. Acabemos con esto.

• • • • •

La chica corrió a toda prisa por la oscuridad, guiándose de memoria y con la tenue iluminación de su lámpara de mano. Sus pasos resonaban por los pasillos de metal, y reverberaban tanto que parecían los gritos de pánico de una horda de gente que huyera despavorida. Detrás de ella, oía a su asistente esforzándose por mantener el paso.

—¡Ama! —la llamó otra vez. Sus gritos de angustia se hacían menos frecuentes a medida que ella le sacaba ventaja.

No aminoró la carrera. La cubierta se estremecía bajo sus fuertes pisadas. Poder. Vida. El *Pacto* se movía otra vez, tras días de estar atracado e inerte.

«Regresa a tus cámaras», le había dicho el Elevado, arrastrando las palabras con un tono que no disimulaba en absoluto lo irritado que estaba.

Aunque el ser pudiera amenazarla, no era necesario que lo hiciera. Ella lo deseaba. Ansiaba navegar otra vez, y el deseo movía más sus extremidades que cualquier devoción que tuviera por cumplir su deber.

La chica había discutido con el ser incluso mientras lo obedecía.

—Creía que los Marines Errantes no iban a venir hasta dentro de varios meses.

Antes de cortar el enlace, el Elevado replicó con voz rugiente:

—Es evidente que el destino tiene sentido del humor.

Octavia siguió corriendo.

Sus aposentos no estaban nada cerca del Mercadonegro. Octavia dispersó a sus ayudantes en cuanto llegó a sus estancias tras casi diez minutos de correr escaleras abajo, por las cubiertas, o de saltar directamente a los huecos de escalera inferiores.

—¡Ama! ¡Ama! ¡Ama! —le dieron la bienvenida en un coro exasperante.

Sin aliento y dolorida, pasó a su lado a trompicones y se sentó en su trono de interfaz. En respuesta a su presencia, la pared de pantallas se encendió ante ella. Las pictopantallas y los imagificadores montados en el casco de la nave abrieron los iris al unísono y otearon el vacío desde cientos de ángulos distintos. Mientras tomaba aliento, vio espacio, espacio y más espacio; igual al de los días anteriores que habían pasado ahí parados en mitad de ninguna parte, atracados y medio inutilizados a causa de los daños. Tan sólo ahora se movían las estrellas. Sonrió a la vez que las observaba comenzar su lento baile.

En una docena de pantallas, las estrellas deambularon por la izquierda. En otra docena, navegaban a la derecha, se dejaban caer o ascendían. Se reclinó en el trono de hierro negro y tomó aire. El *Pacto* se estaba preparando. Ganges levitaba en la imagen: un feo palacio gris y negro. Ella sintió que la nave se estremecía a la vez que sus armas aullaban. A su pesar, sonrió otra vez. Por el Trono, esta nave era majestuosa cuando quería serlo.

Sus ayudantes se situaron a su alrededor mientras sujetaban los cables de interfaz

y las correas de sujeción con sus manos de dedos mugrientos cubiertas de vendas.

—Que os den —les dijo, y llevó la mano a su cinta. Eso los hizo correr despavoridos.

Aquí estoy —dijo en silencio—. *He vuelto*.

De las profundidades de su mente, una presencia que había permanecido como un diminuto y denso núcleo de malestar empezó a expandirse, y sus grandes lienzos de emociones discordantes se desenrollaron para cubrir los pensamientos de la chica. Mantenerse separada de las pasiones del invasor suponía un gran esfuerzo.

Tú, susurró la presencia. Tal reconocimiento tenía atisbos de repugnancia, pero se trataba de algo tenue y distante.

El corazón le tamborileaba con fuerza. No era miedo, se dijo a sí misma. Era ilusión. Ilusión, entusiasmo y… bueno, sí, miedo. Pero el trono era toda la interfaz que necesitaba. Octavia rehusaba la cruda implantación de los cables psicoconductores, por no hablar de necesitar las correas. Aquellas eran las muletas de los navegantes más vagos, y si bien su línea de sangre no contaba con demasiado prestigio en lo que a la crianza de navegantes respectaba, ella sentía esa nave lo suficiente como para rechazar las ayudas de interfaz.

Yo no. Nosotros. La voz interna de la chica se estremecía de la emoción.

Frío. Cansado. Lento. Esa otra voz era el retumbar grave de algo tectónico. Me despierto. Pero estoy helado por el vacío. Tengo hambre y sed.

Ella no estaba segura de qué decir. Le resultaba extraño oír a la nave dirigirse a ella con tanta tolerancia, aunque fuese gracias a la paciencia producto de la fatiga.

Aquello dejó ver que sentía lo sorprendida que estaba por medio del resonante trono.

Pronto, mi corazón arderá. Pronto, nos sumergiremos en el espacio y en el antiespacio. Pronto, chillarás y derramarás agua salada. Lo recuerdo, navegante. Recuerdo tu miedo a la oscuridad sin fin, lejos del Faro del Dolor.

Ella se negó a responder a sus primitivas provocaciones. El espíritu máquina del corazón de la nave era atormentado y cruel, y en sus mejores momentos, aquellos en los que el nivel de desagrado que sentía hacia ella era mínimo, seguía detestándola. Mucho más a menudo, era todo un asedio para ella simplemente alinear sus pensamientos con los de la nave.

Sin mí estás ciego —le dijo ella—. ¿Cuándo te cansarás de esta guerra entre ambos?

Sin mí eres inútil —contraatacó la presencia—. ¿Cuándo te cansarás de creer que dominas nuestro acuerdo?

Ella… no se lo había planteado de esa forma. Su actitud vacilante debió de haberse transmitido por el enlace, puesto que sintió que el negro corazón de la nave latía más de prisa, y entonces otro temblor se manifestó por los huesos del *Pacto*. En varias de sus pantallas parpadeaban runas, todas ellas en escritura nostramana. Ella la dominaba lo suficiente como para entender que se trataba de una actualización que

informaba de que se había incrementado la capacidad energética del generador de plasma. Septimus le había enseñado el alfabeto nostramano y las señales pictográficas pertenecientes al funcionamiento de la nave. «Lo más básico», lo había llamado él, como si ella fuese una niña especialmente torpe.

¿Sería una coincidencia, acaso? ¿O no se trataba sino de que los motores acumulaban energía, en vez de que sus pensamientos disparasen el temblor generalizado de la nave?

Entro en calor —declaró el Pacto—. Pronto cazaremos.

No. Vamos a huir.

De algún modo, aquello suspiró dentro de la mente de Octavia. Al menos era así como su sensibilidad humana interpretaba el latido de frustración inhumana, sin aliento alguno, que se deslizaba detrás de sus ojos.

Todavía intranquila debido a la hostilidad de la nave, se reservó sus pensamientos para sí, dentro de su cráneo, almacenados lejos del alcance del espíritu máquina. En silencio, contempló cómo ardía Ganges, a la espera de la orden para guiar la nave a través de una herida en la realidad.

• • • • •

Los motores de disformidad se pusieron en marcha con el rugido de un dragón e hicieron eco en dos reinos a la vez.

—¿Adónde? —preguntó Octavia, cuya voz sonó como un húmedo susurro.

—Dirígete al Torbellino —fue la gutural respuesta del Elevado por el enlace—. No podemos permanecer más tiempo en el espacio imperial.

—No sé cómo llegar hasta ahí.

Ah, pero ella sí que lo sabía. ¿Acaso no la sentía? ¿La migraña tan grande e intensa que le castigaba la cabeza con cada una de sus pulsaciones? ¿Acaso no la percibía con la misma facilidad con que una ciega sentiría el amanecer en su rostro?

Ella no conocía el camino para llegar allí por la disformidad, cierto. Jamás había navegado atravesando una tempestad para alcanzar el corazón de un huracán. Pero lo sentía, y sabía que eso bastaba para llegar hasta allí.

El Torbellino. El *Pacto* escuchó su tormento y respondió en consecuencia. Sobre la navegante rompieron unas olas a cuya repugnancia ya estaba acostumbrada, al mismo tiempo que sentía la primitiva memoria de la nave a través del vínculo que compartían. Le escocía la piel y tenía ganas de escupir. Los recuerdos grises de la nave se convirtieron en los suyos propios: le trajo a la memoria el vacío que hervía con cancerígenos fantasmas y las mareas corruptas que rompían contra su fuselaje. Mundos en su totalidad, soles enteros; todos se ahogaban en el Mar de las Almas.

—Nunca he navegado hacia el interior de una fisura disforme —consiguió decir Octavia. Si el Elevado contestó, ella jamás lo oyó.

Pero yo sí, le siseó el Pacto.

Ella conocía los relatos, como todo navegante. Surcar una fisura disforme no se diferenciaba de nadar en ácido. Cada instante dentro de sus mareas despellejaba el alma de un navegante todavía más.

Leyendas y verdades a medias —le aseguró la nave con tono de burla—. Es la disformidad y es el vacío. Más tranquilo que la tormenta, más bravo que el espacio.

Y después:

Prepárate, navegante.

Octavia cerró sus ojos humanos y abrió el más auténtico de ellos. La locura, en un millón de tonos de negro, irrumpió hacia ella como si de una marea se tratase. Omnipresente en medio de las tinieblas, un rayo de luz abrasadora se abría paso calcinando el caos, pues quemaba la materia de almas aullantes y de malicia informe que se rizaba contra sus bordes. Un faro en la oscuridad, la Senda Dorada, la Luz del Emperador.

El Astronomicón, exclamó Octavia sin aliento, presa de un asombro instintivo, y dirigió la nave hacia allí. Consuelo, guía, luz sagrada. Seguridad.

El *Pacto* se rebeló; su fuselaje luchaba contra ella, a la vez que crujía y rechinaba por la presión.

No. Lejos del Faro del Dolor. Hacia las profundidades de las mareas de la noche.

La navegante se recostó en su trono y se enjugó con la lengua el sudor acumulado sobre su labio superior. La sensación que se apoderaba de ella le recordaba a sí misma de pie en el observatorio situado en lo más alto de la vivienda pináculo de su padre, a la vez que sentía la increíble ansia de saltar del balcón de la torre más alta. Lo había experimentado a menudo cuando era niña; aquel sentimiento de osadía y duda que chocaba en su interior y le hacía sentir un cosquilleo, hasta el momento en que se inclinaba un poco más de la cuenta. Ahí era cuando se le revolvía el estómago y volvía en sí. No podía saltar. No quería; lo cierto es que no quería.

La nave rugió en su mente mientras daba vueltas, al tiempo que las aguas infernales rompían contra su fuselaje. Los oídos de Octavia percibieron los sonidos irrelevantes e incómodos de los miembros mortales de la tripulación gritando varias cubiertas más arriba.

Nos vas a destruir a todos —le espetó la nave dentro del cerebro—. Demasiado débil, demasiado débil…

Octavia tenía la leve certeza de que se había vomitado encima. Olía como si así fuera. Las garras acariciaban la nave con el sonido de los neumáticos al derrapar, y el choque de las mareas disformes pasó a ser las palpitantes pulsaciones del corazón de una madre, demasiado altas para el retoño que aún dormía en su útero.

Volvió la cabeza y contempló cómo el Astronomicón se oscurecía y menguaba. ¿Es que se alejaba de ella, fuera de su alcance? ¿O era la nave la que se apartaba de él

hacia…?

De repente se puso tensa, con la sangre como el hielo y los músculos bloqueados, más rígidos que el acero. Estaban haciendo una caída libre por la disformidad. El grito de rabia desesperada del Elevado resonó por todas las cubiertas, transportado por los altavoces.

—*¡Por el Trono!* —exhaló al maldecir desde lo más profundo de su ser, apenas consciente de que sus labios habían pronunciado aquello por el canal general hasta los timoneles de la cubierta de mando de más arriba.

Sus palabras eran automáticas, tan instintivas como respirar, pues era la batalla dentro de su mente lo que importaba.

¡Trono, mierda, jod…!

La nave se enderezó. Aunque no sucedió de forma elegante. Ella casi se había desviado del camino completamente, y la corrección del ángulo del navío fue de todo menos suave; aun así, la nave se adentró de golpe en una corriente más tranquila, con alivio a la par que con dejadez. El casco del *Pacto* dio una última sacudida y se convulsionó hasta el núcleo mientras ella miraba atenta hacia la dirección en la que quería ir.

La navegante sintió que el primigenio espíritu máquina se calmaba. La nave obedecía su curso, tan certera y directa como una espada. Incluso si aquello la detestaba, volaba mucho mejor que la gorda gabarra que había tenido que soportar bajo las órdenes de Kartan Syne. El *Pacto de Sangre* surcaba a toda velocidad ahí donde la *Doncella de las Estrellas* revolotearía. Era la gracia intocable y la ira personificada. Nadie de su dinastía, en sus treinta y seis generaciones, había guiado una nave semejante.

Eres hermoso, le dijo al navío sin pretenderlo.

Pues tú eres débil.

Octavia miró con atención las mareas que rodeaban la nave. Por arriba, la Luz del Emperador desaparecía, mientras que debajo, las tenues siluetas de grandes cosas informes culebreaban en la infinita y túrgida negrura. Ella navegaba por instinto, más ciega de lo que jamás había estado mientras los guiaba a todos ellos hacia el lejano ojo de una tormenta.

SEGUNDA PARTE
EL IRIS INFERNAL



LA CIUDAD POR LA NOCHE

Él sabía que era uno de los niños «lentos».

Esa era la palabra que los tutores empleaban para describir al chico que se sentaba separado del resto y que sabía que su lugar estaba en dicho grupo. En su clase, cuatro de los niños eran lentos; hasta él mismo pensaba ya en esa palabra con el mismo énfasis delicado que empleaban los adultos de su entorno cuando la pronunciaban, así que los cuatro al completo se sentaban al lado de la ventana, a menudo desoyendo totalmente lo que decía la tutora, y no obstante, esta jamás los castigaba por ello.

El chico se sentaba junto a ellos, como el más nuevo de los cuatro que era, y se ponía a mirar por la ventana con los demás. Los coches atravesaban la noche, con sus focos frontales atenuados para evitar posibles daños en los ojos. El cielo nublado se ocultaba tras los tejados de las torres, y cada uno de esos pináculos estaba decorado con grandes señales luminosas que vendían lo que quiera que fuese que los adultos creían necesitar.

El niño devolvió la vista a su tutora. Durante un rato, la escuchó hablar sobre lengua mientras les enseñaba a los demás niños, los niños que no eran lentos, palabras que desconocían. Lo cierto era que el chico no lo entendía. ¿Cómo es que esas palabras les resultaban nuevas a todos? Él ya las había leído en los libros de su madre una docena de veces, por lo menos.

La tutora vaciló cuando se dio cuenta de que la miraba. Ella solía hacer caso omiso de él, pues, a consecuencia de la dejadez que traía consigo la costumbre, se olvidaba de que ese niño se encontraba presente. El chico no apartó la mirada. Se preguntaba si ella iba a intentar enseñarle una nueva palabra.

Parecía ser que sí. La tutora señaló una palabra que aparecía en la videopantalla parpadeante y le preguntó si sabía su significado.

El niño no respondió. Muy rara vez contestaba las preguntas de su tutora. Sospechaba que esa era la razón por la que los adultos decían que era lento.

La campana sonó una vez, señal de que la clase de esa noche había concluido, y todos los niños se levantaron de los asientos de inmediato. La mayoría guardaron los cuadernos de notas. Los lentos se deshicieron de trozos de papel garabateados. El chico no tenía nada que guardar, ya que durante toda la noche casi no había hecho otra cosa sino mirar por la ventana.

El camino de regreso a casa llevaba alrededor de una hora, pero bajo la lluvia se tardaba todavía más. El niño pasó de largo al lado de los coches metidos en los atascos y oyó a los conductores gritarse los unos a los otros. No muy lejos de donde él caminaba, a tan sólo un bloque o dos de distancia, oyó el crepitar como de palomitas que eran los disparos. Eran dos bandas pegándose tiros. Se preguntó cuáles serían, así como cuántos habrían muerto.

No se sorprendió cuando su amigo lo alcanzó, aunque el niño habría preferido que lo dejasen a solas aquella noche. Le sonrió para fingir que no le molestaba. Su amigo le devolvió la sonrisa.

Su amigo no era su amigo, en realidad. Únicamente se llamaban amigos porque sus madres sí que lo eran de verdad, y ambas familias vivían en habicámaras que estaban puerta con puerta.

—La tutora te hizo una pregunta esta noche —le dijo su amigo, como si el chico no se hubiera dado cuenta.

—Ya lo sé.

—Pero ¿por qué no contestaste? ¿Es que no sabías qué decir?

Ahí radicaba el problema. El niño nunca sabía qué decir, a pesar de que conociera la respuesta correcta.

—No entiendo para qué vamos a clase —respondió por fin.

A su alrededor, la ciudad vivía y respiraba como siempre lo hacía. Los neumáticos derrapaban en la carretera de al lado. Los gritos acusaban, exigían y rogaban a otros gritos. La música retumbaba desde el interior de los edificios cercanos.

—Pues para aprender —le aclaró su amigo.

Su madre le había dicho una noche que su amigo crecería para «romper corazones». El niño era incapaz de entenderlo. Para el chico, su amigo siempre parecía confundido, enfadado o enfadado por estar confundido.

—Nuestra tutora jamás dice nada que yo no sepa ya —se encogió de hombros el niño—. Pero ¿por qué tenemos que aprender? Es eso lo que no entiendo.

—Pues porque… sí. —Su amigo parecía estar confundido, lo que hizo sonreír al niño—. Las veces en que te dignas a hablar, haces preguntas de lo más estúpidas.

El niño dejó el asunto de lado. Su amigo jamás comprendía ese tipo de cosas.

A mitad del camino de regreso a casa, a gran profundidad del entramado de callejones y carreteras secundarias que todos los adultos llamaban «el Laberinto», el chico se detuvo. Se quedó mirando hacia un callejón lateral, sin esconderse ni hacerse

notar. Tan sólo observando.

—¿Qué pasa? —le preguntó su amigo. Sin embargo, el niño no tuvo que responder—. Vaya… —dijo su compañero un momento después—. Vamos, antes de que nos vean.

El chico se quedó donde estaba. La basura se amontonaba en las estrechas paredes del callejón. En medio de los desperdicios se abrazaba una pareja. O al menos el hombre abrazaba a la mujer. La ropa de la mujer estaba hecha jirones, cortada y rasgada, y ella permanecía inerte sobre el suelo lleno de mugre. Tenía la cabeza vuelta hacia el niño. Mientras el hombre se movía sobre ella, esta miraba a los dos chicos con sus ojos negros.

—Vamos… —le susurró su amigo, que tiraba de él. El niño no dijo nada durante un tiempo, pero su amigo lo compensaba, pues se pasó todo el rato hablando por él.

—Tienes suerte de que no nos pegasen un tiro por quedarnos ahí como pasmarotes. ¿Es que tu madre no te ha enseñado modales? No puedes quedarte mirando así.

—La chica estaba llorando —dijo el chico.

—Eso no lo sabes. Te lo estás inventando.

El niño miró a su amigo.

—Estaba llorando, Xarl.

Tras eso, su amigo se quedó callado. Ambos caminaron por el resto del Laberinto en silencio, y no se despidieron cuando llegaron por fin al pináculo donde vivían.

La madre del niño había llegado pronto a casa. Él olió que estaba hirviendo fideos y escuchó el murmullo de su madre en la otra habitación con la que contaba la habicámara: una pequeña unidad de cocina con una puerta de lámina de plastek.

Cuando su madre entró en la estancia principal, se bajó las mangas hasta las muñecas. Tal gesto tapó los tatuajes que le cubrían los brazos, aunque el niño jamás comentaba la forma en la que siempre los escondía. El código de símbolos grabado con tinta debajo de su piel revelaba quién era su dueño. El chico sabía al menos eso, aunque a menudo se preguntaba si quizá significaba incluso algo más.

—La escuela me ha llamado hoy —le dijo ella. Su madre le hizo un gesto con la cabeza hacia la pantalla, que ahora estaba apagada, lo que no impedía que el chico se pudiera imaginar el rostro de su tutora en la granulosa y plana pantalla de pared con facilidad.

—¿Porque soy lento? —le preguntó el niño.

—¿Por qué das eso por sentado?

—Porque no hice nada malo. Nunca hago nada malo. Así que debe de ser porque soy lento.

Su madre se sentó en el borde de la cama, con las manos en el regazo. Su pelo era oscuro, húmedo tras habérselo lavado hacía poco. Era rubio, lo que resultaba extraño para la gente de la ciudad.

—¿Me vas a decir qué ha pasado? —le preguntó.

El chico se sentó a su lado y sus brazos lo acogieron.

—No entiendo las clases —le contestó—. Tenemos que aprender, pero no comprendo para qué.

—Para ser mejor —le respondió—. Para que puedas vivir en Límite de Ciudad y trabajar en algún sitio… mejor que este. —Pronunció de forma apagada esas últimas palabras, al mismo tiempo que se rascaba el tatuaje de propiedad en el antebrazo.

—Eso no va a pasar —le replicó el niño. Sonrió para tranquilizarla.

Su madre lo acunó como respuesta, del modo en que lo hacía cuando su propietario la golpeaba. Aquellas noches, la sangre de su rostro goteaba sobre el pelo del chico. Esta noche, sólo sus lágrimas lo hacían.

—¿Por qué no? —le preguntó.

—Me uniré a una banda, como mi padre. Xarl se unirá a una banda, como el suyo. Y ambos moriremos en las calles, como todos los demás. —El niño parecía estar más pensativo que melancólico. Todas las palabras que le rompían el corazón a su madre apenas lo afectaban. Los hechos eran los hechos—. No es que las cosas sean mejores en Límite de Ciudad, ¿verdad? ¡No creo, vaya!

Ella estaba llorando, justo como lloraba la mujer del callejón. Tenía la misma expresión de vacío en los ojos, su misma carencia de vida.

—No —admitió ella con un susurro—. Ahí tampoco es diferente.

—Y entonces, ¿para qué tengo que aprender en una academia? ¿Por qué te gastas el dinero en esos libros para que yo los lea?

Necesitó unos instantes para contestarle. El niño oyó sus sollozos y sintió sus temblores.

—¿Madre?

—Hay otra cosa que puedes hacer —dijo mientras lo acunaba; lo acunaba del mismo modo en que lo había hecho cuando él era pequeño—. Si destacas entre los demás niños, si eres el mejor y el más brillante y el más listo de todos, jamás tendrás que volver a ver este mundo.

El niño alzó la vista hacia ella. No estaba seguro de haber oído bien ni de que le gustase la idea en caso de haberlo hecho.

—¿Dejar el mundo por completo? ¿Quién te va…? —Estuvo a punto de decir «¿quién te va a cuidar?», pero lo único que lograría con eso sería hacerla llorar otra vez—. ¿Quién te va a hacer compañía?

—No tienes por qué preocuparte por mí en absoluto. Estaré bien. Pero por favor, te lo ruego, responde a las preguntas de tu tutora. Tienes que demostrar lo listo que eres. Es importante.

—Pero ¿adónde iría? ¿Qué haría?

—Adonde quieras ir, y lo que quieras hacer. —Entonces le mostró una sonrisa—. Los héroes pueden hacer lo que les plazca.

—¿Un héroe?

La idea le hizo soltar una risita nerviosa. Su risa era un bálsamo para el dolor de su

madre; era lo bastante mayor como para darse cuenta de eso, pero demasiado joven como para saber por qué una cosa tan simple podía influir tanto en el corazón de un padre.

—Así es. Si pasas las pruebas, la legión te llevará consigo. Serás un héroe, un caballero que navega por las estrellas.

El chico se quedó mirándola durante un largo rato.

—¿Qué edad tienes, madre?

—Veintiséis revoluciones.

—¿Eres muy vieja ya para realizar las pruebas?

Ella le besó la frente antes de hablar. De repente sonreía, y la tensión de la pequeña estancia se evaporó.

—No puedo realizar las pruebas; soy una chica. Y tú no serás capaz de pasarlas si haces lo mismo que tu padre.

—Pero la legión se lleva a los chicos de las bandas cada dos por tres.

—No siempre lo hizo. —Lo levantó de su regazo y volvió a la cocina para remover los fideos en la sartén—. Recuerda, se lleva sólo algunos chicos de las bandas. Pero siempre está buscando las mejores y más brillantes estrellas. ¿Me prometes que serás una de ellas?

—Sí, madre.

—¿Te vas a quedar callado en la clase?

—No, madre.

—Bien. ¿Qué tal tu amigo?

—En realidad no es mi amigo, ¿sabes? Siempre está enfadado. Y quiere unirse a una banda cuando sea mayor.

Su madre le mostró otra sonrisa, aunque esta era más triste, como una mentira sin palabras.

—Todo el mundo se mete en bandas, mi pequeño scholar. Es así. Todos tienen una casa, una banda, un trabajo. Pero recuerda: hay una diferencia entre hacer algo simplemente porque tienes que hacerlo y hacerlo porque te gusta.

Sirvió la cena encima de la mesita, con sus pálidas manos enfundadas en pequeñas manoplas para no quemárselas con los calderos de hojalata. Tras eso, las tiró sobre la cama y sonrió mientras se comía su primer bocado.

El niño miró a su madre y vio que su rostro cambiaba con entrecortadas y abruptas sacudidas. Su sonrisa se transformó en una sonrisa torcida y despectiva mientras sus ojos se inclinaban, se estiraban y se rasgaban con una elegancia inhumana hacia sus sienes. Sus húmedos cabellos se alzaron como cargados de estática y formaron un penacho rígido de rojo arterial.

Ella prorrumpió en un alarido estridente que rompió las ventanas con una explosión y envió una lluvia de cristales hacia la calle. La doncella aullante fue a buscar una espada curva sobre la cama cercana y…

• • • • •

Abrió los ojos en la cómoda oscuridad de su cámara de meditación.

Pero el consuelo no duró más que un instante. La bruja alienígena había cruzado al otro lado y lo había seguido hasta el mundo consciente. Lo llamó por su nombre, con lo que rompió el negro silencio a la vez que su aroma delataba sus movimientos en medio del aire viciado de la nave.

El guerrero la cogió por la garganta con su inmenso puño y ejerció una presa sobre el cuello de la pálida mujer mientras se ponía de pie y se la llevaba consigo. Las botas de la mujer patalearon suspendidas en el aire haciendo alarde de una débil resistencia, mientras boqueaba sin aire con el que poder hablar.

Talos la soltó. Esta cayó desde un metro de altura y se estrelló contra la cubierta sobre pies y manos, como si no tuviera huesos en las piernas.

—Octavia.

Ella tosió, al tiempo que escupía y recuperaba el aliento.

—¡Por el Trono!, ¿quién os pensabais que era?

En la entrada abierta que daba a la cámara de meditación del profeta, uno de los ayudantes de la navegante se estremecía, jorobado, con una escopeta fabricada con chatarra en sus manos vendadas y temblorosas.

—¿Es que necesito recordarte que apuntar con armas a un miembro de la legión constituye una violación de la ley del *Pacto*? —le dijo el amo de la noche.

—Le habéis hecho daño a mi ama. —El hombre, de algún modo, tenía clavada su mirada de ojos ciegos en él sin que le temblara el pulso a pesar del miedo tan obvio que sentía—. Le habéis hecho daño.

Talos se arrodilló y le ofreció la mano a Octavia para ayudarla a levantarse. Ella la cogió, aunque no sin antes dudar un poco.

—Veo que inspiras una gran lealtad en tus asistentes. Etrigius nunca lo logró.

Octavia se tocó la garganta y notó lo áspera que estaba.

—No pasa nada, Fiera. No pasa nada, tranquilo. —El ayudante bajó el arma y la devolvió al interior de los harapientos pliegues de su roñoso hábito. La navegante se apartó un mechón de pelo suelto de la cara de un resoplido—. ¿Qué he hecho yo para merecer que me recibáis de esa forma? Me dijisteis que podía entrar si la puerta no estaba cerrada.

—Nada. —Talos regresó a la losa de frío metal que usaba de camastro para reposar—. Te pido disculpas; me atribulaba algo que vi en mis sueños.

—Llamé a la puerta primero —añadió ella.

—Estoy seguro de que lo hiciste.

Durante un momento, se presionó los ojos con las palmas de las manos para eliminar las imágenes residuales de la bruja alienígena. El dolor persistió, sin duda peor de lo que había sido en los años anteriores. Sus pulsaciones le retumbaban en

uno de los lados de la cabeza y las punzadas se ramificaban en todas direcciones desde la sien. Las heridas sufridas tan sólo un mes antes no habían hecho sino incrementar todavía más esa sensación. Ahora le dolía hasta soñar.

Alzó la vista con lentitud.

—No estás en tus aposentos. Además, la nave está libre por fin de las horrendas sacudidas. No es posible que hayamos llegado ya.

Las reservas que sentía la chica con respecto a tocar el tema estaban claras como el agua.

—No —contestó, y ahí lo dejó.

—Ya veo.

Así pues, ella necesitaba descansar otra vez. Aquello no iba a entusiasmar demasiado al Elevado. Los tres compartieron el silencio, durante el cual ella enfocó las paredes de la cámara personal de Talos con la lámpara. La escritura nostramana cubría todas las superficies con runas fluidas de trazos descuidados. En algunos sitios, las nuevas profecías estaban escritas por encima de las viejas. He aquí la mente del profeta: desparramada sobre las paredes de metal, garabateada en una lengua muerta. Había profecías rúnicas similares talladas en algunas zonas de su armadura.

A Talos no parecía importarle su escrutinio.

—No tienes muy buen aspecto —le dijo a Octavia.

—Muchísimas gracias. —Era del todo consciente de lo enferma que parecía. Tenía la piel pálida y la espalda dolorida, así como los ojos tan inyectados en sangre e irritados que hasta pestañear le dolía—. No es fácil pilotar una nave por un infierno psíquico, ¿sabéis?

—No pretendía ofenderte. —Parecía más pensativo que arrepentido—. Creo que lo primero que perdemos es la capacidad para entablar conversaciones amenas. La habilidad para charlar de trivialidades. Perdemos eso antes que todo lo demás, una vez dejamos atrás nuestra humanidad.

Octavia resopló, pero aquello no la iba a distraer.

—¿De qué trataba la pesadilla?

Talos le dedicó una sonrisa, la misma media sonrisa que solía esconder tras el yelmo.

—De los eldar. Desde hace poco, no se trata de otra cosa sino de los eldar.

—¿Era una profecía? —Se echó la coleta para atrás y comprobó que su cinta seguía bien sujeta.

—Ya no estoy seguro. La diferencia entre una pesadilla y una profecía no siempre resulta fácil de percibir. Este recuerdo quedó retorcido y envilecido al final. No era ni una visión profética ni un sueño de verdad.

—Pues ya va siendo hora de que sepáis la diferencia —respondió ella sin mirarlo a los ojos.

Él no hizo caso al comentario envenenado al saber de qué fuente provenía. Estaba asustada a raíz de cómo la había tratado al despertarse, por lo que intentaba por todos

los medios ocultar el miedo tras una máscara de antipatía y condescendencia. El motivo por el que los humanos permitían que semejantes mezquindades los esclavizasen seguía siendo un misterio para él, pero era un defecto que podía reconocer y captar, así que al final se convertía en algo carente de importancia.

El silencio que siguió a su condescendencia hizo que ella se envalentonase, así que al final se disculpó.

—Lo siento.

Entonces se miraron a los ojos. Los de ella eran del color avellana de los nacidos en Terra; los de él eran del negro carente de iris de todos los hijos de Nostramo. La mirada no duró demasiado. Octavia sentía que se le ponían los pelos de punta si se fijaba demasiado rato en los rasgos mejorados y protodivinos de cualquiera de los amos de la noche. El rostro de Talos se había curado bien a lo largo del último mes, pero él seguía siendo una arma antes que un hombre. El cráneo debajo de sus delicadas facciones estaba reforzado y tenía un aspecto desagradable por lo pesado que debía de ser: un ladrillo de hueso, duro como el acero. Las cicatrices quirúrgicas, blancas sobre un fondo blanco, casi ocultas entre su pálida piel, descendían por ambas sienes. Un rostro que habría sido bello en un hombre resultaba de algún modo profano cuando pertenecía a uno de aquellos colosales guerreros. Unos ojos que podrían haber sido curiosos y amables eran en realidad inquietantes, pues rebosaban algo repugnante y evidente.

Era odio, sospechó ella. Sus señores lo odiaban todo con una ferocidad sin límites, incluso los unos a los otros.

Tal deducción la hizo sonreír. Aquello, al menos, seguía siendo humano: una risa torcida que antaño había esbozado un niño que sabía mucho más de lo que quería demostrar. Durante un instante, a ella le pareció que él era algo más que aquella estatua cicatrizada de un dios detestable.

—Supongo que esta visita tenía un propósito —comentó Talos, sin llegar a formularlo como pregunta.

—Quizá. ¿Qué estabais soñando… antes de que viniera el eldar?

—Con mi mundo natal. Antes de que regresáramos para destruirlo.

Se había dormido con la armadura puesta, a excepción del casco. Septimus la había reparado con la ayuda de Maruc y Octavia estuvo presente en los instantes finales, en los que Talos volvió a romper el aquila con un único martillazo ritual.

—¿Cómo era vuestra familia?

El guerrero envainó la espada dorada en la funda y la sujetó a su espalda. Tanto la empuñadura como la cruz alada sobresalían por encima de su hombro izquierdo, a la espera de que los blandiera. No miró a la chica cuando contestó:

—Mi padre era un asesino, al igual que su padre antes que él, y al igual que el padre de su padre antes de eso. Mi madre era una prostituta a la fuerza que envejeció antes de tiempo. Con cincuenta años, parecía estar más cerca de los setenta. Sospecho que estaba enferma.

—Lamento haber preguntado —confesó Octavia de forma compungida.

Talos comprobó el cargador de su voluminoso bólter y lo encajó de un golpe seco, preciso y resonante.

—¿Qué quieres, Octavia?

—Es por algo que Septimus me dijo una vez.

Él hizo una pausa y se volvió para bajar la vista hacia ella. Apenas le llegaba a la base del esternón.

—Continúa.

—Me dijo que matasteis a uno de vuestros siervos, hace mucho tiempo.

—A Tertius. La disformidad había tomado el control de su cuerpo. —Talos frunció el ceño, casi ofendido—. Lo maté limpiamente y sufrió poco. No fue un asesinato irreflexivo, Octavia. No actúo sin motivos.

Ella negó con la cabeza.

—Ya lo sé. No se trata de eso. Pero ¿qué ocurrió? La disformidad tiene un millón de formas para emponzoñar el corazón humano. —Aquella antigua y melodramática cita de los navegantes la hizo sonreír un poco—. ¿Qué le pasó?

Talos ancló el bólter de dos cañones a la musiera blindada.

—Tertius cambió tanto por dentro como por fuera. Siempre fue alma curiosa. Le gustaba quedarse en la cubierta de observación cuando surcábamos las corrientes de la disformidad y prestar atención a las entrañas de la locura. Estuvo mirando tanto tiempo dentro del abismo que al final este le devolvió la mirada. Al principio, los síntomas eran leves (tenía espasmos y sangraba por la nariz), además, yo era más joven por aquel entonces; apenas sabía cómo buscar cualquier indicio de corrupción. Para cuando comprendí que estaba perdido, se había transformado en un ser voraz que reptaba por las cubiertas inferiores y cazaba y devoraba a la tripulación humana.

Ella se estremeció. Hasta los navegantes más jóvenes conocían la miríada de degeneraciones que podía tomar el control de los humanos en la disformidad, y a pesar de su tediosa carrera en la *Doncella de las Estrellas*, Octavia había visto varios casos de contaminación en tripulantes desprotegidos. Nada tan malo como aquello, pero aun así…

—¿Y qué pasó con Secondus? —le preguntó.

—No quiero hablar del segundo. No es algo que recuerde con alegría, y ni siquiera sentí que estuviera justificado cuando acabó. —Recogió el casco y lo hizo girar entre las manos—. Tú sólo dime qué te pasa —le dijo.

Ella entrecerró los ojos.

—¿Cómo es que sabéis que me pasa algo?

—Quizá sea porque no soy tan lerdo.

Octavia se obligó a sonreír. Él podía matarla; segurísimo que iba a matarla, sin dudarlo ni un instante.

«Ahora o nunca», pensó.

—Sigo viendo a la Nacida en el Vacío.

Talos respiró con lentitud, y mantuvo los ojos cerrados durante varios segundos.

—Continúa.

—La oigo sollozar por las esquinas de los pasillos. La veo correr fugazmente por los corredores vacíos. Es ella. Sé que es ella. Fiera no la ha visto, sin embargo.

Su asistente se encogió de hombros, avergonzado, al no gustarle el repentino escrutinio al que lo sometió el amo de la noche. Talos volvió a mirar a Octavia.

—Así que… —Ladeó la cabeza—. ¿Estoy contaminada?

Cuando él respondió, lo hizo con un suspiro condescendiente:

—No me das más que problemas —le reprochó.

Las palabras de Talos avivaron tanto las ascuas de su orgullo que cuadró los hombros y se irguió.

—Pues yo podría decir lo mismo de vos. Mi vida no es que haya sido más fácil desde que me capturasteis. Y fuisteis vos el que me cazó a mí, ¿recordáis? Me arrastrasteis a bordo, agarrada por el cuello, como si fuera un pobre animal.

Aquello hizo reír a Talos, cuyas carcajadas eran siempre una risa entre dientes de lo más leve, poco más que una suave exhalación atravesando una sonrisa torcida.

—Jamás me cansaré de tu afilada lengua terrana. —El guerrero tomó aire para hablar—. Mantén la guardia, Octavia. A pesar del miedo que le tienes a tu propia debilidad, la corrupción no yace en ti. Esta nave ha pasado siglos en la disformidad. La corrupción no está dentro de ti, sino en el propio *Pacto*. La mácula corre por sus huesos, y todos la respiramos junto al aire que nos suministra. Somos herejes. Tal es nuestro sino.

—Eso… no es que sea muy tranquilizador.

Él la miró, con una humanidad que casi resultaba dolorosa; una ceja alzada, una media sonrisa y una expresión que decía: «En serio, ¿qué esperabas de mí?».

—El *Pacto* me odia —le dijo—. Lo sé. Su espíritu retrocede de asco cada vez que nos tocamos. Pero no me acosaría así a propósito. Su alma es demasiado simple como para plantearse algo así.

Talos asintió.

—Por supuesto. Pero el *Pacto* lo tripulan tantos recuerdos como mortales hay vivos y coleando. Las cifras de muertos en estas cubiertas superan al de los que todavía trabajan en ellas. Y la nave se acuerda de todos y cada uno de ellos. Piensa en toda la sangre que se ha vertido sobre el acero que nos rodea, así como en los cientos de últimos hálitos de vida que se han filtrado por los recicladores de aire: reciclados, inspirados y expirados por pulmones vivientes, una y otra vez y para siempre. Caminamos por la memoria del *Pacto*, así que de vez en cuando todos vemos cosas con el rabillo del ojo.

Ella se estremeció otra vez.

—Odio esta nave.

—No —le respondió mientras la daba la vuelta otra vez al yelmo—. No la odias.

—No es como me lo había imaginado. Guiar una nave de guerra de las Legiones

Astartes es aquello con lo que todo navegante sueña. Y el *Pacto* se mueve de ensueño: maniobra como una serpiente sumergida en aceite; no existe nada que se le pueda comparar. Pero todo aquí es tan… amargo. —A Octavia se le fue apagando la voz. Tras unos instantes, observó a Talos de cerca y percibió el penetrante olor ácido de su aliento.

—Te me has quedado mirando —comentó él.

—Habéis tenido suerte de no haber perdido el ojo.

—Curiosa forma de decirlo. Me han reemplazado la mitad del cráneo con fijaciones de metal superpuestas, y Cyrion me ha informado de forma más que fiable de que la mitad izquierda de mi cara me confiere el aspecto de haber perdido una pelea contra un puma de los peñascos.

Se pasó los dedos enguantados por ambos lados del rostro, donde las cicatrices quirúrgicas desaparecían de forma paulatina. Hasta a su sobrehumana biología le costaba borrar los daños que había recibido. Las cicatrices del lado izquierdo de su semblante corrían desde la sien hasta la comisura de los labios.

—Estas cicatrices no son señal de buena suerte, Octavia.

—No están tan mal —le respondió ella. Algo en la forma de hablar de su amo la tranquilizó; un toque de confianza casi fraternal en su tono comedido y su mirada sincera—. ¿Qué es un puma de los peñascos?

—Una bestia de mi mundo natal. La próxima vez que veas a uno de los Atramentar, fíjate en sus hombreras. Los leones que verás ahí rugiendo son lo que en Nostramo llamábamos «pumas de los peñascos». Que un jefe de banda fuera capaz de salir de las ciudades y cazar dichas criaturas era considerado una señal de opulencia.

—Ama —la llamó Fiera.

Ella miró al que había provocado la interrupción de su lección de historia.

—¿Qué?

Fiera vaciló.

—Una vez maté un felino de los peñascos.

Ella ladeó la cabeza, pero Talos respondió antes de que a Octavia le diera tiempo a hacerlo:

—¿Eras un montañés? —Su voz grave resonó en la cámara.

Fiera hizo un gesto afirmativo con su estropeada cabeza coronada de cabellos grises y enmarañados.

—Sí, señor. Y una vez maté a un felino de los peñascos. Uno pequeño. Luego me lo comí.

—No me extrañaría —concedió Talos—. Los montañeses siempre vivían lejos de las ciudades para pasar penurias en las colinas.

Octavia seguía mirando a Fiera con expresión pasmada.

—Pero ¿tú cuántos años tienes?

—Más de los que tú tienes —le confirmó Fiera, a la vez que asentía de nuevo, como si eso bastara para contestar del todo.

«Enano estrafalario», pensó ella, y se dirigió de nuevo a Talos:

—¿Qué tal va el brazo?

El guerrero había estado mirándose el brazo izquierdo al tiempo que flexionaba la mano hasta transformarla en un puño. A primera vista no parecía ser diferente de su brazo derecho, dado que los dos estaban recubiertos por el blindaje. Sin embargo, bajo la ceramita se contaba una historia diferente: la de una extremidad de densos huesos de metal y de articulaciones hidráulicas. El suave rumor de los servos y de los músculos sintéticos era lo bastante reciente como para que a Talos le resultase novedoso. Las vibraciones de los pequeños mecanismos de su muñeca o los crujientes chasquidos cuando la junta de plastiacero del codo se movía demasiado rápido todavía le parecían curiosos. Como muestra para Octavia, extendió la mano y movió las puntas de los dedos sobre el pulgar una y otra vez con rapidez. Hasta los movimientos más sutiles hacían que su rugiente armadura retumbase.

—Cyrion perdió el brazo en Crythe —le dijo—. Considero esto como una cosa que, por desgracia, tenemos en común.

—¿Cómo se siente?

—Como mi propio brazo —Talos se encogió de hombros—, pero menos.

A su pesar, ella sintió que sonreía.

—Ya veo.

—Creo que voy a ir a hablar con Deltrian sobre las reparaciones —le dijo—. ¿Quieres venir conmigo?

—Lo cierto es que no, gracias.

—No —saltó Fiera, que todavía pululaba cerca de la puerta—. No, señor.

Los altavoces repartidos por la nave crepitaron antes de empezar a transmitir. Por los pasillos resonó la voz profunda y parsimoniosa del Elevado:

—En treinta rotaciones dará comienzo la traslación al empíreo. Que todo el personal ocupe su puesto.

Octavia alzó la vista hacia el altavoz montado en la pared.

—Qué forma más educada de decir: «Octavia, vuelve a tu puesto».

Talos afirmó con la cabeza.

—Regresa a tu cámara, navegante. Ten cuidado con los fantasmas que caminan por estos pasillos, pero no hagas caso de ellos. ¿A cuánta distancia estamos de nuestro destino?

—A un día del borde del Torbellino —contestó ella—. Puede que dos. Hay otra cosa más.

—¿Qué es…?

—Es sobre el padre de la Nacida en el Vacío. Septimus me dijo que no os molestara con esto, pero pensé que deberíais saberlo.

Talos inclinó la cabeza para que ella siguiera hablando, pero no dijo nada.

—A veces, en el Mercadonegro, y en otras partes de las cubiertas de la tripulación, él nos insiste en que la nave está maldita, condenada a matarnos a todos en las noches

venideras. Algunos de los tripulantes más viejos lo han estado escuchando durante un tiempo y se muestran de acuerdo… Ya sabéis cómo eran con la chica. Pero ahora los nuevos tripulantes, los de Ganges, están empezando a escucharlo. Arkiah os culpa. La niña tenía vuestro emblema de la legión, y aun así, ella… ya sabéis.

—Murió.

Octavia asintió.

—Le dije a Septimus que se encargara de esto —entonó el guerrero—. Pero gracias por haberme puesto sobre aviso. Yo mismo zanjaré el asunto.

—¿Lo vais a matar?

Él no hizo oídos sordos al dubitativo tono de la chica.

—Los esclavos muertos no sirven para nada —le respondió—. Sin embargo, lo mismo puede decirse de los desobedientes. Ese hombre es un ejemplo de resistencia humana a la corrupción, pues ha sido capaz de engendrar a una hija a pesar de vivir durante décadas en las entrañas de esta nave. No soy idiota, Octavia. Él es un ejemplo en la misma medida en que lo fue su hija. Matarlo nos haría un flaco favor, y de lo único que serviría sería para poner a la tripulación mortal en nuestra contra. Hay que hacer que obedezcan por miedo a las consecuencias; no por enfrascarlos en una depresión incurable. Lo primero da lugar a trabajadores motivados y serviciales que desean sobrevivir. Lo segundo da lugar a trozos de carne suicidas a los que no les importa nada contentar a sus amos.

El ambiente se enrareció, y Talos gruñó en señal de que lo había captado.

—¿Eso es todo?

—¿Qué nos aguarda en el Torbellino? ¿Qué hay en el Iris Infernal?

Talos hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Lo verás con tus propios ojos, si es que la nave es capaz de permanecer de una sola pieza el tiempo suficiente como para que lleguemos a los muelles que hay ahí.

—Entonces es un puerto.

—Es… Octavia, soy un guerrero, no un escriba o un literato. Carezco de las palabras con las que hacerle justicia. Sí, Iris Infernal es un puerto.

—Lo decís como si fuera una maldición, lo de «soy un guerrero». —Octavia se pasó la lengua por los labios resecos antes de hablar—. ¿Qué queríais hacer con vuestra vida? —le preguntó—. Yo os he dicho la verdad: siempre soñé con guiar una nave así, y para bien o para mal, el destino me ha concedido ese deseo. Pero ¿qué hay de vos? ¿Os importa que pregunte?

Talos se rio otra vez, con la misma leve risa susurrante, y se dio unos golpecitos en el aquila profanada que le adornaba el pecho.

—Yo quería ser un héroe. —Un momento después, enmascaró su cicatrizado rostro tras su yelmo con semblante de cráneo. Sus lentes oculares rojas, desprovistas de toda emoción, se clavaron en ella—. Y mira cómo he acabado.



TRAVESÍA

Hubo reacciones dispares en Mercadonegro cuando, aquella noche, uno de los señores de la legión entró a grandes zancadas. La mayoría se quedó petrificada donde estaba, a la vez que un gran número de ellos se preguntaba quién habría hecho algo malo o si serían sus delitos los que iban a castigarse. Algunos cayeron de rodillas en señal de respeto, otros hicieron reverencias con la cabeza a modo de saludo. Varios huyeron nada más ver las lentes oculares rojas de su amo surgir de la oscuridad. La mayoría de estos, trabajadores manchados con el aceite de las cubiertas de motores, corrieron hacia los pasillos que salían de la cámara comunal de la tripulación.

El señor de la legión hizo caso omiso de su huida. La gente se apartaba del guerrero al tiempo que este caminaba hasta el puesto mercantil de un hombre que vendía trozos de tela blanca y amuletos tejidos con pelo de mujer. En las inmediaciones, los humanos atenuaban sus lámparas de mano como muestra de respeto, al hallarse en presencia de un señor de la legión.

—Arkiah —rugió el guerrero. Su voz distorsionada era un gruñido gutural entre dientes, un sonido rasposo que surgía del altavoz que había en la rejilla del morro del casco. El hombre retrocedió sobresaltado y se mantuvo erguido tan sólo gracias a la testarudez de su orgullo.

—¿Señor?

El guerrero se llevó la mano al gladio que llevaba envainado en la musiera de forma lenta y deliberada. Mientras se erguía con la espada en la mano, sus lentes oculares seguían clavadas en las sudorosas facciones del mortal, y entonces rugió otras tres palabras:

—Toma esta espada.

Talos arrojó el gladio sobre la mesa con un estrépito metálico, lo que hizo caer por

los bordes del mueble las baratijas que había encima. La hoja era tan larga como el brazo del humano, y la tenue iluminación de la cámara comunal transformaba su argénteo acero en ámbar.

—Tómala. He de ver al tecnoadepto, reunión que se retrasará si permanezco aquí. Así pues, toma la espada, mortal. Mi paciencia tiene un límite.

Con dedos temblorosos, el hombre hizo lo que se le ordenó.

—¿Señor? —le preguntó otra vez con voz trémula.

—La espada que tienes en las manos se forjó en Marte, en una era que ahora casi todas las almas del Imperio toman por un mito. Ha cortado cabezas de hombres, mujeres, niños, alienígenas y bestias. Con estas manos, la hundí en el corazón aún latente de un hombre que gobernaba sobre un mundo entero.

El guerrero se llevó la mano al cinturón, donde un casco del Adeptus Astartes colgaba de una cadena gruesa y corta que tenía junto a la cadera. De un tirón, arrancó el yelmo y lo dejó caer sobre la mesa, justo donde había yacido la espada un momento antes.

La ceramita roja estaba surcada de melladuras y arañazos; las lentes oculares verdes estaban agrietadas y sin vida mientras miraban a Arkiah en un silencio sepulcral.

—Este casco es todo lo que queda del guerrero que asesinó a tu hija —dijo Talos —. Yo mismo lo maté, en medio de las refriegas que rugieron por las cubiertas mientras huíamos de Crythe. Y cuando todo acabó, le cercené la cabeza de los hombros con la misma espada que a ti tanto te cuesta levantar ahora.

El hombre se dispuso a bajar la espada para dejarla descansar otra vez sobre la mesa.

—¿Qué queréis de mí, señor?

—Se dice que siembras las semillas de la discordia entre la tripulación mortal, que predicas que este navío está maldito y que todo aquel que navegue a bordo está destinado a sufrir el mismo destino que tu hija. ¿Es así?

—Los presagios…

—No. —Talos se rio entre dientes—. Si quieres seguir vivo al final de esta conversación, no hablarás de «presagios». Hablarás de lo que es tangible, o jamás volverás a hablar. ¿Preconizas la maldición del *Pacto*?

El aliento de Arkiah dejaba volutas en el frío aire.

—Sí, mi señor.

El guerrero asintió.

—Muy bien. Eso no me disgusta. A los esclavos no se les prohíbe tener sentimientos u opiniones, por erróneos que estos sean, siempre y cuando atiendan a su deber. ¿Cuál es tu deber, Arkiah?

El hombre de avanzada edad dio un paso atrás.

—Yo… yo no soy más que un trabajador sin importancia. Hago cualquier cosa que la tripulación me diga.

Talos se acercó un paso más. Su armadura rugía al ponerse en marcha con una resonancia que daba dentera.

—¿Y acaso la tripulación te dice que preconices que todos ellos están malditos?

—Por favor, señor, no me matéis. Por favor.

Talos le clavó la mirada al hombre.

—No he venido hasta aquí para matarte, imbécil. Vine para demostrarte algo, para enseñarte una lección que todos debemos aprender si queremos conservar la cordura en las vidas que llevamos. —Talos señaló el casco mientras continuaba—: Ese fue el guerrero que mató a tu hija. Su espada la partió por la mitad, Arkiah. Debió de haber tardado mucho en morir, y te aseguro que esos momentos fueron más dolorosos que cualquier cosa que te puedas imaginar. Tu mujer también murió durante el ataque, ¿verdad? Bajo la espada de un Ángel Sangriento, ¿no? Si ella estaba junto a tu hija cuando les llegó el final, entonces seguramente fue este guerrero quien las masacró.

Talos blandió su arma: una espada de los Ángeles Sangrientos tan larga como el hombre que tenía enfrente y de la que se había apropiado tras habérsela arrebatado de sus dedos inertes al héroe que había asesinado. El artefacto, pulido y alado, había sido forjado con plata y oro; su artesanía era perfecta y su valor incalculable. Lenta, suavemente, colocó el arma dorada en el hombro del anciano, con el filo a punto de besar el cuello del mortal.

—Quizá esto fue lo último que vieron. Un guerrero sin rostro alzándose por encima de ellas, con su arma lista para descender, para cortar, para mutilarlas.

En ese instante, las lágrimas cubrieron los ojos del hombre. Cuando pestañeó, estas corrieron raudas por sus mejillas.

—Señor… —dijo. Sólo eso, nada más.

Talos leyó la pregunta en los ojos del hombre destrozado.

—He venido para aclararte las dudas, Arkiah. Hice lo que pude. Desmembré al asesino de tu hija. El recuerdo de cómo me sabía su sangre mientras me comía su corazón me acompaña. Ella murió, y tienes derecho a estar tan dolido. Pero aquí, ahora, tienes los restos del asesino ante ti. Usa la espada. Rompe el yelmo. Cóbrate la venganza que tanto ansias.

Por fin, el hombre reunió fuerzas para hablar:

—No deseo vengarme, mi señor.

—¿No? —El amo de la noche sonreía tras su placa facial, lo que tensó los músculos en proceso de curación. A pesar de lo que le había dicho a Octavia, su rostro era ahora una máscara de dolor enervante y continuo. Se había planteado arrancarse la piel del lado izquierdo del cráneo para matar los nervios y reemplazar el tejido cicatrizal con implantes augméticos al descubierto. Aún no estaba seguro de la razón por la que sentía tanta renuencia a hacerlo.

—Si la venganza es algo vacío —continuó Talos—, entonces es que sencillamente no has sufrido lo suficiente. La venganza supone todo aquello a lo que podemos

aspirar cada vez que nos lamemos las heridas y esperamos a que se curen. Todas las almas de esta nave, ya sean mortales o inmortales, aceptan esa verdad. Todas menos tú. Tú, que insistes en que han sido más injustos contigo que con cualquier otro. Tú, que te atreves a susurrar la disidencia desde las sombras, sin tener en cuenta que tus amos moran en esas mismas sombras y que estas nos susurran al oído, Arkiah. Recuerda, pequeño humano, la pena por traición en esta nave consiste en ser despellejado vivo.

Talos ya no le hablaba a él de forma directa. El guerrero se volvió para dirigirse a la multitud que los rodeaba, pero eso no fue óbice para que apuntase con sus palabras a los oídos de Arkiah.

—Así que contéstame a lo siguiente: ¿acaso murmuras esos mensajes traicioneros debido al egoísmo que mueve tu dolor, como si fueses tú el único que ha perdido algo valioso, o es porque de verdad crees que tus semejantes se alzarán para sublevarse en contra de la legión?

—Mi hija…

El amo de la noche se transformó en un borrón de movimiento y un zumbido de servojuntas. Hacía un escaso momento había estado mirando a la multitud mientras le daba la espalda a Arkiah; al siguiente, el hombre que sollozaba estaba suspendido en el aire, agarrado por su pelo canoso y con las botas colgando por encima de la cubierta.

—Tu hija fue una más del centenar que perdió la vida aquella noche, a bordo de una nave que todavía se desmorona bajo nuestros pies debido a los daños que soportó en esa ocasión —rugió con voz gutural el amo de la noche—. ¿Quieres que me disculpe por no haberla protegido? ¿O es que eso tampoco cambiaría nada? Si tales palabras fuesen ciertas, ¿te sonarían tan vacías como la venganza que crees tan inútil? ¿Te la traerían de vuelta, acaso?

Talos arrojó al hombre a un lado, y este fue a caer sobre una mesa que volcó a causa del impacto.

—Perdimos a docenas de guerreros la misma noche en la que perdiste a tu hija. Docenas de almas que habían estado en la mismísima Terra y que habían visto cómo se desmoronaban las murallas del palacio del Emperador. Guerreros que habían consagrado una eternidad de luchas a una guerra imposible de ganar en nombre de la venganza. Perdimos a cientos de tripulantes mortales. Todos los que sobrevivieron perdieron a alguien o algo valioso aquella noche, pero se han tragado sus penas y se conforman con poder vengarse. Pero tú no. Tú tenías que decirle a todos los demás que sus pérdidas no valen nada al lado de la tuya. Tú tenías que susurrar, presa de la desesperación, que todos tenían que mearse encima de miedo ante un futuro que todavía no está escrito.

Talos enfundó ambas armas y negó con la cabeza.

—Lamento profundamente su pérdida, pequeño padre, tanto por su vida como por lo que representaba en este mísero santuario que todos nos vemos obligados a

sufrir. Me apena que todo lo que le pude dar fuese la paz de la venganza. Pero permíteme que te sea del todo claro, mortal: vives únicamente porque nosotros te lo permitimos. Respiraste por primera vez en un imperio que nosotros habíamos construido y nos sirves mientras nosotros mismos lo echamos abajo. Ódianos. Detéstanos. A nosotros nunca nos importará, aunque derramemos sangre para protegerte cuando debamos hacerlo. Pero presta atención a lo que te voy a decir, humano. No te atrevas a poner las pérdidas de tu corazón por encima de las de los demás. La disformidad siempre encuentra el modo de apoderarse de los imbéciles. Los pensamientos ponzoñosos son como un faro para los nunca nacidos.

La muchedumbre escuchaba embelesada. Talos se dio la vuelta y sus lentes oculares se encontraron con los rostros atentos de todos los sirvientes de la cámara, uno por uno.

—Surcamos lóbregas corrientes, y no os voy a mentir a ninguno de vosotros sobre lo que nos depara el futuro. El *Pacto* sangra y pide a gritos que lo reparen. Nos acercamos al muelle de Iris Infernal, lugar que algunos de vosotros recordaréis sin cariño alguno. Una vez hayamos atracado, permaneced encerrados en vuestras habitaciones a menos que estéis desempeñando tareas esenciales. Todas las almas presentes tendrán acceso a una arma, así que aseguraos de llevarla siempre con vosotros.

Uno entre la multitud, uno de los nuevos esclavos de Ganges, dio un paso al frente.

—¿Qué ocurre?

Talos se volvió hacia el hombre y bajó la vista hasta su rostro sin afeitar. Fue entonces cuando el amo de la noche se dio cuenta de que había estado hablando en nostramano. La mitad de la tripulación era nueva, por lo que no tenía experiencia con aquella lengua muerta.

—Problemas —respondió Talos en gótico bajo, la lengua de la casta baja del Imperio. Se estaba acostumbrando cada vez más a él desde que Octavia estaba a bordo —. Nos dirigimos a un refugio de renegados en el corazón del espacio imperial y llegaremos a sus fronteras en unas pocas horas. Existe la probabilidad de que aborden la nave mientras permanecemos atracados. Si eso ocurre, defended el *Pacto* con vuestras vidas. Puede que los de la VIII Legión no seamos amos generosos, pero somos santos comparados a las almas depravadas con las que tenemos que aliarnos. Recordadlo, en caso de que os seduzca la idea de escapar.

Talos reservó su última mirada para Arkiah.

—Pequeño padre. Como vuelvas a desafiar a la legión con algo más que con los susurros egoístas de un cobarde, yo mismo te arrancaré la piel y los músculos directamente de los huesos y ordenaré que crucifiquen tu esqueleto despellejado en el corazón de esta misma cámara, suspendido a modo de advertencia para todos los demás. Asiente si aceptas estos términos.

El hombre de avanzada edad asintió.

—Sabia decisión —le contestó Talos, quien abandonó la cámara a grandes zancadas. Una vez en las sombras de los corredores más profundos, pronunció tres palabras en un canal de comunicación abierto:

—Primera Garra, conmigo.

• • • • •

Estaba sentado y se frotaba la cabeza a la vez que se mecía con suavidad, en mitad de una cámara sin amueblar, mientras susurraba los nombres de unas divinidades a las que odiaba.

Uno de sus hermanos lo llamó por las irregulares ondas sonoras de la frecuencia de voz.

—Voy —respondió Uzas, y se puso en pie.

• • • • •

Bajó la descomunal arma y soltó el gatillo para que los dientes de la espada se detuvieran. El motor de la empuñadura quedó al ralentí mientras el guerrero oía a su hermano llamarlo. Estaba bañado en sudor bajo la armadura, lo que hacía que la piel le escociera, a pesar de que esta estuviera empapando el tejido absorbente del mono ceñido que llevaba puesto.

—Estoy de camino —contestó Xarl por el canal.

• • • • •

La pluma redujo su rasposa marcha por el pergamino hasta que por fin se detuvo. El guerrero miró el casco con rostro de calavera que reposaba sobre su escritorio y que lo observaba con ojos impertérritos. Con reticencia, depositó la pluma en el tintero. Espolvoreó un puñado de arena fina sobre el pergamino para ayudar a que las letras se secasen antes de llevarse la mano al micro de su gorguera para activarlo.

—Como desees —dijo Mercutian.

• • • • •

Caminaba por los pasillos de la nave y sus lentes tintadas de rojo provistas de puntos de mira color blanco intermitente perforaban la oscuridad. Una runa destelló en su visualizador retinal; se trataba del glifonombre de su hermano, que parpadeaba reclamando su atención. Pestañeó sobre él para responder.

—¿Algún problema?

—Vamos a reunimos en el Salón del Recuerdo —le contestó la voz de Talos.

—Qué tedioso suena eso. ¿De qué situación estamos hablando?

—Quiero un informe completo de las reparaciones necesarias antes de que atraquemos.

—Lo que yo decía —respondió Cyrion—. De lo más tedioso.

—Tú sólo ven.

Talos cortó la comunicación.

● ● ● ● ●

El Salón del Recuerdo resonaba con el ruido de la industria. Los servidores levantaban y transportaban, taladraban y martilleaban; todos ellos ataviados con túnicas, encapuchados con sobrepellices negros y con el símbolo del cráneo con alas de la legión a la espalda. Varios de ellos tenían glifos nostramanos tatuados en la frente, pues se trataba de antiguos siervos culpables de delitos menores a los que habían condenado a vivir como zánganos potenciados y lobotomizados.

Grupos numerosos de trabajadores y servidores se afanaban en las mesas y en las cintas transportadoras mientras fabricaban los proyectiles explosivos de bólter que usaban los guerreros de la legión, a la vez que otros trabajaban en las consolas adosadas a la pared para inspeccionar determinadas zonas de la nave y dirigir a los equipos de reparaciones. El salón entero reverberaba con el flujo de las voces a través de los comunicadores, el choque de las herramientas y los golpes contra el metal.

Cuatro grandes sarcófagos colgaban de una pared por medio de sujeciones, envueltos con cadenas y suspendidos del techo mediante abrazaderas. De todos ellos, uno solo permanecía en el interior de una pantalla estanca protectora, a medio camino de que terminaran de restaurar la superficie repleta de grietas de su chasis hasta quedar en perfecto estado, aunque la neblina azul del campo de estasis enturbiaba todo aquello.

Los féretros dreadnought de la partida de guerra se estremecieron acompañados de un nuevo tintinear de cadenas cuando la nave dio otro bandazo. Todos y cada uno de los ataúdes estaban forjados a la perfección con metales preciosos y sus placas de blindaje lucían esculturas labradas con esmero. El responsable de tan paciente y delicada obra era un orfebre magistral, pues su artesanía estaba a una galaxia de distancia de las simples reparaciones que efectuaban la mayoría de los trabajadores y

esclavos.

Los miembros de la Primera Garra se miraron los unos a los otros alrededor de la mesa hololítica central de la cámara. Una imagen tridimensional del *Pacto de Sangre* rotaba delante de todos ellos, aunque las centelleantes alertas de daños en forma de manchas rojas desvirtuaban sus contornos parpadeantes e irregulares. Aparecía y desaparecía con unos latidos que seguían el ritmo de los temblores que sacudían la nave.

—No tiene buena pinta —comentó Cyrion.

—Pues no —coincidió Lucoryphus con voz rasposa—. Nada buena.

Su presencia había sido una sorpresa desagradable para la Primera Garra cuando esta última entró en la estancia. Talos no tenía ninguna duda de que el Elevado había enviado al líder de los Rapaces para que fuera sus ojos, como señor de la nave que era.

—Tecnoadepto —Talos se volvió hacia Deltrian—, necesito un listado completo de las reparaciones que deben hacerse junto a los materiales que vais a necesitar. También necesito saber el plazo de tiempo que tendrá que estar atracado el *Pacto* mientras lo ponen a punto.

Talos estaba al lado de Deltrian, frente a Xarl y Lucoryphus. Entre los tres guerreros habían más bien pocas similitudes: Talos llevaba su armadura de la legión, con las armas envainadas, la mirada tranquila y el yelmo descansando al borde de la mesa. Lucoryphus seguía con su plañidera máscara puesta —a decir verdad, Talos no tenía ni idea de si el otro guerrero sería capaz de quitársela ya— e inclinado de forma tosca, ya que le resultaba difícil permanecer en pie sobre sus garras de ceramita. Xarl también iba a cabeza descubierta, pues tenía el casco, similar a un cráneo, anclado en la musiera. Su armadura machacada contrastaba con un semblante impasible de facciones repletas de cicatrices que componían un mapa de recuerdos desagradables, cuyos ojos totalmente negros pasaban de Talos a Lucoryphus una y otra vez. No lo hacía de forma sutil; ni siquiera intentaba ser sutil: Xarl percibía la génesis de una rivalidad entre ambos guerreros y observaba con interés.

Deltrian sonreía, pues Deltrian siempre sonreía. El rostro esquelético de cromo bajo la capucha negra no podía formar otra expresión. Mientras el tecnoadepto hablaba, las alambrevenas y los cablemúsculos de sus mejillas y cuello se tensaban y flexionaban. Su voz era el discurso sin emoción alguna de un autómata.

—Los motores de propulsión por el immaterium se han visto sujetos a niveles de daño poco recomendables durante los últimos ocho meses. —Deltrian hizo una pausa y volvió sus lentes oculares color esmeralda hacia Lucoryphus—. Si bien funcionan dentro de los límites permitidos.

Los ojos del tecnoadepto emitieron un siseo suave cuando los aerosoles de enfriamiento situados en sus conductos lacrimales los humedecieron. Talos no pudo evitar echarle una mirada furtiva. El profeta seguía ocultando tras un velo decoroso la curiosidad que sentía acerca de la reconstrucción personal de Deltrian, pero el hecho de que un tecnoadepto del Mechanicum de Marte se reconstruyese a sí mismo para

parecer la representación cibernética de un humano descarnado le resultaba de lo más intrigante. Sospechaba que era el resultado del vínculo que Deltrian compartía con la VIII Legión. Lo cierto era que ese aspecto, más proclive a inspirar miedo en los mortales, le convenía más.

O puede que se tratara de una cuestión de fe. Asemejarse a una versión sintética del esqueleto humano demostraría los muchos cambios que Deltrian había llevado a cabo en su búsqueda de la perfección mecánica, al igual que evidenciaría el respeto que sentía por sus orígenes mortales.

Talos se percató de que se lo había quedado mirando sin darse cuenta. Con una sonrisa culpable, devolvió la vista al hololito.

Deltrian hizo un gesto con su garra de cromo a las zonas rojas que parcheaban el fuselaje de la nave.

—Los sistemas defectuosos se localizan en estos puntos. Aquellas secciones del casco que tienen la necesidad imperiosa de que las reparen están situadas aquí, aquí, aquí, aquí y aquí. En cuanto a los sistemas principales, la IX Legión ha infligido daños graves sobre los generadores de realidad. Hasta la fecha, las reparaciones a bordo de la nave han bastado para restituir el vuelo sostenido por el empíreo. Si no atracamos pronto para poner a punto los generadores de realidad, los mecanismos de seguridad ahogarán los motores de immaterium, lo que impedirá que se activen.

—¿*Lo* que significa…? —preguntó Xarl.

—Lo que significa que el campo Geller está dañado —respondió Talos—. Los motores de disformidad no funcionarán durante mucho tiempo más a menos que reparemos los generadores de escudos.

—Así es —confirmó Deltrian. Apreciaba lo pura que había sido la precisión en la explicación del guerrero. Hizo un gesto afirmativo con la cabeza a «Legiones Astartes Uno-Dos-Diez; apelativo preferente: Talos»—. Exacto —concluyó el tecnoadepto.

—La Novena… los Ángeles Sangrientos… —dijo Lucoryphus con tono áspero—, ya no son una legión.

—Recibido. —Deltrian inclinó la cabeza un instante—. Grabado.

Cyrion apuntó con un gesto hacia el hololito.

—Entonces, ¿el campo Geller está defectuoso?

La unidad voxpondedora que tenía implantada en el interior de la garganta soltó una retahíla de código máquina.

—Terminalmente defectuoso. Las reparaciones temporales se degradarán con mayor frecuencia. Cuanto más tiempo permanezcamos en el immaterium, mayor será el riesgo potencial de rotura.

—Esto nos va a llevar semanas. —Talos negó con la cabeza mientras observaba las vueltas que daba la nave hololítica—. Puede que meses.

Deltrian emitió otro chorro de código vocalizado con un torrente de numerales inundado de estática, que era lo más parecido a una maldición que podía expresar el adepto.

—El fallo de los motores de immaterium no supone el principal problema del *Pacto*. Observen. —Sus dedos esqueléticos teclearon un código en la consola de la mesa. El hololito se estremeció ante ellos y varias zonas del fuselaje aparte de esa parpadearon en rojo. Al no pronunciarse ninguno de los guerreros al respecto, Deltrian soltó un pequeño gruñido—. Lo reitero: observen.

—Sí, ya veo —mintió Cyrion—. Ahora todo tiene sentido. Pero explíqueselo a Uzas.

Talos silenció a su hermano con una mirada.

—Háganos el favor, tecnoadepto. ¿Qué es lo que estamos mirando aquí?

Durante varios segundos, Deltrian se contentó con quedarse mirando a los guerreros, como a la espera de algún chiste. Cuando comprendió que no iban a decir nada, el tecnoadepto se tiró de la túnica para ajustársela, lo que sumergió sus plateados rasgos faciales en las profundidades de la capucha. Talos nunca había caído en la cuenta de que un esqueleto mecánico pudiera parecer exasperado mientras seguía sonriendo, pero ahí estaba.

—Es la proyección estadística equivalente a los daños que soportaremos durante los restantes días de nuestro viaje basados en las turbulencias del immaterium hasta ahora.

Talos se pasó con suavidad las yemas enguantadas de sus dedos por las cicatrices que le surcaban la sien, sin darse cuenta de que lo hacía de forma inconsciente.

—Parece suficiente como para inutilizar la nave.

—Casi —concedió Deltrian—. Nuestra navegante es débil y carente de experiencia. Gobierna la nave a través de las olas disformes porque no percibe ninguna ruta por las que rodearlas. Visualicen el daño que su ruta le inflige al *Pacto*.

—No es una navegante avezada —gruñó Xarl—. Id al grano, tecnoadepto.

—En el vernáculo nostramano, la navegante está desmoronando la nave. —Deltrian desconectó el hololito—. Voy a proceder a hacer un balance de situación en los términos más sencillos: hasta la presente fecha, hemos contado con la ingenuidad y el ficticio concepto que es «la suerte». Dichos recursos ya no son viables. La esclava 3101, apelativo preferente: Octavia, va a destruir esta nave mediante su incompetencia si fracasa en su intento de hacer las paces con el espíritu máquina y modificar sus técnicas de navegación.

El rapaz rugió mientras inspiraba a través de la rejilla de su altavoz.

Deltrian alzó su huesuda mano de cromo para impedir que Lucoryphus hiciese algún comentario.

—No. No interrumpas la presente vocalización. Hay más. Alcanzaremos el puerto de destino. De lo que hablo son de eventualidades y preocupaciones de cara al futuro. Ella tiene que aprender a navegar con mayor celeridad y competencia, o seguirá hiriendo al *Pacto* cada vez que nos lleve al immaterium.

Talos no dijo nada.

—Es más —insistió Deltrian—, nuestro viaje acelera la erosión de varios sistemas

esenciales. La ventilación. El reciclado de residuos líquidos. Las cápsulas de recarga de los generadores que abastecen los puertos de las baterías laterales. La lista es larga e inclemente. Nuestra embarcación ha soportado tal grado de daños durante el último año solar estándar, que menos del treinta por ciento de sus funciones operan dentro de los parámetros fiables. A medida que mis tripulantes servidores se adentran en los órganos de la nave durante las operaciones de reconstrucción, localizan nuevos defectos y me ponen al corriente.

Talos asintió, pero permaneció callado.

—Carezco de la maestría que se requiere para descifrar los indicadores emocionales de las facciones no potenciadas —Deltrian ladeó la cabeza—. Pareces estar experimentando una reacción emocional. ¿De cuál se trata?

—Está molesto con vos. —Uzas se pasó la lengua por los dientes—. Estáis insultando a su mascota.

—No lo entiendo —confesó Deltrian—. Yo sólo me expreso en base a realidades.

—No le hagáis caso. —Talos señaló a Uzas con un gesto—. Tecnoadepto, entiendo vuestra preocupación, pero trabajamos con las herramientas que tenemos.

Lucoryphus, quien había permanecido callado durante varios minutos, rompió su silencio con una risa susurrante.

—¿De veras, Cazador de Almas?

Talos se volvió hacia el líder de los Rapaces.

—¿Es que tienes algo que decir al respecto?

—¿Acaso esta partida de guerra no tuvo antaño un guerrero que podía pilotar naves por la disformidad? —Lucoryphus sufrió un espasmo y tosió otra carcajada—. Sí, sí. Ah, sí que tenía, sí.

—Ruven se ha ido y está atado con correa al lado del señor de la guerra; además, no tenemos a más hechiceros entre nosotros. Ningún brujo puede compararse a un navegante, hermano. Uno posee los conocimientos para guiar una nave por la disformidad. El otro no ha nacido sino para eso.

El rapaz resopló con desprecio.

—El campeón halasker tenía hechiceros. Varias partidas de guerra de la VIII Legión los atesoran. —Lucoryphus, o bien asintió de forma abrupta, o bien su cuello se convulsionó en aquel preciso instante—. Hablan de ti, Cazador de Almas. Talos de la Décima, el guerrero con el don del primarca y que nunca ha mirado dentro de los secretos de la disformidad. ¿Cuántos de nuestros hermanos aseguran poseer la presciencia del padre tras dominar los secretos de la disformidad? Pero tú no. No, no, Talos de la Décima no.

—Basta. —Talos entrecerró los ojos—. Esto es absurdo.

—No es absurdo. Es la verdad. Has estado demasiado tiempo alejado del Gran Ojo, profeta. Eres un alma valiosa. Deberías dar forma a tu talento. La hechicería es un arma igual de válida en esta guerra como la espada que robaste y el bólter que heredaste.

Talos no contestó. Se le erizó la piel cuando los ojos de sus hermanos de la Primera Garra se clavaron en él.

—¿Es eso cierto? —preguntó Xarl—. ¿Los hilanderos de disformidad de la Legión Negra quieren a Talos?

—Es verdad y es cierto —aseguró con voz rasposa Lucoryphus. Los sangrantes ojos de su yelmo lo miraron con firmeza—. El profeta derrama potencial como si fuese una aura negra. Cazador de Almas, ¿acaso Ruven no quiso entrenarte?

—Me negué. —Talos se encogió de hombros—. Si pudiéramos concentrarnos en el tema en cuestión…

—Yo estaba ahí cuando se negó —sonrió Cyrion—. Y en defensa de mi hermano diré que Ruven era, en el mejor de los casos, un vil hijo de perra tragameados. Me habría negado a prestarle un arma, por no hablar de permitirle que me transformase en una.

Lucoryphus reptó alrededor de la mesa sobre sus garras metálicas, lo que hacía que sus toberas oscilasen en consonancia a su incómoda manera de andar. Durante varios pasos, se irguió en una pose furtiva y bípeda, lo que lo hacía igual de alto que sus hermanos legionarios, aunque se notaba que moverse así era frustrante para él. Se puso otra vez sobre cuatro patas mientras merodeaba cerca de los sarcófagos encadenados, a la vez que meditaba en voz alta con su voz sibilina y actitud ociosa:

—¿Y qué hay de vosotros, Primera Garra? ¿Xarl? ¿Mercutian? ¿Uzas? ¿Qué opináis de la reticencia del profeta? ¿Cómo lo veis ahora, bajo esta nueva luz?

Xarl rio entre dientes sin hacer ningún comentario. Mercutian mantuvo su estoico silencio sin que sus facciones delatasen nada.

—Lo que yo creo, es que deberías tener cuidado con lo que dices —respondió Uzas con voz rugiente—. El profeta ha escogido su camino, al igual que nosotros, al igual que todas las almas. —El guerrero remató sus palabras con un gruñido que denotaba rechazo.

Los otros se lo quedaron mirando sin disfrazar su sorpresa. Incluido Lucoryphus.

—Basta —sentenció Talos con los dientes apretados—. Ya es suficiente. Honorable tecnoadepto, por favor, continuad.

Deltrian no había perdido el hilo:

—… y he recibido y guardado una discrepancia con los cables de alimentación subsidiarios que suministran la energía de las baterías de lanzas delanteras hace cuarenta y seis minutos y doce segundos, según la cronología estándar terrana. Quince segundos. Dieciséis. Diecisiete.

Talos se dirigió al tecnoadepto.

—Creo que lo que estáis tratando de decir es que hasta el momento hemos tenido suerte de que la nave no se haya hecho pedazos.

Deltrian emitió un leve siseo de código máquina en señal de desaprobación.

—Yo nunca vocalizaría el asunto con esos términos.

—¿Cuánto nos llevará arreglarlo? En su totalidad —le preguntó Xarl.

Deltrian se volvió con la capucha puesta para mirar al guerrero. Unas lentes oculares color esmeralda y una sonrisa plateada destellaron en las sombras. Tenía los cálculos exactos, pero sospechaba que los amos de la noche no iban a estar interesados en escucharlos, de todas formas.

—Con toda la plantilla de tripulantes al ochenta por ciento de eficiencia: cinco coma cinco meses. —Casi le dolía ser tan impreciso, pero aquellos intelectos demasiado mortales le exigían transigir—. El ochenta por ciento de eficiencia alude a casos de enfermedad fatal, lesiones, muerte e incompetencia durante las reparaciones.

—Cinco meses y medio es mucho tiempo para estar varados en Iris Infernal. —Xarl frunció el ceño—. ¿Y si hacemos un trueque con el Cosechador de Sangre para que su tripulación de cubierta nos ayude? Sería un intercambio por materiales y mano de obra, en lugar de hacer las tareas nosotros mismos.

—«Cosechador de Sangre»… —Talos observaba el hololito, con voz distraída dado el dolor de sus sienes—. Vaya un título más ridículo.

Cyrion rio entre dientes.

—Mordaz comentario, viniendo de un guerrero al que llaman «Cazador de Almas».

Talos ocultó su sonrisa haciendo ver que se rascaba la cicatriz de la mejilla.

—Continuad, tecnoadepto.

—Contando con la tripulación de trabajadores del Iris Infernal, la puesta a punto podrá completarse en el lapso de un mes.

—Disculpadme todos por ser el que diga esto, pero no es que seamos demasiado queridos allí —puntualizó Mercutian—. Existen muchas probabilidades de que el Tirano se niegue a dejarnos atracar, por no hablar de que nos preste los servicios de sus trabajadores. Y tampoco es que poseamos suficientes recursos con los que hacer grandes trueques. Necesitamos todo lo que liberamos de Ganges.

—Di «robamos» y ya está —le dijo en tono despectivo Xarl al otro guerrero—. ¿«Liberamos»? Pero ¿qué significa eso? Es que me dais asco los de Límite de Ciudad; no dejáis de disfrazar las cosas con eufemismos.

Mercutian le devolvió la mirada con los ojos llenos de rabia.

—La única que roba es la escoria de los barrios bajos de Ciudad Interior. Estamos luchando en una guerra, no atracando la tienda de la esquina por un puñado de monedas de cobre.

Eso no le borró a Xarl su desagradable sonrisa de la cara.

—Duras palabras viniendo del hijo de un ricachón. Es muy fácil emplear eufemismos cuando supervisas un sindicato del crimen desde lo alto de una torre y son los demás quienes te hacen el trabajo sucio. Solía disparar a los niñatos de Límite de Ciudad cuando se hacían los barriobajeros en nuestro sector. No me cansaba de cargármelos, en serio.

Mercutian resopló entre dientes sin decir nada.

La pausa duró 6,2113 segundos, exactamente. Si Deltrian lo sabía se debía a que su

dominio de la cronología era un ejemplo de precisión matemática. Él mismo acabó con el silencio al emprender un raro intento de ser gracioso, con el fin de interrumpir aquello que él consideraba un enfrentamiento tangencial y desconcertante.

—Si no se nos concede permiso para atracar, entonces, usando la jerga nostramana, sería verdaderamente desafortunado.

Tras eso, la atmósfera quedó enrarecida e incómoda. El tecnoadepto deseó de inmediato no haber dicho aquello, así que reaccionó de dos maneras. La primera fue algo así como un espasmo de humanidad, un movimiento de reafirmación sin sentido cuya ejecución le resultó a él mismo de una mortalidad intrigante: arrebujó la túnica sobre su esquelético armazón para ceñírsela, como si tuviera frío.

Por supuesto, él no tenía frío. Deltrian se había deshecho de la capacidad para registrar temperaturas en la superficie de su epidermis, y tan sólo calculaba esas variaciones con las mediciones imparciales que le proporcionaban los sensores que tenía instalados en las yemas de los dedos.

La segunda reacción, que tuvo lugar en esa misma fracción de segundo, fue apartar la frase de su memoria a corto plazo valiéndose de una depuración de datos perfectamente calculada.

Aquello dio resultado, sin embargo. El intento de ser gracioso del tecnoadepto hizo sonreír a Talos, y este silenció a los guerreros con suavidad:

—Hermanos, ya es suficiente, por favor. Hasta el tecnoadepto del Dios Máquina se siente incómodo al presenciar otra más de nuestras discusiones familiares.

—Como desees. —Mercutian lo saludó con el puño sobre el pecho.

Xarl fingió interesarse en el hololito a la vez que la sonrisa que esbozaba permanecía en su sitio.

—¿Lucoryphus? —dijo Talos.

—Cazador de Almas.

—No me llames así, por favor.

El líder de los Rapaces soltó una carcajada socarrona.

—¿Qué quieres?

—Informa al Elevado de los plazos estimados.

—Muy bien —dijo el legionario de los Rapaces con un jadeo mientras se daba la vuelta para salir reptando de la sala.

—Me cae mal —dijo Cyrion para sí en voz alta.

Talos hizo caso omiso del comentario de su hermano.

—¿Podéis trasladar los detalles de los arreglos a una placa de datos encriptada? Me aseguraré de que todo proceda con celeridad una vez atraquemos.

—Conforme. —Deltrian dudó—. Pero ¿pretendéis insinuar que no voy a desembarcar en Iris Infernal?

—¿Queréis hacerlo? —Talos frunció el entrecejo, extrañado—. Disculpadme, no me lo había planteado. La Primera Garra os acompañará como guardia de honor si optáis por abandonar la nave.

—Os ofrezco la presente expresión de gratitud vocalizada —dijo el tecnoadepto—. A modo de apéndice para el intercambio lingüístico esencial, procederé a aplicar una nueva pregunta: ¿funciona vuestro brazo a niveles aceptables?

Talos asintió.

—Así es. Os vuelvo a dar las gracias, tecnoadepto.

—Me enorgullezco de ese trabajo.

Deltrian le sonrió. Pero claro, Deltrian siempre sonreía.

● ● ● ● ●

Maruc estaba mirando por encima de donde trabajaba Septimus. La iluminación que daba la lámpara era débil, lo que no le hacía ningún favor a Maruc, que padecía de vista cansada, aunque durante las últimas semanas se había ido acostumbrando a ello.

—¿Qué es esto? —Tenía sujeto un objeto de metal del tamaño de su pulgar.

Septimus echó una ojeada hacia el sirviente de mayor edad. El banco de trabajo que Maruc tenía en la cámara taller que compartían era un desorden de piezas de taladro, limas y de trapos manchados de aceite. Una pistola bólter a medio montar estaba esparcida por la mesa. Septimus dejó los esquemas arrugados que había estado estudiando.

—Es un suspensor. Es para el bólter pesado de lord Mercutian.

La nave dio otra sacudida.

—¿Es eso un…?

—No. —Septimus evitó corresponder la mirada preocupada de Maruc, al tiempo que deseaba en silencio que Octavia se dirigiera a corrientes más tranquilas—. Fuera lo que fuese que quisieras preguntar, no lo era. No preguntes, sólo trabaja.

—Escucha, Septimus…

—Ya lo hago.

—Está siendo una travesía turbulenta. Más turbulenta incluso que en los buques de carga en los que he navegado. ¿Qué pasa si algo va mal?

Septimus se limitó a quedárselo mirando.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Salir ahí fuera y pegar el fuselaje con adhesivo industrial? Por lo que más quieras, hazlo. Hay un millón de monstruos deseosos de trocearte el alma, y yo tendré el dudoso placer de entrenar a otro.

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo?

Maruc se rascó la mejilla, lo que le dejó un rastro de aceite sobre la piel.

—Estoy tranquilo porque no hay otra cosa que pueda hacer.

—He oído historias sobre naves que se pierden en la disformidad…

Septimus se dispuso a leer otra vez, aunque su mano descansaba sobre la culata de su pistola.

—Créeme, las historias no son fieles a la verdad. La realidad es mucho peor que tus cuentos de hadas imperiales. Y ahora no es el momento de discutir sobre eso.

La nave volvió a estremecerse, con la violencia suficiente como para hacerlos caer de sus asientos. Los gritos desde las otras cubiertas reverberaron por el fuselaje del navío como una lúgubre cacofonía.

—Los motores de disformidad se han vuelto a desconectar —maldijo Maruc al tiempo que se tocaba con los dedos la sien. Se había dado un golpe muy fuerte en la cabeza.

—*Sinthallia shar vor valí ve lias* —siseó Septimus mientras se incorporaba.

—¿Qué significa eso?

El otro sirviente se pasó los dedos enguantados por el pelo para apartárselo de la cara.

—Significa «esa mujer nos va a matar a todos».

• • • • •

Octavia se inclinó hacia adelante en su trono, con los ojos cerrados con fuerza. El sudor goteaba de su frente hasta el suelo de metal con el suave repiqueteo de una llovizna. Escupió, notó sabor a sangre y prefirió no mirar. El ojo que tenía en mitad de la frente le dolía por haberse quedado mirando demasiado rato y le picaba a causa de los regueros de sudor que corrían por sus bordes.

Con un suspiro, se repantingó en el asiento. Al menos la nave había cesado de temblar. Si continuaba la dinámica de las pocas veces anteriores en que había sucedido eso, ahora contaba entre una y tres horas de descanso antes de que el Elevado le ordenase sumergir la nave de vuelta a la disformidad. Ese último y turbulento descenso por el Mar de las Almas había sido, de lejos, el peor. Octavia sintió que todavía estaba conectada a la nave, así como la aflicción de los tripulantes que sangraban a lo largo del esqueleto de acero de la embarcación. Esta vez había gente herida. Había salido de la disformidad de forma demasiado brusca, a pesar de que había aguantado todo lo que había podido, hasta que casi sintió que la sangre empezaba a hervirle en las venas.

—¿Ama? —oyó que la llamaba una voz.

Conocía dicha voz, y sintió lo cerca que estaba de ella. Sabía que si abría los ojos, se iba a topar con una niña muerta devolviéndole la mirada.

—No estás aquí —susurró.

La niña muerta acarició con los dedos la rodilla de Octavia. A la navegante se le puso la piel de gallina y pegó un bote hacia atrás en el asiento.

Volver a ver como una humana normal supuso toda una hazaña: un instante de reticencia extrañamente agradable precedió al cierre de su tercer ojo, tras lo cual, el

barullo de anticolores desapareció para dar paso a un vacío más tradicional; después, y con algo de esfuerzo, consiguió abrir los ojos, que estaban pegajosos a causa de las lágrimas.

Fiera estaba arrodillado delante del trono con las manos recubiertas de vendas en su rodilla.

—¿Ama? —preguntó casi como un lamento.

«Fiera. Sólo es Fiera».

—Agua —consiguió decir.

—Ya traigo aquí agua para la ama —respondió—. Está caliente. Lo siento por eso.

Octavia se obligó a mostrarle una sonrisa a aquel esperpento sin ojos.

—No pasa nada, Fiera. Gracias.

El primer trago no fue distinto a beber dulce néctar. Casi podía imaginarse que el líquido, dulce y cálido, rehidrataba sus músculos doloridos. Allá, en Terra, bebía vino importado en vasos de cristal. Ahora se sentía agradecida de un modo patético por beber agua tibia, reciclada de quién sabía qué y de la mano de un hereje.

Estaba demasiado cansada como para echarse a llorar.

—¿Ama?

Ella le devolvió la cantimplora. El agua caliente le revolvió el estómago, pero no le importó.

—¿Qué pasa?

Fiera se retorció las manos envueltas en vendas mientras la miraba con ojos ciegos.

—Os cuesta volar. Me preocupo por vos. Sudáis y os quejáis más de lo que Etrigius hizo nunca cuando guiaba la nave por las corrientes secretas.

La sonrisa de Octavia fue más sincera cuando se limpió la cara con la cinta.

—Seguro que era mucho mejor que yo en esto. Y tenía más práctica. Estoy acostumbrada a navegar bajo la luz, no por las tinieblas.

Fiera parecía estar intentando digerir aquello. Sus párpados marchitos y cosidos parecían estar implorándole.

—¿Estaréis bien? —le preguntó.

Ella vaciló, y se dio cuenta de que no estaba tan cansada como para llorar, después de todo. Que se preocupase así por ella la conmovió e hizo que sintiese un hormigueo en los bordes de los ojos. De todas las almas corruptas de esta nave, era este hombrecillo zarrapastroso y deforme quien le hacía la más obvia de las preguntas: justo aquella que hasta Septimus evitaba hacer, dada su estúpida y tozuda cortesía.

—Sí —asintió ella, mientras se tragaba las lágrimas que amenazaban con salir—. Estaré bi…

Los designios del Elevado interrumpieron lo que iba a decir.

—Que toda la tripulación permanezca dentro de la estación. Reconfiguren la transmisión de immaterium para regresar a la disformidad.

Octavia suspiró y volvió a cerrar los ojos.



EL DESOLLADOR

Le llamaban «el Desollador» por razones que él creía que eran obvias. No es que fuera un nombre que celebrara, ni tampoco uno que vilipendiase. Era, al igual que muchas otras cosas de su vida, algo que simplemente había sucedido en su presencia, una cuestión sobre la que no podía ejercer control alguno.

Poseía una mirada desagradable que solía fracasar en mostrar otra emoción que no fuera un desinterés distante, y un rostro tan delgado que rayaba en lo macilento. Trabajaba en su coraza y empleaba varias horas a lo largo del día en limpiar y volver a consagrar la ceramita dispuesta en capas. Los uniformes quirúrgicos siempre terminaban enrojecidos por la sangre que le decoraba la armadura en patrones aleatorios, pues su tarea no era demasiado limpia. Su casco era blanco, aunque rara vez lo llevaba puesto a bordo de la estación.

—Desollador —una débil voz se inmiscuyó en su atención—. No me dejes morir.

Variel bajó su gélida mirada hacia el guerrero postrado en la mesa de operaciones. El hedor de su piel quemada y su sangre hervida era un penetrante almizcle, mientras que la armadura de ceramita roja y bordes de bronce del guerrero estaba totalmente agrietada. Durante un largo instante, el Desollador contempló cómo se derramaba la vida de su hermano por un centenar de roturas.

—Tú ya estás muerto —le aseguró Variel—. Es sólo que tu cuerpo todavía no lo ha aceptado.

El intento del guerrero por soltar un grito desafiante acabó siendo un jadeo. Consiguió agarrar el voluminoso guantelete nartecium de Variel. Aquellos dedos ensangrentados mancharon de mugre los botones y la pantalla del escáner.

—Por favor, no me toques. —Con suavidad, Variel liberó su brazo de la presa del guerrero moribundo—. No me gusta que me toquen.

—Desollador…

—Y por favor, abstente de suplicar. Eso no te va a servir de nada. —Variel pasó el antebrazo por encima de la fragmentada placa pectoral del guerrero. El nartecium envilecido de sangre chasqueaba mientras cogitaba. La pantalla del escáner repicó dos veces—. Has sufrido graves hernias en un pulmón y en ambos corazones. La septicemia te ha saturado de veneno el riego sanguíneo, lo que hace que tus órganos se esfuercen hasta que fallen.

—Desollador… por favor… lo único que quiero es servir a nuestro señor…

Variel apoyó los nudillos al lado de la sudorosa sien del guerrero.

—Te conozco, Kallas Yurlon. No se perderá nada cuando expires. —Hizo una pausa, pero no para sonreír; Variel era incapaz de recordar la última vez que había sonreído. Ciertamente, no había sido en la última década—. ¿Deseas la Paz del Emperador?

—¿Cómo te atreves a burlarte de mí? —Kallas intentó levantarse. La sangre corrió con más fuerza por las grietas de su armadura—. Pienso… hablar… con el Señor de los Cadáveres…

—No. —Variel tensó el puño—. Duerme.

—Yo…

Del interior del nartecium sonó el chasquido de un pistón, que propulsó un taladro de adamando a través de la sien del guerrero hasta llegar al cerebro. De inmediato, Kallas Yurlon se hundió de vuelta hacia la mesa de operaciones en los amables brazos del Desollador.

—No vas a hablar con lord Garreon, parece ser. Como te decía, ya estás muerto.

Variel abrió la mano levantando los dedos de la placa a presión instalada en la palma del guantelete. El ensangrentado punzón-taladro se retrajo de vuelta a su compartimento a lo largo del antebrazo del Desollador y se aseguró en su cápsula de fluido esterilizante.

Tecleó un breve comando en los controles de su avambrazo, lo que puso en marcha el despliegue y activación de varias herramientas tradicionales más: un escalpelo láser, una sierra para huesos motorizada y las garras de plata de una pinza torácica.

Acto seguido, comenzó la tarea de quemar, cortar, exponer hueso y despegar la piel hacia atrás. Como siempre, trabajaba en un silencio absoluto mientras respiraba con renuencia los olores del músculo incinerado y de los órganos expuestos. La primera progenoide quedó libre tras una extracción pegajosa, en la que restos espesos de mucosidad selladora formaron hilos viscosos entre la semilla genética y la cavidad vacía.

Variel depositó el órgano sanguinolento dentro de una solución de conservantes químicos antes de desplazar las herramientas de su nartecium hacia la garganta del guerrero fallecido y repetir el procedimiento de extracción. Esta vez trabajó más rápido, con una eficiencia rayana en la brutalidad. A través de un fino corte vertical

en uno de los lados del cuello, el Desollador insertó el fórceps reforzado del botiquín que tenía en el avambrazo. La carne cortada se rasgó, lo que liberó más sangre y expuso las vísceras del interior del cuello de Kallas. El segundo nódulo progenoide quedó libre de los tendones con mayor facilidad y se llevó consigo unas pocas venas seccionadas. Variel metió el órgano en la misma solución que el primero y los cerró herméticamente en un cilindro de cristal.

Por capricho, reactivó el escalpelo láser que salía de su muñequera. La cirugía *post mortem* concluyó con rapidez, y Variel retiró la piel que había levantado, lo que dejó al cadáver mirando al techo con atención y el rostro desollado.

Variel alzó la vista con lentitud. Sus fríos ojos se mostraban tan carentes de emoción como siempre. Una vez cumplido su deber, la concentración del Desollador se disipó mientras él dejaba que su entorno se filtrase de nuevo por sus sentidos. Lo rodeaba un carnaval de ruido: gritos, aullidos, improperios y maldiciones que se sobreponían a la peste a sangre.

Variel les hizo un ademán a dos esclavos medicae para que se acercaran. Les habían marcado a fuego la Estrella del Panteón con crueldad en los rostros, y llevaban puestos mandiles salpicados de fluidos corporales. Sus miembros potenciados les permitían transportar a los guerreros con sus armaduras al completo.

—Llevad este cascarón vacío a los incineradores —les ordenó.

Al mismo tiempo que el Desollador observaba a los humanos sacar al fiambre de ahí, deslizó el cilindro de cristal con su preciada carga al interior de la cápsula de almacenamiento anclada en su musiera.

Por último, limpió su nartecium con varias rociadas a presión de un aerosol desinfectante antes de tomar aire para pronunciar una única palabra:

—Siguiente.

• • • • •

Vinieron a por él varias horas más tarde, como supo que harían. Lo único que lo sorprendía es que iba a enfrentase únicamente a dos. Parecía ser que los hermanos de Kallas Yurlon no lo habían querido tanto como Variel había sospechado.

—Hola —los saludó. Su voz reverberó de forma leve por el corredor, pero de lejos resultaba inaudible. Habían escogido bien el lugar, pues ahí, en una de las vías secundarias de la estación, pocos más podrían oír los gritos o los disparos.

—Desollador —rugió el primero de ellos—. Hemos venido a por Kallas.

Variel seguía sin llevar el casco. Ni tampoco los otros dos hermanos guerreros que tenía frente a él, cuyas armaduras de colores escarlata y negro eran un reflejo de su propia armadura. Les miró a los ojos de uno en uno y se fijó en las cicatrices rituales que plagaban sus rostros. Ambos se habían mutilado la carne con marcas a cuchillo

de la Estrella del Panteón.

Cuán revelador.

Variel abrió los brazos de par en par; la mismísima imagen de la bendición excepto por la carencia de toda calidez en su mirada.

—¿Cómo podría seros de ayuda, hermanos?

El segundo guerrero dio un paso al frente en ese momento y apuntó con su espada sierra desactivada a la garganta del apotecario.

—Pudiste haber salvado a Kallas —le escupió con desprecio, sin que sus ojos inyectados en sangre pestañearan.

—No —mintió Variel—. Ya no se podía hacer nada. Le di la Paz del Emperador.

—Embaucador —le espetó el guerrero—. Traidor. Ahora te burlas de su sombra con tales palabras.

—Hemos venido a por Kallas —rugió otra vez el primer legionario.

—Sí, creo que ya lo has mencionado. No estoy sordo.

—Su espíritu nos acosa exigiendo que nos venguemos en su nombre.

—Ah, por supuesto. —Variel se movió con lentitud, sin querer provocar a los guerreros para que lo atacasen, y se dio unos golpecitos en el correoso recordatorio que tenía sobre la hombrera. El rostro despellejado y estirado de Kallas Yurlon les devolvió una mirada desprovista de ojos—. Helo aquí. Está más que alegre de veros. ¿Veis cómo sonríe?

—Tú…

Si había algo que Variel jamás había comprendido de varios de sus hermanos era la propensión… no, ¡la necesidad!, que sentían por hacerse los importantes. Cada uno de ellos parecía creerse el filosófico protagonista de su propia saga. Aquello que odiaban importaba más que todo lo demás; se empecinaban en hablar de sus glorias y los maltratos que sufrían a la menor oportunidad.

Desconcertante.

Al mismo tiempo que su hermano empezó a proferir una nueva amenaza, Variel se llevó la mano a la pistola bólter. Tres tiros impactaron con sendos crujidos en el pecho del guerrero, detonaron en una tormenta de fragmentos y lanzaron al legionario de espaldas contra la pared. La metralla se estrelló contra la luz del techo, lo que la hizo trizas y sumergió aquel estrecho corredor en las tinieblas. Él ya estaba corriendo cuando la espada sierra se puso en marcha.

Variel disparó a ciegas tras de sí durante los segundos que llevó a sus ojos genomejorados ajustarse a la oscuridad, y las explosiones trajeron la luz con tartamudeos luminosos cuando su segunda ráfaga de proyectiles dio en el blanco. Recargó mientras corría, para lo cual introdujo otro cargador con un golpe seco, y zigzagueó por tres esquinas en rápida sucesión. Una vez giró la última, esperó, cuchillo en ristre.

—¡Desollador! —bramó el segundo guerrero tras él.

El estruendo de botas a la carrera se acercaba a cada latido de corazón que pasaba.

Variel concentraba la vista para perforar la oscuridad mientras notaba el peso de las armas en las manos.

Una vez que su hermano dobló la esquina, lo hizo para encontrarse con la daga de Variel perforándole el blando blindaje de la protección del cuello. Con un gorgoteo exagerado, la propia inercia del avance del guerrero lo derribó, lo que hizo que cayera con un estrépito y se convirtiera en una pila de ceramita rechinante y de articulaciones de armadura zumbantes.

Variel se acercó furtivamente mientras apuntaba con la pistola a la cabeza de su hermano. Lo que vio le hizo abrir más los ojos. El guerrero se esforzaba por ponerse de rodillas y se estaba arrancando el cuchillo de la garganta con jadeos doloridos e inarticulados. «Pero qué tenaz…».

—Tus cuerdas vocales han quedado destruidas —le explicó Variel—. Por favor, deja de intentar insultarme. Es de lo más bochornoso.

El guerrero se esforzó por levantarse. Un brutal golpe de pistola puso fin a su intento, pues le rompió el cráneo con un crujido húmedo. Variel apoyó el cañón del bólter contra la nuca de su hermano caído.

—Y por suerte, voy a ahorrarme el tener que escuchar las irrisorias últimas palabras que ibas a decir.

Variel le escupió ácido a su hermano en la armadura, donde el líquido comenzó a corroer el icono del puño cerrado de los Corsarios Rojos.

—Te aseguro que no pretendía hacer de eso algo tan simbólico —le dijo al guerrero condenado, y apretó el gatillo.

• • • • •

Lord Garreon era un guerrero que, por usar una expresión badabiana, lucía sus cicatrices con una sonrisa. En este caso, la expresión estaba lejos de ser literal: sonreía más o menos con la misma frecuencia que su aprendiz favorito, y aun así, conservaba ese gesto en el rostro junto con la corrupción que la guerra había dispuesto sobre él en vez de reconfigurarse con implantes biónicos. El semblante de Garreon era un pálido lienzo de devastación tectónica, en el que el único cometido que tenían los puntos de sutura ya cicatrizados consistía en hacer más feo todavía a un hombre que ya era feo de por sí. Tenía el lado derecho del rostro estirado hacia la sien, músculos tensos y muertos que le conferían una sempiterna y cicatrizada sonrisa despectiva.

—Variel, hijo mío. —Su voz era amable ahí donde su rostro no lo era, pues recordaba a la de un abuelo, hecho que traicionaba las masacres que el guerrero de avanzada edad había ordenado con sus finos labios.

Variel no se volvió para contestar al saludo. Se quedó donde estaba, al tiempo que miraba atento, a través de la cúpula de observación, tanto al vacío brumoso como al

mundo que giraba bajo ellos. Unas ánimas, poco más que neblinas informes, cruzaban a la deriva por delante del cristal y dejaban tras su espectral trayecto las fantasmagóricas huellas de rostros y dedos que no podían agarrarse. A Variel no le costó ignorarlas. Los lamentos de las almas perdidas no le interesaban lo más mínimo.

—Saludos, señor —le contestó.

—¿Y esa formalidad? —Garreon se acercó y su armadura tintineó, dada la profusión de viales, fetiches y talismanes. Variel conocía bien aquel sonido. Lo cierto era que el lord apotecario había recibido con los brazos abiertos la lealtad que el capítulo profesaba al Panteón.

—Estoy divagando —confesó el guerrero de menor edad.

—¿Y hacia dónde divagas? ¿Al globo que gira bajo nuestros pies? —Garreon hizo una pausa para humedecerse los labios con su temblorosa lengua—. ¿O a los dos cuerpos que dejaste en el espinal subsidiario once?

Variel entrecerró los ojos mientras miraba con atención al negro mundo de detrás del cristal.

—Eran novatos —dijo—. Débiles. Indignos.

—Los dejaste sin cosechar —puntualizó su mentor—. Eso no va a agradar demasiado a lord Hurón.

—No se ha perdido nada de valor —le replicó Variel.

Se alejó del borde de la plataforma de observación y cruzó al otro lado. Ahí, las vistas mostraban una porción más profunda del tempestuoso y nublado vacío, así como la masa metálica de la propia estación, que abarcaba kilómetros en todas las direcciones. Durante un largo rato, Variel contempló las idas y venidas de docenas de cruceros, al igual que la gracilidad con que las naves de menor tamaño se acercaban a cada uno de ellos. Los buques de guerra surcaban con parsimonia la órbita alrededor de la estación o permanecían atracados en los bordes de esta. Las luces del tráfico de lanzaderas coloreaban aquella nebulosa envenenada con estrellas titilantes que corrían de aquí para allá.

—¿No es inspirador? —reflexionó por fin Garreon—. ¿Pensar que antaño gobernamos un mundo y que ahora acunamos toda una horda de sistemas en nuestras tiernas zarpas? Billones de vidas. Trillones. Así se mide el poder, hijo: con las almas que agarras con el puño y con las vidas a las que puedes poner fin con una sola palabra.

El gruñido que soltó Variel manifestaba de modo patente su distanciamiento.

—Creo que traéis noticias, maestro.

—Las traigo. Y tienen que ver con tus métodos derrochadores. —Un matiz de reproche moraba en aquellas palabras, tal y como Variel sabía—. Nuestro señor desea más semilla genética; una gran cosecha genética para engrosar nuestras filas con sangre fresca. Pronto se comprometerá de lleno con el asedio, batalla que ya lleva dos años preparando. Apuesta por que todos sus forjacarnes estén preparados.

Variel hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Me parece difícil de creer que lord Hurón de verdad intente llevar a cabo esta empresa. Él no malgastaría a sus corsarios con tanta frivolidad. —Señaló con un gesto hacia la flota de cruceros que vagaban alrededor de la estación. Varios de ellos llevaban el blindaje negro y rojo de los llamados «Guerreros del Tirano», mientras que otros mostraban los colores de otros capítulos del Adeptus Astartes caídos en desgracia a los que servían. La mayoría de ellas eran naves de la Armada Imperial, cuyos fuselajes habían profanado y marcado con la Estrella del Panteón—. Las fuerzas de lord Hurón podrían romperle la espalda a cualquier armada de la Sagrada Flota —añadió Variel—, pero eso no basta como para asediar una fortaleza monasterio. Nos podrían arrasar en cuanto entrásemos en órbita. Imagináoslo, maestro: todos estos preciosos navíos transformados en cascos en llamas precipitándose por la atmósfera. —Variel bufó sin una pizca de diversión—. Menudo cementerio harían.

—Hijo mío, tú no eres un general. Eres un cortahuesos, un moldeacarnes. Cuando nuestro señor desee saber la percepción que tienes de sus cruzadas, estoy seguro de que te lo preguntará. —La sonrisa despectiva de Garreon se estiró más todavía—. Pero espérate sentado hasta que llegue ese día, si es que llega.

Variel inclinó la cabeza y miró, por fin, a su maestro a los ojos.

—Os pido disculpas. Mis ánimos están en continuo cambio hoy. ¿Qué requerís de mí, maestro?

Garreon hizo callar a su aprendiz con un aspaviento de rechazo, para expulsar el tema de sus pensamientos.

—Lord Hurón no nos ha convocado, pero acudiremos a él antes de que lo haga.

Variel sabía el motivo incluso antes de plantear la pregunta.

—¿Acaso sufre?

—Él siempre sufre. —Garreon se pasó la lengua por los labios otra vez—. Lo sabes tan bien como yo. Pero ven conmigo, aliviémoslo otra vez durante un tiempo, si es que somos capaces.

• • • • •

Lufgt Hurón estaba sentado en su recargado trono y agarraba con fuerza los reposabrazos con sus puños acorazados. La gran cámara gótica estaba vacía a excepción del Tirano en sí; había ordenado a todos sus cortesanos, asistentes, guardaespaldas y suplicantes que se fueran mientras sus apotecarios desempeñaban su oficio. Variel había llegado a ver, en un momento dado, cómo aquel amplio salón acogía a cientos de guerreros, a pesar del hecho de que aquella estación en el espacio profundo estuviese lejos de ser el bastión más opulento o grande del Tirano. En aquel momento, la vasta cámara reverberaba con los sonidos de la rasposa respiración de Hurón y el triple zumbido de las servoarmaduras de los tres renegados.

—Garrlllmmmnnnuh… —babeó el Tirano—. Garrelllmmnuh.

—Calmaos, su majestad —respondió el lord apotecario, con las manos hundidas en el cráneo de Hurón hasta los nudillos—. Puedo corregir los transmisores sinápticos —suspiró—. Otra vez.

Variel estaba agachado al lado del trono de hierro mientras su escalpelo y su microfórceps picoteaban la garganta del Tirano. Con cada crepitante respiración, los pistones hidráulicos que imitaban los músculos del cuello de Hurón chasqueaban y repicaban. La poca carne que quedaba estaba atrofiada, casi carente de todo nervio y abultada debido al tejido cicatrizal, que a su vez estaba demasiado degradado como para unirse a la piel sintética. Hacía mucho tiempo, el Tirano había sufrido heridas que lindaban con el límite mismo de la destrucción, y las reparaciones mecánicas que lo mantenían vivo eran crudas, horrendas, ruidosas…, aunque no cabía duda de que resultaban funcionales.

Eran, sin embargo, temperamentales.

La memoria de Variel, al igual que la mayoría de los humanos que se habían elevado hasta las filas del Adeptus Astartes, estaba tan cerca de ser eidética como la mortalidad podía permitir. Según sus cálculos, esta era la septuagésima octava ocasión en la que le habían llamado para atender las potenciaciones de su amo y señor, sin incluir las intervenciones quirúrgicas iniciales que llevó a cabo junto a Garreon y dos tecnomarines para salvarle la vida al Tirano.

Aquellas primeras operaciones habían estado más cerca de la ingeniería que de la cirugía. A Hurón le habían reducido un tercio del cuerpo a carne fundida y a hueso requemado, y al tener que deshacerse de la carne destrozada a base de cortes, habían tenido que sacrificar otra gran porción de su armazón mortal para preparar los puertos de conexión del gran número de implantes biónicos. El lado derecho de su cuerpo ya no existía, excepto por el resonar chirriante de la inventiva del Culto a la Máquina: todo fibrohaces musculares, articulaciones de pistón y huesos de metal fundidos a la armadura del guerrero.

Variel había visto las lecturas de bioauspex en aquella ocasión; asimismo, había visto cada una de las que la habían seguido. El nivel de dolor que se registraba en la mente de Hurón estaba a las afueras del reino de la comprensión humana. Cada vez que lord Garreon o el Desollador quemaban los transmisores sinápticos para amortiguar la percepción que tenía su señor de su propia agonía, era sólo cuestión de meses hasta que la fisiología mejorada de este último compensara los daños reparando los nervios lo suficiente como para volver a transmitir dolor. Al andar cortos de cirugía invasiva lobotomizadora, técnica que encima pondría en peligro el poco tejido cerebral que quedaba, no había nada que sus sanadores pudieran hacer para darle una solución permanente.

Así que él lo aguantaba. Él aguantaba, y sufría, y canalizaba el tormento hacia sus ambiciones corsarias.

La garganta y el pecho del Tirano estaban al descubierto, pues le habían retirado la

placa pectoral para dejarle expuestos los órganos internos, los cuales se asemejaban más a las mugrientas y aceitosas entrañas de un motor que a las vísceras de un ser humano. Lo que quedaba del rostro de Hurón, las zonas grises de carne muerta que no habían sido sustituidas con implantes biónicos visibles, sufría espasmos mientras Garreon ejercía su labor en el interior del cerebro de su señor.

Hurón tomó aire con un siseo, lo que recogió algo de la saliva que le corría por los labios.

—Mejor —dijo con voz rugiente—. Mejor, Garreon.

Variel usó un escalpelo de acero para despegar una capa de piel sin nervios que se encontraba atrapada y retorcida en los mecanismos de hierro de los implantes biónicos del Tirano. Con paciencia y un sellador cutáneo, reconstruyó la solapa de carne y la pegó otra vez en su sitio. Pestañeó, y sus ojos ascendieron hasta quedar trabados con los de Hurón, quien había bajado la vista para encontrarse con la suya. Los ojos del Tirano soltaban llamaradas que evocaban la fuerza de su ambición: cada momento lo vivía en la senda del dolor; cada día mandaba sobre un imperio en el corazón de la locura.

—Variel. —La voz del líder era un grave retumbar—. He oído que K-Kallas Yurlon ha muerto hoy en tu m-mesa. —Los espasmos que sufría su discurso llegaban con cada sondeo del escalpelo de Garreon.

—Así es, mi señor.

Hurón descubrió los dientes en una sonrisa salvaje. Variel le devolvió la mirada y vio a un guerrero que debería haber muerto hace mucho: una criatura que se mantenía de una pieza tanto por el odio como por los implantes augméticos. Si se hubiera tratado de cualquier otro ser vivo, tal noción le habría parecido a Variel un estúpido intento de forjar una leyenda a través de la hipérbole. Pero Lufgt Hurón, el Tirano de Badab, también conocido como «Corazón Negro» y «Cosechador de Sangre», no precisaba de demasiada ayuda para transformar sus hazañas en leyendas. El imperio sobre el que gobernaba le garantizaba la infamia, sus conquistas le garantizaban su lugar en la historia, y desde un punto de vista biológico, al Desollador le costaba entender cómo podía el Tirano aferrarse así a la vida, por no hablar de que todavía demostrase poseer tamaña destreza como guerrero.

La respuesta era tan difícil de digerir como mítica: los Garras Astrales sobrevivieron para convertirse en los Corsarios Rojos tan sólo porque Hurón vendió sus almas a los señores que se ocultan en la disformidad. Cuando el capítulo pasaba por su momento más aciago, él se las entregó como garantía al Panteón Insondable y juró que emprenderían una cruzada eterna contra el imperio al que habían servido antaño.

Una vez que lo que quedaba del capítulo huyó hasta ahí, el Torbellino, la mutación y la inestabilidad comenzaron a asentarse en su semilla genética con corrosiva presteza. Variel había estudiado los cambios, tal y como habían hecho lord Garreon y los demás apotecarios que quedaban. En cuestión de unos pocos siglos,

varios de los Corsarios Rojos habían sido víctimas de los trastornos genéticos en igual medida que las legiones traidoras que habían morado en el Ojo del Terror desde hacía milenios.

«Menudo pacto —pensó Variel—. Supervivencia a cambio de corrupción».

—Kallas estaba a punto de recibir la investidura de campeón. Podrías haberlo salvado, Variel.

El Desollador no perdió el tiempo preguntándole a Hurón cómo es que sabía la verdad.

—Quizá sea así, mi señor. No os mentiré diciendo que me caía bien, pero hice mi deber. Sopesé su vida frente a los otros trabajos a los que me enfrentaba. Mantener a Kallas con vida habría precisado varias horas de difícil cirugía, lo que sin duda habría matado a los demás guerreros que esperaban tratamientos de urgencia.

El Tirano se estremeció cuando Garreon volvió a cerrarle la placa craneal.

—Gracias a ambos. Lo habéis hecho bien, como siempre.

Ambos apotecarios se apartaron del estrado cuando Hurón se puso en pie. Su ornamentada servoarmadura zumbaba y rechinaba, y el guerrero suspiró con satisfacción. La inmensa garra de energía que le servía al Tirano de mano derecha, se abría y cerraba, lo que hacía que los dedos engarfiados se enroscasen en el frío aire de la cámara. Variel se fijó en la Estrella del Panteón labrada en la palma de ceramita carmesí de aquella arma. Aquello, como siempre, atraía su mirada.

—Me han informado, hace tres horas, de que tenemos a unos invitados indeseados en el sector norte. —La luz distante del sol local se reflejaba en las partes de cromo visibles del cráneo de Hurón mientras este se volvía—. Una nave legionaria. Si bien fue de lo más tentador ordenarle a una de nuestras flotas que la redujeran a chatarra, preveo que estos visitantes nos van a ser de mayor utilidad vivos.

La sonrisa despectiva de lord Garreon seguía sin flaquear. Variel permaneció en silencio al tiempo que se preguntaba el motivo por el que el Tirano había decidido hablarles de tales cuestiones.

—Parece ser —Hurón descubrió sus dientes de sólido metal—, que solicitan asilo y socorro. Han acompañado su solicitud de entrar en nuestro espacio con una larga transcripción de reparaciones y reabastecimiento. Llegarán hasta nosotros en dos semanas, periodo tras el cual discutiremos el precio de nuestra ayuda.

—Parecéis estar disfrutando, mi señor —comentó Variel al fin—. Pero se me escapa el porqué.

Hurón se rio para sí y su saliva formó hilos entre sus dientes de acero.

—Porque se trata del Pacto de Sangre. Y si el Elevado y su profeta pretenden salir del Iris Infernal con vida, por no hablar de que les reparemos su precioso buque de guerra, van a tener que lamerme las botas a base de bien.



EL TORBELLINO

El *Pacto de Sangre* se abría paso con lentitud por el turbulento vacío sin que las mareas de la auténtica disformidad lo siguieran zarandeando, pero, a pesar de todo, seguía estremeciéndose por las corrientes de…

Bueno. De fuera cual fuese este lugar. Octavia no estaba segura. Se llevó las manos a la cabeza para comprobar su cinta, como para asegurarse de que todavía seguía en su sitio y bloqueaba su visión secreta.

Como descendiente de un linaje de navegantes que era, estaba más que familiarizada con la forma en que el Mar de las Almas se derramaba en el universo mortal. Si bien las brechas espaciales eran muy poco frecuentes, todas ellas eran una costra fea a la par que virulenta: un suplicio que atentaba contra la navegación estelar, por lo que todo navegante las evitaba con el deseo de mantener intactas y de una pieza tanto su cordura como su nave. Dichos fenómenos eran la disformidad y el espacio natural amalgamados en un desafío a las leyes de la física; se trataban de una casta más tenue de la primera así como de un reflejo siniestro y retorcido del segundo.

Ya habían pasado de largo varios mundos en su travesía a través del corazón de tres sistemas. En uno de esos mundos, los océanos habían hervido, lo que era visible incluso desde la órbita. Las tormentas sobrenaturales plagaban los continentes de la cara visible del planeta, sobre los que llovía orina, ácido y sangre.

El mismísimo espacio estaba corrupto. Octavia observaba el banco de pantallas que tenía delante, en las que miles de sombras de color violeta y rojo se apretujaban contra las lentes externas. Esa confusión chocaba y se enroscaba más allá del fuselaje con las propiedades repelentes del aceite y del agua, que siempre colisionaban y se unían sin mezclarse. Los atentos ojos de la navegante interpretaban aquella colorista danza como una bruma líquida, lo bastante espesa como para hacer que la nave se

estremeciera y lo bastante fina como para mostrar las estrellas tras de sí.

Si se quedaba mirando el rato suficiente, entre toda aquella viscosidad podía discernir los vestigios de rostros que gritaban y de manos que extendían los dedos hacia ella y se disolvían. Algunos parecían estar provocándola por lo extremadamente conocidos que le resultaban. Durante un instante, juraría haber visto a Kartan Syne; el último capitán al que había servido. Y en más de una ocasión, las rielantes mareas formaron el rostro del mayor de sus hermanos, Lannic, quien había muerto durante los seis años anteriores después de que su nave mercantil se perdiera en la disformidad mientras surcaba la Franja Este.

—¿Por qué os quedáis mirando, ama? —preguntó uno de sus ayudantes.

Ella miró a aquel miserable que se ocultaba el rostro tras unas vendas sucias y cuya túnica le confería una asexualidad y estatura enfermizas. Cerca de la puerta, gran parte de los demás le lanzaban miradas furtivas a la vez que susurraban entre ellos. Era imposible no oler su sudor, sus apestosos vendajes manchados de sangre y el hemoaceite rancio de sus implantes biónicos.

—Porque es como la disformidad… pero puedo verlo con mis ojos humanos. ¿Cómo podía explicarle la diferencia a alguien que no descendía de una estirpe de navegantes? Imposible.

Uno de sus asistentes corrió hasta ella dando sal ti tos.

—Ama —la llamó el jorobado.

—Octavia, Fiera. ¿Puedes deshacerte de los demás?

Ella no le dijo que era por el olor, pues no podía decirse que Fiera fuese exactamente un jardín de flores, además, ella tampoco podía recordar la última vez que había tenido oportunidad de bañarse.

Mientras Fiera expulsaba a los demás ayudantes de la cámara de Octavia, esta devolvió la vista a las pantallas. La nave estaba dejando atrás un planeta sin nubes que parecía estar hecho de hierro oxidado. Fuera cual fuese su auténtica forma, el Torbellino había transformado la faz del planeta en grandes placas continentales de chatarra rechinante. Octavia miró con atención los grandes cañones labrados en la superficie del planeta, a la vez que se preguntaba cómo sería caminar por un mundo así.

—*Corshia sey* —dijo una voz a su espalda.

En menos de un segundo, Octavia saltó del trono, se volvió y desenfundó la pistola para apuntar a…

—Esa sí que es una bienvenida curiosa —dijo Septimus. Tenía las manos descansando en su cartuchera, con los pulgares metidos dentro del cinto de cuero—. ¿Es que te ha molestado algo que he hecho sin darme cuenta?

—¿Cuánto tiempo llevas ahí de pie? —Octavia entrecerró los ojos—. ¿Cuándo has entrado?

—Fiera me dejó entrar hace un momento. Está ahí fuera, con Maruc y el resto de tu séquito *nishallitha*.

Esa palabra sí que la conocía. *Nishallitha*. «Venenoso».

Septimus se acercó, y ella le permitió quitarle el arma de las manos. A tan corta distancia, él olía a sudor fresco y a los cobrizos aceites que usaba para mantener las armas de la Primera Garra. Tras dejar el arma de Octavia en el asiento del trono, la cogió de las manos y envolvió sus dedos pálidos y sucios con sus mitones de cuero curtido y desgastado.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó él—. Tienes las manos muy frías.

Le sacaba una cabeza. Ella tenía que alzar la vista para mirar a Septimus a los ojos, y vio que sus cabellos caían en cascada para ocultar la mayoría de las potenciaciones cromadas de su mejilla y sien.

—Es que hace mucho frío en toda la nave —le respondió ella.

Era muy difícil no darse cuenta de lo cerca que se encontraba él en aquel momento. Ella no había estado tan cerca de otra persona desde hacía meses; desde que Talos la había sacado en brazos de la factoría prisión. Y aquel había sido un frío rescate, impregnado más de alivio que de auténtico consuelo. Esto era contacto humano: el cercano calor de una persona de verdad, no de un imponente fanático de rugiente armadura ni de un mutante jorobado con los ojos cosidos.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

Unas trazas de pelo rubio le salpicaban el mentón, que no se había afeitado desde hacía dos días. La preocupación estropeaba sus rasgos. Ella pensó otra vez, para su pesar, que habría sido guapo de no haber sido un hereje (y de no tener la oscuridad de esta nave corriendo por sus venas).

—No estoy acostumbrada a que me toquen.

Ladeó la cabeza sin darse demasiada cuenta de lo altanera que parecía de repente. No había dejado tan atrás su descendencia de una casta noble de Terra tanto como pensaba. Él le soltó las manos, aunque no de inmediato. Con lentitud, sus dedos se destrabaron de los de ella, lo que los dejó libres, y el calor que estos le brindaban se desvaneció.

—Te pido disculpas —le dijo—. A veces me olvido de la educación tan singular que has recibido.

—Es una de las razones por las que consigo aguantarte —sonrió Octavia—. ¿Qué me dijiste cuando entraste?

Aquello estropeó el momento. Septimus entrecerró su ojo bueno, y la lente augmética chasqueó y zumbó al intentar imitar aquel movimiento.

—No te he dicho nada. Entré y me limité a observarte. Por una vez parecías serena. Dudé si debía molestarte o no.

—*Corshia sey* —dijo ella con suavidad—. ¿Qué significa eso?

—Significa que tienes que estar alerta —respondió Septimus—. O, de forma más literal, es una amenaza en la jerga del mundo natal de los Amos de la Noche. Se trata de una advertencia que se da a aquellos que pronto van a morir: «Respira ahora». Lo que eso implica es obvio: «Respira mientras puedas».

—Sí, lo he pillado. —Esbozó una falsa sonrisa—. Una cultura de lo más encantadora.

Septimus se encogió de hombros.

—Son amenazas de los barrios bajos nostramanos. Los amos suelen decirlas. ¿Es que se la has oído decir a alguien de la tripulación?

—Deja de preocuparte. —Negó con la cabeza y le mostró su mejor y más convincente mala cara—. Y aparta las manos de tus armas. No soy una niña que necesita que la defiendan en el patio del scholam cada vez que oyes a alguien insultarme.

Él apartó la mirada mientras se sentía incómodo de repente.

—No pretendía darte a entender eso.

—No pasa nada —le respondió, aunque su tono sugiriese justo lo contrario—. Olvídalo ya.

—Como quieras. —Le ofreció una educada reverencia—. He notado que quieres estar sola, así que voy a complacerte.

—Espérate ahí.

Él se detuvo y ella se aclaró la garganta.

—Que esperes un momento, quiero decir. ¿Querías algo? Ya no vienes mucho por aquí. —Intentó hacer que el último comentario sonase despreocupado al privarlo de todo excepto de neutralidad.

No le salió del todo bien; lo comprobó por la forma en que él la miraba.

—El Elevado ordenó que te mantuviéramos aislada —le explicó—. Y además, he estado ocupado con mis tareas; necesitaba entrenar a Maruc y teníamos cinco armaduras de ceramita que restaurar, junto con las armas de la Primera Garra.

Octavia apartó a un lado las excusas que le estaba dando él.

—Entonces, ¿querías algo, o no?

Él frunció el ceño.

—Discúlpame, no estoy seguro de entender el motivo de que estés tan arisca esta noche. Me apetecía verte, nada más. —Entonces se metió la mano en el bolsillo y la dejó ahí. Tras un incómodo instante, le hizo una pregunta—. ¿Qué tal te encuentras?

Así que iba a ser así. Típico. Era la última cosa que necesitaba ella ahora.

—Por favor, ¿es que por una vez no puedes relajarte y ya está? No creo que pueda aguantar tus modales tan formales esta noche, Septimus. Necesito un amigo, no otro cuidador. Por favor, escoge quién quieres ser de los dos y cíñete a eso.

Él tensó la mandíbula y a ella la recorrió un éxtasis de victoria que la hizo sentir culpable: había tocado un punto sensible.

—No es formalidad —replicó él—. Se llama respeto.

—Sea lo que sea, me gusta más cuando te lo dejas en la entrada. —Sonrió de forma forzada y volvió a atarse la coleta—. ¿Te has asomado por la ventana últimamente? Es un decir, claro.

—Intento no hacerlo. Puede que tú también debieras hacer lo mismo. —En vez de

entrar en detalles, caminó por la cámara evitando pisar prendas de ropa y las bolas de papel arrugadas que eran los muchos intentos fallidos de la chica de escribir un diario —. ¿Cuándo fue la última vez que limpiaste esta cámara? Parece como si hubieras perdido una pelea contra un huracán.

—No está tan mal.

—Comparado a como suelen estar las bodegas de esclavos, tienes razón, es como el palacio de una princesa. —Se sacó la mano del bolsillo y le lanzó algo—. Para ti.

Octavia lo atrapó con ambas manos: un paquete diminuto no más grande que su dedo pulgar y que estaba envuelto en una tela azul. El tejido parecía haber sido arrancado del uniforme de un esclavo de la legión. Le lanzó una mirada a Septimus, pero este se entretenía en apagar las dos docenas de monitores de la chica, de uno en uno. Con lentitud, ella abrió el tejido arrugado.

Tenía un anillo en la palma de la mano. Un círculo de luz, del color crema del marfil, con elegantes y minúsculas runas nostramanas grabadas en su superficie.

—Vaya —dijo ella, a falta de otra cosa mejor que decir. No sabía si debía sentirse halagada, impactada, o confundida. Lo único que tenía claro es que se sentía de las tres formas a la vez.

—Es para darte las gracias —Septimus desactivó la última visiopantalla—, por lo de Crythe. Cuando nos ayudaste a huir en vez de matarnos a todos.

—Vaya —repitió ella.

—Tuve que negociar para conseguirlo; en el Mercadonegro, claro —explicó, regresó donde ella estaba y se quedó al lado del trono—. Son muy escasos. Es difícil cortar ese material para hacer joyas. Tan sólo aquellos con acceso a maquinaria son capaces de hacerlo.

Ella le dio vueltas en las manos, incapaz de leer el enmarañado nostramano.

—¿De qué está hecho?

—De hueso. De un ángel sangriento; uno de los guerreros enemigos que murió a bordo.

Octavia alzó la vista de nuevo hacia él.

—Me has comprado un regalo fabricado a partir de los huesos de un héroe imperial. —No se trataba de una pregunta, ni tampoco lo pronunció con una sonrisa.

Sin embargo, él sí sonrió.

—Dicho así…

—No lo quiero. —Extendió la mano para devolvérselo—. Eres increíble. —Mientras sus miradas se cruzaban, negó con la cabeza—. También eres un idiota, y… y un hereje.

Él no lo cogió. Se limitó a marcharse y apartar de una patada un montón de basura.

—Culpable de todos los cargos.

El enojo que sentía pudo con ella, pero lo dejó fluir para que guiase sus incautas palabras.

—¿Y se supone que esto me tenía que impresionar?

Septimus vaciló.

—¿Impresionarte? ¿Con qué fin?

Ella lo fulminó con la mirada.

—Ya sabes con qué fin.

Las carcajadas de Septimus hicieron que se enfadase aún más.

—¿Lo dices en serio? —preguntó él, y volvió a reírse.

—Lárgate. —Le sonrió con suavidad—. Antes de que te pegue un tiro.

No se marchó. Volvió hacia ella, la tomó de la mano y, con lentitud y cuidado, se acercó sus sucios nudillos a los labios. El beso fue tan suave como el recuerdo de una brisa.

—Las cosas no son así, Octavia. Eres el lujo mortal más valioso de esta nave, y a cualquiera que te haga enfadar le espera una sentencia de muerte, pues eres el tesoro favorito de la legión. Eres preciosa; lo único bello de este mundo sin sol. Pero no se me ha pasado por la cabeza otra idea sino contemplarte desde lejos. ¿Por qué debería haberme planteado siquiera tener algo contigo?

La idea parecía divertirlo de veras, y le sostuvo la mano a la chica mientras hablaba.

—No soy quién para perseguir presas imposibles de atrapar. Mis quehaceres normales ya son bastante difíciles de por sí.

Ella seguía mirándolo con el ceño fruncido, a la vez que resistía el ansia de humedecerse los resecos labios con la lengua. Y aunque la mirada que le dedicaba Septimus no era en absoluto molesta, ella se decía a sí misma que sí lo era.

—Deberías marcharte —le dijo. ¡Por el Trono!, él tenía los ojos más oscuros del mundo. Bueno… el que le quedaba, al menos. Sus greñas le cubrían la lente a medias.

—Además, he oído decir por ahí —en este punto bajó la voz— que los humanos mueren si besan a un navegante.

—A mí eso me suena a leyenda —le contestó la chica con la vista alzada hacia él—. Pero nunca se sabe. —Ladeó la cabeza y sus labios se separaron levemente—. Los navegantes son criaturas peligrosas. Nunca te fíes de ellos.

Él le pasó un dedo por el mentón sin decir nada. Octavia tomó aire y…

… Se quedó de piedra cuando la puerta se abrió deslizándose sobre sus rechinantes raíles. Tras una fracción de segundo, dio un torpe sal tito hacia atrás para separarse de Septimus y se golpeó la espalda contra el escritorio. Fiera se acercó con pasos pesados, seguido de Maruc. El hombre de mayor edad, ataviado con un uniforme desaliñado de esclavo, saludó con timidez a Octavia, pues sentía que estaba interrumpiendo algo.

—Ama —dijo su ayudante—. Ama, disculpadme.

—No pasa nada. —Se negó a mirar a Septimus—. Tranquilo. ¿Qué ocurre? ¿Es que algo va mal?

—Un invitado, ama; no le he podido negar la entrada.

Uno de los guerreros de la legión entró con paso firme en la sala. Su armadura de color medianoche, con la pulida superficie decorada con rayos luminiscentes sobre la ceramita, atrapaba la poca luz que existía en la estancia. Su rostro desnudo era delgado y estaba desprovisto de cicatrices, y sus ojos eran tiernos pese a su profunda negrura. Sonreía, aunque de manera muy leve.

—Lord Cyrion —lo saludó Septimus con una reverencia.

—Septimus —le correspondió el guerrero—. Atracamos esta noche. Te necesitan en las cámaras de preparación. —Cyrion señaló a Maruc, lo que hizo que las juntas de su armadura gruñeran—. Y a ti también, Nonus. La emoción del trabajo duro os espera, mis queridos artificieros.

Al tiempo que los humanos se marchaban de la habitación, Cyrion miró a la sonrojada navegante, que parecía estar concentrada en un puñado de papeles que tenía sobre el escritorio mientras evitaba a toda costa apartar la mirada de ellos.

—Bueno —le dijo a Octavia—, ¿cómo va eso?

• • • • •

El Iris Infernal les dio la bienvenida dos horas después, sin escatimar en fanfarronadas. Unas fragatas que declaraban ser escoltas de la flota del Cosechador de Sangre se unieron al renqueante Pacto para escoltarlo mientras se acercaba a la estación.

En el puente de mando, el Elevado se sentaba en su trono con dos de sus Atramentar a los flancos: Garadon y Malek, que llevaban puestas las voluminosas armaduras de exterminador. La tripulación humana trabajaba a su alrededor, ocupada en los entresijos matemáticos necesarios para guiar la inmensa nave de guerra hasta el puerto.

—Lo logramos —dijo la criatura, arrastrando las palabras.

Malek inclinó la cabeza con un zumbido vibrante de las articulaciones de su coraza, y luego apuntó en dirección a su señor con los colmillos del yelmo.

—Ahora viene la parte difícil: permanecer vivos hasta que nos marchemos.

El Elevado gruñó como muestra de asentimiento a la vez que el Iris Infernal crecía en el occulus. La admiración que sentía por lo que estaba viendo hacía que le hirviera la sangre, pero tenía que admitir que los recursos del Tirano sólo estaban por detrás de los del Saqueador tanto en dimensiones como en poderío. El Iris Infernal le provocaba al demonio una envidia muy particular en el corazón, tanto por su pasado como por lo que representaba en aquel instante. El puerto era un nexo de actividad secesionista, aunque no era ni de lejos el mayor lugar de paso del imperio del Tirano. La estación en sí había sido antaño la fortaleza espacial de la clase Ramillies Ojo de Canaan, que había operado en el espacio profundo bajo el control del capítulo de los

Garras Astrales. Siglos antes, durante la guerra de Badab, la indignación y la traición arrasaron la zona y la fortaleza pasó a ser una de las diferentes bazas que los rebeldes tomaron para sí mientras se separaban del Imperio. Los archivos imperiales clasificaron la Ojo de Canaan como destruida por una flota de combate que había liderado el Aquilino, un crucero de la clase Soberano. Lo que no relataron los registros imperiales fue la subsiguiente recaptura y remolque de la voluminosa fortaleza Ramillies por parte de los corsarios renegados que surgieron a raíz de la subyugación de los Garras Astrales, y que la condujeron hasta la grieta disforme del Torbellino.

Los siglos de piratería habían ampliado la estación, que se extendía por el espacio alrededor del difunto y corrupto mundo de Yrukhal. Servía como muelle para cientos de naves, y sus pasillos de metal eran el hogar de decenas de miles de almas.

—Volver aquí me pone los pelos de punta —admitió Malek.

—Hay demasiadas naves —apuntó Garadon—. Aún tratándose del Iris Infernal, hay demasiadas.

El Elevado asintió sin que sus ojos abandonasen el occulus. Los alimentadores de combustible de la estación amamantaban unos enormes cruceros mientras los destructores y las fragatas, ambos de menor tamaño, surcaban el perímetro del puesto fronterizo.

«He aquí un continente de acero poblado por carroñeros».

—Hurón en persona está aquí. Ninguna otra cosa podría explicar la presencia de tantísimas naves que llevan sus colores.

Malek gruñó.

—Eso no va a facilitarnos las negociaciones.

El Elevado hizo que sus dientes rechinasen.

—Maestre del auspex, haga un barrido sobre la flota.

—A la orden, mi señor —le respondió un oficial humano.

Las puertas de la cubierta de mando chirriaron al abrirse cuando dieron paso a dos guerreros más de la legión: Talos y Lucoryphus, el primero de los cuales andaba con paso firme y las armas enfundadas, mientras que el segundo reptaba con la gracilidad monstruosa de una gárgola.

—¡Por la sangre de la legión! —maldijo Talos mientras observaba el occulus—. ¿Hacia dónde hemos navegado?

—Hacia un mar de tiburones —siseó Lucoryphus—. Lo que es malo. Muy muy malo.

Talos saludó de forma tardía a los guerreros Atramentar, quienes estaban de pie sobre el estrado del Elevado. Lucoryphus ni se molestó en hacerlo. Se puso a merodear por el puente de mando y a desconcertar a los tripulantes mortales al quedárselos mirando. Su lacrimosa placa facial pintada los observaba con impertérrita intensidad.

—Saludos —le dijo con tono perverso a un oficial.

Incluso encorvado a cuatro patas, Lucoryphus era tan alto como el mortal y cuatro veces más voluminoso, debido a la armadura que llevaba puesta y a los retrorreactores acoplados a la espalda.

—Saludos, mi señor —le contestó el oficial. Se trataba de un marinero de artillería que vestía un uniforme desteñido de la Armada Imperial carente de insignias y cuyos cabellos, que se estaban tornando plateados, eran menos abundantes en la coronilla. A pesar de llevar media vida al servicio de los Amos de la Noche y, de hecho, en presencia del Elevado, acaparar la atención de uno de sus señores seguía bastando como para hacer sudar incluso al alma más avezada.

—Soy Lucoryphus —graznó el rapaz—, de los Ojos Sangrantes.

—Sé… sé quién sois, mi señor.

El guerrero se le acercó reptando a la vez que sus plañideras lentes oculares parecían de alguna forma estar vivas de frío gozo. El oficial se alejó instintivamente un palmo.

—No corras. No sería inteligente. A los humanos que me dan la espalda les ocurren cosas malas.

El oficial tragó con pesadez.

—¿Cómo podría seros de ayuda, señor?

—No eres del mundo natal. Tus ojos no son puros.

—Me raptaron —el oficial se aclaró la garganta—, me raptaron hace años, durante un ataque. Sirvo con lealtad, mi señor.

—No eres del mundo natal —siseó Lucoryphus—. Por lo tanto, nunca has escuchado el grito de caza de un cóndor nostramano. —El cuello del rapaz sufrió un espasmo, lo que hizo que los servos de la articulación rechinasen.

Una segunda sombra, de mayor altura, cayó sobre el rostro del mortal, quien fue capaz de saludar y dejó caer las palabras «lord Talos» de sus labios.

Lucoryphus giró sobre sus garras. Talos estaba detrás de él, con su armadura recubierta de cráneos y de cascos de los Ángeles Sangrientos.

—¿Cazador de Almas?

—Por favor, no me llames así. —Talos señaló al oficial—. Este hombre se llama Antion. Nos ha servido durante veintitrés años estándar, en la destrucción de, exactamente, ochenta y siete navíos imperiales, así como en más asaltos de los que me quiero molestar en recordar. ¿Estoy en lo cierto, oficial de artillería Antion Kasel?

El oficial lo saludó otra vez.

—Así es, mi señor.

Talos asintió y volvió a mirar a Lucoryphus.

—Nosotros no jugamos con las vidas de aquellos que nos sirven, rapaz. —Talos apoyó una mano blindada en el bólter de Malcharion, magnetoanclado a su musiera —. Sería contraproducente.

—El mortal y yo sólo estábamos conversando. —La voz de Lucoryphus daba pistas de una sonrisa tras su demoníaca placa facial.

—El mortal tiene un deber que cumplir. Si necesitamos abrir fuego, preferiría que todos nuestros oficiales de artillería estuvieran listos para hacerlo, en vez de que se distrajeran conversando contigo.

Lucoryphus soltó una risita estridente y se alejó reptando, acompañado del rechinar de las articulaciones de su armadura.

—Gracias, mi señor —dijo el oficial con voz queda, y lo saludó otra vez.

«Gracias». Otra vez esas palabras. Dos veces en lo que iba de año. Dicha ocurrencia casi hacía sonreír a Talos.

—Vuelva al trabajo, Kasel.

El amo de la noche se alejó para volver al podio del Elevado. En su visualizador retinal parpadeó una runa de mensaje entrante, cuyo glifonombre significaba «Malek, de los Atramentar». Talos parpadeó en dirección al icono para activarlo.

—Bien hecho —transmitió Malek.

—Rapaces… —respondió Talos—. Deberían ir sujetos con correa.

—Y bozal —añadió Malek—. Hermano, te aviso: el Elevado está nervioso. Hurón está aquí, en el Iris Infernal.

—Entendido.

Talos cortó la comunicación y permaneció junto a los peldaños que daban al trono. Únicamente los Atramentar y el propio Elevado podían estar en lo alto del estrado.

—Escaneo de auspex completado —anunció el maestre de comunicaciones.

El Elevado tenía los ojos cerrados. El ser llevó sus sentidos más allá del pesado y frío fuselaje mientras sentía correr los vientos disformes y el Pacto ajustaba su rumbo mediante los propulsores de guiado. Las fragatas escolta rompieron la formación y se alejaron para reunirse otra vez con la flota patrullera.

«Hay algo… —percibió el Elevado ahí fuera—. Hay algo familiar…».

—Hable —exigió la criatura. Sus negros ojos se abrieron—. Ignore los nombres y las clases de cada nave. Dígame sólo lo que sea de interés.

—Mi señor, la flota del enemigo posee…

—No son nuestro enemigo —le espetó el Elevado—… aún. Continúe.

—La fuerza corsaria posee una fuerza considerable, si bien con una disposición naval poco convencional, dado que varios cruceros carecen de naves de apoyo y la cohesión de varias fragatas y destructores no parece ser mucho mayor. Estamos ante una reunión de varias flotillas que cuenta con al menos nueve blasones repartidos por varias embarcaciones que parecen estar compuestas de capítulos del Adeptus Astartes renegados y de naves de la Armada Imperial desertoras.

—No —gruñó el Elevado—. Aquí está pasando algo más.

El demonio observó con atención el occulus mientras sus garras pulsaban las teclas de los reposabrazos de su trono, lo que hacía que pasara de una imagen del exterior a otra.

—Ahí —exclamó, descubriendo los dientes—. Esa nave no pertenece a los

Corsarios Rojos, digan lo que digan sus colores.

—Figura como el Herencia Venenosa.

El Elevado volvió a negar con su cabeza provista de astas y colmillos.

—No. Haga un sondeo más profundo. Evite las salvaguardas de camuflaje contra auspex.

—Realizando escaneo en profundidad, mi señor.

El Elevado entrecerró sus relucientes ojos, incapaz de apartar la vista. La nave era un arma de belleza gótica y almenada; una hermana del Pacto de Sangre, nacida del mismo diseño y artesanía. Si bien el fuselaje del Pacto era reflejo de las eras más tempranas de la Gran Cruzada, previas a la homogenización completa que supusieron las plantillas de construcción estándar de Marte, la mayoría de naves de la flota corsaria se habían fabricado de acuerdo a los principios más estrictos de construcción, que habían sido instituidos en Marte a lo largo de los últimos diez mil años.

El Herencia Venenosa no obedecía a tales restricciones. La única época en la que podía haber nacido fue durante los siglos de bisoña prosperidad de la Gran Cruzada, o bien durante la sangrienta década saturada de odio que fue la Herejía de Horus. Fuera cual fuese la verdad, sus orígenes procedían de una era anterior a que se concibiera el resto de aquella flota.

—¿Mi señor? —El oficial parecía intranquilo.

—Adelante.

—Han alterado el código transpondedor de la nave: puedo leer que sus emisiones identificativas tienen cicatrices producto de la encriptación.

—Traspásela. Ahora.

—A la orden, mi señor.

El Elevado volvió a cerrar los ojos y proyectó su sentido oculto. Con caricias de una suavidad embaucadora, el ser recorrió el casco del buque de guerra con sus perceptores etéreos, deslizando su sentido psíquico sobre los contornos blindados. Sí, la nave era vieja, mucho más que aquellas otras embarcaciones; era incluso venerable. Era de noble alcurnia, y había surcado las estrellas desde la Gran Traición, diez mil años antes.

Salve, cazador del vacío —le susurró mentalmente el Elevado a la nave—. No sois el arma de esos corsarios sangreflojas. Sois mayor, más grandioso, y antaño fuisteis mucho más que eso.

Algo dentro de la nave, algún núcleo de inteligencia de gélido ardor, respondió con un gruñido predatorio. Su presencia era un Goliat cuyas emociones resultaban demasiado incomprensibles como para contenerlas en una mente humana, o incluso en una demoníaca. En contraste con su inmensidad, aquello no empleó más de un segundo de atención en la intrusión psíquica.

Largo —exigió su inabarcable núcleo—, pequeño ser de carne.

Aquel segundo de conexión fue suficiente. El Elevado regresó al interior del cuerpo que ocupaba y volvió a abrir los ojos en el puente de mando.

—Mi señor, la encriptación era rudimentaria; he conseguido atravesarla y la nave es…

—Sé lo que es —rugió el Elevado—. O, mejor dicho, lo que era. ¿Ha averiguado su antiguo nombre?

—Afirmativo, mi señor.

—Dígalo, para que todos lo oigan.

—El identificador original de la nave figura como el Eco de la Maldición.

Los guerreros Atramentar se pusieron tensos a ambos lados del trono y Lucoryphus emitió una retahíla sibilante de improperios en nostramano. El Elevado soltó una húmeda y cascada risa entre dientes a la vez que sentía cómo aquel nombre hacía que el espíritu de Vandred se retorciera de agonía.

—Así es —gruñó el ser—. Ante vosotros, mis hermanos, tenéis la verdad detrás de los carroñeros con los que estamos tratando. Los Corsarios Rojos, mientras se expandían sin límite, han tomado para sí una de las naves de guerra de la VIII Legión. Observadla, y decidme qué pensáis.

Fue Talos el que habló.

—Hay pecados que no vamos a tolerar. —Se había dirigido al Elevado con la convicción ardiendo en sus palabras, a pesar de lo que crepitaban los altavoces de su casco.

»Es nuestra nave. —El profeta apretó los dientes tras su placa facial—. Y no nos iremos hasta que la hayamos recuperado.

• • • • •

Aunque estaba atracado, las mareas espaciales chocaban contra el *Pacto* y rompían con suavidad con un estruendo de energías etéreas que se enfriaba en la gélida nada del espacio real. La tripulación no podía hacer otra cosa que escuchar cómo aquellos contaminados vientos solares acariciaban el fuselaje de la nave de guerra, y a pesar de todo lo que Septimus había visto y oído durante los últimos diez años, aquello lo sacaba de sus casillas. Comprobó sus pistolas pulsando con el dedo pulgar las runas de munición para revisar las células de energía.

—Nonus —dijo.

Maruc chasqueó la lengua, sin que llegara a sonar de forma despectiva.

—No tengo claro que vaya a acostumbrarme a eso.

—No es tan difícil, te lo aseguro. —Septimus le pasó una de las pistolas—. ¿Has disparado alguna vez una de estas?

El hombre de mayor edad se rascó el mentón, que no se había afeitado y que iba camino de quedar enterrado bajo una espesa barba canosa.

—Pues claro que no.

—Bueno, se hace así. —Septimus alzó el arma, simuló que la activaba e hizo que disparaba tres veces—. No es difícil. Las diseñaron para que las usase la Guardia Imperial, así que distan mucho de ser complicadas.

—¡Pero bueno!

Septimus arqueó una ceja.

—¿Qué?

—No te burles de la Guardia, joven. Son héroes, todos y cada uno de ellos.

Septimus sonrió.

—Cuando tus amos se decoran la armadura con cráneos de guardias imperiales durante meses tras cada encuentro con ellos, tiendes a cambiar de perspectiva.

—Yo quería alistarme en la Guardia, ¿sabes?

Septimus obvió su comentario.

—Como te decía, no te despegues nunca de tu arma. El Iris Infernal es un puerto de lo más desagradable.

Maruc, quien todavía no podía pensar en sí mismo como «Nonus», pestañeó consternado.

—¿Vamos a pisar tierra?

—Pues claro que sí. —Septimus se ató el machete a la pierna utilizando una correa —. Tenemos un deber que cumplir. Este lugar es peligroso, pero si nos andamos con cuidado, no nos harán daño.

—¿Octavia viene?

Septimus le lanzó una mirada.

—Es una navegante. La legión no puede arriesgarse a perderla en un antro de mala muerte como este.

—Pero ¿con nosotros sí se puede arriesgar?

El esclavo le dedicó una amplia sonrisa.

—Puede y lo hará. Venga, acabemos con esto.

• • • • •

La Primera Garra cruzó el pasillo umbilical que daba al interior de la estación para encontrase con que les cerraba el paso un contingente de los guerreros del Tirano en la compuerta opuesta. Sus corazas de ceramita, pintadas de rojo, negro y bronce, suponían un contraste de colores discordantes con respecto al azul medianoche y al blanco hueso que llevaban los Amos de la Noche.

—Que nadie diga ni haga ninguna tontería —advirtió Talos al resto de la Primera Garra por el comunicador.

—Como si fuéramos de esos —le respondió Cyrion.

Todos tenían las armas preparadas para disparar; el vivo retrato de los corsarios

rojos que tenían delante.

—Alto —les ordenó el líder de escuadra. Miró con su casco astado a los amos de la noche, de uno en uno—. ¿Qué os trae por el Iris Infernal?

Xarl resopló y apoyó su inmensa espada sierra en el hombro.

—Yo también tengo una pregunta. ¿Cómo es que unos perros sangreflojas como vosotros no se arrodillan ante los guerreros de las primeras legiones?

Talos suspiró.

—Eres todo un alarde de diplomacia, hermano.

Xarl se limitó a contestar con un gruñido.

—¿Se supone que eso tenía que hacernos gracia? —les preguntó el líder corsario.

Talos hizo caso omiso del comentario.

—Necesitamos que reparen nuestra nave. Mi comandante me ha ordenado que hable con lord Hurón.

Los corsarios rojos intercambiaron miradas. La mayoría no llevaba puestos los cascos, lo que dejaba al descubierto el horror de sus facciones repletas de cicatrices. Talos reparó en los emblemas de los Poderes Siniestros que les habían hecho con cortes y hierros candentes en la piel de los rostros. Cuánta devoción. Cuán ardiente y ferviente devoción.

—Conozco vuestra nave —les dijo el líder corsario—. Me acuerdo del *Pacto de Sangre*, y me acuerdo de ti, profeta. No te has ganado amigos con lo que hiciste la última vez que caminaste por estos pasillos.

—Si sabes quiénes somos, entonces no tiene sentido seguir presentándonos —replicó Talos—. Y ahora, déjanos pasar.

—Soy el celador de esta cubierta —rugió el corsario rojo a través de los altavoces de su yelmo—. Sería inteligente por tu parte que mostraras un poco de respeto.

—Y nosotros luchábamos en la Larga Guerra varios miles de años antes de que nacierais —replicó Mercutian—. Respeta para que te respeten, renegado.

Los corsarios se crisparon y empuñaron los bólters con más fuerza.

—¿Y dónde estaba ese tan cacareado respeto la última vez que pisasteis nuestros dominios? Tengo guerreros que todavía muestran cicatrices de la última vez que nos vimos. ¿Qué pasa si opto por enviaros de vuelta a la chatarra en la que habéis venido?

—No sería inteligente. Lord Hurón nos está esperando.

Talos se llevó la mano al cuello para saltar los cierres del casco y se lo quitó con el siseo del aire presurizado al liberarse. El pasillo apestaba a cuerpos sucios y a aceite de armadura, junto al levísimo rastro de algo sulfuroso detrás de todo eso. Miró a los corsarios rojos y sus ojos negros se posaron sobre ellos de uno en uno.

—Soy consciente de esa afrenta a vuestro orgullo —afirmó Talos—. No fuimos invitados corteses cuando estuvimos aquí la última vez. Pero vuestro señor ya ha dejado claras sus intenciones al habernos escoltado hasta el muelle de atraque. Quiere vernos. Así que si podemos ahorrarnos las bravuconadas, nadie tiene por qué morir esta vez. Nos permitís pasar, o lo hacemos a través de vosotros.

Los corsarios rojos alzaron las armas a la vez y las culatas de los bólters chocaron contra sus hombreras con sonoridad. La Primera Garra respondió con la misma moneda, al blandir sus armas de sierra y sus pistolas al unísono. Talos empuñaba el bólter de Malcharion en una mano y apuntaba con sus dos cañones a la placa facial del líder de los corsarios rojos.

Cyrion se rio entre dientes por el comunicador.

—Otra cálida bienvenida.

—Bajad las armas —les ordenó el corsario.

—Celador… —le advirtió Talos—. Esto no tiene por qué hacerse de este modo.

—¡Que bajéis las armas! —repitió.

—Talos —lo saludó otra voz.

Detrás de la escuadra de corsarios rojos, otro guerrero que llevaba puesta la armadura de aquel capítulo caído se abrió paso a empujones entre sus hermanos. El escuadrón saludó con la cabeza al recién llegado, aunque, por su parte, este no les prestó atención.

Aquel corsario rojo se quedó de pie entre ambas escuadras bloqueando la línea de tiro. Talos por fin bajó el bólter. Xarl, Mercutian y Uzas lo hicieron con mayor renuencia.

—Hermano —le dijo el recién llegado, quien le ofreció la mano al profeta. Sus armaduras chocaron con estrépito metálico cuando se agarraron las muñecas durante un instante en el que había sido, desde tiempos inmemoriales, el tradicional saludo entre guerreros.

—Me alegro de verte —le dijo el profeta—. Tenía la esperanza de que estuvieras aquí.

El corsario rojo negó con la cabeza.

—Yo tenía la esperanza de que tú no estuvieras. Como siempre, has escogido el momento más amargo imaginable. —Se dio la vuelta para dirigirse a los guerreros que tenía detrás—. Retiraos.

Le obedecieron, y saludaron al retirarse.

—A vuestras órdenes, Desollador —gruñó el líder a regañadientes.

—Venid, todos. —Los gélidos ojos de Variel se posaron en la Primera Garra—. Os llevaré hasta lord Hurón.



PROFETA Y PRISIONERO

—Vendréis con nosotros a Vilamus.

—Ya decía yo que todo estaba saliendo demasiado bien —transmitió Cyrion por el canal privado. Talos lo ignoró.

—Ese es el precio por ayudaros —añadió la figura sentada—. Cuando asediemos Vilamus, vuestras fuerzas irán en vanguardia.

El salón del trono de lord Hurón en el Iris Infernal no tenía un aspecto sutil. La sala de guerra de la estación se había convertido en una cámara monárquica, con su estrado para el trono y repleta de hileras de estandartes de cruzadas pasadas colgando del techo. Había filas de guardaespaldas, suplicantes y cultistas al lado de los muros; humanos, astartes renegados, así como criaturas inclasificables debido a la variedad de mutaciones que sufrían aquellos bajo el yugo del culto al Caos. La cubierta llena de mugre mostraba con orgullo la disparidad de sus manchas: de sangre, de quemaduras y de baba grisácea en igual medida, mientras que el aire arrastraba el hedor sulfuroso que emanaba de la respiración de los guerreros reunidos.

Todo aquello complementaba el punzante dolor que sentía el profeta en el cráneo.

—Nada apesta tanto como un refugio de los Corsarios Rojos —transmitió Mercutian en voz baja.

Talos se había puesto otra vez el yelmo al entrar en la estación.

—Tenemos que aceptar sus términos. Hurón no permitirá que nos vayamos vivos si nos negamos.

—Su oferta es un suicidio —replicó Cyrion—. Creo que todos somos conscientes de eso.

—Deberíamos debatirlo con el Elevado —respondió Mercutian.

—Sí. —Xarl sonreía tras su máscara facial—. Porque seguro que eso va a pasar. Tú

sólo acepta, Talos. El olor de este lugar se me cuela dentro de la armadura.

—¿Y bien? —inquirió la silueta que ocupaba el trono.

Los devastados rasgos de lord Hurón los miraban fijamente con regocijado interés. No se trataba de un hombre a quien le importase ocultar sus emociones, y lo que quedaba de su rostro humano estaba retorcido hasta haberse transformado en una sonrisa malvada que rezumaba superioridad. Sabía que ya había ganado antes de que esa escoria de la VIII Legión hubiese acudido a suplicarle, por lo que no sentía ningún reparo en dejar que su brutal semblante mostrase su triunfo. Y aun así, a pesar del júbilo monstruoso que sentía, mostraba poca mezquindad. Casi parecía estar compartiendo una broma con la Primera Garra.

Talos, que estaba de rodillas, se levantó. Tras él, la Primera Garra hizo lo mismo. Variel, cuyo rostro era una máscara comedida de aburrimiento desprovisto de pasión, estaba a su lado.

—Así se hará, lord Hurón —asintió Talos—. Aceptamos vuestros términos. ¿Cuándo partimos?

Hurón se reclinó en su trono de hueso: la viva imagen de un venerable e indecoroso señor de la guerra.

—Tan pronto como mis trabajadores hayan resucitado a vuestro desguazado *Pacto de Sangre*. En un mes; puede que menos. ¿Aportaréis los materiales?

Talos asintió.

—El abordaje a Ganges fue de lo más fructífero, mi señor.

—Puede, pero huisteis de los Marines Errantes, así que esa aventura no fue tan fructífera como podría haber sido, ¿eh?

—No, señor.

El profeta observó al señor de la guerra y deseó que su encantadora informalidad le resultase más difícil de odiar. Un carisma reticente, extraño, se derramaba en un aura que emanaba de la lacerada carcasa corpórea del jefe corsario.

—Vi como atracaba el *Pacto*, por si no lo sabíais —les dijo—. Sospecho que la historia de cómo permitisteis que un navío tan grandioso quedase en unas condiciones tan paupérrimas es todo un relato.

—Lo es, señor —concedió Talos—. Os hablaré de ello gustoso en una ocasión más oportuna.

Hurón pestañeó con sus resecos ojos. La diversión que sentía les daba vida, y sus hombreras traquetearon con la carcajada que se estaba aguantando.

—Me parece que ahora es el momento perfecto, amo de la noche. —Alrededor de la cámara resonaron las retumbantes risitas de los guerreros—. Permítenos escuchar tu historia ya.

Talos tragó con pesadez mientras su mente corría a toda velocidad tras un velo de dolor. La invitación de Hurón era tan simple y directa que resultaba imposible de esquivar. Durante un instante de estúpido instinto, casi miró a Variel.

—Mi señor —el profeta agachó la cabeza—, creo que ya estáis al corriente de los

detalles esenciales de nuestro sufrimiento en Crythe. Precisaríamos de una voz más lírica que la mía para hacerle un mínimo de justicia al relato.

Hurón se pasó la lengua por sus labios de cadáver.

—Compláceme. Cuéntame cómo traicionasteis a la Legión Negra y cómo huisteis de los Ángeles Sangrientos.

La audiencia estalló en carcajadas.

—Maldigo al Elevado por habernos encomendado esta misión —suspiró Cyrion.

—Nos está provocando. —El tono de Xarl era bajo, gélido.

El profeta no estaba tan seguro. Hizo una reverencia teatral que fingía jugar un papel en la diversión a expensas de la Primera Garra.

—Disculpadme, lord Hurón, había olvidado lo difícil que debe de resultaros el recibir información de primera mano de las guerras que libran las primeras legiones. Aquellos que caminamos antaño junto a los primarcas tendemos a olvidar cuán lejanos y aislados deben de sentirse los astartes renegados menores. Os hablaré de los preparativos de Abaddon para la próxima cruzada, así como del lugar de los Amos de la Noche en esta, claro. Eso sí, espero que nos iluminéis y nos contéis a qué juegos habéis estado jugando vos y vuestros piratas tan lejos de la vanguardia de la guerra.

En cuanto lo que dijo Talos cayó sobre toda la silenciosa cámara como una losa, Uzas intentó aguantarse la risa por el comunicador igual que un niño.

—¿Y tú reprendes a Xarl por su diplomacia? —Mercutian parecía estar atónito—. Nos acabas de matar a todos, profeta.

Talos no dijo nada. Se limitó a observar al señor de la guerra sentado en el trono. Filas enteras de corsarios rojos permanecían expectantes, a la espera de la orden para abrir fuego. Una atrofiada e inhumana criatura se deslizaba entre sus pies acorazados mientras soltaba una risilla demente para sí.

Hurón, señor del Torbellino, así como de la armada pirata más grande en las fronteras orientales de la galaxia, dejó por fin que su rostro formase una sonrisa. Tal expresión le supuso un evidente esfuerzo, pues se componía de músculos inestables y de labios temblorosos desprovistos de nervios.

—Me habría gustado caminar sobre Nostramo —dijo el Tirano al fin—. Por experiencia sé que sus hijos tienen un sentido del humor de lo más entretenido.

Hurón tamborileó los reposabrazos de su trono con sus garras blindadas y liberó una sarta de carcajadas que más bien parecía una gárgara.

—Como siempre, me alegro de entreteneros, señor. —Talos, por su parte, también sonreía.

—Sigues siendo un alma a la que ciega el exceso de confianza, ¿sabes?

—Es una auténtica maldición —asintió el profeta.

El señor de la guerra emitió otra de sus borboteantes y guturales risas entre dientes: el sonido de la bilis al quedar atrapada en sus pulmones lacerados. A través de la parcheada piel de la garganta del caudillo podían verse unos delgados pistones que chasqueaban al comprimirse.

—¿Y qué habría pasado de no haber requerido de vuestros servicios para esta misión tan sencilla, legionario? Entonces, ¿qué?

—Entonces, la bondad de vuestro corazón os habría motivado a ayudarnos, señor.

—Ya veo por qué el Elevado te detesta. —El corsario esbozó otra ancha sonrisa.

Ese gesto dispersó la tensión de la cámara con un torrente de aliento ácido. Hurón se levantó y dirigió un ademán a los amos de la noche con su garra metálica sobredimensionada. Dicho movimiento provocó que la criatura que correteaba por la cámara, un lampiño y zarrapastroso cuadrúpedo de pequeño tamaño y flacuchos miembros, fuese hasta el señor de la guerra y escalase la armadura de Hurón con sus zarpas nudosas. El lord corsario no le prestó atención mientras el ser se aferraba a su generador dorsal con sus garras engarfiadas. Sus ojos bulbosos miraron a los amos de la noche, y sus torcidos dientes chasquearon con un repiqueteo tartamudo.

—¿Qué… demonios… es… eso? —preguntó Cyrion, casi sin aliento.

Talos le contestó con un susurro.

—No estoy seguro de querer saberlo.

—Es como si alguien hubiese despellejado al cruce de un perro y un mono. Creo que alguno de vosotros debería decirle al Cosechador de Sangre que tiene una abominación trepándole por la espalda.

—Me parece que está al corriente, Cy.

Hurón les indicó con una seña que se acercaran, y al hacerlo su garra rechinó al compás de sus articulaciones.

—Venid, guerreros de las primeras legiones. Tengo algo vuestro que puede interesaros.

• • • • •

La miríada de cubiertas del Iris Infernal bullía de vida, pero la guardia de honor del Tirano había secuestrado todo un piso de aquel astro fortificado para uso exclusivo de sus tropas. Aquí, los guerreros más diestros de Hurón custodiaban el lugar donde la estructura de mando de los Corsarios Rojos elucubraba sus planes de ataque contra el Imperio. Y aquí, bajo la atenta mirada de la élite del capítulo, el Tirano gustaba de mantener cautivos a los invitados no deseados el tiempo que quería.

Mientras sus botas resonaban sobre la cubierta de aquellos pasillos a medida que los recorrían, Talos paseó la mirada sobre las paredes de metal profanadas. Todas mostraban escrituras y salmos tan extensos como para llenar un libro que, o bien figuraban escritos con tinta, o bien lo hacían marcados a fuego sobre el propio acero.

La forma que tenía Hurón de moverse atrajo la mirada del profeta más de una vez. El señor de los Corsarios Rojos era una criatura deshecha; no obstante, cada uno de los abruptos pasos de su renqueante cojera enmascaraba el poder que contenía en su

interior. Al verlo ahora tan de cerca —tan de cerca que aquella luz que parpadeaba de forma tan molesta se reflejaba en su deslustrada coraza—, no le resultaba nada complicado discernir cómo es que el antiguo Tirano de Badab seguía con vida. Algunos guerreros eran demasiado tercos como para morir.

Talos sospechaba que, en caso de haber sido mortal, la presencia de Hurón habría bastado para intimidarlo y hacerlo obedecer. Pocos líderes exudaban un aura de amenaza tan desagradable al paladar como la suya, nacida de un rostro destruido, una sonrisa doliente y del rugido constante que profería el cableado de fibrohaces en las articulaciones de su armadura. Pero claro, pocos líderes comandaban un imperio secesionista, por no hablar de un reino astral de un tamaño y poderío semejantes.

—¿Es que tengo algo en la cara que te resulte interesante, profeta?

—Vuestras heridas, mi señor. ¿Os duelen mucho?

Aquella pregunta tan curiosa hizo que Hurón mostrase los dientes. Ambos guerreros eran el producto de técnicas exhaustivas y arcaicas de manipulación genética y bioingeniería, lo que relativizaba el concepto de dolor para los guerreros posthumanos poseedores de dos corazones, tres pulmones y el hábito de escupir ácido.

—Muchísimo —respondió el líder corsario, y lo dejó ahí.

Tras la Primera Garra, las siluetas oscilantes de unos exterminadores de los Corsarios Rojos llenaban el corredor con la obstinada marcha, lenta pero segura, de un tanque. El pequeño mutante correteaba entre sus pies, y Cyrion no dejaba de lanzarle miradas.

—Antes de daros este regalo —Hurón se humedeció otra vez los resquebrajados labios con la lengua—, dime, amo de la noche, ¿cómo es que te arriesgaste a bromear conmigo de forma tan absurda en la sala del trono?

Talos le respondió a través de los altavoces del casco con un tono de voz amable.

—Vuestros dominios son un cáncer que extiende su red en el corazón del Imperio de la Humanidad, y se dice que estáis al frente de tantos guerreros como cualquiera de los señores de las legiones traidoras, salvo Abaddon el Saqueador. —Talos se volvió para mirar a Hurón, lo que enmarcó los rasgos malogrados del cacique en una mirilla de adquisición de blancos—. Yo no sé si todo eso es cierto, lord Hurón, pero dudaba de que unas pocas palabras bastasen para desencadenar la ira de un hombre de vuestro calibre.

Hurón se limitó responderle con un destello de diversión en sus ojos inyectados en sangre.

—¿De verdad queremos que nos den ese regalo? —les preguntó Xarl a los demás por el comunicador.

—No, si es lo que creo que es —le respondió la voz de Cyrion, quien sonaba un poco distraído—. Esa pequeña criatura todavía nos sigue. Podría pegarle un tiro.

—Ezhekjai grugull shivriek vagh skr —les anunció Hurón, quien hizo que se detuvieran.

—No hablo ninguno de los dialectos de Badab —confesó Talos.

Hurón le contestó señalando con su inmensa garra de energía en dirección a una compuerta cerrada. Hacía mucho tiempo que habían pintado aquellos apéndices afilados y curvos del mismo rojo que la ceramita de su armadura, pero la guerra había modificado la apariencia del arma con lentitud, pues las llamas la habían requemado. El Tirano inclinó la cabeza hacia los amos de la noche, y las barras luminosas del techo reflejaron la luz sobre las partes de cromo de su cráneo.

—He aquí lo que quería que vierais —declaró—. Atormentarlo ha sido útil a la par que entretenido, pero sospechaba que a vosotros también os complacería verlo. Consideradlo como una muestra de mi gratitud por haber aceptado mi oferta.

La puerta blindada comenzó a elevarse, y Talos resistió el ansia de blandir sus armas.

—No os quitéis los cascos —les advirtió el Tirano.

• • • • •

No sabría decir cuánto tiempo había estado esperando; ciego, solo, y sintiendo el incómodo escozor de las lágrimas al correr por su rostro. Lo cierto era que los grilletes no le suponían un castigo, a pesar de la forma en que le aferraban las muñecas para sujetarlo contra la pared. Asimismo, las primeras señales de inanición eran un dolor al que debía sobreponerse, una sensación que debía ignorar junto a la sed desesperada y voraz que le raspaba las venas como si de arena se tratase.

El collar que le atenazaba la garganta: eso sí que le suponía un castigo, si bien se trataba de una medida necesaria para aquellos más débiles que él. No podía ver la escritura rúnica inscrita sobre el frío metal, pero era imposible no sentir sus emanaciones. El cuello le latía, le latía y le volvía a latir con la misma e inexorable vibración de un diente infectado. Que le negasen la oportunidad de hablar y de invocar el poder que traían consigo sus propios susurros… era humillante, pero no era más que otra afrenta que había que sumar a la larga lista de vejaciones.

No. Él podía, y conseguiría, soportar dichos suplicios. Hasta podía superar que otras mentes hurgasen en la suya, así como que sus despreocupadas e invisibles sondas derribasen sus defensas mentales con la misma facilidad que unos niños idiotas rasgaban un papel. Le dolía pensar; le dolía recordar; le dolía hacer cualquier esfuerzo excepto obligar a su mente a adoptar una vacuidad contemplativa.

Daba igual. Podía sobrevivir a eso si conservaba su psique intacta a fuerza de temblorosa concentración.

Pero la luz era otro asunto. Sabía que había estado gritando durante un tiempo, aunque no había sido capaz de percibir cuánto. Después, se había mecido de atrás hacia adelante con la cabeza gacha hasta el pecho desnudo y babeando ácido entre sus

dientes apretados. El hedor a cloro del metal al disolverse no hacía más que sumarse a sus náuseas a medida que la saliva carcomía el suelo.

Al final, lo abandonaron las fuerzas. Tras varias semanas (¿meses?) estaba de rodillas con los brazos abiertos de par en par, las muñecas pegadas a la pared de atrás, la cabeza colgando de su cuello dolorido y los ojos segregando lágrimas, incapaces de lubricar más allá de tanto dolor. La luz se estrellaba contra sus párpados con corrosivas intenciones por mucho que los tuviera cerrados, como una presión de brillo blanco y neblinoso que bastaba por sí solo para hacer llorar a un alma que se encontraba, si no fuera por aquello, por encima del pesar.

A través de aquella bruma de dolor y de la vorágine que le confundía los pensamientos, el prisionero oyó que la puerta de su celda se abría otra vez. Respiró con lentitud tres veces, como si eso pudiera expeler el dolor de su cuerpo, y expresó, falto de aliento, aquello que había querido decir durante toda su lacerante crucifixión:

—Cuando me libere —escupió las palabras con hilillos de saliva—, os voy a matar, del primero al último.

Uno de sus torturadores se le acercó. Lo percibió en el ronroneo de las juntas de la armadura y en el suave zumbido de los músculos mecánicos.

—*Athrillay, vylas* —le susurró el torturador en una lengua muerta de un mundo muerto. Aunque sus captores no conocían dicho idioma.

El prisionero alzó la cabeza al tiempo que miraba pasmado al frente, sin ver nada, y repitió el mismo mensaje:

—Saludos —dijo—, hermano.

• • • • •

Talos no quería ni imaginarse el dolor del prisionero; su propio visualizador retinal se esforzaba por amortiguar la intensidad atroz de las luces de la cámara, e incluso tras su placa facial sentía el escozor de las lágrimas debido a ese resplandor insoportable.

Cerró sus dedos blindados alrededor del grasiento y largo pelo del cautivo y tiró de su cabeza hacia atrás, lo que dejó la sudorosa garganta al descubierto. Las palabras que dijo Talos a continuación fueron un siseo en nostramano casi inaudible, para así evitar que pudieran oírlo los oídos no deseados:

—Juré que te mataría cuando nos volviéramos a ver.

—Lo recuerdo. —Ruven sonrió a pesar del dolor—. Ahora tienes tu oportunidad, Talos.

El profeta desenvainó el gladio y presionó el filo del arma contra la mejilla del prisionero.

—Dame una sola razón para que no te arranque la piel de tus huesos de traidor.

Ruven soltó una risa ahogada. Cuando negó con la cabeza, su piel rozó con el filo

y este le hizo un tajo superficial.

—No tengo razones que darte. Ahórranos a ambos la falsa creencia de que te voy a suplicar misericordia, y haz lo que quieras de una vez.

Talos apartó la hoja. Durante un instante, no hizo otra cosa sino mirar cómo se desplazaba con lentitud la gota de sangre por el acero.

—¿Cómo te capturaron?

Ruven tragó con pesadez.

—El señor de la guerra me desterró debido a mi fracaso en Crythe.

Talos no pudo evitar la sonrisa retorcida que se apoderó de él.

—¿Y vas, y huyes aquí?

—Por supuesto. ¿Adónde si no? ¿Acaso hay otros refugios para los de nuestra clase que posean un poder y una ambición similares? ¿Tanto potencial? El Torbellino era la única respuesta que tenía sentido. —El rostro del prisionero se transformó en una sonrisa despectiva—. No sabía que algunos de mis antiguos hermanos habían perjudicado tanto la reputación de la VIII Legión a ojos de los Corsarios Rojos.

Talos siguió contemplando cómo corría la sangre.

—No hicimos demasiados amigos la última vez que estuvimos aquí —admitió—. Pero eso no es por lo que Hurón te tomó prisionero, ¿verdad? Estas podrían ser tus últimas palabras, hermano. En una despedida no hay mentiras que valgan.

Ruven no dijo nada durante un tiempo. Y luego, con un susurro sibilante, contestó:

—Mírame.

Así lo hizo Talos. En su visor parpadearon líneas de biodatos.

—Estás deshidratado hasta el punto en que tus tejidos se están deteriorando —comentó.

El prisionero gruñó.

—¿En serio? Deberías ser apotecario.

—La verdad, Ruven.

—La verdad. Como si fuera tan sencillo. Hurón me permitió quedarme en el Iris Infernal si compartía los secretos que me había pasado décadas extrayendo de la disformidad. Al principio, accedí. Luego hubo un… altercado. —Los andróginos rasgos de Ruven formaron una sonrisa de encías resecas—. Murieron tres corsarios que intentaban invocar moradores de la disformidad varias veces más poderosos de lo que ellos podían controlar. Trágico, Talos. De lo más trágico. Evidentemente, consideraban a esos imbéciles aficionados como candidatos prometedores para el Librarium de Hurón.

El profeta se quedó mirando al hechicero durante un rato.

—Todavía estás aquí, hermano —dijo Ruven—. Te oigo.

—Todavía estoy aquí —asintió Talos—. Intento averiguar lo que es cierto entre tus mentiras.

—Te he dicho la verdad. ¿De qué serviría mentir? Me han tenido preso aquí

durante lo que me han parecido meses, y me han saturado los ojos de luz. No veo nada. No puedo moverme. Abaddon se deshizo de mí y me desposeyó de mi cargo en su Legión Negra. ¿Por qué iba a mentirte?

—Eso es lo que trato de averiguar —le replicó Talos, poniéndose en pie—. Pues te conozco, Ruven, y sé que la verdad es anatema para tu lengua.

• • • • •

—Es un premio de lo más retorcido, ¿verdad? —quiso saber Hurón—. Ya casi he acabado con él, pues ya no me divierte y, además, creo que ya no tiene mucha más información que dar a mis hechiceros. Han absorbido todo el conocimiento que necesitaban de su mente.

—¿De qué se le acusa?

Talos echó un vistazo por encima del hombro a la silueta arrodillada de su antiguo hermano bañada en aquella luz radiante.

—Provocó la muerte de tres iniciados y se negó a compartir sus conocimientos. Tuvimos que… motivarlo a hacerlo… con otros métodos. —Los cadavéricos rasgos del Cosechador de Sangre volvieron a replegarse en una sonrisa—. Dejarlo indefenso fue todo un suplicio de por sí. Con ese collar que tiene puesto no supone una amenaza, ya que no puede susurrarle a la disformidad para invocar sus poderes. Anular sus artes disformes fue la primera precaución que tomé, inmediatamente antes de cegarlo.

—Hay que andarse con ojo —advirtió Cyrion—. Esto es lo que nos promete el destino si traicionamos a los Corsarios Rojos.

—¿«Si» traicionamos? —transmitió Talos en respuesta—. Tienen el Eco de la Maldición. No pienso irme sin él.

—Muy bien. Cuando los traicionemos, entonces.

Talos le envió un breve chasquido de asentimiento por el comunicador a modo de contestación.

—Dejad que se pudra aquí —le dijo el profeta al señor de los Corsarios Rojos—. ¿Qué hay de sus armas y servoarmadura?

Hurón frunció sus labios rajados.

—Tengo su equipo de batalla. Que os lo devuelva deberíais considerarlo como otro gesto de buena voluntad.

Ruven emitió un lamento que se desintegró en cuanto el sonido abandonó sus labios laxos. Hubo un tintineo de cadenas cuando comprobó sus grilletes por primera vez desde hacía semanas.

—No me dejéis aquí…

—Arde en la disformidad, traidor —le respondió Xarl, riendo entre dientes.

—Os agradezco el regalo —le dijo Talos a Hurón—. Siempre resulta gratificante ver que los traidores cosechan lo que siembran. Matadlo si queréis. No nos importa.

—Talos. —Ruven susurró el nombre esa vez; en el segundo intento, se convirtió en un alarido—: ¡Talos!

El profeta se volvió para mirar al prisionero y su visualizador retinal compensó de nuevo el demencial resplandor. Ruven lo estaba mirando, implorante. La sangre corría por sus mejillas en sendos regueros debido a que la luz le abrasaba el delicado tejido que había detrás de sus ojos.

—Creí haberte oído decir que no ibas a rogar por tu vida —le contestó Talos.

La puerta blindada se cerró de golpe antes de que Ruven pudiera responder, lo que lo dejó encerrado en la celda con sus propios gritos.



XIII

REGENERACIÓN

Septimus tomó un sorbo de su bebida y se obligó a sí mismo a emprender el arduo ritual de conseguir tragárselo. Le pareció que podría ganar una apuesta sobre el proceso de elaboración de aquel brebaje si decía que estaba destilado a partir de aceite para máquinas.

El bar, si es que podía llamarse así, era uno de tantos a bordo del Iris Infernal; nada especial en comparación a los centenares de su sucia clase. Hombres y mujeres miserables se mezclaban en las tinieblas y bebían asquerosidades a la vez que reían, discutían y se pegaban gritos en una docena de lenguas diferentes.

—Ay, Trono —susurró Maruc.

Septimus frunció el ceño.

—No digas eso aquí si quieres seguir vivo.

El hombre de mayor edad le señaló con un gesto a una joven que caminaba por la habitación de mesa en mesa. Los cabellos le caían por la espalda desnuda como una inmaculada cascada de blanco sedoso mientras sus caderas se mecían con cada paso, al son de una feminidad exagerada.

—No hables con eso —le advirtió Septimus, negando con la cabeza. Por un momento, Maruc creyó haber visto una sonrisa en la cara del otro siervo.

—¿«Eso»? ¿Qué no hable con «eso»?

Pero ella se había percatado ya del interés de Maruc.

—*Friksh sarkarr* —dijo con un ronroneo mientras se les acercaba y su vestido confeccionado con trozos de cuero curtido rozaba contra su lechosa piel. Unos dedos del blanco de la porcelana limpia le acariciaron la mejilla sin afeitar. Como si le hubiese dado el visto bueno a algo, ella asintió para sí—. *¿Vrikaj ghu sneghrah?*

Su voz era aniñada.

—Yo… yo no…

Ella lo hizo callar con la yema del pálido dedo que dejó descansar en los resecos labios del hombre.

—Vrikaj ghu sneghrah… sijakh…

—Septimus… —pidió auxilio Maruc, quien tragó con pesadez. La chica tenía los ojos abiertos de par en par, del rico verde de los bosques que él únicamente había visto en hololitos. Su dedo sabía a algún tipo de almizcle picante e inclasificable.

Septimus carraspeó. La doncella se dio la vuelta con la gracilidad de un fantasma, al tiempo que se humedecía los labios con su lengua bífida.

—¿Trijakh mu sekh?

El esclavo se abrió la chaqueta, lo que dejó al descubierto la pistola que llevaba enfundada en la cadera. Con lentitud, de forma deliberada, negó con la cabeza y señaló en dirección a otra mesa.

Ella le escupió a los pies y se alejó furtivamente con un contoneo de caderas.

—Esa chica no es normal…

Debido a toda la carne que enseñaba la joven, Maruc se la quedó mirando con lascivia mientras se marchaba.

—Es una pielámbula. —Septimus hizo un gesto de asco por cómo sabía su copa: y ni siquiera se la estaba bebiendo, pero bañarse los labios con el licor y simular que lo hacía era bastante grotesco de por sí—. Todo ese cuero que lleva, ¿ves cómo está todo cosido?

—Sí.

—Pues no es cuero.

Maruc observaba a la chica mientras esta acariciaba con las yemas de los dedos la nuca de un hombre de aspecto fornido.

—No creo que pueda quedarme aquí sentado mucho más tiempo —declaró—. Esa cosa gorda que va por la sala tiene demasiados ojos; tenemos a una chica preciosa con lengua de serpiente que se pasea por ahí vestida con piel humana; aquí van todos armados hasta los dientes; y el pobre cabrón de debajo de esa mesa parece que lleva dos días muerto.

—Cálmate. —Septimus le clavó de cerca la mirada—. Tranquilo. Estamos a salvo, siempre y cuando no llamemos la atención. Si te dejas llevar por el pánico, estaremos muertos antes de que hayas terminado de pegar el primer grito.

—Estaré bien. —Maruc tomó un trago de su bebida, que le dejó un placentero calor en el gaznate—. Qué bueno está esto.

Septimus dejó que su expresión hablase por él.

—¿Qué? —preguntó Maruc.

—Por lo que sabemos, podría ser meado de roedor. Intenta no beber demasiado.

—Vale. Claro. —Hizo otra sutil inspección de la estancia. Otro de los clientes habituales parecía ser demasiado pequeño para su propio esqueleto: le sobresalían los huesos de todas las articulaciones, hasta de los bultos de las vértebras y de la piel tensa

de las mejillas—. Tu señor estaba en lo cierto, sabes.

—¿A qué te refieres?

—A lo que dijo cuando atracamos. Quedarse atrapado aquí sería peor que permanecer en el Pacto. Por el Trono…

Septimus hizo un gesto de alarma.

—¡Deja de decir eso!

—Perdona. Mira, ¿te han dicho siquiera lo que ha acordado la legión?

Septimus le contestó con un encogimiento de hombros.

—La Primera Garra ha comprometido a la legión a involucrarse en un asedio de alguna clase. Lo llaman «Vilamus».

—¿Un mundo? ¿Una flota enemiga? ¿Una ciudad colmena?

—No tuve ocasión de preguntar.

La vista de Maruc volvió a la hermosa muchacha.

—¿Hay mucha… gente así?

Septimus asintió.

—El desollamiento es una de las tradiciones más comunes en muchos cultos. Recuerda que hasta la legión lo hace. El manto ceremonial de lord Uzas fue antaño parte de la familia real de un mundo rezagado e insignificante que atacó el Pacto.

—¿Quieres decir que antaño el manto les perteneció a ellos?

—No. Que «es» ellos. Que tampoco es de cuero, vamos. Los pielámbulos son un culto bastante común. Evítalos a toda costa.

—Creí que ella quería…

—Y quería, sí. —Septimus miró con su ojo humano a la entrada y se ajustó un anillo de plata en el dedo—. Pero te habría despellejado después. Vamos.

Maruc siguió a Septimus hasta la puerta. El esclavo de menor edad se llevó las manos a la coleta para deshacerla, lo que dejó caer sus greñas hasta la barbilla para que cubrieran sus sutiles implantes biónicos.

—Ten el arma preparada —le dijo—. Nunca sabes cuándo vas a cabrear a alguien.

—Aún no me has dicho por qué estamos aquí.

—Estás a punto de averiguarlo.

• • • • •

Octavia suspiró: la clase de suspiro que la habría instado a creer que había bajado de peso una vez que el aire hubo abandonado sus pulmones. Expelió meses de tensión, mientras echaba la cabeza atrás con los ojos cerrados.

El agua caliente se precipitaba contra su rostro, le acariciaba las pestañas y le corría en placenteros regueros por los labios y la barbilla. No tenía nada que hiciera las veces de jabón, pero ni siquiera eso hizo mella en su entusiasmo. Se frotaba el

cuerpo con una esponja áspera, y casi sentía que la roña acumulada durante meses se caía como si estuviese mudando la piel.

Con el Pacto atracado y abasteciéndose de reservas de agua fresca, los tanques, que ahora estaban llenos, habían aliviado la carencia de los empobrecidos procesadores de reciclaje.

Se arriesgó a bajar la vista para verse el cuerpo, aunque le hizo falta una cantidad sorprendente de valor para hacerlo. Si bien estaba lejos de ser el espectro consumido que se había esperado ver, su piel era una paleta de colores pálidos, y las sendas de venas azules quedaban a la vista de forma tenue bajo su piel. A pesar de eso, tenía que confesar que se sentía más enfermiza de lo que aparentaba. Era evidente que las gachas ricas en nutrientes que hacían las veces de sustento a bordo de la nave eran más nutritivas de lo que su sabor a papel de lija sugería.

Con la nariz arrugada en un gesto de asco, se quitó una pelusilla del ombligo que era del mismo azul medianoche que el atuendo de los esclavos.

«Qué agradable».

Riendo para sí, se deshizo de aquello con una sacudida de los dedos.

—¿Ama, habéis llamado?

Octavia alzó la vista con un respingo y se tapó con las manos. Todavía tenía una sombra de los instintos humanos básicos dentro de ella, pues intentó guarecer su desnudez de los ojos de un extraño.

Mientras que con una mano se había cubierto el cuerpo, la otra había volado a su frente para cubrir todo cuanto había ahí.

Pero ahí estaba: a través de la turbulenta visión que le brindaba su don genético había discernido el más ínfimo vistazo de la sombra de algo humano, o próximo a serlo. Octavia vio aquella alma manchada y de múltiples matices en medio de la turbulenta tormenta de disformidad que los rodeaba.

Lo había mirado; se había quedado mirando a alguien con su ojo más auténtico, aunque durante un brevísimo instante.

Su ayudante, que estaba de pie en la entrada de la cámara de ablución comunal, emitió un gutural ruido de atragantamiento. Se llevó las trémulas manos a la garganta, pues se ahogaba en un aire que ya no podía tragar. Por su cara vendada se expandía la oscuridad: una lobreguez húmeda y creciente que brotaba de los ojos negros y de la boca abierta del asistente. La sangre empapó el sucio tejido en un momento, y bañó las vendas de un rojo maloliente.

El asistente se desplomó contra la pared de atrás, presa de espasmos, y se golpeó la nuca contra el acero una y otra vez. Se llevó las manos vendadas a la cabeza y se arrancó los apósitos, cosa que dejó al descubierto un rostro humano descarnado, si bien la asfixia lo había tornado púrpura. De los labios del hombre de avanzada edad brotó un torrente hediondo de vómito sanguinolento que se extendió por el suelo mojado de la cámara.

Se quedó ahí tendido, gruñendo, estremeciéndose y desangrándose mientras el

agua caliente continuaba lloviendo sobre ella.

Octavia tragó con pesadez y abrió bien los ojos justo cuando otro de sus ayudantes entró con su joroba en la estancia. El recién llegado no miró a la chica, sino que fue cojeando hasta el anciano moribundo con una abollada escopeta en la mano. Introdujo el cañón recortado en la boca abierta y sangrante del asistente de mayor edad y apretó el gatillo. La cámara resonó con el eco del disparo durante varios segundos. Lo que quedaba del hombre, que era muy poco de cuello para arriba, cayó inerte.

—No ha sido culpa mía —jadeó Octavia, que estaba entre confundida, furiosa y avergonzada.

—Ya lo sé —afirmó Fiera. Se dio la vuelta para dirigirse a su ama y sus ojos ciegos se clavaron en ella. La chica seguía sintiendo una extraña renuencia a bajar las manos. Ambas.

—Os dije a todos que me esperaseis fuera.

—Eso también lo sé.

Fiera metió en la recámara otro cartucho con un abrupto sonido metálico. El casquillo vacío tintineó contra la sucia cubierta y rodó hasta detenerse, humeante, contra una pared.

—Telemach sufría mucho dolor. Entré sólo para que cesara. Ya me voy, ama.

—Creo que ya he acabado…

Le dio la espalda al cuerpo decapitado, así como a la mancha nefasta que se extendía por la pared de metal.

Pero no se fue con Fiera. Se quedó en la habitación junto al cadáver, con las manos contra la pared de la ducha y la cabeza gacha bajo el chorro de agua. Sus cabellos, ahora tan largos que casi le llegaban a los codos, eran un manto laxo de terciopelo negro.

Nunca antes había matado con el ojo. La única vez que lo había intentado fue un fracaso: el momento en que la capturaron, hacía ya varios meses, cuando Talos la había llevado a rastras hasta su nueva vida con la mano cerrada alrededor de su garganta. Todas las historias que había escuchado ella a lo largo de los años regresaron para inundarla con un torrente agridulce: las leyendas de marineros que los tripulantes de Kartan Syne susurraban cuando pensaban que ella no los podía oír; los relatos con los que se advertía a todos los vástagos de la Navis Nobilite durante los años de su prolongada enseñanza; las cosas que sus profesores jamás le habían enseñado pero que conoció tras leerlas en los diarios de a bordo familiares.

«Un navegante no puede matar sin que haya consecuencias». Así lo decían las historias.

«Sangre de mi sangre, no dejes que un acto así mancille tu alma». Eran las palabras de su padre.

Y una anotación en un ancestral diario de los Mervallion, más funesto que todo lo anterior: «Toda mirada asesina es un faro para los nunca nacidos, una luz en su

oscuridad».

Ella no examinó el cuerpo. No necesitaba hacerlo.

Un cosquilleo en la garganta de lo más incómodo fue todo el aviso que necesitó; unos pocos segundos después, Octavia estaba de rodillas, vomitando el sustento del día en la oxidada rejilla del desagüe. Sus lágrimas se mezclaron con el agua que caía para perderse en medio de aquel aguacero, como un secreto para todos menos para sí misma.

• • • • •

El apotecarion de los Corsarios Rojos era testigo de una gran cantidad de tráfico. Varias de las mesas quirúrgicas acogían a las víctimas de los interminables duelos de honor y de las violentas disputas a bordo del Iris Infernal. La mayoría eran humanos, aunque muchos otros ocupaban su lugar como mutantes en los cuadros de clasificación de las especies naturales conocidas.

Deltrian caminaba en medio de aquel caos, con sus rasgos encapuchados sonriéndole a todo lo que veía. Tras él iban Talos y Variel, que actuaban de manera patente como escoltas. El tecnoadepto se detuvo durante un breve instante para señalar a una unidad de autocirugía cenital, cuyos mecadendritos pendían con el desagradable ensortijamiento de las patas de una araña muerta.

—Precisamos de uno de estos para procedimientos estereotácticos, con los miembros ensamblables A, D y E.

Un servidor de mirada vacía, que llevaba un hábito similar al de Deltrian, seguía a los otros tres. Aseguró babeando que había recibido el mensaje y grabó los deseos de su amo en una base de datos interna.

Deltrian hizo otra pausa y recogió un instrumento de plata.

—Un tindalizador. Siete deberían bastar. Un número similar de esos oclusores será necesario.

El servidor volvió a darse por enterado con otro murmullo.

Variel se puso tenso cuando un corsario extendió la mano para agarrarle el avambrazo medicae. Sus finos rasgos se agriaron hasta adoptar una expresión ceñuda.

—No me toques. Pronto atenderán tus heridas. —Variel se soltó con delicadeza a la vez que contenía las ganas de cercenarle los dedos al guerrero como castigo. Regresó junto a Talos un momento después—. Vuestras instalaciones a bordo del Pacto deben de estar casi inutilizadas, si requerís tanto de nosotros.

—No andas desencaminado. Las guerras y la falta de uso han arruinado casi todo lo que tenemos. En nuestro último enfrentamiento perdimos una escuadra que intentó expulsar de las cámaras del apotecarion a un destacamento de abordaje de los Ángeles Sangrientos que se había apostado ahí. No puedes ni imaginarte el daño que

nos infligieron esos imbéciles vestidos de rojo, por no hablar de la Garra que resultó aniquilada porque fracasó al intentar matarlos.

—Un criotomo —interrumpió Deltrian—. Interesante.

Variel no le hizo caso.

—Talos, el Pacto es un pedazo de chatarra que se mantiene de una pieza gracias a la suerte. Y tú empiezas a parecerte a él.

Talos pasó al lado de otra mesa y se paró para rajarle la garganta al esclavo que yacía sobre ella atado con correas, lo que acabó con él con mayor rapidez que la muerte que iba a sufrir ahogándose en su propia sangre. El amo de la noche lamió la sangre del gladio, acto que le iluminó los sentidos con las parpadeantes imágenes residuales de los recuerdos de otra mente:

Una cámara, desordenada, con el calor de la seguridad; una trinchera, sobre la que llueve barro y metralla, mientras agarra un sable en sus frías manos; los detestables sentimientos mortales que son la duda, el miedo y la debilidad que le embargan a la vez que todas sus fuerzas se derraman, como sangre, de sus miembros…

«¿Cómo es posible que esta gente viva y se desenvuelva con unas mentes tan turbias?».

Tomó sólo poco nada más, por lo que las percepciones eran finas como la bruma y se agarraban con levedad a sus sentidos antes de desvanecerse con rapidez.

—¿Mis cicatrices? —le preguntó a Variel antes de volver a envainar el gladio y de pasarse un dedo blindado por la tenue cicatriz que le atravesaba un lado de la cara.

—Tus cicatrices no. La piel se te ha regenerado y curado bien fuera cual fuese el daño que soportó, y esas marcas se volverán incluso más imperceptibles. Me refiero a los rastros de dolor que recorren tus facciones y que pasan inadvertidos a los ojos más inexpertos.

Variel mantuvo el guantelete en alto, al lado del rostro de Talos, pues era demasiado astuto como para arriesgarse a tocar al otro guerrero. Luego abrió los dedos, como si sostuvieran un orbe, junto a la sien del amo de la noche.

—Aquí —dijo—. El dolor florece de aquí y se abre paso por debajo de tu piel al ritmo de tus pulsaciones como si fuera una grieta, cabalgando por tus venas como si fuesen túneles de acceso al resto de tu cráneo.

Talos negó con la cabeza, aunque no en señal de desacuerdo.

—Eres mejor apotecario de lo que yo fui jamás.

—Bueno —Variel apartó la mano—, casi con toda seguridad. Que yo recuerde, la paciencia no es una de tus virtudes.

Talos no rebatió aquel argumento. Observó a Deltrian durante unos pocos instantes mientras el tecnoadepto miraba a un humano que forcejeaba con sumo interés, pues estaba de lo más intrigado por la mesa de análisis sobre la que yacía el herido.

—El dolor de cabeza está empeorando, ¿verdad? —le preguntó Variel a Talos.

—¿Cómo has podido llegar a esa conclusión?

—Porque tienes el ojo izquierdo irritado; comparado con el otro, los conductos lacrimales están dilatados cosa de milímetros. Además, la segregación acuosa del ojo se está empezando a nublar con lo que parecen ser partículas de sangre. Por ahora, esas manifestaciones permanecen ocultas a ojos de los mortales, pero los síntomas están ahí.

—Unos servidores me reconstruyeron el cráneo tras un enfrentamiento con Dal Karus y la Tercera Garra.

—¿Un proyectil de bólter?

Talos asintió.

—Me explotó dentro del casco. Se llevó un trozo de mi cabeza consigo. —Hizo un gesto de corte sobre su sien—. Durante la primera hora fui capaz de aguantar con inhibidores de dolor e inyecciones de adrenalina. Después estuve tres noches inconsciente mientras los servidores medicae hacían su labor de reconstrucción.

El gesto más parecido a una sonrisa que era capaz de hacer Variel era el mohín despectivo que le ofreció.

—Hicieron un trabajo imperfecto, hermano. Pero veo que las circunstancias no es que estuvieran de tu parte.

El amo de la noche sintió la necesidad imperiosa de encogerse de hombros.

—Sigo vivo —dijo.

—Pues sí que lo estás. Por ahora.

Talos se quedó mirando al apotecario.

—Continúa…

—El dolor que sientes es una presión en el cerebro que tiene su origen en el deterioro de tus vasos sanguíneos, algunos de los cuales están inflamados, mientras que otros muy probablemente están a punto de romperse. La nueva forma de tu cavidad cerebral también es un factor que contribuye a ello, y si la presión siguiera creciendo, es posible que derrames sangre por la cuenca ocular, cosa que sucederá después de que la tensión acumulada te haya sacado el ojo de la órbita. Puede que también sufras cierto grado de necrosis de los vasos sanguíneos del cerebro y de los tejidos adyacentes que están dejando de funcionar una vez empieces a sufrir vasoespasmos cerebrales. Sin embargo, puedo rectificar la imperfecta… chapuza que te han hecho los servidores… Si así lo deseas.

Talos alzó una de sus negras cejas, con el rostro incluso más pálido de lo habitual.

—No confiaría en ninguno de mis compañeros de escuadra para que me ayudasen a poner la armadura, y eso que todos lucen el cráneo alado de Nostramo. ¿Por qué debería confiar tanto en un guerrero que lleva la garra de Hurón al hombro como para dejar que me hurgue dentro del cerebro?

La diversión que sentía Variel no fue más allá de sus ojos.

—Por lo de Fryga, Talos. Porque todavía te lo debo.

—Gracias por la oferta. Lo pensaré.

Variel introdujo unos datos en su nartecium.

—Pues a ver si te das prisa. Si mis cálculos son correctos, de no hacerlo acabarás muerto antes de que acabe el año solar.

Deltrian interrumpió la respuesta de Talos al reunirse con ellos en compañía del vibrante zumbido de sus sofisticadas potenciaciones y del susurrar de su túnica.

—He recogido los datos necesarios —declaró con artificial orgullo.

Variel hizo un saludo con el puño sobre su placa pectoral.

—Le llevaré los datos a mi señor. Lord Garreon está supervisando el reabastecimiento de vuestra embarcación.

Talos se sorprendió a sí mismo pasándose el pulgar por la sien. Con un gruñido de irritación, volvió a ponerse el casco, que soltó un chasquido al encajarse y que le bañó los órganos sensoriales con el cálido y grave zumbido de los sentidos automáticos de su armadura.

—Os escoltaré de regreso al Pacto, tecnoadepto. Debo informar al Elevado en persona.

—Piensa en lo que te he dicho, hermano —le aconsejó Variel.

Talos asintió, pero no contestó.

● ● ● ● ●

Maruc alcanzó a Septimus, pues le costaba más que a este último desplazarse por la concurrida vía. Además, tampoco se le daba demasiado bien evitar mostrar una expresión de repugnancia en el rostro; algunas de las criaturas que pasaban por ahí mostraban con descaro sus mutaciones. Casi chocó con una mujer larguirucha de piel negra, quien lo maldijo con su blando e inconsistente semblante similar al sebo derretido. Maruc murmuró algo que recordaba vagamente a unas disculpas y se alejó a toda prisa. Percibió el fuerte hedor del sudor mezclado con el cobre de la sangre derramada, sin importar adonde mirase. La gente (y «la otra gente») gritaba, rugía, daba empujones y reía alrededor de él.

Septimus agarró a una viandante del hombro para hacer que la joven se detuviera. Esta se dio la vuelta mientras sujetaba un cubo vacío de plastek contra su estómago.

—*¿Jigrash kul kukh?* —le preguntó el siervo.

Ella negó con la cabeza.

—¿Gótico bajo? —intentó saber Septimus.

Ella volvió a hacer un gesto negativo con los ojos abiertos de par en par debido a los caros implantes biónicos que podía ver bajo los mechones de pelo del esclavo. Fue a tocárselos, a apartarle el pelo a un lado, pero él le dio un golpe en la mano con suavidad para evitarlo.

—*¿Operor vos agnosco?* —preguntó él.

La muchacha entrecerró los ojos y asintió con una rápida inclinación de cabeza.

«Maravilloso», pensó Septimus. Se trataba de una variante perdida del gótico alto, que era, ya de por sí, una lengua que él apenas conocía.

Con cuidado, dirigió a la mujer, quien parecía vestir un atuendo robado y confeccionado con varios uniformes imperiales que ya nadie quería, hacia el extremo del amplio pasillo. A Septimus le llevó un buen rato hacerle comprender lo que necesitaba, pero una vez acabada su titubeante explicación, ella volvió a asentir.

—*Mihi inzizta* —dijo ella, y le hizo un gesto para que la siguiera.

—Por fin —exclamó él con alivio. Maruc lo seguía otra vez. Al echar un vistazo al cubo de la mujer, se dio cuenta de que no estaba del todo vacío: tres frutas, como pequeñas manzanas marrones, rodaban en el fondo.

—¿Buscabas a una frutera? —le preguntó a Septimus, reflejando con su expresión facial lo que pensaba: que el otro siervo estaba chalado.

—Entre otras cosas, sí. —Mantuvo la voz baja en mitad de la multitud.

—¿Me vas a decir el motivo?

Septimus le lanzó una mirada desdeñosa por encima del hombro.

—¿Estás ciego? Está embarazada.

Maruc se quedó boquiabierto.

—No… Tienes que estar de broma.

—¿Cómo crees que la legión crea nuevos guerreros? —le dijo Septimus con un siseo—. Con niños. Niños incólumes.

—Por favor, dime que no vas a…

—Te voy a dejar aquí tirado, Maruc —el tono de voz de Septimus era gélido—. Te juro que si haces que esto sea más difícil de lo que tiene que ser, te dejo aquí tirado.

Los tres bajaron por un pasillo adyacente, con la mujer a la cabeza y todavía sujetando el cubo. Ese lugar estaba menos concurrido, pero seguía habiendo demasiados testigos. Septimus aguardó al momento oportuno.

—¿Qué le has dicho? —le preguntó Maruc por fin.

—Que quería comprar más fruta. Nos está llevando hasta otro comerciante. —Su voz adquirió un tono más amable cuando volvió a mirar al hombre de mayor edad—. No somos los únicos que estamos haciendo esto. Por toda la estación, los sirvientes leales a las Garras están participando exactamente en el mismo juego. Es… es algo que hay que hacer, así de simple.

—¿Lo has hecho antes?

—No. Y tengo planeado hacerlo bien, de forma que no tenga que volver a pasar por ello en un futuro cercano.

Maruc no dijo nada. Caminaron durante un rato más antes de pasar por delante de un túnel lateral más pequeño y oscuro.

Los ojos de Septimus, tanto el humano como el potenciado, recorrieron con lentitud la entrada del corredor. A menos de que se hubiera desviado mucho en aquel horrendo laberinto, este pasadizo lo llevaría de vuelta a la nave más rápido que la vía en la que se encontraban.

—Prepárate —le susurró a Maruc, y le dio un palmadita a la mujer en el hombro, de tal forma que la sortija de plata que llevaba en el dedo le rozó uno de los lados del cuello. Ella se detuvo y se dio la vuelta.

—*¿Quis?* —Parecía estar confundida.

El gentío seguía pasando de largo, y ella sostenía el cubo de forma protectora contra el estómago.

Septimus continuó callado, a la espera de que los párpados de la chica se cerraran. Tan pronto como sus pupilas se contrajeron, él la cogió con un movimiento suave y la mantuvo erguida. A los pocos testigos que se habían dignado a prestarles un mínimo de atención mientras se preocupaban de sus propios asuntos les pareció como si él la hubiera abrazado de repente.

—Ayúdame —le ordenó a Maruc—. Necesitamos volver con ella a la nave antes de que recobre el sentido.

Maruc cogió el cubo cuando este se resbaló de los dedos inertes de la mujer. Lo dejaron a uno de los lados del pasillo al tiempo que se la llevaban con los brazos de ella pasados sobre sus hombros. Las botas de la mujer avanzaron con pasos mecánicos y los ojos le dieron vueltas por las órbitas mientras sus secuestradores la acompañaban a su nueva vida en las bodegas de esclavos del Pacto de Sangre.

• • • • •

Octavia se arrebujó en la chaqueta mientras abandonaba la cámara de ablución comunal. Los asistentes armados de la chica mantenían a raya a un gran número de tripulantes mortales que esperaban su turno en el pasillo mientras aguardaban a que las parrillas limpiadoras se recargasen. Por razones obvias, ella tenía que bañarse sola. Aunque la tripulación supiera los motivos, parecía que lo único que conseguía aquello era acrecentar su hostilidad hacia la chica.

La mayoría apartó la vista cuando Octavia entró en el corredor. Muchos hicieron salvaguardas supersticiosas para alejar el mal, lo que a ella le pareció estrafalario teniendo en cuenta en dónde vivía esta gente. En silencio, ordenó a dos de sus ayudantes que retirasen el cuerpo de Telemach de la cámara y que se deshicieran de él como mejor les pareciera.

Unos murmullos en nostramano la siguieron mientras se marchaba. Jamás se había sentido tan sola en toda su solitaria vida. Al menos en la Doncella de las Estrellas la tripulación no la había odiado. Temido, por supuesto, pues el miedo a la presencia de un navegante constituía un legado tan innegable de su estirpe como el tercer ojo de dicha subespecie. Pero aquí era distinto. Ellos la detestaban. Hasta la nave la despreciaba.

Fiera trotaba tras sus talones. Durante un rato caminaron en silencio. Octavia iba

sin rumbo, pero le daba igual.

—Oléis mucho a hembra, ahora —comentó Fiera, lo que no la consoló. Ella no le preguntó a qué se refería. Probablemente no quería decir nada en absoluto; no era más que otra obviedad de las suyas.

—No creo que quiera seguir viviendo así durante más tiempo —dijo la chica por encima de la cabeza del jorobado mientras caminaba con la mirada perdida en las paredes.

—No hay elección, ama. No hay otra forma de vivir.

Por el Trono, cómo le dolía el ojo. El picor que la abrasaba bajo la cinta no paraba de aumentar. Evitar rascarse la piel de alrededor supuso un esfuerzo soberano, ya que ansiaba aliviar aquel escozor con las uñas.

Octavia siguió caminando, doblando esquinas a izquierda y derecha de forma aleatoria. No le importaba admitir que la autocompasión guiaba su vagabundeo, pero sentía que era un lujo que se había ganado a la luz de los eventos recientes.

En la lejanía, oyó un débil alarido: parecía una voz de mujer, aunque quedó interrumpido demasiado pronto como para estar segura. Unos martillos, o algo parecido, resonaban con un ritmo industrial y monótono en algún lugar de las proximidades, amortiguados por las gruesas paredes de metal. El ojo le dio otra punzada mareante. El dolor ya le estaba provocando náuseas.

—¿Fiera?

Dejó de caminar.

—Sí, ama.

—Cierra los o… Da igual.

—Sí, ama.

Su ayudante detuvo sus renqueantes pasos y se quedó mirando a su alrededor mientras Octavia se quitaba la cinta. Tenía la frente pegajosa del sudor y la piel casi quemaba al tocarla. Resoplar hacia arriba no lograba sino agitar unos pocos mechones de pelo húmedos y hacerla sentir estúpida. Era evidente que no la refrescaba.

El sudor le goteaba por la nariz. Se lo limpió, y vio de refilón que algo oscuro le embadurnaba los dedos.

—¡Por el Trono del Dios Emperador! —maldijo mientras se miraba las manos. Aquel improperio hizo que Fiera se estremeciese.

—¿Ama?

—Mi ojo —exclamó mientras se limpiaba las manos en la chaqueta—. Me sangra el ojo.

El martilleo retumbó con más fuerza a la vez que sus palabras viajaban por el espacio que los separaba.

Tocarse la frente hacía que se estremeciera de dolor, pero se puso la cinta sobre la dolorida piel y el tejido quedó empapado. El ojo no le sangraba, exactamente. Le lloraba. Las gotas de sangre eran sus lágrimas.

—¿Dónde estamos? —le preguntó a Fiera con voz trémula mientras su aliento

formaba volutas delante de su rostro.

Fiera olisqueó.

—En el apotecarion.

—¿Por qué hace tanto frío?

El esclavo jorobado sacó su abollada escopeta de entre los harapos.

—Pues no lo sé, ama. Yo también tengo frío.

Ella se quitó de nuevo la cinta mientras Fiera apuntaba hacia la infinita oscuridad.

Ante ellos, la inmensa puerta acorazada que daba al área del apotecarion se abrió con sus pesados mecanismos. El martilleo resonó desde el interior con más fuerza, más real.

—¿Fiera? —la voz de la chica era ahora un susurro.

—¿Sí, ama?

—¡Habla en voz baja…!

—Perdonad, ama —susurró.

Su escopeta de cañón romo realizó pasadas en abanico por la puerta abierta y lo que había más allá de esta. En la oscuridad les aguardaban unas mesas de operaciones vacías, silenciosas.

—Si ves a la Nacida en el Vacío ahí dentro, pégale un tiro.

—La Nacida en el Vacío está muerta, ama. —La miró por encima del hombro, con un gesto preocupado en su mutilada cara.

En ese momento, Octavia sintió como le corría la sangre por la nariz, que le hacía cosquillas en los labios en su travesía para gotearle de la barbilla. La cinta no suponía una barrera, pues era poco más que una pobre venda. Como ya estaba empapada, no podía hacer nada por contener el lento goteo.

Desenfundó la pistola mientras se aproximaba a la puerta abierta.

—Ama.

Miró a Fiera.

—Yo iré primero —dijo él.

Sin esperar respuesta, Fiera entró, con su joroba obligándolo a mantenerse agazapado y con la escopeta a la altura de sus invidentes ojos.

La chica lo siguió, con la pistola en alto y mirando por encima de esta.

La estancia estaba vacía. Todas las mesas de operaciones estaban desocupadas. La maquinaria abandonada no hacía ruido ni se movía. Octavia pestañeó con sus ojos humanos para evitarles el picante contacto de la sangre. Aquello no ayudó demasiado.

En la gélida cámara resonó un estruendo metálico, casi ensordecedor. Ella se dio la vuelta con rapidez para mirar hacia la pared del fondo y apuntó contra las diez escotillas de las bóvedas mortuorias, cada una de la altura y anchura de un humano. Una de ellas se sacudió al ritmo del martilleo que venía de su interior. Fuera lo que fuese que había dentro, quería salir.

—Vámonos a todo correr de aquí, joder —balbuceó.

Fiera no tenía tanta prisa por huir.

—¿Nos puede hacer daño, ama?

—No es más que un eco. —Comprobó el contador de munición de su pistola—. Nada más que un eco. Como la niña. Sólo un eco. Los ecos no pueden hacerle daño a nadie.

Fiera no tuvo ocasión de mostrarse de acuerdo. La escotilla de la cripta se abrió de golpe con un rechinar de bisagras. Algo pálido se movía en la oscuridad de su interior.

—… ejecutes con el arma de Malcharion… —su voz sepulcral, átona aunque fuerte, cortó el gélido aire—… deseo unirme a la Primera Garra…

Octavia retrocedió con los ojos abiertos de par en par a la vez que le murmuraba a Fiera que la siguiera.

Otra silueta bloqueaba la entrada. Era alta, su figura estaba recortada contra las tinieblas y sus lentes oculares rojas seguían los movimientos de Octavia en silencio.

—¡Talos! —sorprendida, pronunció ese nombre con alivio.

—No, navegante. —El amo de la noche dio un paso hacia el interior de la cámara con las armas empuñadas—. Talos no.

Volvió, justo como Variel sabía que haría. El Desollador le hizo un gesto de reconocimiento con la cabeza y desactivó el texto hhololítico que había estado estudiando.

Talos no había venido solo. Cyrion, Xarl y Mercutian estaban de pie detrás de él, blindados, con el casco puesto y en silencio, si no fuera por el coro de rugientes armaduras.

—Cuando duermo —el profeta parecía estar casi avergonzado—, sueño. Mis músculos reaccionan, pero no me despierto. Si rompo las ataduras que me sujetan a la mesa, mis hermanos me mantendrán tumbado mientras llevas a cabo la operación.

—Falta uno —observó Variel.

—Uzas suele optar por no venir a nuestras reuniones a menos que la guerra amenace con aparecer —contestó Cyrion.

—Muy bien. —El apotecario de los Corsarios Rojos se dirigió a la mesa de operaciones vacía de su cámara privada—. Empecemos.



LEALTADES

Las voces de sus hermanos son sonidos tenues, sin importancia, pertenecientes a un mundo de olores agrios, pensamientos agónicos y músculos doloridos. Concentrarse en lo que dicen amenaza con sacarlo del sueño y arrastrarlo de vuelta a una gélida cámara en la que su cuerpo se convulsiona, esposado a su imperfecta biología.

El profeta se desvincula de ese mundo y busca refugio en otro lugar.

Sus hermanos ya se han ido una vez que él…

• • • • •

… ha abierto los ojos. Otro proyectil ha explotado cerca, lo que hace que las almenas grises de debajo de sus botas se estremezcan.

—Talos —lo urgió la voz de su capitán—. Nos vamos.

—Cosechando —dijo con dientes apretados.

Sus manos expertas trabajaban de forma mecánica, mientras rompían, cortaban, serraban y perforaban. Algo por encima de su cabeza rugió a causa del fallo de sus motores. Se arriesgó a mirar y vio una cañonera de los Guerreros de Hierro que bramaba de forma lastimera a medida que caía trazando una espiral con las toberas en llamas. El contenedor cilíndrico para semillas genéticas se retrajo de forma abrupta al interior del guantelete en el preciso instante en que la Thunderhawk gris se estrelló contra uno de los cientos de pináculos de los alrededores. Las almenas volvieron a sufrir otro horrible temblor.

—Talos. —La voz del capitán crepitó, impaciente, por el comunicador—. ¿Dónde

estás?

—He acabado.

Se irguió, recogió el bólter y echó a correr dejando tras de sí el cuerpo de un hermano de la legión espatarrado sobre el suelo de piedra.

—Volveré a por él —dijo uno de su escuadra por el canal.

—No tardes.

El capitán estaba de un humor nefasto por razones obvias.

Al apotecario se le enturbió la vista cuando su yelmo se esforzó por filtrar el ataque sensorial de otra descarga de cañonazos. Las baterías de cañones en lo alto de las torres lanzaban sus cargas explosivas al cielo con el tronar de sus inmensas fauces. Más adelante se extendía otro amplio despliegue de muros defensivos, donde sus hermanos aplastaban a las dotaciones de artillería. Desmembraban a los humanos miembro a miembro y los empujaban de las almenas para que cayeran cientos de metros, como si de una grotesca imitación de lluvia se tratara.

Un peso lo golpeó en la espalda con la fuerza suficiente como para hacerlo caer a cuatro patas. Durante un instante, su visualizador retinal parpadeó. Talos pestañeó con fuerza y dio un cabezazo contra el suelo. De inmediato se le aclaró la vista. Se dio la vuelta sobre el terreno y disparó en cuanto niveló el bólter.

—Son los Puños Imperiales —transmitió por el enlace—. Los tenemos en la retaguardia.

Estos corrían en su dirección en formación totalmente dispersa y los bólters empuñados en sus manos doradas. A pesar de la distancia a la que se encontraban, otro proyectil de bólter le explotó contra la hombrera, lo que lanzó fragmentos de armadura contra las almenas.

Su tentativa para ponerse de pie le hizo ganarse un tiro de bólter en el pecho, que detonó contra su placa pectoral e hizo añicos el símbolo de la legión que la decoraba. Con un gruñido ahogado, volvió a estrellarse de espaldas contra el suelo.

—No te levantes —le ordenó uno de sus hermanos. El glifonombre relampagueó en su visor: era el de su sargento.

Un oscuro guantelete se estrelló contra su gorguera blindada y agarró la ceramita.

—Sigue disparando —le ordenó el sargento—. Cúbrenos, o ambos moriremos.

Talos incrustó el cargador en su sitio para recargar y abrió fuego otra vez. Su hermano estaba agazapado detrás de él y disparando con una pistola mientras arrastraba consigo al apotecario.

El sargento lo soltó cuando los dos se parapetaron tras un muro de cascotes sueltos.

—Gracias, hermano —dijo Talos.

El sargento Vandred recargó su pistola.

—No es nada.

• • • • •

—Sujetadlo bien.

Las voces de sus hermanos otra vez, más claras que antes.

—Eso intento.

Xarl. Parece irritado. El mismo desasosiego crispado que siempre le ha coloreado la voz, incluso de joven.

El profeta siente que sus nudillos repiquetean contra la mesa, una percusión nacida de sus dedos espasmódicos. La sensibilidad vuelve a él, y con ella el dolor. El aire le inunda los pulmones con un frío inaudito.

—Maldita sea. —Es la voz de Variel. Un hermano de juramento, no de sangre—. ¿Está consciente, o totalmente dormido? Las lecturas indican las dos cosas.

El profeta, que ya no es aquel apotecario sobre las almenas de Terra, murmura palabras empapadas de saliva.

—Es una visión. —Cyrion. Ese ha sido Cyrion—. A veces pasa. Tú sólo acostúmbrate.

—Afecta a su reposo y genera lecturas anómalas. ¡Sangre del Panteón!, su nódulo catalepsiano podría no volver a funcionar después de la operación: su cuerpo intenta rechazar el implante.

—¿Su qué?

—No estoy de broma. Su fisiología se ha rebelado y está rechazando cualquier implante unido a su cerebro. Esto debe de ocurrir con cada visión; sus heridas lo magnifican. Sean lo que sean estos sueños, no son un subproducto natural de la semilla genética.

—¿Quieres decir que está corrupto? ¿Qué la disformidad lo ha tocado?

—No. No se trata de una mutación, sino de una cuestión de desarrollo genético. En muchos de los iniciados, la semilla genética no arraiga. Todos lo habréis visto alguna vez.

—Pero la suya aguantó. Sí que arraigó.

—Lo hizo, pero con tenacidad, no fácilmente. Mira. Mira los análisis de sangre y los síntomas aquí y aquí. Mira lo que sus implantes le están haciendo a sus órganos humanos. Su propia semilla genética lo odia. Los compuestos químicos que le inyectaron en la adolescencia para hacerlo uno de los nuestros no se han asentado de forma pacífica en su sangre. Incluso ahora tratan de cambiarlo, de desarrollarlo todavía más. Al igual que nosotros, no hay nada que él pueda desarrollar más allá del estado genomejorado. Y a pesar de ello, su cuerpo sigue intentándolo. El resultado es este… episodio visionario. El cuerpo de Talos intenta procesar la sangre de vuestro primarca de un modo demasiado agresivo. Su genética está en constante cambio.

El profeta se pregunta, entonces, si es eso lo que maldijo a su padre. Su soberano genético, su padre verdadero, el primarca, lord Curze. ¿Acaso las maquinaciones

genéticas del Emperador jamás se llegaron a asentar en los huesos de su padre? ¿Obtuvo entonces Curze sus poderes a resultas de una reacción de la sangre del Emperador en su cuerpo, menos capaz?

Intenta sonreír, pero lo único que logra es escupir.

—Sujetadlo. —Variel no está enfadado, nunca lo está, pero sí que se le nota disgustado—. Operarlo con estas convulsiones ya resulta bastante difícil de por sí, pero ahora nos arriesgamos a infligirle daños graves en el cerebro.

—Por favor, corsario, tú sólo hazlo lo mejor posible.

Mercutian. El niño rico, heredero del sindicato de Límite de Ciudad. Tan educado como siempre. La amplia sonrisa del profeta le transforma el rostro en un rictus de tensión desmedida que no ha provocado el humor, sino la mueca despectiva que hacen sus músculos al estirarse.

—Sufre una arritmia cardiaca. En ambos corazones. Talos. ¿Talos?

—No te oye. Cuando estas premoniciones se apoderan de él, jamás escucha a nadie.

—Es un milagro que sobreviva a estos episodios. —Variel deja de hablar y unos destellos rojos golpean repetidamente al profeta en la cabeza, quien ve parpadeos escarlata ante sus ojos incapaces de ver—. Tengo… que… activar su membrana an-sus para estabilizar los órganos principales que están fatigados… Lo…

• • • • •

… estaba en casa.

Estaba en casa, y saber que se trataba de un sueño no hizo nada por menguar el torrente de cálido bienestar. Un recuerdo. Todo esto ya había pasado antes.

Pero no en Nostramo. Y tampoco en el Pacto. Esto era Tsagualsa, el refugio, la fortaleza que tenían en los confines del espacio.

Las puertas de la Galería de los Gritos estaban abiertas. Los guardianes Atramentar impedían el paso a todo el mundo menos a los elegidos del primarca. Se erguían orgullosos y desafiantes; ni a ellos se les permitía pasar; y aun así vigilaban la entrada para evitar intrusiones. Durante aquellas noches, los exterminadores de la legión caminaban con la cabeza alta; su rechazo a servir al nuevo primer capitán era una herida purulenta que les había otorgado un ligero incremento de prestigio. Con Sevatar muerto y un terrano como heredero de su cargo, la élite guerrera del antiguo primer capitán se había desbandado hasta formar partidas de caza y unido a aquellos comandantes de compañía a los que respetaba, en vez de quedarse a las órdenes de un nuevo señor que no era de su mundo natal.

Uno de los exterminadores era Malek, cuyo yelmo carecía de colmillos y cuyas lentes oculares bullían de blancos adquiridos. Talos saludó a los dos Atramentar antes de

pasar al interior de la antecámara.

Las paredes, como tantas otras de la fortaleza, las conformaban esculturas atormentadas de piedra negra: seres humanos con la espalda contorsionada que se arqueaban y retorcían inanimados, como si posaran en momentos de agonía suprema y como si les hubieran moldeado con sádica devoción los ojos de forma que los tuvieran abiertos de par en par y las bocas aullando.

Moldeado. No esculpido. Talos vaciló, cerca de las puertas, a la vez que sus dedos dibujaban trazos sobre los ojos abiertos de una niña pequeña que buscaba el abrazo protector, a la par que fútil, de un adulto; su padre, quizá. ¿Quién había sido ella, antes de que la legión atacara su mundo? ¿Qué había hecho con su corta vida antes de que le administrasen sustancias paralizantes y cubriesen de rococemento? ¿Con qué sueños acabó su entierro en vida, emparedada en los muros en proceso de endurecimiento del sanctasanctórum de un primarca?

¿O acaso sabía, gracias a algún estrato aterrorizado y primitivo de su mente moribunda, que una vez que muriese iba a formar parte de algo mucho más trascendental que cualquier cosa que hubiera conseguido estando viva?

Debía de llevar muerta muchísimo tiempo dentro de la piedra. La máscara con la que le clavaba los ojos al mundo la había inmortalizado en la perfección inocente de la juventud. El tiempo no había dejado rastro alguno en su rostro; ni rastro de cicatrices bélicas contra un imperio que ya no merecía seguir en pie.

Retiró la mano del rostro congelado de la niña. Las puertas interiores se abrieron, lo que lo bañó en el calor de la cámara que había tras ellas.

La Galería de los Gritos gozaba de buena voz esa noche: una ópera de lamentos graves, aullidos estridentes y las campanadas ululantes que eran los sollozos, audibles por debajo de los demás sonidos de la tristeza.

Talos avanzó por el camino central con las botas chocando con fuerza sobre la piedra negra, mientras que el suelo a ambos lados del sendero se estiraba y tensaba con la elasticidad propia de la expresividad humana: ojos, narices y dientes y lenguas que asomaban de bocas abiertas… El suelo en sí era una alfombra de caras que se habían fusionado con maestría y que mantenían con vida mediante hemofiltros barrocos y motores de simulación de órganos debajo de la superficie. Como apotecario que era, Talos conocía bien aquella maquinaria: había sido uno de los encargados de mantener la atmósfera repugnante de la Galería de los Gritos. Unos servidores ataviados con túnicas tenían como único propósito rociar los ojos que parpadeaban y cubrían el suelo con suaves descargas de vapor de agua para mantenerlos húmedos.

Un gran número de los elegidos del primarca ya se encontraba en la reunión. Hellath, más leal que ningún otro, dotado de forma sobrenatural con la espada y con el cráneo de su placa facial pintado de carmesí veteado; Sahaal, el terrano al que hacía poco habían otorgado la capitanía de la Primera Compañía, era uno de los pocos extramundanos a los que se les permitía la entrada y cuyo orgullo y gélido en sus venas y hacía que sus hermanos lo menospreciaran y escucharan a partes iguales; Yash Kur,

cuyos dedos se cerraban con espasmos y cuyo aliento salía grave y áspero de la rejilla bucal del yelmo; Tyridal, quien pasaba una piedra de afilar por el gladio al tiempo que los cráneos que llevaba colgados de la coraza castañeteaban contra esta. Tenía los guanteletes pintados del rojo de los pecadores, símbolo de los condenados de la legión: aquellos guerreros cuyos crímenes contra sus propios hermanos les hacían esperar su ejecución a manos del primarca en persona. Sobre la cabeza de Tyridal pendía una pena de muerte, la cual lord Curze ordenaría llevar a cabo una vez decidiese que la utilidad de su hijo había llegado a su fin.

En uno de los lados estaba Malcharion, de brazos cruzados. En la Galería de los Gritos no existían los rangos. Talos saludó a su capitán con un discreto gesto que resultó inaudible por encima de los lamentos que surgían del suelo.

Cuando el primarca entró, no hubo nada de fanfarrias. Curze abrió las puertas dobles que había detrás del trono de hueso empujándolas con sus manos desnudas y pálidas contra el hierro forjado. Sin preámbulos y sin rituales de bienvenida, el señor de la legión se sentó en su trono.

—¿Cómo es que somos tan pocos? —preguntó. Sus finos labios descubrieron una sonrisa de tiburón: los aserrados dientes del señor de la guerra, quien se los había afilado hasta convertirlos en puntas de flecha—. ¿Dónde está Jakr? ¿Y Fal Kata? ¿Acerbus? ¿Nadigrath?

Malcharion se aclaró la garganta.

—Rumbo al Sector Anseladon, señor.

Curze dirigió sus cadavéricas facciones hacia el capitán de la Décima. Un brillo brumoso otorgaba vida a aquellos ojos oscuros, lo que sugería algún tipo de enfermedad en sus profundidades.

—Anseladon. —El primarca se pasó la lengua por sus labios cadavéricos—. ¿Por qué?

—Porque vos les ordenasteis que fueran allí, mi señor.

Curze pareció considerar aquello y su mirada disminuyó en intensidad\ como si viera a través de los muros de su palacio. Mientras tanto, los lamentos del suelo ni cesaron.

—Sí —dijo—. Anseladon. La flota de vanguardia de los Ultramarines.

—Así es, señor.

Sus cabellos habían sido negros antaño, negro nostramano: los oscuros cabellos de aquellos que no han crecido bajo la luz del sol. Ahora habían perdido el lustre, y cerca de las sienes crecía una escarcha gris. Las venas destacaban tanto bajo su blanca piel que formaban un mapa nítido de la biología subterránea que tenía lugar en su rostro. Era un príncipe caído, difunto, al que habían imbuido un odio tan fuerte que era incapaz de tumbarse y morir.

—Tengo a treinta y una flotas de diversos tamaños actuando en el imperio de mi padre. Creo que, por fin, hemos acaparado tanta ira del Imperio que Terra no tiene otra elección sino actuar en nuestra contra. Pero no asediarán Tsagualsa. No lo

permitiré. En su lugar, me aseguraré de que la venganza de mi padre deba asumir una forma más elegante.

Mientras hablaba y Curze se tocaba con los dedos las antiguas cicatrices que tenía en la garganta: esos amargos regalos cortesía de su hermano, el León.

—¿Y qué vais a hacer cuando yo me haya ido, hijos míos? ¿Dispersaros como alimañas que huyen de la salida del sol? La legión nació para enseñar una lección, lección que va a impartirse. Miraos. Vuestras vidas apenas tienen ya propósito alguno. Cuando el filo caiga por fin, ya no os quedará nada.

Los elegidos se miraron entre sí con inquietud creciente. Talos dio un paso al frente.

—¿Padre?

El primarca rio para sí, una risa que era el sonido de las olas que arrastran consigo rocas de esquisto.

—Aquel que cazará al alma elegida, habla.

—La legión desea saber cuándo vais a volver a conducirnos a la batalla.

Curze suspiró con aire meditabundo al mismo tiempo que se recostaba en el feo e informe trono de huesos humanos fusionados. Su coraza de guerra, repleta de una geografía de arañazos, abolladuras y muescas, rugía por la energía al ralentí.

—La legión quiere saberlo, ¿verdad?

—Así es, padre.

—La legión ya no precisa de mi mano en su hombro, pues ya ha madurado. Pronto estallará y se dispersará por las estrellas. —El primarca bajó un poco la cabeza y sus uñas arañaron la superficie de los reposabrazos de marfil—. Hace años que masacráis según os dicta el corazón, todos vosotros. Del mismo modo que Nostramo recayó en la anarquía, la legión también lo ha hecho. Lo único que va a hacer esa tendencia es empeorar. Así son las cosas. La vida humana corrompe todo lo que toca si se propaga sin control. Los hijos de Nostramo no son una excepción. A decir verdad, se hallan entre los peores cuando de eso se trata. El descontrol corre por sus venas.

Sonrió al decir eso.

—Pero tú ya lo sabías, ¿no, Cazador de Almas? ¿Y tú, sabio guerrero? ¿Y todos vosotros, nacidos del mundo sin sol? Habéis visto arder vuestro planeta debido a los defectos con los que su gente infectó a los Amos de la Noche. Y qué bello fue inmolar esa esfera de pecado. Qué satisfacción sentí al creer de veras que eso iba a importarle lo más mínimo a una legión emponzoñada.

Dicho lo cual, resopló:

—Qué ingenuo por mi parte.

El primarca apoyó la cabeza entre las manos durante varios y largos segundos. Mientras sus hijos lo observaban, sus hombros ascendían y descendían al ritmo de su respiración deliberadamente lenta y profunda.

—¿Señor? —le preguntó un buen número de ellos a la vez.

Quizá lo que le hizo alzar la cabeza fuera lo preocupados que estaban. Con manos temblorosas, el primarca se ató el pelo en una cola de caballo encrespada para

mantener alejadas sus oscuras hebras del rostro.

—Esta noche me arden pensamientos —confesó. Algo del resplandor enfermizo de sus ojos se desvaneció cuando se reclinó otra vez y la intensidad de estos se atenuó—. ¿Cómo le va a la armada que enviamos hacia Anseladon?

—Llegarán a lo largo de la semana, señor —respondió Yash Kur.

—Excelente. Una sorpresa desagradable con la que Guilliman tendrá que lidiar. Curze hizo un ademán a los servidores de detrás del trono. Ambos estaban profusamente modificados debajo de sus túnicas, y en lugar de antebrazos les habían implantado unas palas industriales de montacargas. Ambos portaban un guantelete sobredimensionado de ceramita mancillada y arañada, cuyas inertes garras metálicas hacían las veces de uñas. Los dos esclavos potenciados se acercaron al unísono y, con un zumbido de sus engranajes, alzaron los brazos. Como si de armeros de la antigüedad o de escuderos arrodillados ante un caballero se tratara, ofrecieron sus servicios a su soberano.

Curze respondió levantándose en toda su estatura, muy por encima de cualquier otro ser vivo de la estancia. Los omnipresentes lamentos se transformaron en auténticos gritos.

—Sevatar. —La voz con que lo llamó el primarca fue solemne—. Acércate.

—Sevatar está muerto, mi príncipe —intervino Hellath.

El señor de la guerra vaciló. Sus pálidas manos se aproximaron a los manguitos de ceramita de los guanteletes.

—¿Qué?

—Mi príncipe —Hellath hizo una reverencia hasta encorvarse—, el primer capitán Sevatar murió hace tiempo.

Curze incrustó las manos dentro de los guanteletes, lo que los unió a su armadura. El retumbar de los servos al activarse se volvió más intenso y las garras curvas titubearon mientras se encendían. Los servidores se retiraron sin fijarse en que pisaban un gran número de caras sollozantes, ni que con cada uno de sus pesados pasos les aplastaban las narices y los dientes.

—¿Sevatar está muerto? —inquirió el primarca con los dientes apretados, pues su cólera iba en aumento—. ¿Cuándo? ¿Cómo?

Antes de que Hellath pudiera contestarle, los generadores de los guanteletes de Curze emitieron un lamento al encenderse y de los filos de las cuchillas saltaron arcos voltaicos.

—Mi príncipe… —intentó decir Hellath otra vez—. Murió en la guerra.

Curze volvió la cabeza, como si buscara la fuente de un sonido imperceptible para todos sus hijos.

—Sí. Ya me acuerdo.

Las garras se apagaron, y con ellos los arcos eléctricos. Miró con detenimiento los alrededores de la Galería de los Gritos, esa manifestación nada sutil de su propio conflicto interior.

—Ya está bien de hablar del pasado. Reunid a las compañías que nos quedan en los sistemas locales. Debemos prepararnos para las…

● ● ● ● ●

—… convulsiones.

—Lo único que necesito es que la piel cicatrice. Talos está metabolizando hasta el anestésico que he sintetizado especialmente; me exaspera la rapidez con que lo hace. Sujetadlo.

El profeta siente que él mismo está hablando, siente como sus palabras se arrastran por unos labios que no están dormidos del todo. Pero no tienen significado. Intenta hablar a sus hermanos del hogar, de Tsagualsa, de cómo era estar bajo la radiante oscuridad de los últimos días de su padre mientras este se desvanecía.

—El…

● ● ● ● ●

… sabio guerrero tiró de la hoja para sacarla de la garganta de un Ángel Sangriento que agonizaba y luego le propinó una patada tremenda en la placa pectoral para mandarlo de regreso a la cámara.

—¡Tomad la brecha! —bramó el capitán Malcharion desde el interior de la rejilla del yelmo—. ¡Hijos del mundo sin sol, tomad la brecha!

Sus maltrechas escuadras se lanzaron en tromba hacia adelante y se introdujeron un nivel más en un palacio del tamaño de un continente. La cámara, una galería de cuadros y estatuas, dejaba caer del techo enlucido una lluvia de yeso sobre los amos de la noche. Sobre las hombreras del apotecario repiqueteaban el polvo y la gravilla.

Xarl iba al mismo ritmo que Talos mientras las botas cubiertas de sangre de los dos hacían crujir los mármoles y mosaicos del suelo por igual.

—Malditos Ángeles Sangrientos, ¿eh? Dan tan bien como reciben —jadeaba a raíz de la batalla, por lo que su voz era más áspera que de costumbre. Los dientes al ralentí de su larga espada sierra estaban atascados de carne.

Talos sentía el peso de las ampollas de semilla genética en los portamódulos que llevaba acoplados a la servoarmadura.

—Nosotros luchamos para ganar. Ellos luchan para sobrevivir. Están devolviéndonos los golpes con mucha más fuerza de la que se los damos nosotros, hermano. Créete lo que te digo.

—Si tú lo dices…

El otro amo de la noche se detuvo para aplastar con la bota el relieve de un mosaico que mostraba el aquila imperial. Talos vio como se agrietaba el símbolo y sintió que sus glándulas salivales hormigueaban por el ansia de escupir sobre él.

—¡Quietos aquí! —les ordenó de nuevo el capitán—. Preparad las barricadas, reforzad la cámara. ¡Tomad posiciones defensivas!

—¡Ángeles sangrientos! —aulló uno de los guerreros que estaba al lado del arco que daba a la salida de la cámara. Los amos de la noche amontonaron pilares y estatuas para usar la preciada mampostería como cobertura improvisada de cara al tiroteo inminente.

—Apotecario —lo llamó uno de los sargentos—. Talos, por aquí.

—El deber te llama. —Xarl sonreía debajo de la placa facial.

Talos asintió y salió de la cobertura para emprender una carrera hasta donde otra de las escuadras de Malcharion se cobijaba bajo la sombra de un pilar derruido.

—Señor —le dijo al sargento Uzas de la Cuarta Garra.

Uzas no llevaba el casco puesto y sus ojos penetrantes seguían alerta por si llegaban los Ángeles Sangrientos. El bólter que permanecía anclado contra su placa pectoral estaba forjado de manera exquisita: era un regalo que el capitán Malcharion había encargado para él a la armería de la legión, fabricado para conmemorar las victorias de la Cuarta Garra en la cruzada de Thramas.

—He perdido a tres guerreros —confesó el sargento.

—Sus linajes pervivirán —le garantizó Talos mientras cerraba la mano izquierda hasta transformarla en un puño, lo que hizo salir un punzón quirúrgico del guantelete nartecium—. He cosechado todas y cada una de ellas.

—Me consta, hermano, pero guárdate las espaldas. A nuestros enemigos no se les pasa por alto la responsabilidad que portas en el brazo y, además, te apuntan con casi tanta frecuencia como con la que intentan acabar con el sabio guerrero.

—¡Por el Emperador! —fue el inevitable grito que les llegó de la boca de la cámara.

Talos se incorporó junto a la Cuarta Garra y apuntó por encima del pilar para abrir fuego contra los ángeles sangrientos. Dos de sus proyectiles detonaron contra el dintel del arco; los adversarios eran demasiado astutos como para arriesgarse a cargar de frente.

—Y yo que pensaba —Uzas recargó con hábiles movimientos mientras hablaba— que la sed de sangre los conduciría hasta nuestros disparos.

Talos volvió a ponerse a cubierto con rapidez.

—Su cobertura es mejor que la nuestra. Nosotros tenemos estatuas. Ellos tienen paredes.

Otro grupo de amos de la noche se puso a cubierto precipitadamente tras el inmenso pilar. Vandred y Xarl estaban entre ellos.

—Menuda cohesión táctica —gruñó Talos.

—Vaya, ¿te has fijado? —Vandred se rio entre dientes y se dio unos golpecitos en el agrietado casco. Una hendidura del grosor de un cabello le dividía por el centro una de

las lentes oculares—. No me funciona el transmisor. ¿Uzas?

El otro sargento negó con la cabeza.

—Hasta los canales de nuestra legión están corruptos. El canal de la Trigésimo Primera Compañía no transmite otra cosa sino ruido de estática. Sea lo que sea lo que les pasa, seguro que no les gusta.

—Creía que se trataba sólo de una interferencia —apuntó Vandred—. Me agrada saber que todos estamos pasando por lo mismo.

Cerca de ellos, uno de los amos de la noche se puso al descubierto para disparar otra ráfaga contra los ángeles sangrientos. Un único proyectil de bólter le impactó contra el casco y la violenta explosión se lo arrancó de cuajo. Soltando una maldición, se agachó de nuevo mientras se limpiaba la sangre y la saliva cáustica de la cara.

—¿Es que esos cabrones no van a errar el tiro alguna vez, o qué?

Talos observó cómo la mermada Décima Compañía se desplegaba por la cámara.

—Menos veces de las que nos gustaría.

Aquel guerrero, Hann Vel, disparó a ciegas por encima del pilar derruido. El bólter que empuñaba explotó antes del tercer disparo y se llevó la mano del amo de la noche consigo. Víctima una vez más de la puntería de los ángeles sangrientos, Hann Vel aulló con la incoherente furia propia de un borracho, a la vez que se cubría el muñón requemado con la mano que le quedaba.

Haciendo gala de una elocuencia de rebuscada elegancia, Hann Vel maldijo a voces:

—¡Ojalá que una peste se lleve a estos hijos de puta revestidos de rojo!

«Eso tiene que doler», pensó Talos, bajo cuyo casco pasaba desapercibida su sonrisa torcida. Por él, a Hann Vel se lo podía tragar la disformidad; el guerrero era un inepto, en el mejor de los casos.

—Capitán. —Uzas usó el enlace de voz—. Capitán, aquí Uzas.

La respuesta del sabio guerrero rechinó envuelta en crepitantes corrientes de estática.

—Adelante, Uzas.

—¿Qué tal tres escuadras a la carga y que el resto les dé fuego de apoyo?

—Era justo lo que estaba pensando; no vamos a salir de este foso de alimañas como no sea así. Primera, Cuarta y Novena, preparadas para cargar.

—Eso es tener suerte. —Uzas sonrió a los demás. Desenvainó el gladio y echó la cabeza atrás para gritar—. ¡Por el señor de la guerra! ¡Muerte alfalso emperador!

Los demás se hicieron eco de dichos vítores y, guerrero tras guerrero, escuadra tras escuadra gritaron su odio a los ángeles sangrientos.

Maldiciendo con los dientes apretados, Talos…

• • • • •

… vio la escena desvanecerse: aquel asedio de asedios, las incontables horas que se habían pasado avanzando cámara tras cámara mientras atravesaban el Palacio Imperial hacía tantos años…, regresó a la deriva de vuelta a los rincones más recónditos de su memoria.

—¿Cuánto le suelen durar estos episodios? —era Variel el que lo preguntaba.

—Pues tanto como tengan que hacerlo —contestó Cyrion.

Él…

● ● ● ● ●

… lo vio moverse, con su flujo ondulante, casi invertebrado. Aquello sólo era humano en el sentido más vago de la palabra: la forma en la que uno podría concebir la humanidad en caso de que el único conocimiento que tuviera a su alcance describiese a dicha especie con los términos más imprecisos. Dos brazos nacían en el torso. Dos piernas lo impulsaban hacia adelante deforma torpe y asquerosamente fluida. Todas sus extremidades eran unas cosas deformes de articulaciones dislocadas y huesos retorcidos bajo la piel que cubría un entramado de venas.

Uzas estrelló el hacha contra la criatura y le arrancó jirones de carne humeante y fluidos vaporosos. Una neblina recubría la piel lívida del ser; una bruma esculpida que le subía por el cuerpo y cuyos bordes vaporosos sugerían, morbosamente, la coraza de un legionario.

La tenue bruma que se enroscaba en donde debería haber estado la cabeza desempeñaba el mismo y neblinoso ardid' pues conformaba la silueta del casco de un amo de la noche.

Alrededor del ser y a espaldas de este, Talos reconoció los muros de metal oscuro del apotecarion abandonado del Pacto. Octavia tenía agarrada la pistola con ambas manos mientras disparaba ráfagas de su láser a la criatura que se escabullía. Un pregón, monótono y retumbante, clamaba al lado de la chica, pues su pequeño ayudante le había dado rienda suelta a la escopeta.

Uzas activó de nuevo el hacha sierra.

● ● ● ● ●

Talos abrió los ojos y se encontró que el único que quedaba en los confines de la cámara de pequeño tamaño era Variel. El apotecario trabajaba a solas, ahora sin coraza, mientras engrasaba las piezas que componían toda una extensión de pistolas desmontadas.

—Uzas… —empezó el profeta, aunque su chirriante voz no le permitió acabar. Tragó con pesadez e intentó decir el nombre otra vez.

Variel tenía los ojos inyectados en sangre y congestionados debido al agotamiento.

—Ya lo saben. Tus hermanos lo saben. Oyeron lo que murmurabas mientras… soñabas.

—¿Hace cuánto de eso? —El profeta se levantó con los músculos doloridos—. ¿Cuándo se fueron?

El apotecario de los Corsarios Rojos se rascó la mejilla.

—Me he pasado cuatro horas reconstruyéndote el cráneo y el cerebro con la friolera de más de trece instrumentos diferentes, proceso durante el cual te he salvado tanto la cordura como la vida. Pero en vez de tener ese hecho en cuenta te vas a dejar llevar por un nerviosismo exagerado que no te conducirá, a nada…

—Variel… —No dijo nada más. Sus ojos ya decían lo que sus labios no.

El Desollador suspiró.

—Nostramo parió hijos desagradecidos, ¿verdad? En fin. ¿Qué quieres que te diga?

—Tú sólo dime qué ha pasado.

• • • • •

—Es un eco de la disformidad —informó Uzas mediante los altavoces del casco. Se burló de la criatura a la vez que la miraba con atención—. Un fantasma. Un vacío.

—Sé lo que es mejor que tú. —Ella estaba al lado de la puerta, pistola láser en ristre—. Por eso corría.

El amo de la noche parecía no haberla escuchado.

—Y la culpable de que se haya manifestado aquí eres tú. —Apartó la vista de la bóveda, donde una criatura hecha de carne blanca y niebla apestosa se les acercaba estremeciéndose desde su depósito en la morgue, como si de la amarga recreación de un aborto se tratase. Uzas clavó sus lentes oculares rojas a Octavia—. Tú has hecho esto.

Ella no creía conveniente bajar la pistola.

—Pues no era lo que pretendía.

El amo de la noche volvió a mirar a la criatura. Esta, con ayuda de sus miembros tambaleantes, se irguió del todo. El cadáver llevaba muerto semanas, pero la refrigeración lo había preservado incólume de las oscuras manchas de la podredumbre. Estaba desnudo, decapitado, y sus manos retorcidas aferraban una arma inexistente. Pero su identidad resultaba inconfundible.

—Estás muerto, Dal Karus —le dijo Uzas con desdén a la cosa disforme.

—… deseo unirme a la Primera Garra…

Su voz era hielo a lomos del viento.

La respuesta de Uzas consistió en apretar con fuerza el gatillo del mango de su hacha sierra. Los dientes del arma dejaron escapar un lamento gutural pasado de revoluciones, frustrados con aquel festín de aire enrarecido.

—… ejecutes con el arma de Malcharion…

Octavia no sintió vergüenza alguna al ser infinitamente más valiente teniendo a un legionario entre ella y aquel espectro rencoroso, por mucho que dicho legionario fuera ese en particular. Disparó tres veces parapetándose tras la imponente mole de Uzas y, tras captar el mensaje, Fiera sumó sus disparos a los de ella. Los casquillos vacíos repiquetearon a lo largo de la cubierta.

Dal Karus sangró un fluido lechoso y humeante por los agujeros que los disparos le habían abierto en el pecho, pero seguía avanzando a trompicones torpes y contorsionados. La bruma que le conformaba la cabeza no dejaba de mirar a los tres individuos que tenía delante, al tiempo que daba tumbos y sus pies descalzos abofeteaban el gélido suelo.

—No hay sangre que ofrecer. No hay cráneo que atesorar. —El amo de la noche arrastraba las palabras, que salían húmedas y a medio formar—. No hay sangre. No hay cráneo. Desperdicio. Menudo desperdicio. —El hacha sierra aulló a mayor volumen—. Muere dos veces, Dal Karus. Muere dos veces.

Uzas cargó sin gracia alguna y luchó sin refinamientos. Con cada hachazo que daba trazaba arcos amplios y descendentes, mientras que con el gladio que empuñaba en la otra mano daba estocadas y tajos. Tal profusión de golpes habría sido ridícula de no haberla llevado a cabo un guerrero de casi tres metros de alto cuyas armas eran capaces de despedazar al espectro. El fluido vaporoso salpicó las mesas cercanas. Los trozos de carne humeante se disolvieron en charcos sulfurosos, que siseaban con gula a la vez que devoraban la cubierta.

La lucha, si es que podía llamarse así, acabó en cuestión de segundos.

—Mmmm —gruñó Uzas tras la resolución del combate. Asqueado, tiró las armas y estas repiquetearon contra el suelo—. No hay sangre. No hay cráneo. No hay semilla genética que saborear. Sólo un cascarón de cieno que se derrite en el aire.

—¿Uzas? —lo llamó Octavia.

El amo de la noche se volvió hacia ella.

—Tú eres la causa. Tú invocas a los nunca nacidos a tu presencia. Conozco las historias. Tú mataste con tu ojo de mutante. Lo sé. Entonces viene el nunca nacido. Débiles. Presa fácil. Matarlos antes de que se fortalezcan. Esta vez, esta vez. Navegante tienes suerte. Esta vez, esta vez.

—Gracias. —Ella no tenía ni idea de si él podía oírla ni si en tal caso le importaba —. Gracias por matarlo cuando todavía era… débil.

El guerrero dejó las armas donde estaban.

—El Pacto no navega sin ti. —Uzas vaciló a la vez que volvía a mirar las bóvedas.

Uno de los depósitos estaba completamente abierto y a oscuras: un diente ausente de entre muchos—. El dolor vuelve. Mato a una porquería de seudodemonio y el dolor vuelve. No hay sangre. No hay cráneo. Nada que ofrecer, nada que pruebe que he cumplido. Y la criatura no cuenta porque era demasiado débil. No era ni un demonio de verdad. Un alma perdida. Un fantasma. Eso ya lo he dicho, ¿no? Maté a tu patética aparición de poca monta. Otros te continúan persiguiendo, ¿no? Matas con el ojo, y se hacen más fuertes. Cuentos de navegantes. He oído muchos de ellos.

Ella asentía a la vez que aquellas divagaciones le ponían la piel de gallina.

«Él no es mejor que el eco disforme», aunque sintió un torrente de culpabilidad en cuanto lo pensó.

—Octavia. La octava.

—Sí… señor.

—Septimus. El séptimo. Se niega a repararme la armadura a menos que Talos se lo ordene. El séptimo es igual que mi hermano. Me mira y ve a un loco.

Ella no estaba segura de qué decir.

—Ahora soy más fuerte —afirmó él, quien después de eso rio para sí de forma sardónica—. Pero ahora duele más. Ver la verdad. Robar el poder. Es un arma. No una fe. Pero es difícil concentrarse cuando tus pensamientos se desmoronan.

Se dieron la vuelta cuando las puertas volvieron a abrirse. Recortados contra la tenue luz había tres amos de la noche con las armas en alto.

—Uzas —Xarl escupió el nombre sin miramientos—. ¿Qué ha pasado aquí?

El amo de la noche recogió sus armas empapadas.

—Nada.

—Responde —le advirtió Mercutian, mientras apuntaba con el bólter pesado al individuo de hombros caídos que estaba en el centro de la cámara.

—Apartaos de mi camino —gruñó Uzas—. Pasaré entre vosotros, o a través de vosotros.

Xarl no pudo aguantar una risa entre dientes que crepitó desde el interior de su casco.

—Qué imaginación te gastas, hermano.

—Dejad que se vaya. —Cyrion se apartó a un lado—. Octavia, ¿estás bien?

La navegante asintió al mismo tiempo que observaba a Uzas marcharse con paso firme de la cámara.

—Yo… Sí. Estoy bien.

Añadió el «señor» un poco demasiado tarde, pero al menos por una vez lo hizo.



INQUIETUD

Lucoryphus de los Ojos Sangrantes pasaba un trapo aceitoso por los dientes de su espada sierra. El aburrimiento no solía apoderarse de él, cosa por la que estaba agradecido, aunque en aquellas raras ocasiones en las que lo hacía le costaba soportar el estado mental tan aletargado que acompañaba a tales periodos de inactividad.

El *Pacto* funcionaba de igual forma que cualquier otra embarcación legionaria atracada y en punto muerto, lo que equivalía a decir que estaba succionando tripulación y suministros; robando aquello que no podía comprar mientras vomitaba ganancias. Y todo ello al son fúnebre y reverberante de los martillos de los técnicos al repicar contra el fuselaje.

Vorasha, uno de sus mejores esbirros, entró a buen paso en la bodega de carga de la que se habían apropiado los Ojos Sangrantes. El rapaz iba a cuatro patas, con el mismo reptar veloz que empleaba la mayoría de sus semejantes y cuyas garras de metal dejaban hendiduras en la cubierta.

—Muchas semanas atracados, sí-sí.

Lucoryphus resolló a modo de respuesta. El habla de Vorasha siempre lo sacaba de quicio: el otro rapaz apenas formaba palabras ya; en su lugar, transmitía sus mensajes mediante un insulso idioma de chasquidos y siseos. Solía puntualizarlos con una convicción casi infantil. «Sí-sí», siseaba una y otra vez. «Sí-sí». De no haber sido Vorasha tan diestro, hace tiempo que Lucoryphus lo habría rajado en canal.

—Necesito remontar vuelo —insistió Vorasha—. Sí-sí.

Sus toberas dorsales tosieron con la imposibilidad de volar y expulsaron un chorro de humo. El aire se llenó con la peste a carbonilla de un motor ahogado.

Lucoryphus puso al frente de sus palabras un graznido cortante, lo que transmitía la ira que sentía tras su inexpresiva máscara.

—Nada que cazar. Mantén la calma, hermano de jauría.

—Mucho que cazar —replicó el otro con una risa ahogada—. Podríamos cazar corsarios rojos. Romperles y abrirles la armadura. Bebemos la sangre floja que corre de las venas cortadas.

—Luego. —Lucoryphus negó con la cabeza, un gesto raro en él por lo humano que resultaba—. El profeta acordó servir al Cosechador de Sangre. Una alianza… por ahora. La traición viene después.

Retomó la limpieza de las filas de dientes de su herramienta para destripar, aunque hasta eso le agriaba el ánimo. Su espada no necesitaba que la limpiara, puesto que no estaba manchada de sangre, y era ahí donde yacía el problema.

El líder de los Rapaces miró los alrededores de la bodega de carga con el cableado que le recorría las cervicales tensándose con ronroneos mecánicos. Las armas tiradas por el suelo tenían tanto protagonismo como el mobiliario, mientras que un puñado de siervos de la legión hablaba tranquilamente en la esquina opuesta.

—¿Dónde están los Ojos Sangrantes?

—Algunos en la estación. Otros en la nave. Sí-sí. Todos impacientes por Vilamus.

Lucoryphus cascabeleó algo parecido a una risa.

«Ah, sí. Vilamus».

• • • • •

Talos y Malek se encontraban en lados opuestos de la mesa, lo que reflejaba sus posiciones en el debate sin que se lo hubieran propuesto.

—Debemos navegar junto a los Corsarios Rojos —insistió el profeta—. No estoy en contra de que cumplamos nuestra deuda con Hurón, pero el *Pacto* equivale a dos cruceros de su flota, sean los que sean. En cuanto la armada de Hurón se disperse por Vilamus, el *Pacto* será capaz de repeler cualquier ataque durante el tiempo que haga falta. Será ahí cuando nos pongamos en su contra: nos retiraremos rápido de Vilamus mientras las fuerzas de Hurón continúan desplegadas. Luego recuperaremos el *Eco de la Maldición*.

—Menuda estupidez. —Malek, de facciones marcadas y mostrando una canosa y descuidada barba, alzó la cabeza hacia el Elevado, que estaba sentado en el trono—. Mi señor, no podéis estar de acuerdo con el plan del profeta.

La criatura hizo un ademán condescendiente con la garra.

—Ah, pero me gusta su plan. Comparto su pasión por la sangre que hemos de derramar, y comparto su rechazo de ver al *Eco de la Maldición* al mando de un alma que no haya nacido en Nostramo, sin importar la que sea.

—Señor, vamos a dejar demasiadas cosas al azar. El *Pacto* seguramente soportará daños inmensos incluso si salimos airosos. ¿Y qué pasa si nos abordan mientras

tenemos las cubiertas vacías debido al plan del profeta?

—Entonces, la tripulación, así como cualquier legionario que quede a bordo, morirá. —El demonio irguió su pesada mole exoesquelética del trono, acompañado del crujido de las articulaciones de su armadura—. Profeta.

—¿Sí, señor?

—Estás pasando un problema por alto. Antes de que recuperemos el *Eco de la Maldición* tenemos que ayudar a Hurón a conquistar Vilamus. ¿A cuántos hombres perderemos? A ninguno, en caso de que la fortuna baile a nuestro son. Pero ¿y si la fortuna prefiere otro compás, como siempre ocurre? Todo guerrero que caiga muerto en Vilamus será un alma que no podrá abordar el *Eco* junto a ti.

Talos introdujo un breve código en la mesa de la consola hololítica. Los generadores de proyección cardinales emitieron un brillo tenue al despertarse y proyectaron una mentira ante ellos: la imagen temblorosa del crucero de ataque de los Corsarios Rojos, el *Herencia Venenosa*.

—Lo único que necesito es a los Ojos Sangrantes. Los dirigiré junto a la Primera Garra. Recuperaremos el *Eco de la Maldición* mientras regresamos de Vilamus —declaró.

El demonio se pasó su lengua negra por las fauces.

—Me pides demasiado: mi mejor escuadra y mi recién adquirido culto de Rapaces. Atesoro ambos recursos.

—No pienso fallarle a nuestra legión. —Talos señaló la imagen hololítica con un gesto de la cabeza—. Fuiste tú quien vino a mí, Vandred.

Querías que nos reforjásemos para volver a empezar. Dame lo que necesito y volveré con otra nave de guerra.

El Elevado miró durante largos instantes al profeta. Resultaba tan raro ver la luz de la convicción, del fervor, en los ojos de aquel guerrero…

—Confío en ti —afirmó el demonio—. Hermano. Te concederé el mando de las fuerzas que precisas y repeleré la flota del Cosechador de Sangre mientras llevas a cabo tu plan. Sólo veo una traba importante en tu planteamiento.

—Ilústrame, señor.

—Si abordas la nave y la capturas, su navegante podría negarse a servirte. O peor todavía, podría realizar un salto de regreso al Iris Infernal.

—Pensaba matar al navegante del *Herencia* —admitió Talos—; la posibilidad de que nos traicionase ya se me había ocurrido.

El demonio ladeó la cabeza.

—Y entonces, ¿cómo planeas dirigir la nave hacia la disformidad?

El profeta vaciló.

«Ah —pensó el Elevado—, creo que esto no me va a gustar».

—Octavia. Pretendes llevártela —afirmó el demonio.

—Así es. Nos acompañará en el abordaje. Es quien va a realizar el salto con la nave una vez la hayamos capturado.

El Elevado rugió de forma repugnante lo que pretendía ser una carcajada.

—¿Y el *Pacto*? ¿Quién nos va a guiar por la disformidad una vez que salgas corriendo y nos dejes solos para lidiar con las armas de Hurón?

Talos vaciló otra vez.

—Yo… tengo una idea. Hay que depurarla, pero creo que puedo hacer que funcione. Sólo procederé con el plan si encajan todas y cada una de las piezas del rompecabezas. Te doy mi palabra.

—Muy bien. Te concedo permiso, entonces. Pero necesito que te centres en el primero de nuestros problemas. Necesitamos sobrevivir a nuestro acuerdo con Hurón antes de traicionarlo.

Malek tomó aire y, torciendo el gesto, dijo lleno de hosquedad:

—Vilamus.

—Pues sí —gruñó la criatura—. Ante todo, debemos sobrevivir a Vilamus.

● ● ● ● ●

Pasaron las semanas, y la irritación que sentía Octavia fue en aumento. Los legionarios realizaban estrictos ejercicios militares y practicaban técnicas de combate de cara a una batalla que nadie se molestaba en desvelar a la chica. Ninguno de los miembros de la Primera Garra fue a visitarla a sus aposentos y, si bien tampoco esperaba que lo hicieran, el aburrimiento ya empezaba a desesperarla.

A los únicos miembros que conocía de la tripulación mortal eran a Septimus, a Maruc y a Fiera. Al primero de la lista… En fin, de momento no tenía ganas de verlo, de todas formas. La última vez había sido sumamente incómoda, por lo que casi se alegraba de que Cyrion los hubiera interrumpido, aunque tampoco podía decirse que ella tuviese claro siquiera qué era lo que había interrumpido.

El segundo nombre de la lista solía estar con Septimus, fuera de la nave y enfrascado en actividades nefastas que ninguno de los dos quería explicarle. Eso la dejaba con Fiera, quien, para ser sinceros, no es que fuera el conversador más locuaz que hubiera visto en su vida. Puede que el prestigio mediocre de su estirpe diluyera su sangre aristocrática, pero seguía siendo una noble terrana que había sido la anfitriona de algunos miembros de la alta aristocracia del mundo trono en numerosas ocasiones.

El principal tópico de discusión del asistente de la chica era su ama en sí. Parecía estar interesado en pocas cosas más, aunque a ella le venía bien su compañía para aprender más nostramano, lengua viperina que divergía de cualquier posible raíz gótica en mayor medida que cualquier otro idioma humano con el que se hubiera encontrado. Sin embargo, en cuanto cesó de buscar similitudes, le resultó más fácil empezar desde cero sirviéndose de un enfoque más sencillo.

A pesar de eso, el aburrimiento siempre le pisaba los talones. Los navegantes no

habían nacido para estarse quietos sin hacer nada.

Aparte de Fiera, todo lo que tenía para distraerse consistía en el flujo inagotable de las actualizaciones de reparaciones, pero hasta ese torrente pasó a ser un arroyo ahora que el *Pacto* estaba listo para zarpar.

El sensor de proximidad de la puerta volvió a repicar. Octavia se sorprendió a sí misma a medio camino de comprobar si tenía puesta la cinta. Había hábitos que no debían transformarse en costumbre, pero aquel ya empezaba a enraizarse. Notaba con demasiada asiduidad que la mano se le movía de forma involuntaria cada vez que Fiera le decía algo, aparte de que seguía tocándose el ojo que tenía tras la cinta siempre que le llegaba el eco de cada estrépito de las cubiertas superiores.

Fiera se abrió paso por la desordenada cámara de su ama y alzó la vista hacia la visiopantalla junto al mamparo.

—Es Septimus. Está solo —informó.

La navegante prestó mayor importancia a hacer indagaciones en su visiopantalla personal, aquella que tenía acoplada al reposabrazos del trono. Los barridos horizontales de esquemas, ensayos y anotaciones de diarios se iban sucediendo a medida que se adentraba en la base de datos del *Pacto*. Las actualizaciones que provenían del canal de redifusión del Iris Infernal engrosaban los bancos de datos a bordo de la nave con bastante información reciente sobre los subsectores locales.

—¿Ama?

—Ya te he oído. —Octavia, delante del brillo de la pantalla, tecleó con expresión ceñuda **VILAMUS** por tercera vez, para refinar la búsqueda.

—¿Lo dejo pasar, ama?

Ella negó con la cabeza.

—No, gracias. ¿Sabes qué es Vilamus?

—No, ama.

Fiera se alejó de la puerta, regresó a su sitio y se sentó con la espalda pegada a la pared.

La respuesta **coincidencia encontrada** parpadeó en la pantalla de color negro con letras de un fulgor verde agresivo. Activó la entrada y desbloqueó una cascada de caracteres descendentes.

—Qué útil —suspiró—… si supiera leer badabiano.

Unas imágenes orbitales poco nítidas acompañaban el archivo de datos. La navegante dejó escapar un «¡Vaya!» de sorpresa en cuanto las imágenes ganaron en resolución para mostrar un mundo que no era diferente de otros miles, si no fuera por una increíble excepción.

—Pues no veo por qué estamos… ¡Válgame el Trono del Dios Emperador…! No pueden pretender atacar este sitio.

Octavia alejó el rostro de la pantalla para mirar a Fiera, que estaba ocupado jugueteando con el extremo suelto de una de las vendas de su muñeca.

—Fiera, creo que ya sé qué es Vilamus —dijo.

Septimus se dirigía hacia Mercadonegro, decidido a no dejarse llevar por sus emociones. Los caminos de Octavia eran inescrutables incluso en sus momentos más serenos. Tratar de entenderla era como tratar de contar las estrellas.

Varios de los comerciantes del lugar lo saludaron con gestos del mentón, unos pocos lo hicieron frunciendo los labios y muchos más con sonrisas. Aquella enorme cámara era un hervidero de actividad donde la nueva mercancía se exhibía a la venta tan pronto como entraba a bordo de la nave, vía contrabando, desde el Iris Infernal. Un buen número de puestos mercantiles hasta contaba con sus guardaespaldas de aspecto peligroso para que defendieran sus mercancías supuestamente valiosas. El siervo alzó la ceja al pasar al lado de una mesa repleta de lo que parecía ser armamento de la Guardia Imperial rapiñado: incluso había una espada sierra fabricada a la escala adecuada para las manos de un humano. Pero no fue eso lo que captó su atención.

Septimus señaló con un gesto la alargada y compacta forma de un rifle láser. El cuerpo y la culata parecían estar hechos de metal simple, tosco. Las muescas y las quemaduras a lo largo de su superficie daban pistas tanto de un uso prolongado como de una profanación más reciente, que casi seguro había consistido en despojarlo de toda aquila imperial.

—*¿Vulusha?* —le preguntó al mercader de avanzada edad que vestía un harapiento uniforme de la legión—. *¿Vulusha sethrishan?*

El hombre le contestó con una sonrisa palpablemente falsa y le informó de que el trueque le iba a salir por un ojo de la cara.

La sonrisa de Septimus fue igual de fingida.

—Menudo precio. Es sólo un rifle, amigo mío, no una esposa.

El comerciante cogió con sus dedos nudosos la espada sierra, y aferró la empuñadura con tanta exageración que en un combate de verdad lo habrían desarmado en un instante. Con torpes machetazos, cortó el aire un par de veces.

—Tengo más mercancía que vender que la mayoría. ¿Qué te parece esta espada? Mejor que ese cuchillo de cocina que llevas atado a la pierna, ¿no? Y mira, está equilibrada a la perfección. ¿Ves? Esta fue antaño la espada de un héroe.

—Es una espada sierra, Melash. Ninguna espada sierra está equilibrada a la perfección. De hecho, no tienen equilibrio que valga.

—¿Por qué vienes a acosarme?

—Porque quiero el rifle.

Melash se tocó con la lengua una llaga que tenía en el labio.

—Pues muy bien. Pero esa arma también fue la de un héroe. Sabes que nunca te mentiría.

—Te equivocas otra vez. —Septimus se acercó para darle unos golpecitos con el dedo al código numérico del monitorum que podía leerse en el estarcido difuminado a lo largo de la culata—. A mí me parece que es un modelo básico de la Guardia Imperial. ¿Y con qué me vas a venir ahora, carcamal? ¿Con que tienes una familia que

alimentar?

El mercader dejó escapar un suspiro.

—Mira que eres cruel.

—Y tanto que sí. —Septimus se apartó para dejar pasar a un pequeño grupo de esclavos. Mercadonegro jamás había estado tan concurrido. Resultaba casi desconcertante estar en medio de tanto bullicio, como en un mercado nocturno de una ciudad de verdad. Las antorchas iluminaban los rostros de docenas de desconocidos—. Lo único que quiero es que me vendas la puñetera arma, Melash. ¿Qué quieres a cambio?

El otro se mordió el labio inferior.

—¿Puedes conseguirme baterías? Necesito células de energía, Septimus. Todo el mundo se está trayendo lámparas de mano a bordo, pero cuando pasen unas pocas semanas después de haber zarpado vamos a andar cortos de células energéticas. Y cafeína, ¿puedes pillarme cafeína en polvo de la estación?

Septimus se acercó a él con la mirada fija.

—Ahora dime qué es lo que de verdad quieres y deja de escurrir el bulto, no vaya a ser que me niegue.

El hombre de avanzada edad le dedicó una sonrisa más sincera, si bien más forzada.

—¿Qué tal si te encargo un trabajo?

Septimus arqueó una ceja. Su ojo biónico chasqueó y zumbó al intentar imitar esa expresión.

—Prosigue.

Melash se rascó la calva.

—He tenido problemillas con una banda de las cubiertas inferiores: los muchachos de Hokroy, una nueva cuadrilla de Ganges. Muchos son novatos y todavía no han aprendido las reglas. Me han robado. No mucho, pero tampoco es que tuviera mucho, para empezar. Unas monedas, mi pistola, algunas joyas de mi esposa… Está muerta, la mataron en el abordaje de los Ángeles Sangrientos, pero… Me gustaría recuperarlas, si es posible, claro.

Septimus le tendió la mano. Melash escupió en la palma de la suya y agarró la del sirviente con gran efusividad.

—Lo que quería es que me dieras el rifle, Melash…

—Ah… vale.

El hombre se restregó la mano por los pantalones del uniforme. Septimus, asqueado, hizo lo mismo.

—Muy agradable —murmuró—. ¿Cogiste una correa cuando robaste el rifle?

—¿Cómo? ¿Una correa?

—Sí, una correa, para colgártelo del hombro.

—¡Una correa, dice! No soy un depósito de suministros imperial, chico. —El mercader le pasó el rifle láser—. Por cierto, aún no le he cambiado el cargador. Que

tengas una buena caza ahí abajo.

Septimus se adentró de nuevo en la multitud y pasó frente al puesto de Arkiah. El tenderete del viudo, antaño centro de Mercadonegro, parecía el ojo del huracán: un remanso de paz en medio del reinante caos de alrededor.

Se detuvo al ver aquel panorama tan deprimente.

—¿Y Arkiah? —le preguntó a una mujer que pasaba por ahí cerca.

—Septimus. —La mujer lo saludó con una sonrisa tímida. A pesar de ser lo bastante mayor como para ser su abuela, se desenredó con coquetería sus canosos cabellos—. ¿Es que no te lo han dicho? Arkiah nos ha abandonado.

—¿Cómo que nos ha abandonado? —Septimus intentó buscarlo entre la muchedumbre por un instante—. ¿Para irse a vivir a bordo de la estación o para adentrarse más en la nave?

—Él… —La mujer vaciló en cuanto vio el rifle que agarraba con la mano enguantada—. Lo mataron un par de noches después de que el señor de la legión viniera a reprenderlo.

—Eso fue hace semanas. Nadie me lo había dicho.

El encogimiento de hombros de ella rayó en lo recatado.

—Has estado muy atareado, Septimus. Andabas detrás de la navegante y cosechando para la legión, por lo que he oído. Hijos y madres… ¿A cuántos has subido a bordo? ¿Cuándo los liberarán de las bodegas de esclavos?

Septimus la hizo callar con un gesto.

—Cuéntame lo de Arkiah.

La mujer hizo un mohín cuando el aire frío le rozó uno de los dientes podridos.

—La visita del señor de la legión hizo de Arkiah un paria en las noches que siguieron. La gente creía que estar cerca de él daba mala suerte, no fuera que se arriesgaran a disgustar a la legión como había hecho él. A partir de ahí, la cosa empeoró: empezó a decir que estaba viendo otra vez a su hija corriendo por los pasillos más allá de Mercadonegro. Luego, siempre estaba solo. Encontramos su cuerpo una semana después.

Ella no intentó disimular lo que había sentido hacia él ni el dolor que anidaba en sus ojos. Los asesinatos entre tripulantes humanos formaban parte de la vida cotidiana a bordo del *Pacto*, y tal era su frecuencia, que las cifras criminológicas de una colmena imperial palidecerían de vergüenza. A menos que se tratase de alguien conocido, la exhibición de cuerpos apaleados y apuñalados era tan frecuente que la mayoría de mortales ni pestañeaba al verlos. Pero claro, todo el mundo conocía a Arkiah, aunque solamente fuera por su hija.

—¿Cómo murió? ¿Qué marcas le habían dejado cuando lo encontrasteis?

—Lo destriparon. Lo encontramos sentado con la espalda pegada a la pared de uno de los silos de grano. Tenía los ojos abiertos, la boca cerrada y uno de los cachivaches que su hija se ponía en el pelo en la mano. Tenía las entrañas desparramadas por las piernas alrededores de él.

«Uzas». El nombre se abrió paso por la mente de Septimus sin atadura alguna, de modo que le costó evitar pronunciarlo. Sin embargo, la anciana no necesitaba oírlo. Se lo vio en los ojos.

—Tú sabes quién ha hecho esto —le clavó la mirada—, ¿no es así? Uno de la legión, quizá. Puede que hasta tu amo.

Él fingió no darle importancia encogiéndose levemente de hombros.

—Talos lo habría despellejado y exhibido en Mercadonegro, fiel a su promesa. Deberías saberlo; ya lo ha hecho antes. Si la legión ha tenido que ver algo en esto, ha sido uno de los otros.

«Uzas».

Podría haber sido cualquiera de ellos, pero ese nombre se le pegó como una garrapata tan pronto como le vino a la mente.

«Uzas».

—Tengo que irme. —Se obligó a sonreír—. Gracias, Shalla.

• • • • •

Él no se consideraba un asesino, aunque los dioses de ambos bandos de esta guerra sabían que era un homicida consumado. Cuando oía la llamada del deber, como ahora, solía traer con ella la peste a ficelina característica del retumbar de los tiroteos en espacios cerrados o el crujido seco de un machete al hender la carne. Un cosquilleo desagradable le subía por los dedos de la mano derecha cada vez que recordaba la asquerosa fricción de la hoja del machete al hundirse en la carne y que sólo se detenía una vez había llegado hasta el hueso. Él sólo era un hombre, por lo que cortarle el brazo a alguien siempre le llevaba uno o dos intentos más, sobre todo si no dejaban de moverlo al intentar agarrarle la cara.

Pero seguía sin considerarse un asesino. Lo cierto es que no creía que lo fuera.

Aparte de ampararse en esta negativa como si lo protegiera de alguna forma, le reportaba un orgullo ligeramente macabro el hecho de que jamás había disfrutado matando a nadie. Al menos, todavía no. La mayoría de la gente que había muerto a sus manos durante esa última década eran víctimas legítimas porque, de una forma u otra, habían trabajado para el enemigo, así de simple.

Hasta podía salvaguardar su conciencia en lo que a los secuestros recientes se refería al decirse a sí mismo (y a sus víctimas) que la vida a bordo del *Pacto* era infinitamente mejor que a bordo del antro de mala muerte del que los había «rescatado».

Pero esto era diferente. De algún modo, que fuera premeditado era lo que tenía menor importancia. Era el encargo en sí lo que le ponía la piel de gallina; desde el instante de acordarlo hasta los momentos previos a iniciarlo.

Octavia. Demasiado tiempo junto a ella. Demasiadas horas discutiendo la vida a bordo del *Pacto* sentado a su lado, obligado a examinar y analizar su propia existencia, en lugar de seguir adelante para sacarle ventaja a los remordimientos, escudándose en una negativa a la que ya se había acostumbrado.

Una vez, no hace mucho, ella le preguntó cómo se llamaba. «Septimus no», le contestó, lo que la hizo reír. «Pero ¿cómo te llamabas antes?», insistió.

Él no se lo había dicho, pues ya era irrelevante. Él era Septimus, el séptimo; ella era Octavia, la octava. El nombre que había tenido ella tampoco es que fuera relevante, la verdad: Eurydice Mervallion había muerto. ¿Acaso su estirpe importaba algo? ¿Acaso las riquezas de su familia seguían marcando alguna diferencia? ¿Y qué había sido de los buenos modales que le habían inculcado al ser parte de la prole de la aristocracia terrana?

Ahora lo que daba forma a su existencia era el *Pacto*. Septimus era el resultado de estos negros corredores: un hombre pálido, esclavo de traidores y que en ese preciso instante empuñaba dos pistolas y caminaba con intenciones homicidas por las tenebrosas entrañas de una nave blasfema. Era un pirata, un piloto, un artificiero… y un hereje redomado, al igual que aquellos a los que servía.

No se trataba de que esos pensamientos fueran tan lúgubres; de lo que se trataba era justo de que los estaba teniendo. Maldita mujer. ¿Por qué le estaba haciendo esto? ¿Sabía al menos que se lo estaba haciendo? Ya llevaba semanas sin siquiera dignarse a verlo. ¿Qué demonios había hecho él? Las preguntas que le hacía Octavia estaban cubiertas de sedimentos que era mejor no remover.

La puerta que daba a la armería de la Primera Garra se abrió ante él mediante un sistema hidráulico bien engrasado. Bajó la vista al rifle láser para comprobarlo una última vez antes de dárselo a su nuevo dueño.

—Maruc, tengo algo pa… ¿Amo?

Talos estaba al lado de su armero mientras Maruc trabajaba en uno de los laterales de la hombrera del amo de la noche con un escariador dentado manual. Como no era un hombre demasiado alto, necesitaba un taburete para llegar hasta ahí arriba.

—Son daños menores —dijo Talos, quien, a cabeza descubierta, miró a Septimus con sus negros ojos—. Estaba practicando combate con Xarl. ¿De dónde has sacado ese rifle patrón Kantrael de la Guardia Imperial?

—De Mercadonegro. Es… un regalo para Maruc.

Talos ladeó la cabeza y por su mirada se arrastró el apetito de un buitre.

—¿Cómo va la cosecha?

—Las bodegas de esclavos están a rebosar, mi señor. Encontrar niños puros ha sido un desafío, eso sí. Los mutantes abundan en Iris Infernal.

El amo de la noche se mostró de acuerdo con un gruñido.

—Es verdad lo que dices, pero ¿qué te pasa? Estás preocupado. No te molestes en perder el tiempo mintiéndome, te lo veo plasmado en la cara y reflejado en la voz.

Septimus ya estaba más que acostumbrado a la sinceridad honesta y sin tapujos de

su amo. Responder del mismo modo era la única forma de tratar con Talos.

—Arkiah ha muerto. Lo han destripado y abandonado en un silo de grano.

El amo de la noche no se movió. Maruc seguía trabajando.

—¿El padre de la Nacida en el Vacío?

—Sí.

—¿Quién lo mató?

Septimus se encogió de hombros sin dar otra respuesta.

—Ya veo —asintió Talos, tranquilo. Se hizo otra vez el silencio a excepción del raspar metálico del escariador eliminado los daños de la armadura. Se suponía que Maruc no tenía ni idea de lo que hablaban, dado que no sabía ni una palabra de nostramano—. ¿Y qué más?

Septimus dejó el arma en el banco de trabajo de Maruc. Cuando volvió a mirar a Talos, lo hizo con un ojo entrecerrado y el otro, el biónico, dilatado en sincronía.

—¿Cómo sabíais que había algo más, señor?

—Lo supuse. Ahora, habla.

—Tengo que matar a un par de personas. Tripulantes. Ninguno es importante.

Talos asintió, aunque su expresión no mostraba signo alguno de estar de acuerdo.

—¿Y por qué han de morir?

—Por un encargo de trabajo que acepté en Mercadonegro. Son de la tripulación de Ganges, y algunos de los novatos se lo están pasando un poco demasiado bien en las cubiertas inferiores a las que no llega la ley.

—Dime sus nombres.

—El líder de la cuadrilla se llama Hokroy. Eso es todo lo que sé.

Talos seguía mirándolo fijamente.

—¿Y has dado por sentado que te iba a permitir que lo hicieras? ¿Vagar por las cubiertas inferiores, tú solo, matando a otros miembros de la tripulación?

—Pues… no se me había ocurrido que pudierais tener algo en contra, señor.

—En una situación normal, no lo tendría —gruñó el amo de la noche mientras supervisaba los arreglos que le hacían a su hombrera—. Así está bien, gracias. —Maruc se bajó del taburete—. La tripulación no es quién para administrar justicia, Septimus. Ellos no eran quiénes para matar a Arkiah ni tú eres quién para dar caza a una cuadrilla de ladrones. Los tiempos están cambiando y nosotros debemos cambiar con ellos. La nueva tripulación, la que viene de Ganges, ha de enfrentarse a las consecuencias del libertinaje. La decisión del Elevado de hacer caso omiso de lo que hacen los mortales a bordo ha dejado de ser viable. Somos demasiadas almas caminando por los pasillos y demasiadas almas acostumbradas a vivir sin sufrir las consecuencias de nuestros actos.

Talos dejó de hablar durante un momento y se acercó, con grandes zancadas, hacia el banco de trabajo de Septimus, donde reposaba su casco.

—Creo que ya es hora de que la legión ejerza un mayor control sobre sus subordinados y que reinstaure las bases de una ley férrea. No hay que darles las llaves

del reino a los esclavos. El resultado es la anarquía. —La sonrisa que mostraba era torcida y más bien agridulce—. Créeme, ya lo he visto antes.

—¿Nostramo?

—Sí. Nostramo. —El guerrero se aseguró el yelmo. Septimus oyó el siseo de los cierres herméticos cuando se bloquearon a la altura del cuello—. De esto me ocuparé yo, tal y como debí haberlo hecho desde hace semanas.

—Amo, yo…

—No. Tú no debes hacer nada. Esto es tarea de la legión, Septimus, no la tuya. Ahora, asegúrate de estar preparado para el asedio que se avecina. Partiremos hacia Vilamus en cuestión de días.

El vasallo miró con atención a su amo.

—¿Es cierto… lo que dicen en la estación?

Talos dejó escapar un leve resoplido.

—Eso depende de lo que digan en la estación.

—Pues que Vilamus es una fortaleza monasterio del Adeptus Astartes y que la flota del Cosechador de Sangre al completo va a asediar uno de los mundos mejor defendidos del Imperio.

Talos comprobó sus armas antes de anclarlas a las sujeciones magnéticas de la coraza: el bólter al muslo, la espada a la espalda.

—Sí. Todo eso es cierto —dijo.

—¿Y no os preocupan las bajas potenciales, señor?

El legionario encogió un hombro de forma casi imperceptible. Aquello provocó el castañeteo de las calaveras contra su armadura, como si hablaran las unas con las otras con chasquidos de mandíbulas ausentes.

—No. Lo único que tenemos que hacer es permanecer con vida, pues la batalla de verdad vendrá luego. Será ahí cuando sangremos, Septimus. Cuando recuperemos el *Eco de la Maldición*.



TRETAS

El ambiente en Mercadonegro estaba menos bullicioso que de costumbre, aunque a ella no le llevó demasiado tiempo descubrir por qué. La razón, o mejor dicho, las siete razones despellejadas, colgaban sobre las cabezas de todo el mundo suspendidas del techo mediante cadenas herrumbrosas.

Fiera había pisado un charco de sangre nada más entrar, lo que disparó una sarta de refunfuños por su parte.

—La legión les está enseñando una lección a los tripulantes —dijo, sin molestarse en limpiar sus botas raídas.

Dicha lección era una de lo más húmeda. Cada uno de los cuerpos había derramado bastante sangre, si es que los charcos sobre la cubierta eran algo por lo que guiarse. La gente seguía dejando rastros por todo Mercadonegro, y el olor, incluso tratándose de una nave de herejes, era algo digno de tenerse en cuenta. Mientras Octavia observaba los alrededores, un temblor se abrió paso por todo el *Pacto*: otra prueba de lanzamiento por parte de las tripulaciones de la sala de máquinas. Los cuerpos encadenados a las cruces se bambolearon, y algo largo y apestoso se derramó del estómago abierto de uno de ellos y se estrelló contra el suelo como una soga viscosa de carne grasienta, brillante.

Fiera se percató de que Octavia se había quedado mirando y malinterpretó la expresión de asco de su rostro por una de confusión.

—Son intestinos —le aclaró.

—Gracias, lo suponía.

—No deberíais coméroslos. —Le aconsejó en un alarde de sabiduría de esos que reporta la experiencia.

—No pensaba hacerlo.

—Bien.

Octavia devolvió la vista a la muchedumbre. Nadie miraba en su dirección más de lo necesario. Antes había sido el objeto de la curiosidad de unos e ignorada por otros. Ahora todos la evitaban, del mayor al más joven; todos procuraban no cruzar la mirada con la de ella a la mínima que la chica mirase en su dirección.

Por supuesto, sabía a qué se debía. Durante las semanas posteriores a que hubiera matado a su ayudante, dicha historia se había extendido como la pólvora. Sentía que abandonar su cámara era de por sí un error, pero quedarse ahí sentada, escondida y a solas con su aburrimiento, ya había dejado de ser una opción. Se habría vuelto loca tanto si se quedaba recluida como si se arriesgaba a caminar otra vez por los pasillos de la nave.

Un legionario con la armadura al completo avanzó a grandes zancadas por Mercadonegro. La falta de rigidez en su forma de andar daba a entender que llevaba a cabo una patrulla rutinaria, a pesar de que Octavia nunca antes había visto ahí a un amo de la noche a no ser que fuera por un motivo en especial.

—Navegante —la saludó el amo de la noche, quien le dedicó un gesto con la cabeza mientras pasaba de largo. Unas alas que se curvaban hacia atrás, como las de un murciélago o demonio sacados de las páginas de un grimorio, nacían de su casco y formaban una cresta estilizada.

Ella no reconoció al guerrero, pues era de otra de las Garras, así que contestó por lo bajo «mi señor…», y ahí lo dejó.

El legionario abandonó Mercadonegro adentrándose más en la nave.

«Eso también explica la forma de comportarse de todo el mundo», reflexionó.

Los cuerpos despellejados se mecían en lo alto como si fueran un reflejo mórbido de los estandartes de la legión que ondulaban en el puente de mando gracias a la brisa del sistema de filtración de aire. Una mano desollada le pasó al lado de la cara mientras miraba las baratijas de metal que ofertaban en una de las mesas. El mercader apartó la vista con rapidez tras ofrecerle una sonrisa acartonada.

Octavia prosiguió la marcha. Cuando llegó a la mesa de Arkiah, pasó las yemas de los dedos por la superficie de madera sin tratar mientras miraba a su alrededor para ver si alguien le explicaba su ausencia. Nadie la miraba a los ojos el tiempo suficiente como para poder preguntarle. Comprobó la cinta, a pesar de que ya sabía que estaba en su sitio, y tomó una decisión: hora de salir de allí. Uno podía ir a otros lugares para caminar; quizá a la cubierta de observación.

Dio media vuelta y chocó de bruces contra alguien. La cara de la chica rebotó contra el pecho de un hombre, lo que hizo que Octavia resbalara con la sangre y se cayera sentada sobre la cubierta, con los ojos llorosos y el trasero dolorido.

—*¡Bierda, bi nadiz!* —exclamó, cubriéndose la boca y la nariz. Le corría sangre entre los dedos.

—Te pido disculpas. —Septimus le tendió la mano—. No esperaba que me fueran a dar un cabezazo.

Ella aceptó la oferta y se puso de pie con su ayuda. Fiera le ofreció un trapo con toda la pinta de que lo había usado para quitarse la mugre de ciertas partes del cuerpo que era mejor no dejar al desnudo. Declinó el ofrecimiento con la cabeza y se limpió la sangre con la manga. Aquello dejó un rastro sanguinolento en el tejido oscuro. ¡Ay de ella si su padre levantara la cabeza!

—¿La tengo rota? —arrugó la nariz.

—No.

—Pues duele como si lo estuviera.

—Como dije antes, te pido disculpas. Te he estado buscando. La Primera Garra va a convocar una reunión y exige que estemos presentes.

Eso no sonaba bien.

—Muy bien, entonces. Después de ti.

• • • • •

—¿Que queréis que haga qué? —les preguntó Octavia con incredulidad. No se reía. Quería, pero no era capaz de hacerlo.

La Primera Garra se había reunido en su armería, aunque no estaban solos. Octavia había entrado con Septimus y Fiera; a Maruc se lo habían encontrado ya presente, lo que no era de extrañar. El tecnosacerdote era un caso bien distinto. Parecía estar prestando escasa atención a los amos de la noche mientras se entretenía en errar por su sanctasanctórum, igual que un necrófago de hierro envuelto en una susurrante túnica, a la vez que examinaba curiosidades y las piezas de recambio de sus armaduras.

—Nunca antes se me había concedido acceso a la cámara de armas de un legionario astartes —comentó con cibernético interés—. Cuán intrigante me resulta este desorden.

El tecnoadepto era tan alto como los guerreros, aunque comparado con ellos, era flaco como un palo. Estaba encorvado por encima de la mesa de Maruc, entretenido, parecía ser, en darle empujoncitos a un medidor térmico manual por la superficie de madera, tal y como haría un niño que quisiera comprobar si su mascota muerta seguía respirando.

—Esto está roto. —Deltrian observó el resto de la estancia. Como nadie le contestaba, desplegó unas microherramientas digitales de las yemas de los dedos y se puso a repararlo.

—¿Qué queréis que haga qué? —preguntó Octavia otra vez. La incredulidad seguía dando color a su tono de voz a la vez que lo despojaba de toda deferencia—. No logro entenderlo.

Talos se pronunció con suavidad, tranquilo, como siempre hacía cuando no

llevaba puesto el casco.

—Cuando el asedio de Vilamus haya concluido, tenemos la intención de atacar una embarcación de los Corsarios Rojos, uno de sus buques insignia, llamado el *Herencia Venenosa*. Tú nos acompañarás en el despliegue en una cápsula de abordaje. Una vez hayamos asegurado la nave, la guiarás al interior del espacio disforme, donde nos reuniremos con el *Pacto de Sangre* y navegaremos rumbo al Gran Ojo en el Segmentum Obscurus.

Fiera, fiel a su mote, emitió un gruñido desde el fondo de la garganta. Octavia apenas era capaz de pestañear.

—¿Cómo se las va a arreglar el *Pacto* para realizar el salto sin mí?

—Ya me ocuparé de eso —respondió Talos.

—¿Y cómo vamos a tomar toda una nave enemiga?

—Ya me ocuparé de eso también.

La chica negó con la cabeza.

—No quiero faltar al respeto, pero… si es una pelea justa…

A Talos se le escapó una carcajada.

—No va a ser una pelea justa. Por eso vamos a ganar. A la VIII Legión no le entusiasma pelear limpio.

—Lo cierto es que esas solemos perderlas —apostilló Cyrion con aire filosófico.

—Déjanos el trabajo sucio a nosotros —la voz de Xarl era un rugido distorsionado que de alguna forma conservaba su eterna impaciencia—. Ese cráneo tuyo, tan diminuto y frágil, no tiene nada de qué preocuparse.

—Pero… ¿cómo pensáis hacerlo?

—Pues traicionándolos. —Talos ladeó la cabeza—. ¿Cómo si no? Los detalles son irrelevantes. Todo lo que necesitas saber es lo siguiente: una vez regresemos de Vilamus, asegúrate de tener un arma a mano y estar preparada. Nos encontraremos en una cápsula de abordaje y te protegeremos mientras avanzamos por las cubiertas del enemigo. El navegante del *Herencia Venenosa* ha de morir en seguida, no vaya a ser que lleve a cabo un salto con la nave con nosotros todavía a bordo. Lo matamos, te ponemos en su lugar y tomamos el control de la nave enemiga.

La mirada de Octavia se posó con cuidado sobre Deltrian.

—Y… ¿el honorable tecnoadepto?

—Se viene con nosotros —afirmó Cyrion.

El tecnosacerdote se dio media vuelta con un grácil zumbido de mecanojuntas.

—A petición vuestra, he reconfigurado y poliadaptado a mis servidores acorde a las eventualidades previstas.

Octavia miró a Septimus, quien le dedicó una sonrisa forzada.

—Yo también voy, lo mismo que Maruc.

—Yo también pienso ir —anunció Fiera. La respuesta a dicha declaración fue el silencio de los presentes—. Pienso ir —insistió, para luego mirar con sus ojos invidentes a Octavia—. ¿Ama?

—Venga, vale —concedió Cyrion, riendo entre dientes—. Que se venga la pequeña rata.

—Fiera —le replicó este con un tono que resultaba casi hosco. Ahora que tenía nombre, se aferraba a él con tenacidad.

—Sé qué es Vilamus —admitió Octavia—. Y por eso no me puedo creer que estéis tan seguros de sobrevivir ahí. ¿Una fortaleza monasterio en un mundo del Adeptus Astartes?

Cyrion se inclinó hacia a Talos.

—¿Cómo es que nunca se dirige a nosotros por «señores»? Antes entrenabas a estos mortales con más mano dura, hermano.

Talos no le hizo caso.

—No vamos a morir en Vilamus —afirmó.

—Parecéis de lo más seguro… señor.

El profeta asintió.

—Lo estoy. No vamos a tomar parte en la operación principal del asedio. Hurón nos va a asignar otra tarea, y si estoy en lo cierto, entonces, por primera vez desde que viniste a bordo, vamos a luchar una guerra a nuestra manera.

—Y esas no solemos perderlas —añadió Cyrion.

Por una vez, no había ni una sombra de burla en su voz.

• • • • •

Variel abrió los ojos.

—Adelante.

La puerta corredera se abrió de forma ruidosa. El apotecario odiaba a más no poder las veces en que su capítulo tomaba Iris Infernal como base de operaciones. Puede que la estación fuera una maravilla bélica, pero estaba hecha una porquería de destartaladas condiciones que podían enumerarse con un millar de ejemplos, cada cual más indignante.

—Variel —lo saludó Talos mientras entraba en la cámara.

Aquel no se levantó de donde se encontraba sentado en el centro de la sala. La concentración meditativa en la que había sumido su cuerpo se fue perdiendo a medida que recuperaba la consciencia sobre el mundo real. Las pulsaciones de su corazón primario, que había ralentizado hasta alcanzar un estado de sedación casi plena, retomaron su ritmo normal y el apotecario volvió a sentir el calor invasivo de las púas de interfaz de la armadura una vez se le clavaron en el cuerpo.

—Sospechaba que estarías inmerso en tus meditaciones —dijo Talos a través de la rejilla del casco—. Pero esto no puede esperar más.

Variel miró de reojo la mesa quirúrgica pegada a la pared.

—Los dos seguimientos postoperatorios a los que te has sometido no han mostrado indicio alguno de un trabajo defectuoso por mi parte o por la de tus procesos curativos.

Talos negó con la cabeza.

—No he venido para hablar de eso.

—Entonces, ¿qué te ha traído hasta aquí?

—He venido para hablar contigo, Variel, de hermano a hermano. Sin que nos pueda oír ni mi legión ni tu capítulo.

El corsario rojo entrecerró sus inexpresivos ojos.

—Y aun así estás… ¿cómo era esa expresión vuestra?, «¿revestido de medianoche?». El cráneo alado de Nostramo me clava la mirada desde tu armadura de forma tan patente como la garra de Hurón se cierra sobre la mía.

—¿Es eso una observación o una advertencia? —Talos sonreía tras su máscara con semblante de cráneo.

Variel no respondió.

—Ni siquiera te dignas a mostrarme el rostro.

—Hay demasiada claridad.

—Habla, pues.

—La Primera Garra te considera su hermano. Fryga forjó ese vínculo y lo hemos conservado intacto durante dos décadas. Antes de seguir hablando, he de saber si tienes intención de hacer honor al juramento que hiciste aquella noche.

Variel no solía pestañear. Talos ya se había dado cuenta antes y tenía la sospecha de que esa costumbre provocaba un efecto de lo más desconcertante en los humanos. Se preguntaba si dicho efecto sería algo que Variel había cultivado con el paso del tiempo o si se trataba de una tendencia natural que había arraigado después de que le implantaran la semilla genética.

—Para mí, Fryga tuvo lugar hace casi treinta años. ¿Y son sólo veinte para ti, dices? Interesante. La disformidad tiene un sentido del humor maravilloso.

—El juramento, Variel —insistió Talos.

—Yo jamás hice un juramento en Fryga. Hice una promesa. Son dos cosas distintas.

Talos desenvainó la espada y el arma proyectó fragmentos de aquella luz clara sobre las sobrias paredes.

—Sigue siendo una de las hojas más exquisitas que jamás haya visto —admitió Variel, casi suspirando.

—Te salvó la vida —añadió el profeta.

—Y yo salvé la tuya hace escasas semanas. Uno podría decir que estamos en paz y que he cumplido mi promesa. Dime, ¿sigues soñando con los eldar?

Talos asintió, pero no dijo nada más.

—Me hayas salvado la vida o no, necesito tu ayuda.

Variel se levantó al fin y se alejó hasta la sección final de la estación quirúrgica,

consistente en un lavamanos rodeado de tableros para el instrumental y de estantes con recipientes para almacenar fluidos. Con sumo cuidado, soltó el cierre de los guanteletes y se los quitó antes de lavar lenta, muy lentamente, unas manos que ya estaban perfectamente limpias.

—Quieres que traicione a mis hermanos del capítulo, ¿no es así?

—No. Quiero que los traiciones, que les robes y que los abandones.

Variel parpadeó, despacio, igual que un lagarto disfrutando del sol.

—Abandonarlos. Interesante.

—Es más. Quiero que te unas a la Primera Garra. Deberías estar a nuestro lado y librar esta guerra como parte de la VIII Legión.

Variel se secó las manos en un tira de papel toalla impoluta.

—Ve al grano, hermano mío. ¿Cuál es tu plan?

Talos sacó un auspex de uno de los compartimentos del cinto. El escáner de mano había visto días mejores, deteriorado como estaba tras décadas de uso, aunque funcionó de forma decente cuando lo activó. Una imagen bidimensional se mostró en la pantalla de pequeño tamaño, cuyo referente Variel pudo reconocer al instante.

—El *Herencia Venenosa* —dijo el apotecario, que alzó la vista con la intención de mirar a Talos a los ojos por primera vez. Lo logró, incluso con el obstáculo que suponían las lentes oculares del otro—. Me preguntaba si alguna vez averiguarías su auténtico linaje o si, en tal caso, te importaría.

—Me importa. —Talos desactivó el auspex—. Es nuestra nave, y después de Vilamus estará de nuevo en manos de la VIII Legión. Eso sí, para recuperarla necesito que me ayudes.

Sobre la hombrera de Variel, la cara estirada de Kallas Yurlon miraba hacia el amo de la noche con las cuencas vacías de su ancha sonrisa. La Estrella del Panteón de color negro todavía lucía orgullosa en la piel curtida, en contraste con el pálido rosa melocotón de la carne desollada.

—Y si yo aceptara… ¿Qué querrías de mí? —preguntó Variel.

—No podemos irrumpir en un crucero repleto de corsarios rojos. Necesito que la balanza se incline a nuestro favor incluso antes de que nuestras cápsulas de abordaje impacten.

—Una gran cantidad de la tripulación de la nave sigue siendo nostramana, por si no lo sabes. —Variel no miraba a Talos mientras hablaba—. Supervivientes. Oficiales rejuvenecidos y muy valorados por su maestría. Hijos de la primera generación de exiliados de tu mundo perdido. Y si bien los Amos de la Noche no constituyen precisamente el alivio que le reportaría a dicha tripulación una hermandad de amables señores, tengo la sensación de que muchos preferirían el frío abrazo de la VIII Legión antes que los latigazos de los esclavistas de los Corsarios Rojos.

Hizo un alto y resopló.

—Quizá ellos te ayuden a que recuperes tu nave. Aunque la navegante no, de eso puedes estar seguro. Ezmarellda es, sin duda alguna, uno de los lacayos de Hurón.

Talos no iba a dejar que se alejara de la cuestión.

—Lo que necesito es tu ayuda, hermano.

El apotecario cerró los ojos durante un rato, inclinado sobre la estación quirúrgica con la cabeza gacha. Una profunda inspiración terminó por abrirse paso a lo largo de su cuerpo, lo que hizo que sus hombros subieran y bajaran al compás del rumor de su armadura activada.

Hizo un ruido con la boca y se estremeció. Talos estaba a punto de preguntarle qué le pasaba, pero Variel volvió a hacer aquel ruido acompañado de un temblor de hombros. Cuando el apotecario se apartó un paso de la mesa, le brillaban los ojos y los labios se le habían plegado en un *rigor mortis* que parodiaba una sonrisa. Siguió emitiendo aquel ruido, a caballo entre un repetitivo gruñido jadeante y un grito afónico.

Por primera vez desde hacía décadas, Variel el Desollador se estaba riendo.

• • • • •

Alzó la vista en cuanto la puerta se volvió a abrir, aunque hablar le llevó varios intentos.

—¿Qué, el sorbo de agua semanal? —preguntó en gótico, lleno de desdén.

La voz que le contestó era nostramana.

—Veo que todavía te tienen aquí amordazado, igual que a una preciada ramera.

Ruven soltó un gruñido tratando de contener su sorpresa.

—¿Acaso has vuelto para burlarte de mí una segunda vez, hermano?

Talos se puso en cuclillas al lado del cautivo acompañado del ronroneo de su armadura.

—No exactamente. He hablado con los Corsarios Rojos acerca de tu destino. Tienen la intención de ejecutarte pronto, pues ya no pueden arrancarte nada más de la mente.

Ruven respiró con lentitud.

—No estoy seguro de que pueda volver a abrir los ojos. Mis párpados no impiden el paso de la luz y noto como si se hubieran fundido entre sí. —Forcejeó con las cadenas, pero era un gesto débil y lleno de frustración—. No dejes que me maten, Talos. Preferiría que me matara una espada de nuestra legión.

—No te debo nada.

Ruven sonrió de forma que sus labios rajados se replegaron sobre sus dientes doloridos.

—Sí, eso es muy cierto. ¿Por qué has venido, entonces?

—Me gustaría saber algo antes de que te maten, Ruven. ¿Qué ganaste con aquella primera traición? ¿Por qué le diste la espalda a la VIII Legión para llevar los colores de

los Hijos de Horus?

—Todos somos hijos de Horus. Todos llevamos su legado con nosotros. —Ruven no pudo evitar que un matiz apasionado le impregnara la voz—. Abaddon es la perdición del Imperio, hermano. El nombre que susurran un trillón de almas presas del miedo es el suyo. ¿Has oído las leyendas sobre él? El Imperio hasta cree que es el hijo clónico de Horus.

Y él ha inspirado esa leyenda por una razón: el Imperio va a caer. Quizá no este siglo, quizá no el siguiente. Pero va a caer, y Abaddon estará ahí, aplastando con la bota la garganta del cadáver exangüe del Emperador. Abaddon estará ahí la noche en que muera el Astronomicón y el Imperio quede sumido al fin en la oscuridad.

—¿Todavía crees que podemos ganar esta guerra? —Talos vaciló, pues jamás hubiera esperado oír esa idea de Ruven, simple y llanamente—. Si Horus fracasó, ¿qué posibilidades de ganar va a tener su hijo?

—Todas ellas, pues no importa lo que tú o yo digamos, es un destino escrito en las mismas estrellas. ¿Cuánto crees que superan ahora las fuerzas del Ojo a las que huyeron tras el fracaso que fue el asedio de Terra? ¿Cuántos billones de hombres, cuántos millares incontables de naves se han apresurado a formar bajo el estandarte del señor de la guerra en diez mil años? El poder de Abaddon eclipsa cualquier flota que Horus hubiera comandado jamás. Lo sabes tan bien como yo. Si pudiéramos evitar destriparnos los unos a los otros el tiempo suficiente, ya nos estaríamos meando en los huesos del Imperio.

—Incluso los primarcas fracasaron. —Talos no pensaba ceder—. Terra ardió, pero al final resurgió. Fracasaron, hermano.

Ruven miró al profeta, tragando saliva para aliviar el dolor que le suponía hablar.

—Por eso estás tan ciego a nuestro destino, Talos. Todavía los idolatras. ¿Por qué?

—Eran los mejores de nosotros.

La respuesta estaba clara a juzgar por el tono del profeta. Ruven sabía que jamás se había planteado siquiera aquella pregunta.

—No. Estás dejando que la veneración guíe tus palabras; pero hermano, no puedes permitirte ser tan ingenuo. Los primarcas eran la humanidad elevada a la enésima potencia: la totalidad de las mayores virtudes de la humanidad equilibradas con sus mayores defectos. Por cada triunfo o destello de genialidad preternatural había una derrota aplastante u otro paso más hacia el descenso a la locura. ¿Y dónde están ellos ahora? Aquellos que todavía existen son avatares distantes, ligados a los dioses que representan, elevados para dedicarse de pleno al Gran Juego. Piensa en el Cíclope y en cómo otea cada eternidad posible con su ojo envenenado, mientras una legión de muertos errantes cumple la voluntad de los pocos hijos que han sobrevivido. Piensa en Fulgrim, tan embelesado por la gloria del Caos que aún no se ha enterado de que su legión se fragmentó hace milenios. Piensa en nuestro propio padre, que acabó su vida como un demente con sentimientos enfrentados y que en un primer momento le daba al Emperador una lección grandiosa e idealista y al siguiente

no se dedicaba a otra cosa que no fuera comerse el corazón de cualquier esclavo que tuviera a mano mientras se sentaba en la Galería de los Gritos y se reía a carcajadas escuchando los lamentos de los condenados.

—No estás contestando a mi pregunta, Ruven.

Este volvió a tragar saliva.

—La contesto, Talos, la contesto. La VIII Legión es algo débil, carente de todo equilibrio; una coalición rota entregada a sus propios placeres sádicos. Sin mayor meta que la matanza. Sin una ambición más elevada que sobrevivir y masacrar. Eso no es ningún secreto. Puede que haya dejado de ser un amo de la noche, pero sigo siendo nostramano. ¿Crees que disfruté arrodillándome ante Abaddon? ¿Piensas que encontré regocijo alguno en que nombraran Señor de la Guerra a alguien de otra legión que no era la mía? Yo detestaba a Abaddon, pero aun así lo respetaba, pues va a lograr lo que nadie más puede. Los dioses lo han bendecido y lo han elegido para que permanezca en el reino mortal y realice aquello que los primarcas jamás pudieron llevar a cabo.

Ruven tomó aire con un escalofrío, visiblemente más débil a medida que concluía.

—Me has preguntado el motivo por el que me uní al Saqueador, y la respuesta yace en el destino de los primarcas. El propósito de su existencia jamás fue que se convirtieran en los herederos de este imperio. Sus destinos estaban sellados desde el momento en que nacieron, por no hablar de sus encumbramientos. Son ecos que ya casi han abandonado la galaxia, sumidos en el Gran Juego del Caos, lejos de los ojos de los mortales. El Imperio nos pertenece a nosotros, dado que todavía seguimos aquí. Somos los guerreros que quedaron atrás.

Talos tardó varios segundos en contestar.

—Noto que de verdad te crees lo que estás diciendo.

A Ruven se le escapó una risa de frustración.

—Todos lo creen, Talos, porque es la verdad. Abandoné la legión porque renegaba de la carnicería sin sentido, así como de la esperanza ingenua e inútil de simplemente sobrevivir a esta guerra. A mí no me bastaba con sobrevivir. Quería ganar.

El prisionero se dejó caer. En vez de quedarse colgado de sus grilletes, cayó hacia adelante y se estrelló contra la fría cubierta. Al principio era incapaz de moverse; la conmoción fue demasiado grande, al igual que el dolor de la caída que acababa de abusar de sus músculos acabados de despertar.

—Estoy… Estoy libre —dijo sin aliento.

—Sí, hermano, estás libre. —Talos ayudó al hechicero tembloroso a sentarse—. Va a pasar mucho rato hasta que puedas volver a usar las piernas, pero tenemos que ser rápidos. Hasta entonces, bébete esto.

Ruven extendió las manos y los dedos se le cerraron en torno a la taza que Talos le ofrecía. La hojalata que sujetaba con sus dedos insensibles estaba cálida. Empezaba a recuperar la sensación en las extremidades.

—No entiendo nada. ¿Qué es lo que ocurre?

—Le he entregado una parte de nuestras reservas de semilla genética al Cosechador de Sangre a cambio de tu vida. —Talos dejó que las palabras calaran en Ruven; el peso que tenía una acción de ese calibre—. Y luego he venido a liberarte, o a rajarte la garganta —admitió el profeta—. Tu destino dependía de lo que dijeras. Y estoy de acuerdo contigo en una cosa, hermano: yo también estoy cansado de conformarme con sobrevivir a esta guerra. Quiero empezar a ganarla.

—Necesito mi armadura. Y mis armas.

—Ya están en la armería de la Primera Garra.

Ruven agarró el collar de hierro que tenía alrededor de la garganta.

—Y esto. Me tienes que quitar esto. No me deja invocar mis poderes.

—Septimus lo hará.

El hechicero soltó una risa entre dientes. Sonaba enfermiza, sin duda.

—¿Ya vas por Septimus? La última vez que caminé por los pasillos del *Pacto* era Quintus quien te servía.

—Quintus murió. ¿Eres ya capaz de levantarte? Te ayudaré, pero el tiempo apremia, e incluso con el casco puesto la luz ya empieza a doler.

—Lo intentaré. Pero tengo que saberlo… ¿Por qué me has liberado? No eres un alma caritativa, Talos. No con tus enemigos. Dime la verdad.

El profeta cargó con casi todo el peso de su antiguo hermano para ayudarlo a levantarse.

—Necesito que hagas algo a cambio de haberte salvado la vida.

—Lo haré. Dime de qué se trata.

—Muy pronto, el *Pacto* tendrá que volar sin un navegante que lo guíe. —El profeta bajó la voz y esta adoptó un matiz suave—. Te quitaremos el collar y te devolveremos tus poderes, Ruven. Necesito que realices el salto con la nave.

TERCERA PARTE
EL ECO DE LA MALDICIÓN



VILAMUS

Tareena se restregó los ojos con los pulgares lo bastante fuerte como para ver estrellas de colores. Una vez se quedó satisfecha con haber entumecido el dolor hasta olvidarlo, se ajustó el microrreceptor que tenía colocado en la oreja y le dio dos golpecitos para garantizarse a sí misma que el aparato seguía siendo igual de inútil ahora que durante las últimas semanas.

El sonido que emitía su auspex era más que un timbre un atragantamiento, pues la hasta ahora rítmica nota de escaneo se había desgajado hasta formar un molesto tartamudeo de estática. La pantalla del radar gozaba de la misma nitidez que el sonido que emitía, ya que mostraba un torrente de distorsión que no le decía nada a nadie.

Sabía a qué se debía la distorsión. Todos lo sabían. Aunque saberlo no los ayudaba a eliminarla. Tareena, sentada en su asiento, se volvió hacia su superiora.

—¿Controladora primaris? —la llamó al otro lado de la cámara.

La controladora primaris Mataska Shul se acercó trayendo consigo su silencio austero. Tareena se olió una reprimenda en el futuro próximo al haber alzado la voz.

—¿Sí, hermana? —respondió la mujer de edad avanzada con cuidado milimétrico.

Tareena introdujo un código de resintonización que no cambió absolutamente nada de la pantalla.

—Controladora primaris, os pido disculpas por haberos interrumpido.

Lo único que quería saber era si los augures habían refinado los cálculos previos acerca de la duración de la interferencia.

La controladora primaris la obsequió con una sonrisa de sus finos labios.

—Esta tormenta solar nos tiene a todos atribulados, hermana. El Consejo Primaris se reunirá con el capitán de la Décima Compañía cuando el tañido de las campanas resuene tres veces. Hasta entonces, confía en ti misma, así como en tus instrumentos,

por muy ciegos que estén ahora.

Tareena le dio las gracias a su superiora y volvió a la consola. El sol Vila, en el centro del sistema Vilamus, era un benefactor temperamental, de eso no había duda alguna. Tareena acababa de entrar en su séptimo año en los Controladores de Vilamus y aquella era la quinta explosión solar de Vila. Eso sí, ninguna había durado tanto. Los incidentes previos de inestabilidad solar habían acabado a los pocos días. Este ya iba por su tercera semana, sin indicios de que fuera a aplacarse.

Ojeó unas cuantas imágenes archivadas del brillante y orgulloso corazón ígneo situado en el centro del sistema. Varias de aquellas imágenes, que se encontraban entre las últimas que los satélites de observación de la fortaleza monasterio habían grabado antes de perder contacto con la superficie, mostraban al sol eyectando arcos grandes y amplios de plasma brumoso, cosa que iba mucho más allá de la típica actividad de una fulguración solar.

La rigurosa formación que Tareena había recibido se había centrado en las operaciones interestelares, dado que la habían destinado al strategium de mando de la fortaleza monasterio. Ella sabía lo que veía, y si bien el nombre de «tormenta solar» era bastante adecuado, no se trataba del título exacto que denominaba aquel fenómeno.

La «eyección de masa coronal» se debía a causas naturales y no era precisamente rara en las estrellas tan agresivas como Vila. Aunque eso no quitaba para que inutilizase los delicados sistemas electrónicos del monasterio con alegre desenfreno, por no mencionar que a Tareena no le gustaría que aquello la cogiera sobre la superficie del planeta sin un traje antirradiación reforzado.

Tampoco es que hubiera nada ahí fuera, la verdad. Vilamus en sí, la fortaleza monasterio de los Marines Errantes, era el único cúmulo de vida sobre la superficie de todo el planeta. Tareena había nacido aquí e iba a morir aquí, como sus padres habían hecho antes y como sus hijos harían después.

—Hermana Tareena —la llamó una voz desde más allá de la consola principal. Tareena se volvió y vio que Jekris la estaba mirando. Se había quitado la capucha, lo que dejaba al descubierto un rostro en el que habían hecho mella las preocupaciones y las sonrisas frecuentes. Rondaba los cincuenta y seguía soltero. A ella le gustaba, le gustaba su expresión paternal.

—Hermano Jekris. —Mantuvo la voz baja, consciente de que la controladora primaris rondaba por ahí cerca.

—Hermana, me gustaría que apuntases con un pulso augur hacia el este, a las coordenadas que te voy a dar ahora.

Tareena miró las coordenadas que le envió Jekris a la pantalla, pero negó con la cabeza.

—Me va mal el equipo, hermano. ¿Es que el tuyo va bien?

—Por favor; hazlo por mí, si puedes.

Tecleó los dígitos para apuntar con un estallido de auspex localizado hacia la

porción de tierra que le habían especificado. Aquello tardó casi un minuto en dar resultado, pues las parabólicas que había sobre las almenas de la fortaleza se tenían que girar y realinear. Cuando el glifo de «**LISTO**» parpadeó, introdujo su código personal.

La imagen de retorno volvió en la forma de una mancha saturada de basura ininteligible. Las gráficas contestaban aún con menor claridad, si cabe.

—No veo nada más allá de la tormenta —le confesó—. Lo siento, hermano.

—Por favor —repitió con su voz amable tan característica y que delataba un matiz de curiosidad—. Vuelve a intentarlo, si puedes.

Ella lo hizo, pues tampoco es que tuviera nada urgente, de todos modos, y se pasó varios instantes mirando el despliegue de resultados embrollados del retorno de radar.

—Yo no veo nada, hermano.

—¿Podrías examinar mis resultados?

Tareena parpadeó.

—Claro.

Jekris transmitió varias imágenes al monitor secundario de Tareena y esta les echó un vistazo.

—¿Lo has visto ya? —le preguntó Jekris.

Ella no estaba segura de lo que veía. En varias de aquellas imágenes parecía haber una especie de estructura en las tierras yermas, pero las interferencias impedían cualquier oportunidad de averiguar sus dimensiones, por no hablar de si realmente estaba allí. Lo que destacaba en el centro de un gran número de las pantallas era poco más que una mancha del tamaño de un pulgar que pasaba casi desapercibida en medio de aquel desorden producto de la distorsión.

—Pues creo que no —admitió. Tareena transfirió las imágenes a su pantalla principal e introdujo un código de reconocimiento de imágenes. La búsqueda no obtuvo ningún resultado—. Es una imagen residual, hermano. Estoy segura.

Le lanzó una mirada breve a la controladora primaris, a pesar de todo. Cuando el auspex fallaba había que informarla de ese tipo de cosas.

Jekris asintió con un gesto de la cabeza y alzó la mano para llamar a la mujer de mayor edad.

Tareena centró otro escaneo en aquella localización ajustando el alcance del pulso de auspex a un margen más estrecho. La imagen de retorno seguía siendo igual de ininteligible que las otras que había realizado desde hacía semanas, sin rastro alguno de esa imagen residual. Al ser la responsable de escrutinio, inició la purga de datos previos del caché de su escáner y configuró cada elemento de largo alcance para que trabajara por separado. Movimiento, rastreo térmico, bioseñales; todo. Uno tras otro, lo único que daban era negativo, negativo, negativo…

Excepto el último de la lista.

—Esto… Tengo una lectura —anunció—. He detectado trazas de hierro a

doscientos sesenta kilómetros al este de los muros de la fortaleza.

—¿Lecturas de masa? —La controladora primaris se sumió de pronto en un estado de alerta extrema.

—No se muestran. —Tareena hizo un gesto negativo con la cabeza—. La distorsión impide que recibamos cualquier dato específico.

—Es una cápsula de desembarco —dijo Jekris—. Mirad la forma que tiene.

—No sé… —dejó escapar con suavidad Tareena mientras comprobaba las imágenes de Jekris. «No. No puede ser». Y se mostró en desacuerdo—: Los Marines Errantes no tienen desplegadas fuerzas en la órbita. Así que, ¿de dónde pueden haber salido?

—No tenemos ni idea de lo que los Marines Errantes tienen o dejan de tener en la órbita, hermana. —Jekris le ofreció una sonrisa tímida, reacio a contradecirla—. Puesto que somos incapaces de ver lo que hay allí arriba.

—Seguro que se trata de uno de nuestros satélites. Uno de observación o una plataforma de misiles. Con una eyección de masa coronaria tan intensa, tenemos casi garantizado que varios de nuestros satélites dejen de funcionar y desciendan hasta reentrar en la atmósfera.

—¿En tan poco tiempo?

—Depende en gran medida de los propios satélites, al igual que de la naturaleza del fallo. Pero sí, en tan poco tiempo es posible.

Jekris miró a la controladora primaris cejando en su empeño de tratar de convencer a otra persona que no fuera la mujer de mayor edad.

—Se trata de una cápsula de desembarco, señora. Estoy convencido.

Tareena se quedó mirando la imagen con detenimiento otra vez mientras modulaba una especie de silbido al succionar aire entre los dientes. Pero, al fin, hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—No sé decirte, de todos modos. Puede que sea un satélite. Puede que sea una cápsula de desembarco.

La controladora primaris asintió.

—Voy a informar a los Marines Errantes de inmediato. Lo más probable es que decidan investigarlo.

• • • • •

La radiación era brutal, por lo que enviaron a Taras y a Morthaud. A pesar del gran número de modificaciones genéticas de los exploradores del Adeptus Astartes, estos seguirían sufriendo en las tierras yermas con aquella tormenta solar irradiando todo el sistema. Aquello dejaba el asunto en manos de unos marines espaciales experimentados, por lo que Taras y Morthaud se prestaron voluntarios sin dudarlo

un instante.

Ambos llevaban orgullosos la heráldica de la Octava Compañía engalanándoles la armadura. Ambos llevaban puestos los cascos, que estaban pintados en dos mitades cromáticas de blanco y azul. Ambos, como siempre, estaban discutiendo.

—Esto va a ser una falsa alarma —aseguró Morthaud—. Escucha lo que te digo, estamos buscando un pedazo de roca caído, o peor todavía, una residual de auspex. —Expresó aquella aseveración a su compañero desde el asiento del artillero del Land Speeder a la vez que aferraba la empuñadura del bólter pesado.

Taras, a su vez, manejaba los controles del piloto mientras sobrevolaba el terreno irregular con el aerodeslizador a toda velocidad. Tras ellos surgía una columna de polvo de roca que se transformaba en formas vaporosas por obra de los escapes rugientes y abrasadores.

Hablaban entre ellos por el comunicador, de armadura a armadura y sin que les afectase el disturbio estelar que tenía lugar en los cielos. No había duda de que sus corazas eran milagros tecnológicos para la mayoría del Imperio, pero al hacer gala de una austera simplicidad y de unas aplicaciones sensoriales limitadas, sus armaduras de batalla se habían vuelto invulnerables a los tipos de interferencia que anularían sistemas más sensibles e intrincados.

—Ya verás —con estas palabras Morthaud puso fin a su insistente diatriba.

El aerodeslizador se inclinó hacia un lado cuando esquivó un saliente de roca erosionada, lo que hizo que ambos guerreros se ladeasen en sus asientos. Taras no miró a su hermano dado que tenía toda la atención puesta en las tierras yermas que dejaban atrás a toda velocidad.

—No me dirás que no sería preferible a la otra alternativa.

Morthaud suspiró con actitud burlona mientras miraba por la retícula de adquisición de blancos del cañón.

—No sería la primera vez que nos encontramos con satélites que se salen de órbita y caen a la superficie.

—No —dijo Taras—. La otra alternativa.

—¿Por qué iba una de nuestras naves…?

—No estoy hablando de una de nuestras naves. Sabes que no me refiero a eso; deja de ser tan cabezota. Puede que eso les resulte gracioso a los iniciados, pero a mí no.

Morthaud, al igual que su hermano, seguía centrado en su deber con un rigor inquebrantable. Mirara adonde mirase, el ancho cañón del bólter pesado lo seguía.

—Estás sugiriendo algo imposible.

Taras permaneció callado durante un largo rato.

—Los mundos natales capitulares no son inmunes a los ataques —murmuró.

—Puede. Pero atrás han quedado las progenies xenos descerebradas que lo han intentado en el pasado. Venga, hermano, pongámonos serios. ¿A qué viene esa melancolía tan extravagante que te ha dado?

Taras dio un viraje brusco rodeando otro saliente de roca inmenso mientras se

fijaba en que el paisaje se hacía cada vez más hostil, ya que se fragmentaba dejando crestas a medida que se adentraban en las tierras baldías.

—Hemos estado acuartelados demasiado tiempo. Eso es todo. Ansío volver a emprender una cruzada. —Parecía estar a punto de seguir hablando, pero en vez de eso, murmuró—: Espera.

Los motores del aerodeslizador apaciguaron su prolongado rugido hasta sustituirlo por un lamento estrangulado. El terreno yermo se deslizaba a buena velocidad por debajo de ellos en lugar de pasar centelleando como un borrón infinito e incoloro que casi desafiaba al sentido de la vista.

—Ya estamos cerca —dijo Taras—. Es justo detrás de la siguiente cresta.

• • • • •

Morthaud pasó el guantelete por el cicatrizado revestimiento contra el calor de la superficie metálica para apartar la ceniza, propia de la reentrada en la atmósfera y que hacía las veces de protección. No cabía duda de que era una cápsula de desembarco. Y tampoco cabía duda de que no se trataba de una de las suyas.

Antes de acercarse a la cápsula, intentaron contactar con Vilamus por el comunicador, con el resultado que cabía esperar de un gesto tan inútil. Taras había dirigido la marcha realizando un amplio registro del lugar antes de que desembarcasen y se abrieran paso cañón abajo. Incluso aunque no llegasen a formar una escuadra, cada movimiento que hacían delataba ecos de aquella coordinación en grupo: uno descendía hasta una sección estable de pared mientras que su hermano lo cubría apuntando con el bólter al interior del cañón.

Una vez en el fondo, se separaron e inspeccionaron los alrededores sin dejar de mantener contacto regular por el comunicador. Los marines errantes se volvieron a encontrar al lado de la cápsula de desembarco una vez que tuvieron la certeza de que el área estaba despejada.

—Una sola cápsula y en mitad de esta tormenta. —Taras inspeccionó los tronos de sujeción en el interior de la cápsula abierta—. Y en esta cordillera… Me parece del todo increíble que los escudriñadores hayan sido capaces de detectarla.

Morthaud hizo un barrido con el auspex de mano sobre el casco requemado de la cápsula.

—Las marcas de carbón están frescas. No lleva aquí más de una semana.

—Busca emblemas de afiliación. —Mientras su hermano realizaba el escaneo, Taras, con el bólter preparado y en alto, inspeccionaba los alrededores a la búsqueda de cualquier señal de enemigos—. Date prisa. Debemos regresar a la fortaleza.

Morthaud desactivó el escáner y apartó con la mano la capa de polvo ceniciento del blindaje de la cápsula. Sus esfuerzos revelaron un símbolo desgastado: un cráneo

con cuernos frente a dos alas demoníacas desplegadas.

—¿Ves algo? —le transmitió Taras.

—Afirmativo. —Morthaud se quedó mirando aquel símbolo y sintió que se le ponía la piel de gallina—. Son traidores.

• • • • •

El fracaso, tal y como le habían dicho, no acarreaba vergüenza alguna. Todavía era útil. Todavía tenía un rol que desempeñar en el deber solemne del capítulo. En efecto, el fracaso llegaba con su buena parte de triunfo agridulce, pues incluso sobrevivir a no superar las pruebas era un logro que relativamente pocos, entre los miles que lo intentaban, eran capaces de conseguir. Los pergaminos que enumeraban a los innobles difuntos eran largos y sus nombres figuraban como recordatorios de última hora, por una cuestión de detalle más que de la remembranza.

Y a pesar de todo, seguía siendo humano y seguía estando a merced de sus emociones. Cada vez que se inclinaba ante sus señores se tragaba los dolorosos retortijones de la envidia y los remordimientos. De las profundidades burbujeaban siempre las mismas preguntas: ¿Y si se hubiera esforzado más? ¿Y si hubiera logrado aguantar unos pocos instantes más? ¿Habría sido él el que se hubiera recubierto de ceramita consagrada mientras los humildes humanos le hacían reverencias exageradas?

«Servir es conocer la pureza» eran las palabras inscritas encima de cada uno de los pasillos abovedados que conducían a los dormitorios de los sirvientes. Él se enorgullecía mucho de su trabajo, por supuesto. Todos los controladores lo hacían. Su rol era vital y su diligencia estaba puesta más allá de toda duda. Desde el programador de servidores más humilde hasta el más respetado de los artificieros, los controladores atesoraban su puesto irreemplazable en el corazón del capítulo.

Esta dualidad moraba mejor en unos corazones que en otros. Él pecaba de prudente cuando hablaba de sus remordimientos, eso sí. Varios de sus hermanos y hermanas encapuchados parecían no hacer otra cosa sino gozar de sus tareas, deseosos de servir al capítulo sin prestar atención a lo que podrían haber sido.

Yeshic se puso la capucha para hacer frente al sempiterno aire frío que recorría los grandes salones. Su tarea nocturna se alzaba ante él; un largo turno en el meritoriam para escribir las hazañas del capítulo en pergaminos y sellos de pureza para sus sagradas armaduras. Un trabajo difícil, pues la escritura debía ser precisa y la caligrafía perfecta. En algunos casos, las hazañas eran tan extensas que las letras de los sellos de pureza eran ilegibles a simple vista. Yeshic hacía un buen trabajo, y lo sabía. Una vez, el mismísimo tercer capitán le había escrito una recomendación por su poesía elegante al relatar sus gestas. Tras llevarle la recomendación a la controladora

primaris, le habían concedido el honor de que le grabaran a fuego el símbolo sagrado del capítulo, la Estrella Fugaz, en la piel del antebrazo.

Nada más entrar en el meritoriam secondus, la menor de las dos cámaras empleadas para dichas tareas, pasó de largo docenas de pupitres ocupados mientras saludaba con la cabeza a varios de los escribas. La caja de madera que llevaba bajo el brazo contenía su juego personal de tintas, que depositó en el hueco pertinente situado al borde del pupitre. Con milimétrico cuidado, Yeshic preparó las tintas, las plumas y los botes de arena que usaba para ayudar en el secado de la escritura.

Había estirado la mano para alcanzar el primer pergamino cuando oyó un sonido que provenía de la antecámara.

—¿Has oído eso? —le preguntó a Lissel, la joven de la mesa de al lado. La chica frunció el ceño a raíz de aquella interrupción sin dejar que la pluma descansara de su áspero recorrido. Rara vez se rompía aquí el silencio. Lissel hizo un gesto negativo con la cabeza sin alzar la vista de su trabajo.

Ahí estaba otra vez. Un ruido metálico, amortiguado y muy breve; el sonido del metal chocando contra el metal.

Yeshic miró por encima del hombro, a la entrada que conducía a la antecámara.

—No es nada —murmuró Lissel—. Sólo Cadry limpiando el almacén. Se fue allí pocos minutos antes de que llegaras.

A pesar de todo, Yeshic se levantó del asiento, se dirigió a la puerta cerrada e introdujo el código de apertura. Una vez que la puerta se abrió con silenciosa suavidad, sus intrigados ojos no distinguieron peligro alguno. El meritoriam secondus contaba con una cámara de almacén inmensa; un bosque de estanterías llenas de portapergaminos, de tubos para guardarlos, viales de tinta y herramientas para mezclar pigmentos.

Se adentró un paso y cerró la puerta para no molestar a los demás cuando llamara en voz baja a Cadry.

Un rumor irritante en el aire hizo que se le durmieran las encías, aunque no era capaz de averiguar su fuente. Sin lugar a dudas, provenía de una máquina. Quizá fuera el molinillo del mortero, que se había estropeado, lo que en absoluto suponía un hecho sin precedentes, ni mucho menos. Yeshic se adentró más en dirección a las filas de estanterías. La sensación de tener estática en la boca se incrementó. Aquel zumbido resonante aumentó de volumen justo en ese preciso momento. Sonaba casi como el rugido de la ceramita despierta, consagrada en nombre del Emperador. Pero los Marines Errantes nunca se aventuraban en aquella ala de la fortaleza. Yeshic sonrió con sólo pensarlo: a un miembro de los Marines Errantes le costaría una barbaridad pasar por la entrada de la sala siquiera.

—¿Cadry? Cad… Vaya.

El hombre de avanzada edad estaba encorvado sobre el mortero automático mientras la máquina permanecía en marcha en el lugar que ocupaba en el banco de trabajo. El rumor agresivo estaba ahora en todas partes; más que ruidoso, era

invasivo, lo suficiente fuerte como para hacer que se le calentaran los ojos con sus vibraciones sutiles. Miró a los alrededores en búsqueda de cualquier indicio de que hubiera uno de sus señores cerca, pero no vio nada. Todo estaba en perfecto orden, menos la postura laxa de Cadry.

—¿Cadry? ¿Estás bien?

Tocó al anciano en el hombro. Como si lo hubieran deshuesado, Cadry cayó de cara sobre el banco.

Un ataque al corazón, seguramente. El pobre zoquete. Yeshic comprobó el pulso del hombre tocándole el cuello, y no lo encontró. Todavía tenía la piel caliente, eso sí. El escriba de menor edad murmuró una plegaria sin saber bien qué decir. Cadry había servido de forma honorable durante siete décadas. Un buen número de controladores asistiría a sus ritos funerarios, puede que incluso un par de los pocos marines errantes que quedaban en Vilamus.

Yeshic le dio la vuelta al cuerpo para verle el rostro al anciano, con la intención de cerrarle los ojos antes de que llegaran los ayudantes funerarios.

La sangre coloreaba el pecho del viejo. No tenía ojos. En su lugar, lo que miraba impertérrito eran unas cuencas vacías, que la sangre había ennegrecido y los fluidos habían humedecido.

Yeshic se volvió en redondo y dio un único paso antes de dar de bruces con una mano que se había lanzado en pos de su garganta. De piel de hierro y de una gelidez sorprendente, la mano que hacía presa sobre él se cerró todavía más, lo que lo dejó incapaz de cualquier cosa que no fuera soltar escupitajos inarticulados de sus boqueantes labios.

Alzó la vista y siguió el brazo que lo agarraba. Su atacante colgaba del techo y estaba acorazado con ceramita ornamentada de una clase que el sirviente jamás había visto. Una de las manos del marine errante aferraba el borde de un conducto de mantenimiento, mientras que la otra arrastraba al vasallo que se retorcía y lo levantaba del suelo sin esfuerzo alguno, sin importar lo que este forcejeara.

En tres latidos del corazón de Yeshic, el marine errante se había introducido en el conducto de mantenimiento y se había llevado al sirviente consigo.

«¡No es un errante, no es un errante, no es un errante!».

—No reces… —susurró el guerrero con un diminuto crepitar de estática y la expresión maligna de sus lentes oculares rojas—… a tu Emperador. O te mato más despacio, si cabe.

«¡No es un errante…! Pero ¿cómo…? ¿Quién…?».

—¿Quién…?

El guerrero apretó otra vez, lo que le quitó el aire.

—Y no hagas preguntas tontas, o hago que te comas tus propios ojos.

Como un fogonazo, le sobrevino la imagen de Cadry entre sus pensamientos frenéticos. Al viejo gordo lo habían mutilado hasta dejarlo ciego, y le habían arrancado los ojos de la cara para colocárselos sobre la lengua. Podía ser, incluso, que

se hubiera asfixiado al atragantarse con ellos antes de tragárselos…

—Te lo agradezco —susurró el guerrero—. Ser tan obediente te ha librado de la misma última comida que ha disfrutado tu amigo.

El «no es un errante» desenvainó un cuchillo plateado y apoyó la punta por debajo de la barbilla de Yeshic.

—Espera —sollozó el siervo—. Por favor.

El guerrero exhaló algo parecido a un suspiro y le hizo una confesión de tres palabras al humano gimoteante:

—Aborrezco las súplicas.

Empujó la hoja hacia arriba con fuerza y la enterró hasta la mitad de su largo, lo que le atravesó la lengua, el paladar, el cráneo y el cerebro al humano. Yeshic se convulsionó y sus brazos, presas de los espasmos, golpearon las paredes del conducto e hicieron un ruido metálico que nadie oyó.

Por fin, el escriba del meritoriam quedó inerte. El guerrero no se demoró en ponerse manos a la obra: rompió el esternón con el pomo de su cuchillo táctico y empezó a cortar con movimientos de serrucho la caja torácica con varios tajos. Una vez que le rompió las costillas, que quedaron abiertas de par en par y dejaron al descubierto el amasijo de órganos que había debajo, el guerrero le pegó una patada al cadáver para echarlo fuera del conducto de mantenimiento, y se estrelló contra el suelo con un crujido húmedo. Lo que aquel cuerpo abierto en canal contenía empezó a derramarse. Incluyendo el olor.

Miró con atención la obra que había realizado con tantas prisas: el anciano sin ojos y el joven abierto en canal; su novena y décima muertes desde que había llegado hacía menos de una hora. Serían todo un descubrimiento para cualquier siervo ajeno al peligro.

El guerrero se detuvo tan sólo para limpiar el cuchillo y enfundarlo en la musiera. Las sirenas escogieron ese momento para empezar a sonar.

Movido por la curiosidad, Talos volvió a mirar el regalo que había dejado allí abajo, pero los cuerpos seguían sin haber sido descubiertos. Las sirenas se tornaron furiosas. Sonaba como si el monasterio al completo gritara la alarma, lo que, en cierto sentido, era del todo cierto. En algún lugar de esta fortaleza descomunal, alguna obra suya o de sus hermanos había sido descubierta.



INFILTRACIÓN

Resultaba fácil admirar los planes de Hurón, al igual que ocurría con la pasión con la que los había expuesto. Haciendo gala de una consideración y humildad sorprendentes hacia el centenar de guerreros a los que había encomendado un suicidio en potencia, el Tirano subió a bordo del *Pacto de Sangre* junto al número ínfimo de astartes que componía su guardia de honor con motivo de concederles a los Amos de la Noche una audiencia en privado. Dentro del puente de mando del *Pacto* y con dos de sus exterminadores huscarls a los flancos, el líder de los Corsarios Rojos explicó sus planes con todo lujo de detalles y especificó los objetivos potenciales que eran susceptibles al asalto de los Amos de la Noche. Incluso admitió que, en última instancia, la llegada de la VIII Legión había sido un acontecimiento fortuito. Lo más adecuado sería usar a los Amos de la Noche en la primera fase de la invasión, y a pesar de que confiaba en que le dieran buenos resultados, sabía que sus mejores oportunidades para lograr la victoria se darían mediante sus propios métodos.

Talos y la Primera Garra presenciaron todo aquello en una formación dispersa alrededor de la mesa hololítica. Las otras Garras hicieron lo mismo. Tan sólo un amo de la noche permanecía solitario, con la armadura recién pintada y empequeñecido a causa de su aislamiento, aunque eso no le impedía adoptar un porte orgulloso. Ruven no estaba asignado a ninguna Garra dado que todas y cada una de ellas lo habían rechazado. De todos ellos, el Elevado y sus Atramentar demostraron ser los que peor reaccionaron, al prometer de forma taxativa que matarían a ese traidor si era lo bastante imbécil como para ofenderlos, aunque fuera una sola vez.

Llegado a la mitad de su discurso, el Cosechador de Sangre invocó una proyección hololítica de la fortaleza monasterio de Vilamus. Aunque no fuera más que una representación, aquella imagen parpadeante y tosca disparó en la férrea mirada de

Talos algo muy parecido a la envidia. Ninguna fortaleza monasterio era igual a otra, y además, Vilamus se alzaba como una catedral de la Eclesiarquía, reforzada hasta constituir un bastión gótico con almenas escalonadas, muros defensivos dispuestos en gradas, plataformas de aterrizaje y, en los niveles superiores, muelles para reparar las naves de guerra que surcaban la órbita baja en el santuario del capítulo.

—Podríamos hacer que el *Pacto* se estrellase contra la fortaleza y daría lo mismo —reflexionó Xarl, que llevaba el yelmo bajo el brazo. Por razones que Talos no era capaz de dilucidar, desde que llegaron a Iris Infernal, Xarl había empezado a llevar su casco ceremonial. Su ornamentación era el eco del emblema de los Amos de la Noche, con dos alas quirópteras y estilizadas que despuntaban para formar una cresta elegante.

—¿Por qué llevas eso? —le preguntó Talos en voz baja durante el informe de la misión.

Xarl miró hacia el yelmo que tenía bajo el brazo y luego le dedicó un gesto ceñudo al profeta.

—Un poco de orgullo no hace daño, hermano.

Talos lo dejó estar. Quizá Xarl tenía razón.

Hurón hizo una pausa para aclarase la garganta de bilis. Mientras tragaba, unos mecanismos que tenía en el cuello y el pecho chasquearon con sonidos metálicos.

—Una fortaleza monasterio es un bastión defensivo sin parangón. Todos lo sabéis, pero incluso unos baluartes de este calibre tienen puntos más vulnerables que otros. Vilamus no es ningún castillo provinciano en la frontera del Imperio. Las simulaciones hololíticas que llevamos a cabo para representar el ataque desde la órbita supusieron un entretenimiento de lo más funesto, por mucho que incluyéramos a toda mi armada corsaria. Aunque contemos con una flota como la nuestra, creedme que una batalla así no nos haría ganar demasiada gloria a ninguno de nosotros.

Un buen número de los guerreros reunidos rio entre dientes.

—Tenéis todo el derecho a preguntaros porqué os voy a usar de un modo tan cruel —concedió Hurón—. Y es porque si vuestra legión no puede completar las primeras fases de la invasión por sí sola, entonces el asedio no tiene ninguna esperanza de tener éxito. Os voy a usar, pero no como un señor usaría a un esclavo. Os voy a usar como un general que esgrime un arma.

—¿Qué hay para nosotros ahí dentro? —inquirió en voz alta uno de los Ojos Sangrantes. La pregunta provocó un coro de risitas siseantes por parte de los demás miembros del culto. Eran treinta en total y la mayoría estaban acuclillados para acomodar sus pies rematados en garras, aunque varios de ellos, los que menos habían cambiado, permanecían erguidos.

Hurón no sonrió. Inclinó con lentitud la cabeza en un gesto afirmativo, como si evaluara la sabiduría de la pregunta.

—Podríamos decir que darle permiso a vuestra nave para atracar en mi muelle bastaría como recompensa. Pero no soy egoísta con los botines de guerra; ya sabéis lo

que me interesa de este asalto. La VIII Legión es libre de rapiñar lo que quiera, siempre y cuando no toque las reservas de semilla genética de los Marines Errantes. Robad armaduras, reliquias, prisioneros; todo eso me da igual. Pero si me encuentro con que habéis cosechado las bóvedas genéticas, os retiraré mi amnistía. No me contentaré con disparar contra el *Pacto* y expulsarlo del espacio corsario como hice la última vez que… pusisteis a prueba mi paciencia. Pienso destruirlo.

El Elevado avanzó con pasos pesados y su mole acorazada provocó pequeños temblores en la cubierta. Apoyó sus garras inmensas en la superficie de la mesa y entrecerró sus ojos protuberantes para protegerse de la luz de los proyectores hololíticos, por anémica que esta fuese.

—Todas las Garras tomarán parte en el asalto a la superficie. Los únicos guerreros que se quedarán en la nave serán los Atramentar. —La criatura hizo una pausa para absorber aire y baba de entre sus dientes—. Voy a desplegar a cada Garra en cápsulas de desembarco.

—¿Y cómo vamos a superar las defensas orbitales? —Karsha, el líder de la Segunda Garra, dirigió la pregunta a Hurón más que al Elevado—. Supongo que no nos vais a posar sobre el altar del destino con la esperanza de que sean unos pocos los que sobrevivan para cumplir vuestra voluntad.

Hurón volvió a asentir con la cabeza.

—Entiendo tu escepticismo, pero llevo años planeando esta ofensiva. Hace años que mis flotas de asalto se han coordinado a lo largo de todo el subsector y han obligado a los Marines Errantes a dispersar cada vez más sus patrullas. Durante casi una década, el capítulo se ha alejado más y más de su fortaleza, dado que las flotas cruzadas se han entregado a la tarea de vigilar las rutas de comercio vulnerables. He sacrificado un buen número de naves para fraguar esta oportunidad y he enviado antes de tiempo a más guerreros a la tumba de lo que me gustaría admitir. La fortaleza monasterio la defiende, como mucho, una única compañía de marines espaciales imperiales. Su flota se ha ido y está dispersa por todo el subsector. Todo lo que queda son las plataformas de defensa orbital, y aunque son formidables, en la historia de los Corsarios Rojos jamás ha habido un premio semejante tan desprotegido.

La sonrisa de Hurón era tan predatoria como la de cualquiera de los amos de la noche congregados.

—¿De verdad crees que sería tan descuidado como para limitarme a lanzar guerreros sobre ese mundo y arruinar nuestra oportunidad para efectuar un asalto preciso? En absoluto. ¿Cómo te llamas, legionario?

—Karsha. —El amo de la noche ni se molestó en saludar—. Karsha el Desligado.

—Karsha. —Hurón hizo un ademán hacia la holoimagen con su garra de energía sobredimensionada. Los inmensos apéndices afilados se enroscaron alrededor de un racimo de parabólicas instaladas en uno de los muros del lado oriental de la fortaleza —. El sol, Vila, se afana en sangrar y derrama su hemorragia en el vacío con grandes llamaradas. En estos momentos, las corrientes de vientos solares y disrupciones de

campo magnético flotan sobre el sistema Vilamus. Cuando las corrientes se derramen por los mundos del sistema, todos y cada uno de ellos sufrirán tormentas geomagnéticas que iluminarán sus polos con auroras boreales, y entonces…

Karsha expresó, con voz ronca y reticencia la admiración que había pasado a sentir en ese momento:

—Y entonces acabarán con todos los auspex y comunicaciones de la superficie.

—Y en la órbita —añadió Hurón—. Las interferencias magnéticas anularán todo escaneo y transmisión que tenga lugar a lo largo y ancho del sistema. La tormenta dejará prácticamente ciego nuestro ataque, pues no vamos a poder fiarnos de nuestros instrumentos cuando emprendamos el asedio. Infiltraros en Vilamus no os supondrá un suplicio a ninguno de vosotros; la primera fase no debería planteaos ningún problema. La segunda, en cambio, es donde la situación empezará a complicarse. Podemos discutir eso más tarde.

Talos dio un paso al frente.

—¿Cómo lograréis que el sol inicie una eyección de masa coronal? —Si bien la pregunta iba dirigida a Hurón, a Talos se le desvió la vista hasta Ruven, quien estaba en la periferia de los congregados—. Ese tipo de hazañas no pueden realizarse con medios artificiales.

Ruven no lo miró a los ojos, pero Hurón sí.

—Nada es imposible, profeta. Mis hilanderos de la disformidad son capaces de proezas que ni siquiera eres capaz de imaginar —dijo aquello no como una fanfarronada, sino como si se limitase a describir un hecho—. En realidad, alcanzar el corazón de una estrella y modificar la aritmética de su fusión es una menudencia. Mis hombres saben cuál es su deber y morirán antes que fallarme.

—Si sois capaz de cegar la fortaleza monasterio de los Marines Errantes, entonces no os fallaremos —afirmó Karsha.

Por las filas de guerreros discurrieron gruñidos y murmullos de asentimiento. Xarl sonreía, Mercutian hablaba para sí y, al mismo tiempo, Uzas lanzaba una miraba perdida y con expresión laxa a un punto indefinido. Cyrion miró a Talos a los ojos.

—Es justo como habías dicho —afirmó—. Esta la vamos a luchar a nuestra manera.

El profeta asintió, pero no le respondió.

Aquella misma noche, el *Pacto de Sangre* zarpó del muelle y entró en la disformidad, rumbo al sistema Vila.

Las cápsulas de desembarco descendieron nueve días después.

• • • • •

Conforme avanzaba por el laberinto de túneles de mantenimiento y conductos de

ventilación, mantenía un pensamiento impreso en su mente:

«Al ser los depredadores, contamos con alguna oportunidad de tener éxito, pero como presas no duraríamos ni una sola noche».

La cápsula de desembarco de la Primera Garra había aterrizado al este de la fortaleza, dentro de un barranco en mitad de una de entre las muchas formaciones torturadas que configuraban el paisaje. Una vez escalaron la pared del cañón, se dirigieron al oeste corriendo a toda velocidad de forma sostenida al tiempo que se dispersaban por aquellas mesetas vacías, sin mediar más que unas hoscas despedidas.

Con casi doscientos kilómetros de terreno estéril, inhóspito y seco que cubrir, Talos llegó a los muros de la fortaleza monasterio tres noches después de abandonar el cañón. Se valió de sus guanteletes y botas para crear asideros a base de golpes en la pared y se introdujo por la ancha boca de un túnel de ventilación que era parte del sistema de intercambio de calor. Las llamas que salían de ahí eran fuego de verdad, no la pesadilla pegajosa y corrosiva que caracterizaba el aliento de los lanzallamas, por lo que avanzó con total impunidad entre aquel torrente de calor naranja sin importarle que le achicharrara la armadura y las calaveras que colgaban de ella.

No tenía ni idea del destino que habían corrido sus hermanos.

El puro sigilo jamás había sido una opción viable para la primera fase del asalto. La armadura de batalla de un guerrero de las Legiones Astartes no era de mucha ayuda para que uno se convirtiera en un asesino consumado e indetectable; no mientras le hiciera alcanzar una altura cercana a los tres metros, rugiera tan alto como un motor al ralentí y emitiera un rastro energético que hasta los lectores de auspex más rudimentarios serían capaces de detectar. Cuando la VIII Legión marchaba a la guerra no era bajo un velo de secretismo y la vana esperanza de pasar inadvertida. Esas cacerías cobardes se las podían quedar esas furcias que eran las criaturas que desovaba el Templo Callidus en sus tanques de gestación.

Le echó un vistazo al crono retinal. Habían pasado dos minutos desde que las sirenas empezaron a proferir sus lamentos. El profeta consultó en su registro de archivos un plano hololítico sobre su lente ocular izquierda a la vez que corría agachado por el túnel de mantenimiento. Más adelante lo esperaba una cámara de gran tamaño que era, casi con toda seguridad, el centro neurálgico de las operaciones que llevaban a cabo los siervos del capítulo en ese piso. Seguro que atraería algo de atención en cuanto matara a casi todos los presentes y aquellos que sobrevivieran huyeran dando alaridos.

Ya no faltaba mucho para eso.

• • • • •

Lucoryphus ni proclamaba haber compartido con su señor genético el estrecho

vínculo típico de sus mascotas favoritas ni tampoco daba importancia a que otros guerreros alardeasen de haber sido parte del círculo interno del primarca. Al igual que varios de sus hermanos, sus perspectivas acerca del asunto se habían alineado conforme a una ruta distinta con el paso de las generaciones posteriores a la muerte de Curze. En primer lugar y ante todo, él era un miembro del culto de los Rapaces; en segundo, un miembro de los Ojos Sangrantes. En tercer lugar, de forma muy distante, era un miembro de los Amos de la Noche. No había roto los lazos con su legión, pero tampoco se cubría con iconos del cráneo alado de Nostramo.

Este no había sido más que un planeta, después de todo. Una minoría considerable de la legión ni siquiera provenía de ahí. Eran terranos, nacidos en el mundo del trono, descendientes directos de las estirpes que habían engendrado a toda la raza humana.

Vorasha, bajo su armadura con semblante demoníaco, los ojos que lloraban sangre y sus exasperantes risitas socarronas, había nacido en la Tierra. Cosa que tampoco significaba nada. Lucoryphus sabía que Vorasha pensaba como él: primero Rapaces, luego Ojos Sangrantes y, en último lugar, aliados de las antiguas legiones. ¿Qué importancia tenían los mundos natales, de todos modos? Detalles así carecían de toda relevancia. Lo desquiciaba ver que otros le otorgaban tanta trascendencia; como siempre, estaban mirando al pasado y se negaban a plantarle cara a las glorias del presente y a las conquistas del futuro.

Y el profeta era el peor de todos. A Lucoryphus le revolvía el estómago la percepción que este tenía del primarca, tan distorsionada que caía en lo grotesco. Curze había matado porque Curze había querido matar. La suya había sido un alma podrida. Una vez la muerte le dio la razón, les enseñó su estúpida lección: que los males de la especie merecen ser destruidos.

El rapaz soltaba una risita crispante cada vez que meditaba sobre ello. Si esa lección era tan vital, tan pura, tan necesaria, entonces, ¿qué había motivado a Curze para permitirle a una legión de asesinos navegar por las estrellas en su nombre? Murió siendo un demente, un cascarón de sí mismo para el que el odio era la única emoción lo bastante fuerte como para traspasar su propia confusión. Murió para enseñarle una lección a un padre al que ya habían matado; murió para demostrar una verdad que todas las almas del Imperio ya conocían. Eso no era tener la razón, era estupidez. Orgullosa, ciega e ingenua estupidez.

«Primarcas». Nada más pensar en ellos sintió ganas de escupir. Criaturas inservibles e inútiles… Que aquellos que han muerto se pudran en las poéticas escrituras de las páginas de la historia. Que aquellos que han sobrevivido moren en las cumbres más remotas del immaterium y canten las alabanzas etéreas de dioses enajenados. Él tenía una guerra que ganar, libre del yugo de las derrotas de un tiempo de leyendas.

El Elevado le había asignado una tarea muy importante, y Lucoryphus le había dado su palabra de tener éxito con un juramento de sangre. Ser uno de los Ojos

Sangrantes constituía un vínculo sagrado: eran una hermandad numerosa, dispersa por varios sectores y aliada con diversas partidas de guerra. Lucoryphus se enorgullecía de la reputación que tenían sus guerreros como los mejores y más dotados del culto. Él dirigía a treinta de ellos, y varios de esos miembros eran miserables insufribles que le habrían arrancado la garganta si hubieran pensado que podrían sustituirlo, pero cuando la sangre llamaba, respondían como una jauría.

Unos equipos de servidores habían construido el laberinto de túneles de mantenimiento que agujereaba el interior de Vilamus para así poder marchar por ellos y completar la miríada de tareas que les asignaban. Lucoryphus se abrió paso por su interior con facilidad, emulando el trote de un leopardo mientras sus garras se hincaban con fuerza en el metal. No le importaba en absoluto el ruido que estaba haciendo. Por él, que viniera el enemigo. A diferencia de las Garras, ancladas a la tierra y obligadas a emprender una lenta escalada, todos y cada uno de los Ojos Sangrantes habían ascendido galopando los vientos hasta los pisos medios de Vilamus antes de entrar.

Con las grandes toberas dorsales, Lucoryphus no tenía acceso a los conductos de ventilación más pequeños, así que contaba con un número de rutas limitado que podía seguir. La precaución seguía siendo un factor que había que tener en cuenta, al igual que el sitio al que pretendía llegar. Sobre su lente derecha se superponía un trazado esquemático parpadeante de la fortaleza, que se reorientaba a la vez que Lucoryphus ascendía por los pisos del monasterio. Con frecuencia, la imagen se disolvía en un lavado de estática inútil, lo que hacía que el rapaz gruñera con aire despectivo desde el fondo de la garganta, presa de la frustración, a través de sus altavoces transmisores de voz. Estos, al menos, no se habían estropeado, aunque la tormenta solar causaba estragos sin importarle el bando al que pertenecían los afectados.

Las sirenas llevaban un buen rato sonando. Era de suponer que una de las Garras de los pisos inferiores había empezado a divertirse. Lucoryphus siguió trotando mientras su placa facial inclinada miraba de izquierda a derecha, llena de desprecio, a la recargada arquitectura gótica. Hasta estos túneles de acceso estaban repletos de una cantidad obscena de adoración y artesanía.

Se detuvo por completo. Tieso como un muerto, esperó, con los músculos tensos. El único sonido que percibió durante varios segundos fue el latido de su corazón principal y el ritmo de su aliento al liberarse. Pero ahí, en el linde de su capacidad auditiva…

Echó a correr con salvajismo, ansioso por remontar vuelo a la vez que lamentaba tener que verse obligado a trotar de esa forma tan indigna. Al final del túnel lo esperaban la luz, las voces y el hedor a sudor de la carne humana…

«Presa».

Lucoryphus se estrelló de un salto contra el fino entramado de hierro a la vez que profería el graznido de un cóndor. Lo habían oído llegar, pues se había asegurado de

que así fuera, y lo esperaban agarrando con firmeza sus inútiles armas. No había miedo en estos defensores fervorosos, ninguno en absoluto, ¿y por qué debería haberlo? ¿Acaso los había asustado algo en toda su vida, libre de toda amenaza en el interior de este bastión impenetrable? El miedo era algo que necesitaban aprender.

Los disparos de láser le chamuscaron la armadura con sus besos insignificantes, pero el rapaz giró mientras caía para mantener intactas las vulnerables junturas de la armadura. El suelo se estremeció una vez aterrizó y sus cuatro garras abrieron grietas en la piedra a causa de su peso. En el lapso de dos segundos, sus hombreras recibieron tres disparos de láser igual que patadones al tiempo que fijaba como blanco a los cuatro defensores ataviados con túnicas y las mirillas retinales de adquisición señalaban los tipos de arma que llevaban, además de brindarle representaciones vagas del ritmo cardíaco de los humanos.

Lucoryphus calculó la distancia a la que se encontraban en el preciso instante en que todos aquellos detalles destellaban en sus retinas. Los humanos estaban demasiado lejos como para que el rapaz pudiera efectuar un salto eficiente y matarlos con facilidad.

«Irritante».

Se volvió de cara a la pared y saltó a la vez que sus toberas se encendieron: su pose semierecta no delataba rasgo alguno de humanidad, pues más bien recordaba al salto que haría un lagarto en un terrario. Estrelló las manos y pies contra la pared y se quedó ahí pegado durante un momento, como si parodiase la falta de elegancia de un saurio. Un instante después, con el vigor febril de sus músculos y los gruñidos roncos de sus articulaciones, se puso en movimiento. Las garras que tenía en manos y pies perforaron con fuerza la piedra mientras huía atropelladamente, cual reptil, de los disparos enemigos de más abajo. Una vez alcanzó la altura suficiente, se separó de la ornamentada maniposteria con un movimiento explosivo y dejó que la gravedad y el peso de la armadura lo llevasen de vuelta al suelo.

«Mejor».

El rapaz cayó en picado profiriendo un grito estridente a través de los vocalizadores del casco y las garras abiertas de par en par, todavía sucias de polvo.

Aunque a aquellos siervos les faltaba experiencia, eso no quería decir que no los hubieran entrenado. El orgullo y la devoción eran lo que los movía, aparte de instarlos a seguir disparando, mientras que otras almas, menos devotas, o menos adoctrinadas, habrían echado a correr de haber estado en su lugar. Lucoryphus era un gran admirador del coraje y las hazañas que este podía promover en aquellas raras ocasiones en que el destino y la condición humana se encontraban para crear algo único. En la mayoría de casos, la valentía apenas lograba otra cosa que no fuera matar varios segundos antes que la cobardía. Si aquellos vasallos ataviados con túnicas blancas hubieran emprendido la huida, él habría tenido que perseguirlos. En vez de eso, mantuvieron la posición y murieron por ello. Fueron muertes rápidas, aunque ninguna estuvo exenta de dolor.

Lucoryphus volvió a acuclillarse a cuatro patas una vez concluyó la tarea. Aunque todavía tenía enfundadas las armas, el rojo le corría por las garras. Con un gruñido de impaciencia, sacudió un pie para deshacerse de un trozo de carne que se le había quedado atascado entre sus dedos acerados. El pasillo era un matadero decorado con jirones de ropa y carne. Cuando afinó el oído, oyó los sonidos de unos mortales que se aproximaban: sus pasos eran demasiado ligeros como para tratarse de otra cosa. Agazapado sobre aquellos restos sanguinolentos, la sed de caza lo invadió, un escalofrío de impaciencia se adueñó de él y sus miembros se estremecieron presas de ansias insatisfechas.

Dio la orden de «visión rapaz», aunque esta abandonó el vocalizador del yelmo de la misma manera en que había abandonado sus labios: un chasqueo gutural, húmedo y despectivo. El nostramano del rapaz se deterioraba de forma similar al de Vorasha cuando se encontraba inmerso en ese frenesí. Notaba cómo la saliva, espesa y pegajosa, le formaba hililllos entre la lengua y el paladar.

Filtrado a través de su visión rapaz, el amplio corredor se desdibujó hasta convertirse en un mundo de grises trémulos. Hasta los cuerpos que lo rodeaban quedaron blanqueados hasta el más mínimo detalle, por lo que los cadáveres pasaron a ser poco más que formas borrosas de aquel tono descolorido. Lucoryphus captó con sus lentes oculares parpadeos de vida y movimiento tan sólo cuando el enemigo giró la esquina: fogonazos irregulares de blanco en medio de aquella monotonía cromática. Varios miembros de la VIII Legión tenían los cascos configurados para que rastreasen por calor o para que se centrasen en detectar movimientos. Lucoryphus de los Ojos Sangrantes prefería hacer las cosas a su manera: rastreaba mediante la visualización sónica. Los parpadeos humanoides que se dibujaban en sus ojos eran el resultado de la percusión de pasos y pulsaciones, que ganaba en fuerza con las voces y el ruido de los disparos.

Lucoryphus, también a la carga, salió al encuentro de los siervos a la vez que blandía las armas y los propulsores lo elevaban del suelo.

• • • • •

Talos agarró la cabeza cortada por el pelo e ignoró el chorro que se derramaba del cuello cercenado. El mandoble que había asestado con la espada de energía no había sido lo bastante limpio y el muñón no se había cauterizado: cuando la cabeza se separó rodando de los hombros de la mujer todavía se desangraba. El cuerpo de la difunta era una alfombra andrajosa de carne bronceada y ropajes arrugados desparramada por el suelo.

No era quién para juzgar sobre cuestiones así, menos aún si se tenía en cuenta que los ojos en blanco y la boca entreabierta que formaban la expresión facial de la mujer

hacían poco por facilitarle dicha tarea, pero parecía haber sido atractiva. Talos se valió del pelo de aquel recordatorio para atárselo a una de las cadenas que colgaban de su cinturón. La cabeza golpeaba y rebotaba contra los cráneos que se había atado con anterioridad. A lo largo de la musiera y la rodillera del amo de la noche corrió más sangre. A él no le importó.

Le dio la vuelta a otro cuerpo con la punta de la bota. La cara del joven miraba hacia el techo, más allá de su asesino. Talos ya le había dado la espalda cuando el visualizador retinal mostró una señal de lo más tenue. Con divertida curiosidad, volvió a bajar la vista hacia el muerto. ¿Había captado un latido de corazón?

Al siervo, que tenía la boca cerrada, le estalló una burbuja de sangre en la comisura de los labios. Vaya, entonces seguía respirando. No había muerto, después de todo.

—Acabas de ganarte un puesto de honor —le informó Talos.

Agarró al moribundo de un tobillo y lo arrastró por la sala dejando tras de sí un rastro brillante de sangre arterial por el suelo de piedra. Matar a estos esclavos no daba demasiado placer, al menos no al profeta, aparte de la breve emoción producto de una caza exitosa cada vez que limpiaba de vidas otra cámara o pasillo. Se preguntaba cómo les estaría yendo a sus hermanos, cuando unos pasos en el exterior de la cámara acapararon su atención.

Talos se dio la vuelta con rapidez y apuntó hacia la entrada con el bólter en alto. Uzas bajó las armas; tenía el gladio y el hacha sierra cubiertos de rojo pegajoso.

—Hermano —lo saludó Uzas—. Menuda caza. Menuda presa. El hedor a sangre casi se basta por sí solo para ahogar los sentidos.

Talos bajó el arma a su vez, aunque no de forma inmediata.

—¿Qué pretendes hacer con eso? —Uzas señaló con el hacha al moribundo.

—Estaba a punto de ayudarme a hacer un cóndor de sangre.

—No quedan muchos con vida en este subdistrito… —Uzas se mecía con un ligero vaivén, aunque Talos dudaba de que su hermano fuese consciente de ello—. No tiene sentido hacer un cóndor de sangre. He matado a muchos, Cyrion ha matado a muchos. No queda nadie vivo para verlo.

Talos soltó el tobillo del moribundo. Con una delicadeza nacida de la indiferencia, aplastó la garganta del joven con el talón. Miró fijamente a Uzas, todavía en la entrada, mientras lo hacía.

—¿Dónde está Cyrion?

Uzas no respondió.

—¿Dónde está Cyrion?

—Se ha ido. Aquí no está. Lo vi hace un rato.

—¿Hace cuánto de eso?

—Matamos juntos durante un tiempo. Luego se fue solo. Me odia. Lo vi estrangular, cercenar y devorar a los muertos. Luego se fue solo.

Talos resopló; era el desafío ronco y jadeante de un depredador acorralado.

—Tengo una pregunta que hacerte —le dijo—. Es sobre algo importante. Necesito que prestes atención a lo que te digo, hermano.

Uzas dejó de mecerse. Su hacha sierra tartamudeaba a intervalos aleatorios cada vez que el amo de la noche accionaba el gatillo debido al espasmo que sufría en el dedo.

—Dime.

—Es sobre el padre de la Nacida en el Vacío. Unos tripulantes se lo han encontrado muerto. Durante estas últimas semanas he creído que había sido obra de unos miembros anónimos de la vieja tripulación. Pero ellos no han sido, ¿a que no?

Uzas ladró algo parecido a una tos. Fuera lo que fuese, no era una respuesta.

—¿Por qué lo hiciste, Uzas?

—¿Hacer qué?

El tono de voz de Talos no era colérico; ni siquiera sonaba resignado. Era tan neutral e inexpresivo como los restos rocosos y muertos de su mundo natal.

—Sé que puedes oírme. Sé que estás ahí dentro.

Uzas dejó que el hacha sierra zumbase durante varios instantes. Después, negó con la cabeza.

—A veces mueren mortales. No siempre tengo la culpa. —Se dio la vuelta para mirar pasillo abajo—. Me voy a cazar.

Cosa que hizo, sin mediar más palabras.

Las sirenas seguían aullando. En aquel momento, las Garras diseminadas por toda la fortaleza monasterio estaban empezando a transformar las cámaras inferiores en osarios, sin dejar de gritar, rugir y de hacer todo lo posible para acaparar la atención de los defensores.

Talos se quedó mirando durante un buen rato la entrada vacía a la vez que intentaba determinar si Uzas y él habían dado el asunto por zanjado.

Con la sonrisa que esbozaría un asesino, juzgó que aquel no era el caso.

• • • • •

Xarl no compartía el placer tan estúpido que sentían sus hermanos por el hecho de que les asignasen tareas tan carentes de gloria como aquellas. Sembrar el terror en los niveles inferiores de la fortaleza y masacrar a los esclavos era una cosa, pues alguien tenía que desempeñar esa tarea deplorable; pero que le ordenasen a la Primera Garra hacerlo era otra bien diferente.

Cavilaba sobre dicha cuestión mientras limpiaba un atasco de carne de los mecanismos de su espada sierra. Este era de tal magnitud que había bloqueado el arma, pero dada la cantidad ingente de vidas que había cosechado a su alrededor, era algo de esperar. A lo largo del pasillo estaban dispersos los restos de diecisiete vasallos

de los Marines Errantes. Xarl era incapaz de entender la mentalidad que permitía a unos humanos, sin implantes de ningún tipo, sentirse capaces de cargar contra él sin otras armas que no fueran pistolas de proyectiles sólidos y cuchillos, aunque dicha ignorancia no le quitaba el sueño al amo de la noche. Era evidente que aquellos que hacían ese tipo de cosas no lograban nada excepto acabar muertos. Así pues, no se trataba de una forma de actuar que destacase por ser de lo más útil, la verdad.

«Una distracción. —La palabra en sí equivalía casi a una maldición para él—. Las Garras se dispersarán por la fortaleza monasterio y distraerán al enemigo para que los Ojos Sangrantes puedan infiltrarse en el generatorium» —había ordenado el Elevado, arrastrando las palabras con su voz poderosa y retumbante.

Y Talos se había limitado a obedecer. Se había quedado ahí de pie y asentido con la cabeza mientras que a los Ojos Sangrantes les encomendaban la tarea de llevarse el premio.

Xarl hizo un gesto de negación con la cabeza al recordarlo.

—Esto no me gusta —dijo en voz alta.

Mercutian había prescindido del bólter pesado a favor de una simple espada sierra.

—Con esta creo que ya lo has dicho unas cuarenta veces.

Se habían cruzado el uno con el otro mientras iban a la caza de humanos por las catacumbas de aquella fortaleza, inmensa y detestable, antes de que las alarmas comenzasen a sonar. Mercutian admitió que había seguido el rastro de devastación que Xarl había dejado por los pasillos con la esperanza de encontrarse con Talos.

La hoja de Xarl se reinició y salpicó sangre de sus dientes chorreantes.

—El pesimista sueles ser tú. Ser tan positivo no va contigo.

—No soy en absoluto positivo, pero cualquier cosa es mejor que quedarse en la nave. Y aquí por lo menos se oyen los gritos. —Confesar aquello casi parecía avergonzarlo—. Hemos estado demasiado tiempo alejados de la batalla. Necesitaba algo así. Necesitaba saber que seguimos luchando en la guerra.

La espada a dos manos de Xarl bajó de revoluciones hasta quedar al ralentí, lista.

—«Luchando en la guerra». Ya suenas igual que Talos.

Mercutian reaccionó con gestos sutiles y reveladores frente al tono de Xarl. Alzó la hoja de la espada un poco e inclinó la cabeza protegida con el casco en actitud firme.

—¿Y qué pasa si es así?

El otro guerrero rio entre dientes.

—Que él se lamente de las glorias pasadas y la muerte de nuestra legión ya es malo de por sí. Si te entregas a esos delirios suyos sobre un pasado noble que jamás existió, entonces, en nombre de la piedad, yo mismo te mataré.

Xarl se aventuró pasillo abajo, a cuyos lados ascendían hasta el techo unos arcos de basalto negro. Mercutian lo seguía, a todas luces incómodo. Se planteó, aunque sólo de forma breve, incrustarle la espada en la nuca a Xarl. Mercutian se encontraba por encima de una traición de esas dimensiones, no así de la tentación de cometerla.

Xarl era un alma cruel, sin importar la confianza que Talos le profesase. El profeta lo consideraba su hermano de mayor confianza, pero Mercutian siempre había creído en su fuero interno que Xarl hedía a traiciones todavía por llegar.

El pensamiento de matar a su hermano lo llevó a uno todavía más lúgubre: ¿cuántas veces había pensado Xarl en hacerle lo mismo a él? Sabía que la respuesta no le gustaría. Había preguntas que no hacía falta plantearse.

Conforme avanzaban, las quejumbrosas sirenas continuaban lamentándose a su alrededor e interpretaban una canción a propósito del caos que acontecía por encima de ellos en los niveles superiores.

A Xarl se le agrió el humor cuando pasó de largo las capillas vacías, pues estaban despejadas de todo mobiliario, pero aún más de presas.

—Quiero que me respondas a algo —le exigió, sin más.

Mercutian seguía mirando tras de sí para vigilar que nadie se les acercase por la espalda. El corredor, repleto de habitantes desmembrados, permaneció tan silencioso como la tumba que habían hecho de él.

—Como gustes —respondió con tranquilidad.

—¿Cuándo tuvo lugar esa era tan grandiosa y noble que describe Talos? Yo estuve ahí, al igual que tú. Combatí en la cruzada de Thramas y me embadurné de sangre contra los Ángeles de Negro. Yo estuve ahí cuando sometimos a Sesenta y Seis Doce al acatamiento. Yo estuve ahí cuando Malcharion ejecutó al monarca de Ryle, esa cloaca de mala muerte, y retransmitimos los chillidos de su hija durante tres días y tres noches hasta que su ejército depuso las armas. No recuerdo que hubiera gloria alguna. La gloria estuvo en las décadas que siguieron a Terra, cuando por fin nos soltamos de la correa imperial. Por aquel entonces, nuestro padre era sincero: emprendíamos nuestras cruzadas porque éramos fuertes y el enemigo era débil. Su miedo sabía bien y la galaxia sangraba cuando atacábamos. Así que, ¿cuándo, hermano? ¿Cuándo dices que tuvo lugar esa edad de oro?

Mercutian le devolvió la mirada al otro amo de la noche.

—Se trata de ver las cosas en perspectiva, Xarl. ¿Qué pasa contigo? El veneno que despide tu tono de voz raya en lo iracundo.

—Talos —Xarl inyectó ácido al pronunciar aquel nombre—. Últimamente me da por preguntarme cuán lejos puede caer en su propia ignorancia. Me tiene harto. Si quiere mentirse a sí mismo, que lo haga, pero no soy capaz de soportar otro sermón sobre una noble legión que jamás existió.

—Soy incapaz de comprender cómo es que ahora sale toda esta rabia a la luz.

Mercutian se detuvo. Xarl se dio la vuelta con lentitud y, presa de un inquietante sentimiento, le respondió con voz baja y amenazadora:

—Se debe a que tras esta estupidez de asedio vamos a luchar la batalla que importa: la del *Eco de la Maldición*. ¿Y qué pasará luego? Pues que Talos comenzará sus nuevas tareas. El Elevado quiere renovar nuestras fuerzas. ¿Quién controlará esa resurrección paulatina? Talos. ¿Quién adoctrinará a la nueva sangre de la legión tras

haberles implantado la semilla genética? Talos. ¿Quién les llenará la cabeza con amargas mentiras sobre cómo el Emperador ordenó que nosotros, la excelsa y gloriosa VIII Legión, fuésemos el arma de terror del Imperio que ninguna otra legión se atrevía a ser? Talos.

Xarl dejó escapar un suspiro muy poco característico en él.

—Va a dar a luz a una generación de imbéciles que compartirán sus delirios. Ascenderán por nuestras filas y serán los paladines de una causa que jamás existió, herederos de un legado que jamás fue real.

Mercutian no dijo nada. Xarl le dedicó una mirada breve.

—Tú sientes lo mismo que él, ¿no es cierto?

—Yo también estuve allí, Xarl. Fuimos el arma que la humanidad necesitaba que fuéramos. Me resulta grato recordar cuando mundos enteros se rendían nada más enterarse de que era la VIII Legión la que tenían en órbita. Fuese o no el Emperador quien se lo exigió a nuestro primarca, nunca lo sabremos. Pero sí que fuimos esa arma, hermano. Me enorgullezco de eso.

Xarl sacudió la cabeza en un gesto negativo y siguió caminando.

—Estoy rodeado de imbéciles.



MERCENARIOS

El Elevado se recostó en el trono mientras atendía a los sonidos del strategium que se filtraban por el velo de pensamientos en los que estaba absorto. A su alrededor tocaba la repugnante orquesta que era la existencia humana al completo: el ruido grotesco y húmedo de los alientos cargados de vaho, el susurro de las prendas contra la piel o la sequedad sibilante con la que cuchicheaban, siempre bajo la creencia errónea de que aquello que decían pasaba inadvertido para los oídos de los señores de la legión.

Vandred había vuelto a callarse por fin y se había llevado sus emociones, tan empecinadas en permanecer, consigo. El Elevado tan sólo rezaba porque esta vez fuera una caída en el olvido permanente, aunque tenía pocas esperanzas de que tal merced le fuese concedida. Lo más probable era que la anterior alma que había gobernado su cuerpo huésped se estuviera replegando sobre sí misma para esconderse en los más profundos recovecos de la mente que compartían, con la vana esperanza de volver a emprender otro ataque.

Pero qué desesperación tan grande.

El Elevado se permitió desviar la mirada al occulus, donde una luna turbulenta de océanos de metano giraba en el espacio. El satélite era un escudo, una égida frente a la posibilidad de que los escáneres defectuosos de la fortaleza monasterio los detectasen en la órbita del planeta. En vez de quedarse en la atmósfera superior y arriesgarse a que los descubrieran, el Elevado había pecado de prudente y había dado la orden de que el *Pacto* retrocediera hasta una distancia segura después de haber lanzado las cápsulas de desembarco.

Aprovechando la calma que precedía a la tormenta para meditar, el demonio se sumergió en su propia mente, en pos de cualquier rastro de olor del recuerdo que pudiera llevarlo hasta Vandred. Una vez se dio por vencido sin haber descubierto

nada, ni siquiera el fantasma de posibles trazas, devolvió, no sin cierta satisfacción, sus sentidos al mundo que tenía bajo él.

Lo que iba a lanzar ahora requería una concentración más prolongada y dolorosa. El Elevado desnudó sus mandíbulas llenas de colmillos y de sus encías cayó una llovizna de baba ácida.

Lucoryphus, proyectó el ser con su mente.

• • • • •

Maruc limpiaba el rifle con la facilidad que reportaba la práctica, sin apenas escuchar las respuestas que ofrecía Septimus a la interminable retahíla de preguntas de Octavia.

El rifle láser era un regalo que suponía todo un detalle; el arma de un guardia imperial para alguien que siempre había querido ser miembro de la Guardia Imperial, aunque Maruc no estaba seguro de qué esperaba Septimus que hiciera con él, pues tenía muy mala vista, lo que suponía un defecto que por sí solo zanjaba el asunto. Dudaba de que pudiese acertarle a nada que estuviera más lejos de veinte metros más o menos, por lo que tampoco esperaba que fueran a condecorarlo en el futuro cercano por ser un tirador de élite, la verdad.

Fiera estaba sentado cerca de él y sujetaba una escopeta sucia sobre su regazo con unas manos envueltas en unas vendas todavía más sucias. El antiguo operario de Ganges no estaba seguro de a qué «miraba» Fiera exactamente, pero si la dirección de su cara era algo por lo que guiarse, entonces el pequeño invidente observaba a Septimus y a Octavia, por lo que hacía sin ningún reparo aquello que Maruc fingía no estar interesado en hacer.

Entretanto, Septimus y Octavia hacían aquello que Septimus y Octavia mejor sabían hacer.

El séptimo de los esclavos de Talos no alzaba la vista de la tarea que suponía trabajar en los grabados del bólter pesado de lord Mercutian. Sus dedos sujetaban una lima que sonaba rasposa al borrar unas pequeñas marcas de corrosión en las curvilíneas runas labradas en el metal.

—Nuestras Garras no son más que distracciones que ascienden desde los niveles inferiores. —La lima seguía raspando el metal—. Vilamus cuenta con miles de defensores humanos, pero las Garras los atravesarán como si fueran tiburones que surcan el mar. Lo único que debería preocuparnos es que los Marines Errantes tienen un mínimo de guarnición de tropas apostado ahí. A pesar de que no van a estar preparados para un ataque dirigido al corazón de su mundo natal, siguen siendo marines espaciales imperiales, por lo que van a defender su monasterio hasta la muerte. Para que eso dé resultado, hay que alejarlos de los objetivos principales. Ahí es donde entran nuestras Garras. Van a abrirse camino matando a los habitantes del

monasterio para atraer la ira de los Marines Errantes hacia sí mismos.

Octavia, al no tener nada que hacer desde que habían llegado al sistema Vila, había estado holgazaneando por el taller de Maruc y Septimus. Con un movimiento rápido, lanzaba por la estancia una moneda de cobre nostramana sin valor alguno. Fiera iba a buscarla arrastrando los pies para recogerla y devolvérsela.

Solía jugar mucho a este juego. A Fiera parecía no importarle.

—¿Qué hay de los que están todo el rato siseando y escupiendo? —preguntó ella —. Los de las… —La chica transformó sus manos en garras.

Septimus hizo una pausa para tomar un sorbo de agua tibia.

—Sí, los Ojos Sangrantes. Lo único que importa es desbaratar el generatorium secundario. Es lo que les han ordenado a los Ojos Sangrantes. Una vez lo inutilicen, las baterías de defensa orbital quedarán desconectadas. Entonces, atacamos. El *Pacto* y el resto de la flota de Hurón penetran en la atmósfera. Y así comienza el asedio.

—¿Qué pasa si los Marines Errantes atacan a los Ojos Sangrantes y no a las Garras?

—Eso no va a suceder. —Alzó la vista para interpretar la expresión en el rostro de Octavia, para ver si no se trataba de otra cosa que intentar ser pesada y llevarle la contraria con aquel interrogatorio. Por su parte, ella parecía sentir mucha curiosidad, pero Septimus no lo tenía claro—. Eso no va a suceder —repitió— debido a que las Garras van a atraer toda la atención sobre sí mismas mientras los Ojos Sangrantes se infiltran sin que los detecten. ¿Has visto las dimensiones que tiene esa estructura en el hololito? He visto ciudades colmena más pequeñas. Es poco probable que alguno de nuestros guerreros vea un marine espacial leal al Imperio hasta que llegue la segunda fase del asedio. Incluso es probable que las distracciones sean innecesarias, pero Talos intenta ser cauteloso. Necesitan a todo el mundo vivo para lo que viene después.

Octavia meditó durante unos segundos.

—Casi me siento culpable —admitió—. Si la nave fuera más fácil de pilotar, no la habría convertido en chatarra en las mareas de la disformidad y no habríamos necesitado tomar parte en esta locura.

Septimus cambió a otro raspador y se puso a rascar otro conjunto de runas.

—A las Garras no les importa. El asedio no les interesa, y van a hacer lo menos que puedan mientras estén ahí abajo. Observa cómo se comporta el *Pacto* en el asedio. El Elevado va a reservar casi toda la munición de la nave para lo que viene después. A Talos no le importa otra cosa que no sea recuperar el *Eco de la Maldición*.

—Pero si acabamos de conseguir juntar una tripulación lo bastante grande como para manejar una nave, ¿por qué quieren tener dos?

—Ya que estamos, ¿por qué quieren cualquier cosa? —Septimus se encogió de hombros mientras la miraba—. Para conseguir más cráneos. Por el hecho de que les divierte derramar la sangre de sus enemigos. Por el mero placer de la venganza, sin poner atención al precio ni a las consecuencias. Yo los obedezco, Octavia; no trato de entenderlos.

Octavia lo dejó estar. Amagos de amagos, distracciones de distracciones… La VIII Legión jamás hacía nada de manera sencilla. Salvo cuando huía, claro.

Volvió a lanzar la moneda y Fiera, siempre fiel a su deber, fue tras ella para recogerla. Cuando estaba enganchado al lado de la puerta y se esforzaba en despegar la moneda del suelo con sus manos vendadas, la compuerta se abrió con un traqueteo. Fiera retrocedió dando tumbos y tropezando hacia su ama. Los humanos se quedaron mirando a una figura inmensa que abarcaba toda la entrada y cuyo casco se desplazaba de izquierda a derecha, examinándolos uno por uno.

El legionario avanzó un paso hacia el interior de la cámara. La armadura que llevaba estaba desprovista de casi toda señal de ostentación, pues no mostraba ni un solo pergamino o calavera sobre la ceramita. Debido a que todos los amos de la noche menos los Atramentar estaban desplegados en la superficie, Septimus sabía de quién debía tratarse.

No lo saludó. Ni pensaba hacerlo.

El guerrero miró a los cuatro esclavos en completo silencio, sin contar con la voz de su armadura, que zumbaba con cada uno de sus movimientos. En una mano agarraba un báculo negro rematado por el cráneo de una criatura provista de una abundancia grotesca de colmillos.

—Esta cámara… apesta a apareamiento —dijo con voz ronca en gótico.

Maruc arrugó el semblante, presa de la confusión. No estaba seguro de si había oído bien. Fiera lanzó una mirada invidente a Septimus y Octavia, gesto que era la única pista que necesitaba el amo de la noche.

—Ah, claro. Apareamiento no. Deseo. La peste se debe a la atracción de carácter biológico que sentís el uno por el otro. Vuestros olores son histológicamente compatibles. —El amo de la noche resopló por la nariz, tal y como haría una bestia para deshacerse de un olor desagradable—. Otro vil defecto de la condición humana: cuando no apestáis a miedo, apestáis a lujuria.

Desde que Ruven había dado comienzo a su diatriba, Octavia había estado escuchando con los ojos entrecerrados. No tenía ni idea de quién era ese, pero lo valiosa que sabía que era para la legión la envalentonó.

—Yo no soy humana —le espetó, de forma más despectiva de lo que había pretendido.

El guerrero rio para sí al oír aquello.

—Un hecho que el esclavo que te mira tan deseoso con el ojo que le queda haría bien en recordar. El *Homo Sapiens* y el *Homo Navigo* no fueron diseñados para mezclarse y concebir una fusión genética sofisticada. Resulta curioso el equilibrio que existe entre vuestras feromonas. Me sorprende que no sintáis rechazo el uno hacia el otro.

Septimus no trató de disimular la frialdad de su tono de voz.

—¿Qué quieres, Ruven?

—Así pues, me conoces. —El legionario posó sus lentes oculares rasgadas sobre el

artificiero—. Tú debes de ser el séptimo.

—Lo soy.

—Entonces deberías tratarme con más respeto, no vaya a ser que compartas el mismo destino que corrió el segundo. —Ruven volvió a reírse entre dientes; una grave melodía de barítono—. ¿Has visto alguna vez un alma mientras la arrancan de su carcasa de carne? Hay un instante, tan sólo un ínfimo y precioso instante, en el que el cuerpo se queda de pie, a la vez que su errático cerebro transmite un torrente de fuego eléctrico a todas las terminaciones nerviosas. La propia ánima se retuerce, pues continúa vinculada de forma tan estrecha a su cadáver que comparte la agonía que produce el sistema nervioso al estallar, incapaz de otra cosa que no sea contraerse llena de desesperación en las corrientes etéreas.

Ruven exhaló un profundo suspiro.

—La verdad sea dicha, rara vez he contemplado una encarnación del terror tan perfecta. Aquella noche le agradecí al segundo el regalo que me supuso su muerte, pues aprendí mucho sobre la disformidad, al igual que sobre mis propios poderes.

—Mataste a Secondus. —Septimus pestañeó, incrédulo—. Fuiste tú quien lo mató.

El guerrero enmascarado efectuó una profunda y cortés reverencia.

—Culpable.

—No… —Septimus tragó con pesadez mientras intentaba pensar con claridad—. Talos te habría matado.

—Lo intentó. —Ruven avanzó a grandes pasos por la armería, a la vez que examinaba las herramientas propias del oficio de Septimus. Se detuvo cuando llegó hasta Fiera—. ¿Y tú qué eres, enano mal nacido? —Ruven le dio una patadita al ayudante con un lado de la bota y le tiró del asiento—. El navegante Etrigius no cuidaba demasiado de sus esclavos, ¿verdad que no? —Entonces miró a Octavia—. Has heredado las sobras, jovencita.

Tirado en el suelo, Fiera le gruñó de forma despectiva, pero Ruven ya se alejaba de él.

—Septimus, sobrestimas en gran medida las habilidades de tu amo, así como su sentido de la prudencia, si piensas que Talos sería capaz de matarme alguna vez. Después de lo acaecido con Secondus, lo intentó; y me aseguré de elogiar su entusiasmo siempre que lo hacía. Al final, si bien jamás me ha perdonado, abandonó sus tediosos intentos de vengarse. Creo que se cansó de fracasar.

Octavia alzó una ceja. ¿Abandonar una venganza? No sonaba como algo propio de Talos.

Septimus se sentía más reacio a quedarse callado.

—Tú fuiste el que me hizo esto en la cara —le recriminó—. En el mundo prisión del sistema Crythe.

Ruven bajó la vista hacia el mortal y se lo quedó mirando con detenimiento al mismo tiempo que reparaba en los implantes biónicos, caros y sutiles, que le cubrían la sien y la cuenca ocular.

—Vaya, así que tú eras el piloto de la Thunderhawk. Qué roedor tan bien amaestrado eres, muchacho.

Septimus apretó los dientes y transformó sus manos en puños para resistirse al ansia incontenible de agarrar las pistolas.

—¡Fuiste tú quien envió a esos prisioneros a matarnos en Solace!

Octavia ya no se sentía tan confiada. Aunque los reos supervivientes de Solace habían dado por muerto a Septimus tras haberlo mutilado en la cabina de la Thunderhawk, a Octavia la habían golpeado hasta dejarla casi inconsciente y se la habían llevado a rastras por el pelo hasta las entrañas del complejo penitenciario.

—Entonces, ¿fuiste tú? ¿Tú los enviaste? Estuve allí cuatro horas —susurró la chica—. Estuve ahí sola en la oscuridad con esos… animales… ¡durante cuatro!… ¡largas!… ¡horas!

Ruven sacudió la cabeza en un gesto negativo para apartar a un lado los sinsentidos melodramáticos de aquellos humanos.

—Ya basta de lloriqueos; tienes que reparar mi armadura.

—No soy tu artificiero. —Septimus casi estalló en carcajadas al oír aquello.

—Tú eres el que cuida el equipo de la Primera Garra, ¿no es así?

—Sí que lo soy. Y tú no eres miembro de la Primera Garra.

—Antaño sí lo fui. Y volveré a serlo.

—Entonces podrás ordenarme que repare tu armadura si es que la Primera Garra vuelve a admitirte, pero aun así seguiré negándome. Hasta entonces, lárgate.

Ruven los miró con atención, uno por uno.

—¿Qué me acabas de decir?

—Que te largues. —Septimus se levantó. No se llevó las manos a las armas a sabiendas de que ese gesto sería inútil. El legionario podría masacrarlos a todos en un santiamén si quisiera—. Fuera de la armería de mi amo. Estos son los dominios de la Primera Garra y de sus vasallos.

Ruven se quedó callado en actitud impasible. Esto era algo que en absoluto habría esperado. En aquel momento, la curiosidad y la incredulidad tenían mucho más peso que cualquier cólera que pudiera sentir.

—Que te largues. —Octavia, al contrario que Septimus, había desenfundado la pistola. La navegante la apuntaba en un ángulo elevado hacia el casco con cuernos del hechicero.

Fiera la imitó y sacó la mugrienta escopeta de un pliegue de sus harapos.

—El ama dice «largo».

Maruc fue el último, y apuntó a Ruven con su rifle láser de hierro bruñido.

—La señorita os ha pedido que os marchéis.

Ruven permaneció donde estaba.

—Talos solía entrenar a sus esclavos de forma mucho más rigurosa —meditó en voz alta.

En ese momento, Septimus desenfundó las pistolas y las apuntó hacia la placa

facial del amo de la noche. Fuera o no un gesto inútil, los esclavos permanecieron unidos.

—Te he dicho que te largues —repitió.

—Sólo para asegurarme: vosotros no creéis que esta teatralidad me asuste en lo más mínimo, ¿verdad? —Ruven avanzó un paso. Dos puntos rojos bailaron sobre su lente izquierda en cuanto Septimus les quitó el seguro a las pistolas con sendos gestos de los pulgares. El legionario negó con la cabeza—. Si seguís vivos es sólo gracias al valor que tenéis para la legión.

—No —le replicó Septimus, clavándole la mirada; uno de sus ojos era oscuro y humano, el otro era vítreo y artificial—. Si estamos vivos, es gracias a que estás solo en esta nave y a que todo el que navega en ella te detesta. Mi amo me cuenta muchas cosas. Sé que el Elevado busca la más mínima razón para ejecutarte. Sé que la Primera Garra te mataría antes que volver a confiar en ti. No tienes derecho alguno sobre nuestras vidas. Estamos vivos no gracias a lo que valemos, sino a que tú no vales nada.

Antes de que Ruven pudiera responderle, Octavia se llevó la mano que tenía libre a la cinta y metió los dedos tras el borde de la tela.

—Fuera. —La pistola le temblaba en la otra mano—. Fuera.

Ruven inclinó la cabeza en un gesto concesivo.

—Esto ha sido de lo más edificante, esclavos. Os doy las gracias.

Dicho esto, se dio la vuelta y salió de la habitación con paso airado. La compuerta se cerró tras él.

—¿Quién demonios era ese? —les preguntó Maruc.

—Un alma mala —respondió Fiera con el ceño fruncido y los párpados más apretados que de costumbre—. Un alma muy mala.

Septimus enfundó las armas. Tres pasos después, ya había cruzado la habitación y abrazaba a Octavia con fuerza. Maruc apartó la mirada sintiendo que una súbita sensación de incomodidad le hormigueaba bajo la piel. Era lo máximo que los había visto tocarse, y conocía a Septimus lo suficiente como para saber que al artificiero le tuvo que haber costado hasta la última reserva de coraje ser tan descarado. Era más que capaz de apuntar con un arma a un semidiós, pero apenas podía reunir las agallas necesarias para darle la más mínima muestra de afecto a alguien que le importase.

Ella se deshizo de su abrazo de forma casi inmediata.

—No me… no me toques. Ahora no. —Octavia se estremeció a la vez que se escurrió de los brazos de Septimus, pero sus manos no dejaron de temblar una vez quedó libre—. Fiera, vamos —ordenó con voz trémula, a pesar de la brevedad del mensaje.

—Sí, ama.

Una vez se volvió a cerrar la compuerta, los dos hombres se quedaron solos. Maruc colocó el rifle sobre el banco de trabajo.

—Bueno, eso ha sido excitante.

Septimus seguía mirando la compuerta cerrada.

—Voy tras ella —dijo.

Maruc sonrió para beneficio de su amigo, a pesar de lo aprisa que todavía le iba el corazón a resultas del enfrentamiento con el legionario.

—Mal momento para mostrar agallas. Déjala tranquila. Lo que dijo acerca de unos prisioneros de Solace que se la habían llevado… ¿era cierto?

Septimus asintió.

—Pues si es así, lo último que va a querer es que un hombre la rodee con sus brazos —apostilló Maruc.

Septimus se dejó caer en el asiento y se inclinó hacia adelante con los brazos sobre las rodillas y la cabeza gacha. Sus cabellos de color rubio ceniza cayeron ante él y formaron una cortina que ocultó sus pálidas facciones. Su ojo humano parpadeó; su lente azul chasqueó y zumbó.

—Odio esta nave.

—Eso es justo lo que dice ella.

Septimus negó con la cabeza.

—Todo me resultaba mucho más sencillo antes de que ella pasase a formar parte de la tripulación: «Ve cuando te llamen», «haz tu deber», «conoce cuál es tu sitio»… No cuestionaba nada porque no había nadie por quien responder. —Tomó aire para intentar darle forma a lo que pensaba, pero no lo logró.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que te juzgaste a ti mismo, desde un punto de vista humano? No como un esclavo que no tiene otra elección, sino ¿cómo un hombre que se encuentra en la mitad de la única vida de la que dispone? —le preguntó Maruc, todavía con voz amable.

Septimus alzó la vista y su mirada se encontró con la de Maruc.

—¿Qué quieres decir?

—¡Por el Trono, qué frío hace en esta nave! Me duelen hasta los huesos. —Se frotó la nuca con las manos manchadas de aceite—. Ya sabes lo que quiero decir. Antes de que viniera Octavia, tú desempeñabas todas esas tareas sin necesidad de juzgarte a ti mismo. Hacías lo que hacías porque no tenías otra elección, y nunca juzgabas tus actos porque no había otra persona que los viera. Pero ahora está ella, y estoy yo. Y de repente, te sientes como un hereje hijo de perra, ¿a que sí?

Septimus no dijo nada.

—¿Pues sabes qué? Me alegro. —Maruc esbozó una sonrisa que era más de misericordia que de escarnio—. Deberías sentirte así porque es justo lo que eres. Te lo has estado negando a ti mismo durante todos estos años, pero ahora hay más ojos vigilándote.

Entretanto, Septimus se abrochó el machete a un lado de la pantorrilla, a la imagen burda de los miembros de la Primera Garra cuando envainaban los gladios.

—¿Es que te vas, o qué? —le preguntó Maruc.

—Necesito tiempo para pensar. Me voy a comprobar mi cañonera.

—¿Tu cañonera? ¿«Tu» cañonera?

Septimus se ajustó su desgastada chaqueta antes de dirigirse a la puerta.

—Ya me has oído.

• • • • •

Cyrion meditaba, como solía hacer, sobre las actitudes que mostraban sus hermanos. Tras haber subido otro tramo más de escalera en espiral, había irrumpido en varias cámaras comunicadas entre sí, todas y cada una de las cuales hacían gala del mismo frío austero y de la decoración escueta propios de una catedral de la Eclesiarquía, por lo que ya se estaba empezando a preguntar dónde se escondían los siervos de aquella planta.

Si es que esa planta se usaba para algo, claro.

De vez en cuando se cruzaba con algunos rezagados, pero estaban desarmados y aterrorizados, y, además, Cyrion dudaba de que matarlos fuera a atraer siquiera un mínimo de atención. Sin embargo, mató a base de mandobles a unos cuantos, procurando, eso sí, dejar a unos pocos con vida para que huyeran despavoridos por el monasterio.

Con suerte, sus gritos atraerían a los Marines Errantes hasta allí, por lo que los Ojos Sangrantes podrían llevar a buen puerto sus misiones tan brutalmente simples y las Garras podrían abandonar el asedio por completo.

Cyrion estaba menos enamorado del plan que el resto de sus hermanos. A él le daba igual que los Ojos Sangrantes hubieran reclamado para sí el derecho de destruir el generatorium secundario; en lo que a él respectaba, podían jugar a lo que les diera la gana y cubrirse de gloria si querían. No, lo que se le atragantaba a Cyrion era una idea mucho más llana y menos palpable.

A él, al igual que a sus hermanos, le daba igual Vilamus.

Sin lugar a dudas, el Imperio iba a considerar todo aquello como una gran tragedia, y era más que probable que los escribas fueran a gastar océanos de tinta en redactar una farsa detallada con la que describir su pérdida. Hurón, por su parte, iba a ganar mucho con el asedio, y la operación pasaría a los anales de la historia como uno de sus ataques más destacados y arriesgados.

El día en que condenó a los Marines Errantes a una muerte lenta e ignominiosa. La noche en que mató a un capítulo del Adeptus Astartes.

Y era justo eso lo que atribulaba a Cyrion: iban a ser un instrumento decisivo en asestarle al Imperio una herida atroz y, sin embargo, ni a él ni a ninguno de sus hermanos les importaba.

Todos los ojos estaban puestos sobre el auténtico premio: el *Eco de la Maldición*. Talos, Xarl, el Elevado, todos ellos… La batalla que tanto anhelaban en su fuero interno era la que iban a emprender contra sus semejantes traidores. Preferían

derramar la sangre de sus propios aliados antes que concentrarse en herir al Imperio.

No obstante, no se trataba de una actitud recién adquirida: Cyrion se había aventurado en el Ojo del Terror en incontables ocasiones y había sido testigo de las brutales cruzadas intestinas que emprendían los restos que quedaban de las legiones traidoras. Hermano contra hermano, partida de guerra contra partida de guerra; millones de almas que derramaban sangre en nombre de los señores de la guerra que habían escogido.

Él mismo había tomado parte en aquellas guerras, contra hordas de legionarios que luchaban por el poder, por la fe, por la conquista o por ninguna otra cosa sino la simple liberación de la ira, para dejar que la furia se derramase de ellos como el pus de un grano al reventarse. En más de una ocasión había abierto fuego contra otros amos de la noche y había acabado a tiros con hermanos cuyo pecado no era otro sino haber escogido marchar bajo otro estandarte.

El mayor enemigo de las legiones traidoras era su propia incapacidad para unirse sin un líder indiscutible. Pocos guerreros contaban con la fuerza y la astucia necesarias para mantener unidos de verdad a los dispares ejércitos del Ojo del Terror. En lugar de eso, les juraban lealtad a líderes menos ambiciosos, por lo que las partidas de guerra se formaban a partir de aquellos que se aliaban con la esperanza de sobrevivir y de atacar juntos. La traición era su forma de vida, pues todas y cada una de las almas de esos ejércitos ya habían traicionado al menos una vez. ¿Qué más daba otra traición si ya habían roto los juramentos que los unían al Imperio de la Humanidad?

Cyrion tenía sus defectos, pero ser zafio no se contaba entre ellos. Él conocía esas verdades fundamentales y las aceptaba.

Sin embargo, jamás lo había visto transcurrir de esa forma. Antaño, incluso en Crythe, lo prioritario consistía en infligirle daño al Imperio. Era la única meta que garantizaba que las partidas de guerra se vieran obligadas a aliarse, aunque fuera durante un instante. Y a pesar de todo, a ninguno de ellos le importaba Vilamus. A ninguno de ellos le importaba arrancar a ese capítulo, despreciable e insignificante, de las páginas de la historia. En vez de eso, lo iban a borrar de la faz de la galaxia con el mismo entusiasmo con el que se limpiaban la sangre de las botas.

¿Acaso era así como había empezado? ¿Era este el camino que había acabado con Uzas, que gruñía en vez de hablar y que estaba ciego a raíz del odio que sentía por todo aquello que vivía y respiraba? ¿Sería así como empezaba toda corrupción? ¿En los momentos de sosiego, al enfrentarse al hecho de que vengar los pecados del pasado tenía mayor relevancia que depositar cualquier esperanza en el futuro?

Aquel sí que era el quid de la cuestión. ¿Qué harían una vez acabase la guerra? Cyrion sonrió mientras avanzaba, disfrutando de la perspectiva de haberse topado con una pregunta sin respuesta.

Tenía que admitir que Vilamus era un bastión de la belleza más majestuosa y lóbrega, despliegues que le resultaban atractivos. En cierto modo, le recordaba a

Tsagualsa, lo que avivó las ascuas de una melancolía largo tiempo sin cultivar. Tsagualsa había tenido una belleza perturbadora; un bastión que no se podía describir con palabras y que miles de esclavos habían erigido a costa de dejarse la vida en el polvo de aquel mundo estéril.

Cyrion volvió a ponerse el casco mientras aún saboreaba la sangre de los tres últimos siervos a los que había asesinado. Tras sus ojos bailaban unas imágenes residuales parpadeantes que no le decían nada que mereciera la pena. Momentos de gran emoción en sus vidas… alegría, terror, dolor… Y ninguno de ellos tenía razón de ser. Sus botas resonaban conforme abandonaba la cámara y regresaba a los laberínticos pasillos y corredores que enlazaban los subdistritos de aquel monasterio inmenso y desconcertante. Reclamar tamaña fortaleza como refugio a la par que hogar habría sido algo glorioso, preferible a las cubiertas frías y húmedas del *Pacto* o, peor aún, a los mundos que la legión había conquistado en el Ojo del Terror. No obstante, sus ciclópeas proporciones constituían un arma frente a los invasores. El mapa retinal de Cyrion había desaparecido hacía un rato, y el guerrero no había estudiado las secciones suficientes como para aprenderse toda aquella estructura a pesar de su memoria eidética.

Andar perdido dando tumbos y destripar a los indefensos esclavos del capítulo era muy entretenido, pero no era…

Un escuadrón armado de siervos de librea entró de forma apresurada en el lejano extremo del corredor, y los hombres quitaron el seguro a sus crepitantes rifles láser y adoptaron posiciones de tiro. Cyrion oyó que el oficial ladraba órdenes. Se trataba, sin lugar a dudas, de la defensa más organizada que había presenciado hasta el momento. Por fin, Vilamus había reaccionado y sus defensores iban a por los intrusos. Tan intensa fue la llamada del instinto, que estuvo a punto de cargar en su dirección, a pesar de que un número más y más ingente de ellos empezaba a llenar el extremo del corredor. Los movimientos de los vasallos resonaban como una estampida de pasos sobre la piedra.

La verdad fuera dicha, Cyrion había disfrutado bastante de la carnicería fácil, pero la situación estaba a punto de ponerse un poco más peliaguda.

Cyrion se dio la vuelta y echó a correr, por delante de sus lentos cazadores en aquella alegre persecución. Sin perder el tiempo, estos habían empezado a llamar por los comunicadores a más escuadrones para cortarle el paso más adelante.

Que así fuera. Cuantos más fueran tras él, menos quedarían para defender los niveles superiores.

• • • • •

Brekash vocalizó el enojo que sentía en la forma de un siseo gorjeante que atravesó su

rejilla bucal. Cualquiera podría captar los sutiles matices de lenguaje impresos en aquella única sílaba, pero tan sólo sus hermanos de los Ojos Sangrantes tenían alguna posibilidad de entender su significado.

Lucoryphus lo entendía de sobra. Se volvió de forma airada contra el otro rapaz con un chisporroteo de sus garras, eco de su propio enfado.

—No me obligues a matarte —le advirtió.

Brekash hizo un gesto en dirección al quejumbroso generador, que bien podría tener el tamaño de un tanque de batalla Land Raider. Otro ladrido abandonó su vocalizador:

—Esto no tiene sentido —insistió—. ¿Cuántos de estos hemos destruido ya? ¿Cuántos?

Lucoryphus le pagó con la misma moneda al emitir el grito estridente de un cóndor, propio de un depredador alfa y que hizo las veces de exordio a sus palabras.

—Estás diciendo sandeces y mi paciencia se agota. Destrúyelo y prosigamos.

Brekash era uno de los pocos guerreros de la jauría que prefería adoptar una postura erguida sobre sus garras modificadas. Era la que adoptaba en aquel momento, mientras bajaba la vista hacia su acuclillado líder.

—Nos has metido de lleno en un disparate. ¿Dónde están los Marines Errantes? No vienen a defender estas zonas porque no valen nada.

El casco de Lucoryphus se sacudió a raíz de un estremecimiento brutal de su cuello. Varios de los cables para el suministro de energía y tubos flexibles que pendían de la parte de atrás del yelmo azotaron el aire, como si fueran rastas mecánicas, debido a los espasmos del rapaz.

—No hemos visto a ningún guerrero de los Marines Errantes porque este monasterio tiene el tamaño de una ciudad colmena, pedazo de inepto. Apenas queda un centenar de ellos apostados en este mundo. Si los imperiales han tenido tiempo siquiera de reaccionar para defender su fortaleza, entonces están protegiendo los niveles inferiores contra las Garras. —Lucoryphus puntualizó sus palabras con un gruñido ronco lleno de agresividad.

Brekash no se iba a dejar amilanar.

—Ninguno de los generadores que hemos destruido ha cambiado las cosas. Ya llevamos nueve máquinas. Y sigue sin haber cambio que valga.

Lucoryphus ordenó a dos esbirros que dejasen de jugar con los cuerpos de los siervos muertos.

—Urith, Krail, destruid el generador.

Los guerreros de los Rapaces obedecieron y saltaron para cruzar la estancia trazando una parábola acompañada por el petardeo de sus retrorreactores. Sin ninguna delicadeza, aterrizaron en la máquina retumbante con las garras de manos y pies por delante y la golpearon con fuerza hasta abollarla y arrancar pedazos de acero. Una vez hubieron hurgado lo bastante en las entrañas del generador como para abrir varios huecos, ambos tiraron un puñado de granadas al interior que repiquetearon en

el núcleo de la máquina.

—Cuarenta segundos, mi señor —siseó Krail.

Lucoryphus hizo un gesto de asentimiento, pero no se marchó. Se volvió otra vez hacia Brekash.

—Esta fortaleza es una ciudad, por cuyas tripas nos arrastramos de norte a sur y de arriba abajo mientras perforamos sus órganos. Piensa en ella como si fuera el corazón de un legionario, hermano. —El rapaz sostuvo en alto una garra como si tuviera un corazón humano en la palma—. Es una fruta con varias capas, con cámaras y pasadizos que dan al interior y al exterior. Corta una arteria, y puede que el cuerpo muera, o puede que el cuerpo sobreviva. Corta muchas arterias, y ya no queda margen de error. Lucoryphus señaló con su yelmo con zarcillos hacia el generador desvencijado.

—Esta es una de las cámaras corazón de Vilamus. Hemos cercenado algunas de sus arterias. Si es preciso, cercenaremos más. Pero te aseguro que el corazón dejará de latir y que el cuerpo en el que late morirá.

Brekash le hizo un saludo marcial sobre el corazón con su puño rematado en garras.

—Estoy a tus órdenes.

Las lentes sangrantes del líder de los Rapaces volvieron a enfocar a su hermano.

—Entonces, pongámonos en marcha.

• • • • •

Los bulbosos ojos negros del Elevado volvieron a girarse una vez más hacia el occulus.

Los sentidos de la criatura regresaron de pronto a su mente, con el mismo latigazo de un elástico que volviera a contraerse tras haberlo estirado demasiado. La percepción de Lucoryphus tardó varios repugnantes momentos en desvanecerse: el sentimiento asqueroso de la carne demasiado humana; la sensación repugnante de observar el mundo con unos ojos forjados en el reino material, ciegos a los más mínimos matices de lo etéreo.

—Los Ojos Sangrantes están a punto de lograrlo —anunció la criatura con voz ronca.

—¿Cuáles son vuestras órdenes, mi señor? —le preguntó el oficial de cubierta.

El demonio se inclinó hacia adelante en su trono al compás de los gruñidos de su armadura, que no tenían el volumen suficiente como para disimular los horrendos crujidos y chirridos de sus tendones inhumanos.

—Dos tercios avante.

—A la orden, mi señor.

El Elevado observó con atención el occulus antes de introducir varios ajustes en el

sistema de visualización hololítica.

—Acérquese por el través a la primera plataforma orbital de defensa. Envíe a las Thunderhawk para que recuperen nuestras cápsulas de desembarco antes de que lleguen los Corsarios Rojos.

—Vuestros deseos son órdenes, mi señor.

—Y prepare la baliza de disformidad. Muéstrenos toda la flota de Hurón tan pronto como nuestras Thunderhawk estén a punto de atracar.



XX

LA CAÍDA DE VILAMUS

Cyrion fue el último en reunirse con ellos. Entró en la habitación trotando de manera pesada y despreocupada, bólter en mano, y casi patinó hasta detenerse sobre el suelo de piedra con letanías grabadas. Un ruido de pasos, una copiosa cantidad de ellos, repiqueteaba en el corredor a cierta distancia tras él.

—Me perdí —admitió.

Xarl y Talos se pusieron en marcha con la fluidez propia de la práctica, con movimientos idénticos mientras tomaban posiciones a cada lado de la amplia entrada por la que acababa de entrar Cyrion.

—A juzgar por el ruido, parece que te has traído a unos cuantos amigos —apostilló el profeta—. ¿Cuántos son?

Cyrion estaba al lado de Mercutian mientras ambos preparaban los bólters. Uzas hacía caso omiso de sus hermanos, aunque su casco miraba en derredor de forma abrupta, con la impaciencia que cabría esperar de un mastín, en cuanto oyó que los pasos se acercaban.

—Los suficientes —respondió Cyrion—. Docenas. Pero no son más que humanos. No he visto ni a un solo marine errante. —El guerrero echó un breve vistazo a la habitación por primera vez y vio que aquel salón circular e inmenso estaba despejado de todo mobiliario: lo habían apartado todo a rastras; todo cadáver, todo banco y mesa ornamentada, y lo habían apilado a los lados de la cámara para dejar el centro libre—. Veo que habéis estado ocupados —dijo Cyrion. Los otros no hicieron caso del comentario, reacción que ni lo sorprendió ni lo molestó.

Talos golpeó la manipostería con la hoja crepitante de la espada para captar la atención de Uzas. Al hacerlo, dejó una quemadura en la pared.

—El bólter —le dijo.

—¿Cómo?

—Que uses el bólter, hermano. Vamos a adoptar una posición defensiva en esta cámara. El enemigo es demasiado numeroso como para que carguemos contra él.

Uzas vaciló; tal vez no comprendía lo que Talos quería decir. Bajó la vista hacia el hacha y el gladio que tenía en las manos.

—¡Qué uses el bólter! —le espetó Xarl—. ¿No ves que estamos con la espalda pegada a la pared, pedazo de anormal? ¿Acaso te parece que vayamos a cargar contra ellos?

Por fin, Uzas envainó las armas y sacó el bólter. El profeta prestó atención a dicho gesto mientras sentía la punzada del pasado; se trataba de la misma reliquia que Malcharion había ordenado que fabricaran para Uzas con el fin de honrar sus gestas en una era en la que su hermano había sido más despierto, mejor.

—Uzas —lo llamó.

—¿Mmmm?

Talos escuchaba los pasos de botas que se aproximaban, acompañados de las palabras de aliento ricas en fervor justiciero de los oficiales de escuadra.

—Hermano, me acuerdo de cuando te dieron esa arma. ¿Y tú?

Uzas agarró el bólter con mayor firmeza.

—Yo… Sí.

El profeta asintió con la cabeza.

—Usala bien. Ya vienen.

—Los oigo —informó una voz humana, frágil y débil en comparación con los rugidos resonantes que emitían los legionarios al hablar.

Talos le hizo a Xarl un gesto afirmativo con la cabeza y ambos se asomaron por la esquina al unísono. Los bólters dieron culatazos y se estremecieron en sus oscuras manos a la vez que escupían proyectiles pasillo abajo. Los dos guerreros ya se habían vuelto a poner a cubierto antes de que las primeras ráfagas láser atravesaran la entrada a modo de respuesta.

—Le has dado a uno en la cara. —Xarl se rio entre dientes—. Con los dos proyectiles. Le dejaste la cabeza hecha una nubecilla roja. Oigo a sus hombres ahogándose en ella.

Talos recargó, agarró el cargador vacío y lo guardó.

—Céntrate.

Las cadenas que pendían de su armadura comenzaron a tintinear contra la ceramita a pesar de que no se estaba moviendo. Xarl echó un breve vistazo hacia su propia hombrera, donde los cráneos encadenados comenzaron a castañetear entre ellos como si tuvieran frío.

—Ya era hora —murmuró Mercutian.

La Primera Garra evitó mirar hacia el centro de la estancia mientras la luz empezaba a manifestarse por primera vez. Un viento que surgía de ninguna parte les azotó las armaduras, como un vórtice del revés que arrojase aire helado contra la

imperturbable ceramita. En los bordes de sus armaduras se formó una leve capa de escarcha, mientras que los uniformes manchados de sangre que vestían los cadáveres dispersos por la cámara se arrugaban y estremecían a raíz de aquel temporal que albergaba el interior del edificio.

—Qué melodramático. —Cyrion enseñaba los dientes tras su placa facial.

Un estallido sónico violó el aire y fragmentó un gran número de mesas volcadas, cuyas astillas salieron despedidas contra los muros.

La luz se fue haciendo cada vez menos intensa hasta que regresó a la nada de donde había venido.

En el centro de la cámara había cinco personas de pie: cinco personas que vestían unas armaduras profanadas repletas de talismanes y de grabados de runas de color bronce. Cuatro de ellas eclipsaban a la quinta; sus inmensas armaduras de exterminador proferían gruñidos guturales llenos de desdén a la vez que inspeccionaban de izquierda a derecha los alrededores con sus cascos de largos colmillos.

La quinta iba a cabeza descubierta y, aunque los demás la empequeñecían en estatura, de ella emanaba un carisma horrendo y jovial que abarcaba desde el brillo de sus ojos hasta su sonrisa confiada.

—Lo habéis hecho bien —afirmó, con una ancha sonrisa, lord Hurón de los Corsarios Rojos.

• • • • •

Variel se dirigía hacia la cubierta de observación atravesando un número incontable de pasillos mientras reflexionaba de forma tranquila, impasible. Era hora de evaluar la situación y de imaginarse en la coyuntura cada vez más cercana de tener que tomar una decisión. Con tal fin, el apotecario había emprendido la marcha hasta uno de los pocos lugares que le garantizaba algo de paz. Siempre había sentido que sus pensamientos fluían con mayor claridad cuando perdía la mirada en los vastos confines del espacio.

La primera fase había tenido éxito, ya que era evidente que los Amos de la Noche habían conseguido desconectar una de las fuentes de energía secundarias dentro de los muros de Vilamus. Hurón había escogido bien su objetivo: con el generatorium de aquel subdistrito eliminado, la fortaleza monasterio había quedado expuesta a un ataque mucho más pernicioso que la brutalidad de un bombardeo orbital.

Hurón, en vez de obcecarse en hacer de los mercenarios unos mártires para su causa, se había conformado con exigir a los guerreros que habían jurado aliarse con él que desactivasen los escudos exteriores que le impedían teleportarse al interior del edificio, así como que dejasen un gran número de cámaras lo bastante despejadas

para que sus tropas de corsarios se manifestasen directamente dentro de la fortaleza. De esa forma dio comienzo la segunda fase, y si las fuerzas de Hurón procedían con el ritmo esperado, entonces la resistencia a la que iban a tener que hacer frente seguiría siendo insignificante.

Se trataba de un plan al que no le faltaba elegancia y por el que se habían decantado debido a que no había muchas más estratagemas que pudieran tener éxito. Asaltar una fortaleza monasterio con otro planteamiento que no fuera el de la astucia estaba condenado al fracaso. El hecho de que este ataque fuese supuestamente tan decisivo y falto de riesgo era, tal y como pensaba el Desollador, algo casi milagroso. Casi podía imaginarse las referencias que incluirían los archivos imperiales en los siglos venideros con respecto a esta derrota, anotaciones que además mencionarían los peligros de dejar desprotegido el santuario de un capítulo de un modo tan lamentable.

Ahora que sus sistemas preventivos de defensa habían quedado inutilizados, Vilamus estaba al borde de una invasión en toda regla.

Según el plan, Hurón se manifestaría junto a sus exterminadores en la superficie del planeta valiéndose de los entresijos del teletransporte una vez hubiera introducido las coordenadas preestablecidas que le facilitarían los infiltrados de la VIII Legión. Llegados a ese punto, cada una de las escuadras intentaría reunirse sobre la marcha en la estación de energía principal, situada en lo más recóndito del núcleo del monasterio. La avanzadilla de exterminadores, si bien iba a moverse de modo lento y pesado, sin duda acabaría con todo lo que se le pusiera por delante. Al tener a cincuenta de su élite de elegidos ataviados con esas armaduras tan preciadas y a ocho Garras del *Pacto* como refuerzo, Variel dudaba de que Hurón tuviera algo de lo que preocuparse.

Se suponía que la destrucción de este sanctasanctórum daría lugar al final de la partida. De momento, aunque sus plataformas de defensa orbitales se hubiesen quedado ciegas y sin energía, e incluso teniendo en cuenta que sus escudos estaban desconectados, Vilamus seguía siendo un bastión inaccesible, capaz de aniquilar cualquier destacamento de tropas de tierra que se atreviera a intentar asediar sus imponentes muros. Cualquier tentativa de aterrizar ahí supondría enfrentarse al fuego arrasador proveniente de la legión de torretas y silos de misiles que se alineaban en las almenas.

Variel llegó hasta la cubierta de observación y se dirigió con grandes pasos a una de las cristaleras para mirar, desde las alturas, a aquella roca baldía que hacía las veces de planeta. Desde la órbita, casi parecía que la situación se encontraba en un punto muerto. La flota atacante que se aproximaba a Vilamus no podía desembarcar guerreros que apoyasen a la avanzadilla. Las cañoneras y las cápsulas de desembarco seguían confinadas en los muelles de carga, repletas de guerreros impacientes a la par que incapaces de ir a luchar.

Vilamus era visible a simple vista incluso desde esa altitud, pero lo único que

inspiraba en la mente del Desollador era desdén. Un vasto pináculo de monótona piedra roja que pronto iba a quedar despojado de todo lo que poseyera un mínimo de valor.

La élite de exterminadores del Tirano estaba operando allí abajo, abriéndose paso a tiros hasta el sector principal de abastecimiento energético, prestos a privar a las últimas defensas de Vilamus de la energía que necesitaban para poder disparar.

Variel observaba el planeta con atención y en silencio, ya que se había desconectado de los canales de comunicación con tal de evitar el tedio previo a la batalla que supondría escuchar las ofrendas de votos de sus hermanos en nombre de unos poderes que apenas comprendían. Necesitaba tiempo para pensar, a pesar de que durante las últimas semanas casi no había hecho otra cosa.

Una vez que el éxito de la segunda fase del asedio llegase a su punto más álgido, Variel tendría que actuar, de un modo u otro. Según sus mejores cálculos, eso lo dejaba con menos de una hora para tomar su decisión.

● ● ● ● ●

La criatura atravesaba a Talos con una mirada llena de hostilidad mientras se aferraba a la hombrera del Tirano. El profeta se sintió tentado de golpear con el plano de la espada al pequeño ser abyecto para borrarle de un plumazo esa mirada penetrante de su cara de ojos mezquinos y alienígenas. Con un cuerpo que parecía que habían maldecido con un exceso de huesos protuberantes en las costillas y en las correosas articulaciones, la xenoalimaña larguirucha correteaba por la armadura del caudillo y, de vez en cuando, encogía sus facciones en un mohín.

Hurón tenía puesta la atención en otra parte. Tras saludar a los guerreros de la VIII Legión, se dispuso de inmediato a avanzar por los pasillos al tiempo que comprobaba la maltrecha red de comunicaciones, en un intento de contactar con sus otras escuadras mientras sus botas resquebrajaban el suelo de baldosas de mármol y ónice. Los exterminadores flanqueaban a su señor formando un escudo de ceramita mientras marchaban acaparando todo el ancho los pasillos, incluso de los más amplios.

La Primera Garra los seguía de forma silenciosa, con las armas bajadas mientras cada uno de sus miembros se guardaba sus pensamientos para sí, dentro de los confines de sus cascos.

Las pocas escuadras de siervos del capítulo uniformados que no huyeron de inmediato murieron bajo la cháchara estrepitosa de los bólters de asalto de los exterminadores. Con frecuencia, la horda avanzaba implacable sobre el suelo emplastado de espesa papilla orgánica de los cuerpos reventados por los proyectiles. Los corsarios tenían la misma apariencia que de costumbre; sin embargo, la Primera

Garra estaba cubierta de rojo hasta las grebas.

Talos reconoció la peste que saturaba el aire, pues ya había olido el hedor dulzón, cobrizo y sulfuroso de la carne humana destrozada en todos los campos de batalla que era capaz de recordar. A pesar de eso y hasta hace bien poco, no había sido tan penetrante como en las cubiertas corruptas del Iris Infernal. El olor saturaba hasta el metal del puesto fronterizo de Hurón; sin duda alguna proveniente de los vientos ponzoñosos del Torbellino. No era de extrañar que la mutación imperase en aquel lugar.

—Pero ¿qué diablos es eso? —transmitió Xarl. Las comunicaciones funcionaban si estaban cerca los unos de los otros, aunque lo hacían de forma poco entusiasta y con interferencias.

—Una vez se lo pregunté a Variel. —Talos no podía dejar de clavarle la mirada a la pequeña bestia, o lo que esta fuera—. Por lo visto, Hurón la llama «hamadrya» y es una criatura psíquica, vinculada a su mente.

Xarl torció el labio.

—Tengo ganas de pegarle un guantazo para quitársela al Tirano de la espalda y poder borrarle esa sonrisa de un pisotón en la cara.

—Lo mismo digo, hermano.

Hurón alzó la mano para indicar a los legionarios que se detuvieran.

—Alto.

Los ojos del corsario, que ya estaban inyectados en sangre y entrecerrados a raíz del dolor que le suponía existir en aquel estado, se estremecieron mientras se concentraba. La criatura que llevaba a la espalda dejó caer un fango viscoso y plateado de sus fauces gorjeantes. Ahí donde las gotas caían sobre la armadura de Hurón, la pintura quedaba desteñida.

—Ya estamos cerca. Además, un gran número de nuestras escuadras se aproxima a nosotros. Venid, mis hermanos; la recompensa es casi nuestra, así pues, va siendo hora de que demos comienzo de verdad al asedio.

—Esperad —los alertó Uzas—. Oigo algo.

● ● ● ● ●

Decir que aparecieron haciendo gala de una formación ordenada equivaldría a no hacerles justicia alguna, pues la cohesión de aquellos guerreros excedía con creces todo lo visto en la fuerza de ataque del Cosechador de Sangre. Luciendo una ceramita prístina pintada de azul y blanco, cuya heráldica dispuesta en vertical era una reminiscencia de las que caracterizaban a los caballeros de la antigua Terra, una única escuadra de guerreros se parapetó a toda prisa en el otro extremo del corredor. Su economía de movimientos resultaba implacable dada su precisión marcial mientras

tomaban posiciones en silencio absoluto, excluyendo el rugido de sus armaduras o el taconazo que daban las culatas de los bólters contra las hombreras cuando apuntaban.

Su líder, quien no llevaba casco, dejaba al descubierto unas facciones severas, moldeadas hasta conformar una máscara de absoluta resolución.

A pesar de la distancia, Talos conocía esa expresión y se acordaba de cuándo él mismo la había adoptado. El desafío que emanaba la mirada impertérrita del guerrero hizo que a Talos se le erizase el vello. He ahí a un hombre que creía en su causa. No sentía ni duda ni vacilación ni tentación alguna de ocupar la mente en el fútil ejercicio de replantearse su deber sagrado. Su vida estaba incólume de juramentos incumplidos, al igual que del legado de desconfianza y confusión que surgía al paso de cada traición.

Talos vio todo aquello en el mismo lapso de tiempo que le llevó al guerrero alzar su espada sierra: había empleado un único segundo en reconocer los ojos de uno que vivía la vida de acuerdo a los principios que Talos hacía mucho que había dejado atrás.

Escuchó a Mercutian murmurar en la jerga de los bajos fondos nostramana, lo que no era propio de él:

—¡Oh, mierda!

El profeta y sus hermanos se movieron en idéntica sincronía, a pesar de no haberse hecho ningún tipo de señal entre ellos. Al tiempo que aferraban con fuerza los bólters frente al pecho, la Primera Garra se cobijó a la sombra de los imponentes exterminadores.

—¡Matadlos! —ordenó Hurón, lleno de desdén, a la vez que avanzaba a grandes zancadas y de forma entrecortada y renqueante. Sus exterminadores se inclinaron hacia adelante y lo siguieron emprendiendo una carrera onerosa, al mismo tiempo que mantenían el ritmo para rodear a su señor y protegerlo con sus cuerpos acorazados. Su avance bastaba para transmitir un impulso arrítmico a través del suelo.

Por delante de ellos, el hermano sargento rebanó el aire con su espada sierra aullante y los guerreros de los Marines Errantes llenaron el pasillo con una descarga demoledora de proyectiles de bólter.

La munición explosiva detonó contra las capas de ceramita y la metralla repiqueteó contra las paredes en haces que sonaban como la arena al caer al suelo. A pesar de la protección de sus armaduras, los corsarios rojos gruñían desde el fondo de la garganta y soltaban maldiciones.

La Primera Garra mantuvo el mismo paso que los exterminadores, ya que seguían sus pisadas y dejaban que la élite corsaria afrontase el fuego enemigo. Xarl se rio de forma desdeñosa por el comunicador, y Talos se dio cuenta de que él mismo esbozaba una ancha sonrisa.

—Seguid así, hermanos; lo estáis haciendo pero que muy bien —se mofó Cyrion de los corsarios por el canal seguro de la escuadra. El hedor a sangre y entrañas había quedado oculto tras la peste química de las descargas de los bólters y del tufo a

pólvora de la ficelina dispersa en el aire.

—¡Venga, luchad! —gruñó con voz ronca uno de los exterminadores, pero la distorsión del comunicador transformó el mensaje en un zumbido monótono—. ¡Luchad, pedazo de cobardes nostramanos hijos de perra!

La Primera Garra no le respondió, aunque sus yelmos emitieron chasquidos sutiles, lo que delataba las carcajadas que compartían en privado. Justo cuando el guerrero corsario recargaba el bólter de asalto, un proyectil le acertó de lleno en el casco, lo que hizo añicos los dos colmillos que lo decoraban y le provocó un gruñido de dolor.

El estrépito de tantísimos proyectiles al impactar era como el chaparrón que caía sobre un tejado fabricado con chapa de hierro ondulada. Por encima del barullo, Talos oyó al sargento de los Marines Errantes proferir aquel venerable grito de guerra:

—¡Por el Emperador!

¡Ah, los susurrantes zarcillos de la nostalgia! El profeta volvió a sonreír, aunque el guerrero que tenía delante de él se doblase y cayera con estrépito sobre sus rodillas, dado que el fuego de bólter masivo había acabado por matarlo. En ese preciso instante, Talos se escabulló hasta ponerse a la sombra de otro exterminador, de modo que ahora compartía aquel escudo, viviente y maldiciente, con Mercutian.

—¡A la carga! —Hurón bramó la orden con dos voces, pues el vocalizador que le habían instalado en la garganta se sobrepuso a sus cuerdas vocales dañadas. Aquello espoleó a sus guerreros, que bajaron los bólters y alzaron las mazas de energía.

—Deberíamos llevarnos a estos idiotas a todas partes —sugirió Cyrion.

—Sangre… —Susurró Uzas por el comunicador—. Sangre para el Dios de la Sangre.

Xarl disparó a ciegas asomándose a un lado de la mole del exterminador que le hacía las veces de escudo. Talos y Mercutian lo imitaron y el profeta se arriesgó a asomar la cabeza por detrás de la hombrera de su reticente protector. Vio que los marines errantes retrocedían con supremo orden mientras abandonaban a los muertos y rociaban a sus atacantes con una lluvia de proyectiles a pesar de disponer sólo de la mitad de sus efectivos originales.

Eran unos perros tenaces, estos Marines Errantes.

El sargento había caído derribado con las piernas flácidas e inservibles, y protegía con el cuerpo a dos de sus hombres, que estaban agazapados detrás de él. Ambos guerreros lo arrastraban mientras retrocedían disparando por encima del hombro, de forma que el tableteo de sus armas acompañaba los estampidos de su pistola, meticuloso como un reloj.

Uno de ellos le acertó a Hurón. Todos oyeron la coz del proyectil de bólter al dar en el blanco, así como el ruido del papel al arrugarse propio de la munición explosiva al detonar contra la armadura. El señor de la guerra trastabilló hacia atrás hasta quedar entre los miembros de la Primera Garra. Dispuso de un breve instante para imprecar a los amos de la noche por la cobardía que estaban demostrando, y el hecho

de que captó la verdad detrás del asunto le quedó impreso en el rostro en forma de una expresión llena de desdén: era del todo consciente de que, tras sus yelmos con semblante de cráneo, todos ellos estaban sonriendo.

El momento pasó. Hurón se lanzó de vuelta a su avance imparable y alzó el brazo derecho mecánico, como si quisiera poner sobre aviso a los guerreros de los Marines Errantes antes de que cometieran un grave error. En la palma de la mano con forma de garra, el testimonio de una estrella de ocho puntas conducía a la boca amplia y chamuscada de un lanzallamas que rezumaba combustible de promethium en su forma más cruda y apestosa.

Por fin, los guerreros enemigos rompieron la formación y emprendieron la retirada, sólo para que sus siluetas quedasen transformadas en estatuas en medio del torrente de fuego blanco que les cayó encima. Uno de ellos roció con un chorro químico a dos corsarios con su propio lanzallamas, lo que los bañó con salpicaduras de fuego líquido corrosivo.

Protegidos por los portentos tecnológicos que constituían cada armadura táctica, los exterminadores traspasaron las llamas con impunidad.

Por el contrario, los marines errantes ardieron. Rugieron mientras morían, y lucharon a la vez que se desintegraban, pues intentaban arremeter contra los invasores con las armas fundidas a los puños, igualmente derretidos. Al mismo tiempo que las junturas de sus armaduras se licuaban y corrían bajo las placas de ceramita como cieno fundido, los últimos marines errantes se resquebrajaron sobre el suelo.

Los corsarios rojos apartaron los cascarones ardientes a patadas y prosiguieron la marcha.

—Ya estamos cerca —aseveró Hurón con voz ronca y los dientes de acero apretados—. Muy cerca.

Se dio la vuelta hacia los guerreros de la VIII Legión para recriminarles la patética falta de agallas que habían demostrado tener y alentarlos a que presionasen y luchasen con mayor brío, de modo que pudieran conseguir juntos aquella gran victoria. Pero cuando se volvió, el vestíbulo estaba vacío a excepción de los guerreros de los Marines Errantes a los que había matado. Las llamas todavía lamían las zonas expuestas de piel de los legionarios. Los bólters habían quedado reducidos a grises charcos de metal, semiderretidos sobre la piedra.

Los amos de la noche habían desaparecido.

• • • • •

Una congregación astral se reunió en los cielos sobre Vilamus. Durante un tiempo, Variel se contentó con observar la reunión desde la cubierta de observación de la nave

de guerra corsaria *Corona de la Miseria*, y comparó los cruceros que surcaban el espacio con lentitud con tiburones que se hubieran reunido al primer rastro de sangre en unas negras aguas.

Estos eran sus hermanos, y esta armada poderosa era la encarnación más grandiosa de todo lo que habían logrado juntos. Bajo ellos, sin energía y desprotegida, yacía la captura más importante que jamás habían tomado para sí.

El *Orgullo de Macragge* pasó de largo. Se trataba de otra embarcación robada, cuyo casco repintado mostraba con orgullo una serie de símbolos blasfemos fabricados con cobre. Variel se pasó varios minutos contemplando cómo se alejaba, al tiempo que observaba las Estrellas del Panteón talladas en el blindaje del navío de guerra.

Bajo sus pies, la cubierta vibraba a la vez que el *Corona* se estremecía en la atmósfera superior del planeta mientras se posicionaba en órbita baja. Podía distinguir al *Herencia Venenosa* en el extremo de la flotilla y a su flota de apoyo, que orbitaba a su alrededor casi como si fueran parásitos. Los cruceros de menor tamaño navegaban a toda velocidad para mantener el mismo ritmo que el buque de guerra mientras navegaba entre los cruceros de los Corsarios Rojos y descargaba sus formidables baterías de armas sobre las defensas orbitales desactivadas. No podía decirse que estuviera solo en aquel acto de agresión pavorosa: un gran número de embarcaciones seguían sus propias rutas de vuelo para reducir las plataformas de misiles y los satélites de defensa a escombros y ruinas.

Los fragmentos que desprendían ardían durante breves instantes en el vacío al chocar contra los escudos del *Herencia* sin provocar daños de ningún tipo y creando suaves ondas caleidoscópicas a lo largo del campo de energía titilante. Empujadas por la inercia producto de su destrucción, un buen número de aquellas grandes estructuras cayeron a la atmósfera a cámara lenta de un modo que parecía casi grácil. Variel observó cómo ardían y daban vueltas mientras se disolvían en los fuegos atmosféricos conforme caían sobre el planeta de más abajo.

Se volvió hacia un lado y encontró aquello que buscaba casi de inmediato. Como la medianoche recortada en la nada, el *Pacto de Sangre* era una lanza de hoja larga que apuntaba al corazón de la armada. El cráneo alado de Nostramo acechaba desde el castillo de popa almenado, con unos ojos que recorrían con malicia toda la flota hasta encontrarse con la atenta mirada del apotecario.

Variel todavía estaba contemplando la nave de guerra de la VIII Legión cuando las sirenas de desembarco comenzaron a proferir su aullido. Le dio la espalda al portal de observación, se puso el casco, lo fijó en su sitio, y sintonizó el barullo de voces crepitantes y atropelladas.

—Aquí Variel.

—Desollador, aquí Castallian.

—Salve, campeón del capítulo.

—He intentado contactar con vos, hermano. Lord Hurón ha tenido éxito en su

misión. —De fondo sonaban pasos de botas, choques y golpes metálicos—. ¿Dónde os encontráis?

—Las… las bóvedas de simiente genética siguen mostrando signos de lo fatídico que está resultando el flujo del proceso de criogenización. No podemos recibir ni almacenar el botín de la superficie si tenemos las bóvedas en unas condiciones semejantes.

—Pero ¿qué queréis decir con que «siguen»? No os entiendo.

«No —pensó Variel—. Por supuesto que no lo entiendes».

—Durante este último mes he guardado en el registro por lo menos trece anotaciones detalladas en las que menciono que la bóveda tiene un temperamento inaceptable.

—Apotecario, necesito que se resuelva de inmediato. El capítulo se está desplegando mientras hablamos. Las defensas de Vilamus han quedado destruidas y en la superficie nos necesitan.

Variel dejó que se hiciera el silencio durante diez largos, largos segundos. Casi podía escuchar la exasperación de su capitán.

—¿Desollador?

—He destruido a los servidores responsables de los ritos impropios de mantenimiento, mi campeón. No tenéis nada de lo que preocuparos; el Tirano no os echará la culpa.

Hubo una pausa.

—Os… os lo agradezco, Variel.

—Necesito algo de tiempo, Castallian. Somos una de las únicas naves capaces de transportar lo que robamos, además, no me siento inclinado a dar la cara ante lord Hurón y confesarle que hemos permitido que se destruya un cuarto del tesoro genético cosechado en el mundo bajo nuestros pies, y todo por haber sido laxos en nuestro deber.

Otra pausa.

—Deposito mi confianza y mi vida en vuestras manos.

—Y no por primera vez, hermano. Me uniré a vosotros en la segunda oleada. Buena caza.

Variel esperó durante un minuto exacto, pues contó los segundos mentalmente. Los canales se sumieron en un alboroto conforme cambiaba entre varias frecuencias.

—Aquí el Desollador —dijo por fin—. ¿Conoces ese nombre?

—Mi… Mi señor —le respondió una voz—. Todos conocen ese nombre.

—Muy bien. Asegúrate de preparar una lanzadera Arvus para que parta en el preciso momento en que el muelle de atraque de estribor esté despejado. Necesito un transporte hasta el *Herencia Venenosa*.

—Como vos ordenéis, Desollador.

Variel oyó como el oficial le hablaba a alguien fuera de la línea para hacer los preparativos. Que el personal se trasladase de una nave a otra durante una operación

semejante no era algo anómalo, si bien requería una cierta planificación, dado que la flota de naves de batalla estaba efectuando los lanzamientos y los hangares estaban repletos de tripulantes.

—¿Comandante de cubierta? —Variel interrumpió los esfuerzos del hombre por organizar la operación.

—¿Sí, mi señor?

—Llevo a cabo esta acción en nombre del mismísimo lord Hurón. Si me fallas, le fallas a nuestro señor.

—No os fallaré, mi señor.

Variel desconectó el enlace y se puso en marcha.

• • • • •

—La flota corsaria está adoptando la formación de desembarco, mi señor.

El Elevado no respondió de ninguna forma. Se limitó a observar.

Malek de los Atramentar siguió la atenta mirada de su superior.

—Talos estaba en lo cierto; la primera fase ha sido de una sencillez ridícula.

Garadon le contestó a la vez que aferraba su imponente martillo de guerra con ambas manos, como si estuviera listo para hacer frente a una amenaza inmediata.

—Para nosotros lo ha sido. Estoy seguro de que si Hurón les hubiese confiado a sus Corsarios Rojos la tarea de infiltrarse en la fortaleza, habrían malgastado varias horas en una espiral de muerte sin coordinación alguna. ¿Es que acaso subestimas el virtuosismo de nuestras Garras, hermano?

Malek se limitó a gruñir a modo de respuesta.

El Elevado, desdeñoso, dio la primera orden tras haber estado largo tiempo callado, lo que instó a los oficiales del puente de mando a ponerse manos a la obra para cumplir sus instrucciones:

—Lanzad las Thunderhawk para que recojan a las Garras.

Esbozando una sonrisa, o lo más parecido que sus retorcidas mandíbulas eran capaces de expresar, el ser miró a sus guardaespaldas.

—Contemplad lo que hemos provocado aquí —murmuró. La criatura exhaló con lentitud, con un sonido que imitaba el último y penoso aliento de un moribundo—. Contemplad la tormenta que hemos desatado sobre un mundo sin clima. Los vientres de las naves de oscuro blindaje forman sus nubes. La lluvia es el haz ardiente de un centenar de cápsulas de desembarco…

»Ha comenzado —declaró la criatura.



DESAFÍO

Llegaron hasta otra encrucijada de cuatro vías.

—Cómo odio este sitio —refunfuñó Mercutian.

—¿Hay algo que no odies? —le replicó Cyrion. Se golpeó la sien con el puño en un vano intento de reiniciar su visualizador retinal defectuoso—. Mi hololito sigue tartamudeando.

Talos señaló hacia el corredor que daba al este con la espada de los Ángeles Sangrientos.

—Por aquí.

Las paredes se estremecían en esos momentos. Era evidente que Hurón había tenido éxito y había despojado a Vilamus de la energía que necesitaba para activar sus últimas defensas exteriores. Los temblores que se percibían en el aire no podían ser otra cosa que el descenso de las primeras oleadas de naves y la irrupción de las cápsulas de desembarco a través de la quebradiza manipostería.

—Hurón piensa dirigirse hacia las genocriptas —transmitió Mercutian por el comunicador—. No va a ser un combate rápido para él, pero claro, también hay que tener en cuenta que a nosotros tampoco nos sobra el tiempo.

Talos saltó un muro de cuerpos que, sin lugar a dudas, era obra de un equipo entusiasta de exterminadores corsarios que los habían dejado tras de sí en su marcha por llegar hasta el generatorium principal.

—Va a tener que aplastar a un centenar de efectivos de los Marines Errantes que ya saben el motivo por el que está aquí, así que los defensores van a concentrarse en detener a ese cabrón remendado con suturas —les aseguró el profeta.

La Primera Garra hacía lo que mejor se le daba cuando una pelea limpia amenazaba con envolverlos: correr en la dirección opuesta. Talos era el que iba a la

cabeza en aquella carrera precipitada.

—Va a dividir sus fuerzas para que los defensores que quedan se dispersen. Si los Marines Errantes están en este subdistrito, los Corsarios Rojos van a sangrar con cada paso que den. Hay enemigos a los que es mejor dividir antes de derrotarlos.

Xarl soltó una carcajada.

—¿Desde cuándo prestas atención a los informes de misión?

—Desde que supe que podía meterme de lleno en una locura como esta.

Un pelotón de siervos salió de una cámara contigua de más adelante y tomó posiciones en el pasillo. Sus tabardos mostraban la estrella fugaz de los Marines Errantes, y, según creía Talos, no había que ser profeta para saber que eso suponía un mal augurio.

Los disparos de láser les pasaron de largo, les impactaron y les dejaron feas marcas de color carbón en las armaduras. La Primera Garra ni siquiera ralentizó su avance; arrolló a las tropas como si fuera un viento invernal que dejaba tras de sí cuerpos dando volteretas en el aire y miembros cercenados.

La hoja de los Ángeles siseaba y escupía cada vez que su campo de energía incineraba la sangre que bañaba su superficie. Toda esa sangre moría acompañada de un parpadeo de llamas humeantes una vez se evaporaba para dejar limpia el arma, lo que ocurría unos pocos segundos después de cada vida que arrebataba.

Uzas corrió a trompicones, aminoró el paso y rompió la formación.

Talos maldijo a la vez que miraba por encima del hombro.

—Deja los cráneos —le ordenó por el comunicador.

—Cráneos. Cráneos para el Trono de los Cráneos. Sangre para el…

—¡Que dejes los malditos cráneos!

Uzas le obedeció y se alejó de los cuerpos, aunque no sin esfuerzo, y corrió a toda prisa para alcanzar a sus hermanos. Quizá se tratara de que su sentido de la supervivencia había derribado las defensas de aquella percepción del mundo suya tan demencial, porque Talos dudaba de que su hermano lo hubiese obedecido tan fácilmente movido por la necesidad inesperada de acatar sus órdenes.

• • • • •

Septimus no podía evitarlo. Jamás podía evitarlo cuando se sentaba en ese asiento; siempre se sorprendía a sí mismo sonriendo igual que había hecho de niño: el chaval que quería ser piloto.

Maruc comprobó las hebillas del arnés instalado en el trono del copiloto. Él no se lo pasaba tan bien como Septimus.

—Sabes pilotarla, ¿no?

Septimus le respondió con un suave torrente de nostramano mientras sonreía de

forma aniñada.

—¿Eso es que sí, o que no? —Maruc se abrochó la última correa.

Septimus no contestó. En lugar de eso, se llevó una mano al auricular.

—La *Negrura* está lista para el lanzamiento. Solicito que despejen la zona.

El comunicador de corto alcance le espetó una respuesta crepitante.

Entretanto, la cañonera empezó a sacudirse al ritmo del aullido de sus motores. Más allá de la ventana reforzada, el hangar estaba inmerso en un concierto ruidoso, semienterrado en las ondas rielantes de las turbinas de escape. Maruc vio a unos servidores salir con pasos entrecortados de la cubierta de lanzamiento, camiones de carga retirarse de las aeronaves atracadas y un gran número de Thunderhawk estremecerse con la potencia quejumbrosa de sus propulsores traseros. Todas las cañoneras parecían haber adoptado el aspecto de un ave agresiva, lo que era innecesario al contar ya con unas alas arqueadas y unos morros de corte oblicuo. Cada una de ellas llevaba pintadas las alas de una bestia sobre el fuselaje blindado. La aeronave de Septimus, la *Negrura*, reflejaba la envergadura esquelética de un cuervo sobre aquellos arcos de metal, y esta abarcaba hasta las torretas de los cañones en los extremos de las alas.

Maruc, a pesar de haber trabajado con auténticas trampas mortales industriales: rebanadedos, machacamiembros y rompetímpanos, jamás había visto en su vida una máquina de aspecto tan furibundo como una cañonera Thunderhawk.

—Volar no es algo que me entusiasme —admitió.

Septimus agarraba con una mano la palanca de vuelo y con la otra una de las muchas palancas elevadoras diseminadas a lo largo de la consola.

—Me extraña que hayas esperado hasta ahora para mencionarlo.

La primera cañonera se elevó sobre una cresta calorífica rielante y contaminada. A ojos de Maruc, se trataba de un armatoste torpe, una bestia de metal que se bamboleaba en el aire empujada por unos motores que aullaban demasiado alto.

Entonces fue cuando le sobrevino el estallido sónico. Un fogonazo de fuego blanco lo dejó pestañeando, un disparo que resonó como un trueno en una caverna le hizo dar un respingo y la cañonera salió a toda velocidad para introducirse por la ranura de vacío estelar que se recortaba en el otro extremo del hangar.

«Pues no es tan torpe, no», pensó. Por el Trono, esas cosas podían ir rápido cuando querían.

—Buena caza, *Negrura* —crepitó el comunicador.

En el rostro de Septimus volvió a dibujarse una amplia sonrisa.

• • • • •

La compuerta se abrió para descubrir a tres siervos ataviados con túnicas. Sobre el

pecho tenían el icono de la garra cerrada de los Corsarios Rojos tejida con un hilo de oro muy caro. Llevaban puestas las capuchas, pero mantenían las cabezas gachas y las movían de arriba abajo como muestra de respeto.

—Saludos, Desollador —lo recibió el primero de ellos—. Sed bienvenido a la *Herencia Venenosa*.

Variel había prescindido del yelmo. A pesar de la intimidación innata que este le ofrecía, con el transcurso de los años se había dado cuenta de que los humanos actuaban con mayor incomodidad si llevaba la cara descubierta. Él creía que se debía a sus ojos, pues en la literatura mitológica, unos ojos tan claros como el hielo polar solían dar indicios de cualidades inhumanas, aunque eso era una mera suposición. En realidad, jamás le había importado lo suficiente como para preguntárselo a nadie.

—¿Sabéis por qué estoy aquí? —les preguntó.

Hubo más reverencias obsequiosas de cabeza.

—Eso creo, mi señor. La tormenta corrompió el mensaje, pero se trataba de las genocriptas, ¿no es cierto?

—Exacto —asintió el Desollador con un gesto de la cabeza—. Y el tiempo es algo que no puedo permitirme desaprovechar —añadió.

—Os escoltaremos hasta las genocriptas.

—Gracias. —Variel sonrió. Se trataba de un gesto que no resultaba más cálido que sus ojos, pero hizo que los esclavos se pusieran a la tarea.

Mientras caminaban por los corredores arqueados, se percató de la cantidad de luz adicional que los tecnoadeptos del Tirano habían instalado tras haber conquistado el *Eco de la Maldición*. Uno de los aspectos más obvios de su transformación en el *Herencia Venenosa* era la profusión de lámparas de mano que habían adosado a las paredes y a los techos, lo que emitía una luz más dolorosa que cualquiera que pudiera tolerar un navío de la VIII Legión.

Estaba seguro de que esa iba a ser una de las primeras cosas que cambiaría Talos. Variel había visitado Mercadonegro una vez, presa de la curiosidad más banal. Le resultaba muy fácil imaginarse a esos mismos siervos de los Amos de la Noche formando bandas de saqueadores para robar esas luces para su propio uso, comerciar con ellas, quitarles las células de energía o destrozarlas para desahogarse, sin más.

Los pasillos tenían un aspecto miserable de lo mugrientos que estaban, lo que no era de extrañar. Variel ya estaba más que acostumbrado a la miríada de depravaciones que echaban raíces en una nave que adoleciera de labores de mantenimiento. Los Corsarios Rojos ya llevaban seis años siendo los dueños del *Eco de la Maldición*, tiempo de sobra para que la nave estuviese infectada y viciada.

Después de haber caminado durante un largo rato, Variel desenfundó con tranquilidad la pistola bólter y les pegó tres tiros a sus guías por la espalda, cuyas túnicas contuvieron las vísceras reventadas dentro de ellas, como si fueran sacos de seda rellenos de gachas caldosas. Dejó a los tres esclavos, o lo que quedaba de ellos, retorciéndose y desangrándose a la vez que sus entrañas destrozadas les empapaban

los ropajes con lentitud.

Una puerta corredera contigua se abrió y una sorprendida oficial con uniforme contempló la escena desde dentro de la habitación.

—¿Qué ocurre, mi señor?

Tenía los ojos como platos.

—¿Cuál es tu graduación? —le preguntó con tranquilidad.

—¿Qué es lo que ha pasado, señor? ¿Os han herido?

—¿Cuál es tu graduación? —volvió a preguntar.

La mujer alzó la vista de los cuerpos reventados, justo al llegar a la entrada. Variel vio la insignia de la oficial mientras esta empezaba a responderle:

—Soy la teniente Tertius, se…

El proyectil de bólter se incrustó en el rostro de la mujer y le desparramó el contenido del cráneo por el interior de la estancia. El cuerpo decapitado se dobló con una suavidad curiosa y cayó desplomado formando un bulto bien colocado, cuya pierna bloqueaba la puerta automática y evitaba que volviera a cerrarse. Mientras Variel cruzaba el umbral, la puerta golpeó el muslo del cadáver una y otra vez.

El puente de mando estaba a un largo camino y a varias cubiertas de distancia, pero si llegaba hasta él, solventaría el asunto por completo. Lo que Variel necesitaba era un oficial de alto rango. La morralla con la que se había cruzado hasta ahora no le iba a valer para nada.

No habían pasado ni treinta segundos cuando, tras subir una escalerilla de la tripulación para llegar al siguiente nivel, se topó con un hombre de edad avanzada que no llevaba la capucha puesta. La piel del anciano estaba ictérica y apestaba al cáncer que lo devoraba desde dentro.

Pero tenía los ojos negros carentes de iris; todo pupilas.

—¿Mi señor? —preguntó el hombre mientras se alejaba poco a poco del guerrero que le clavaba la mirada.

—*¿Ajisha? ¿Ajisha Nostramo*? —le preguntó el apotecario.

• • • • •

Ruven echó a los ayudantes con un gesto brusco. Si bien había visto un buen número de degenerados semejantes en peores condiciones durante aquellos años en los que había servido a Abaddon el Saqueador, los sirvientes de Etrigius siempre le habían parecido seres infectos, opinión que no había cambiado ni un ápice por mucho que ahora sirvieran a la nueva navegante.

El tufo a cloro que desprendían ofendía los sentidos del hechicero; se trataba de la forma en que el olor emanaba de sus vendajes empapados en antiséptico igual que un miasma, como si unas protecciones tan triviales pudiesen protegerlos de los cambios

que acarreaba la disformidad.

—La cámara de la ama no es para intrusos. No es para ti —le advirtieron con un tono que iba a caballo entre un susurro y un siseo, en un extraño coro sibilante.

—Apartaos de mi vista u os mato a todos. —No podía haberles planteado el asunto de forma más directa, y para enfatizar el mensaje, alzó el báculo. La curvilínea calavera xenos que lo remataba los devoró con la mirada.

Aun así, no se apartaron.

—Dejadlo entrar —emitieron los altavoces de la pared. Lo que confirmó las palabras de la navegante fue la puerta, que se abrió a trompicones como resultado de la necesidad imperiosa de que engrasaran sus antiguos mecanismos.

Ruven entró a la vez que apartaba a empujones a los ayudantes más lentos.

—Hola, navegante —la saludó. Su amabilidad resultaba tan falsa que darle voz casi hacía que le dolieran los dientes—. Necesito usar la cámara.

Octavia se estaba atando otra vez sus oscuros cabellos para contenerlos en la cola de caballo que acostumbraba a llevar. No lo miró a los ojos.

—Toda tuya.

Algo gruñó desde una esquina de la estancia. Ruven se volvió hacia la fuente del sonido y se percató de que no era una pila de ropa tirada, después de todo. De ese montículo harapiento asomaban el cañón de una escopeta y un rostro mutilado.

—Y por favor, llévate a tu mutante. —Ruven se rio para sí.

—Pensaba hacerlo.

Octavia se fue sin mediar más palabras. Fiera la siguió, obediente, aunque sin apartar sus invidentes ojos de Ruven hasta que hubieron salido.

Una vez se marcharon, el amo de la noche inspeccionó el trono mientras daba vueltas en torno a él y reparó en el manto que cubría el armazón de metal psicosensible. Embargado por la curiosidad, se agachó para pegar la mejilla al reposabrazos de metal. Estaba frío, dolorosamente frío para un humano, pero la temperatura no era letal, ni mucho menos. Volvió a erguirse y el asco que sentía se hizo más profundo. Esa mujer era una criatura holgazana y de mente débil, por lo que les iba a ir mejor sin ella. Lo único que conseguiría si la mataba sería cabrear al profeta, pero podrían reemplazarla con otros métodos. Ruven jamás había sufrido cuando guiaba naves por la disformidad. La hechicería podía conseguir mediante la fuerza de voluntad lo que un navegante conseguía gracias a los azares de la fortuna genética. No le hacía falta ver en la disformidad, puesto que siempre podía perforar una senda que la atravesase.

El trono era demasiado pequeño para él, ya que lo habían diseñado para seres inferiores. No importaba. La razón por la que había venido eran las paredes: en la nave no había otro lugar que pudiera presumir de unos mamparos tan gruesos como los que rodeaban aquella cámara. Las naves de batalla no eran lugares tranquilos, pero las cámaras de un navegante eran lo más parecido al silencio de verdad que podía encontrar cualquier alma.

Ruven se sentó en el suelo y apartó a un lado más basura de la navegante. Por la cubierta rodaron unas cuantas bolas de papel de pergamino con entradas de diario sin acabar.

Por fin, cerró los ojos y pronunció unas palabras en una lengua que no tenía nombre. Tras unas pocas sílabas, notó el sabor a sangre en la boca. Tras varias oraciones, los corazones empezaron a dolerle. Alrededor de sus dedos comenzaron a formarse espirales de relámpagos esotéricos, mientras unos rastros chasqueantes de aquella sustancia se retorcían por la ceramita de su armadura igual que gusanos.

El dolor mercurial que le recorría la sangre provocó que en sus rasgos serenos apareciera una sonrisa. Habían pasado demasiados meses desde la última vez que había sido libre para obrar maravillas.

El espíritu máquina de la nave sintió aquella intrusión y reaccionó con la suspicacia de una serpiente, de forma que se replegó sobre sí mismo. Ruven ignoró esa alma artificial. Él no necesitaba ni su obediencia ni su claudicación. Podía arrastrar el navío por el Mar de las Almas sin importar lo que viviera en el corazón palpitante del *Pacto*. En su mente empezaron a reptar los dedos de la duda, pero los apartó a un lado con el mismo desdén con que había tratado a la navegante. Dudar equivalía a morir. La maestría sobre el mundo invisible requería concentración ante todo.

La nave retembló. Volvió a ser él mismo al instante, y no vio nada más que lo que sus ojos le mostraban.

Pero también se había quedado sin aliento, pues su respiración era entrecortada y los corazones le latían con mucha violencia. Quizá estaba más débil de lo que creía después de haber pasado tanto tiempo encadenado. Tal confesión resultaba desagradable, incluso si sólo se la hacía a sí mismo.

Ruven reunió toda su capacidad de concentración para emprender un segundo intento, tras lo cual vio una cámara en llamas a través de los ojos de otro guerrero.

• • • • •

El marine errante se retorcía de dolor en el aire, pues una garra descomunal lo levantaba del suelo. La ceramita crujió y luego se desquebrajó bajo la presión, a la vez que unos arcos voltaicos desgarraban el blindaje. Con una carcajada cargada de estática, Hurón lanzó al guerrero hacia un lado sin prestarle más atención, y este se estrelló contra una pared por la que se deslizó hasta el suelo con lentitud. Un rastro sanguinolento subrayó el trayecto del soldado muerto. En la inscripción que tenía grabada en la hombrera, que estaba caligrafiada en un recargado gótico alto, se leía «Taras».

No tenía más remedio que admirarlos, eso sí. Su predictibilidad los hacía

vulnerables aunque, por otra parte, también demostraba su tenacidad perruna. Puesto que una mitad de su grupo de ataque de exterminadores marchaba hacia las genocriptas y la otra mitad asediaba el reclusiam del capítulo, la guarnición de Vilamus, ya bastante diezmada por aquel entonces, se había dividido en dos fuerzas incluso más pequeñas y débiles. El reclusiam, situado en la capilla principal, representaba el corazón y el alma del capítulo, donde los señores del conocimiento de los Marines Errantes habían concedido audiencias desde hacía siglos y en donde depositaban la fe en los campos estancos para que preservasen las reliquias del capítulo. En unas tumbas selladas criogénicamente dentro de las genocriptas se encontraban las reservas de semilla genética cosechadas a lo largo de todo un milenio.

Uno de esos objetivos representaba el pasado del capítulo; el otro, su futuro.

Los sargentos, víctimas de los sentimientos enfrentados, enviaban a sus escuadras a morir en el santuario que habían escogido defender, fuera cual fuese de los dos, al mismo tiempo que la fortaleza monasterio se estremecía con cada segundo que pasaba ante la llegada de más Corsarios Rojos sobre el planeta. En las tierras yermas que se encontraban fuera del monasterio, los guerreros del Tirano asediaban los muros con todo un ejército de artillería que abría brechas en la piedra venerable para que se colasen los corsarios en su interior.

Pese a que los salones de Vilamus estaban teñidos de rojo, donde la lucha se mostraba más encarnizada era alrededor de la élite corsaria. Los equipos de exterminio en armadura táctica dreadnought se atrincheraban en el interior de las cámaras que tenían por objetivo y se negaban a ceder terreno. Las granadas de fragmentación explotaban a sus pies, hecho al que no prestaban ninguna atención. Todo ser vivo que llevase los colores del enemigo y cruzase el pavimento enlosado acababa sus días como un montón de carne picada sobre el suelo sagrado, víctima de una potencia de fuego capaz de destrozar tanques.

Hurón le propinó a un siervo un rapidísimo golpe de revés con el dorso del hacha, lo que le transformó las costillas en puré y lo mandó deslizándose por el suelo hasta chocar contra una esquina para morir ahí. El curioso ritmo milimétrico de los corazones reconstruidos del Tirano era una percusión de fondo muy placentera combinada con el estallido de las municiones de masa reactiva del bombardeo.

El reclusiam de Vilamus había sido un santuario austero, rígido, en donde las reliquias estaban expuestas sobre plintos de mármol. Hurón hizo una pausa para examinar un pergamino que había adquirido un tono amarillento por el paso del tiempo y que estaba suspendido en un aura antigravítica. Enumeraba los nombres de los guerreros de la Primera Compañía que habían fallecido en la guerra de Badab, hacía tantos siglos.

Los dientes de Hurón reflejaron los estandartes en llamas sobre las paredes. Con un cuidado que rayaba en el respeto más reverencial, le mostró la palma al manuscrito que se preservaba ahí y descargó una gota de llamas líquidas. El papiro se disolvió y sus bordes revolotearon a la deriva por el aire cargado de humo.

Muy pronto, todo un siglo de cosecha genética sería suyo. Los Amos de la Noche podían huir, si así lo deseaban. Habían llevado a cabo su insulsa tarea con tanta diligencia que podría perdonarle al Elevado sus ofensas pasadas.

Alguien gritó. Hurón se volvió, hacha en mano.

Un marine errante, cuya armadura blasonada ya era pasto de las llamas, fue a su encuentro a la carga mientras blandía una reliquia robada por encima de la cabeza. Hurón agarró el mango del martillo con una facilidad ridícula e interceptó el golpe asesino.

—Así que robas las reliquias de tus propios héroes —le recriminó, lleno de desdén, a la placa facial envuelta en llamas del guerrero—. Avergüenzas a tu capítulo. —Unos mecanismos en las rodillas de Hurón zumbaron al mismo tiempo que alzaba la pierna para propinarle una patada al guerrero en el estómago, golpe que lo hizo caer desplomado sobre las losas cubiertas de hollín con un repique metálico—. ¿Tu hermandad está a punto de morir, y tú la profanas?

El marine errante trató de levantarse. Desafiante hasta el final, intentó alcanzar a Hurón en la greba con una daga. El Tirano le echó un vistazo momentáneo a la placa pectoral del guerrero, que tenía el nombre «Morthaud» inscrito justo por encima del águila imperial.

—Basta. —Hurón aferró con más fuerza el martillo de trueno que sujetaba con la garra de energía de la misma manera en que un hombre cogería una vara. Sin activar ninguna de las dos armas, pues pensaba confiarle el acto que estaba a punto de cometer a su propia fuerza física, incrustó la maza en la parte posterior del yelmo del marine errante. El tañido de una campana reverberó por toda la cámara.

Hurón rio entre dientes y tiró aquella arma de valor incalculable a un lado.

Y Ruven abrió los ojos.

● ● ● ● ●

Variel dejó que los guardias lo saludasen.

—Desollador —le recibió el primero.

—Bienvenido, señor —añadió el segundo. Él también tenía los ojos negros—. No nos habían comunicado vuestra llegada.

Variel les respondió como siempre respondía a los mortales que lo saludaban: con un mínimo gesto de asentimiento en su dirección. Sin más preámbulos, continuó su andadura hacia el strategium y entró en la estación trasera.

El apotecario empleó un instante en procesar la escena. Alrededor de cincuenta oficiales humanos trabajaban en sus puestos, de índole diversa, tal y como solía ocurrir en cualquier nave de guerra de lord Hurón. El capitán del *Herencia Venenosa*, quien respondía a casi veinte títulos de lo más irritante dado lo ostentosos que eran y

de los que el más conciso era «líder de armas Caleb el Elegido», no aparecía por ninguna parte. Su ausencia en modo alguno atribulaba a Variel. De hecho, era justo al contrario: lo más probable era que Caleb estuviese dirigiendo a su compañía en el asedio de Vilamus, mientras las compañías de batalla de los Corsarios Rojos se unían a la fuerza de avanzadilla del Tirano.

Bajó con grandes zancadas por los peldaños dispuestos en ángulo hasta llegar al puente de mando principal. Los mortales lo saludaban conforme pasaba de largo, y él respondía con el mismo gesto breve con la cabeza que acostumbraba a utilizar. Se aseguró bien de mirar a la cara a cada esclavo que le salía al paso, en pos de pares de ojos negros en medio de aquel rebaño humano.

Al menos un tercio de la tripulación de mando los tenía de ese color. Esto iba a dar resultado. Variel se acercó al trono.

Debido a que el *Herencia Venen* y el *Eco de la Maldición* databa de una era en la que las Legiones Astartes comandaban todo el poderío del Imperio, el trono tenía el tamaño adecuado para un legionario. El comandante humano se quedó de pie al lado del asiento, irguiéndose cada vez más a medida que Variel se acercaba. Tenía los ojos azules.

—Desollador, mi señor, para nosotros supone todo un honor teneros a bordo. Sin embargo, nuestras líneas siguen estando inutilizadas, por lo que no teníamos ni idea de que fuerais vos el que iba en la lanzadera…

—No importa. ¿Dónde está el capitán?

—El líder de armas Caleb, Azote de…

Variel alzó una mano.

—Necesito una capa nueva. Si continúa enlenteciendo sus respuestas cada vez que le pregunto algo para enumerar los muchos títulos que ha ganado su señor, confeccionaré esa prenda a partir de su piel, oficial. Se lo advierto. Por favor, téngalo presente.

El oficial tragó con pesadez.

—El capitán Caleb está supervisando el lanzamiento, mi señor.

—¿Y qué hay de su compañía?

El oficial desvió la atención y se rascó el cabello entrecano de su sien rapada.

—Los Merodeadores continúan preparando el despliegue total de sus efectivos, mi señor.

—¿Y cómo es que no se han desplegado todavía?

—No lo sé, señor.

Pues claro que sí lo sabía; además, Variel le vio la mentira en los ojos. Caleb era un cabrón meticuloso que no reparaba en pompas y ceremonias antes de cada enfrentamiento. El apotecario podía imaginarse de forma clarísima a la compañía de batalla de rodillas, en señal de respeto al Verdadero Panteón, al mismo tiempo que otros preparaban y ponían a punto las cápsulas de desembarco a su alrededor, sin tener en cuenta que su presencia en el lugar ralentizaba el proceso.

Cuando se los soltaba, los Merodeadores eran una de las compañías más temibles de Hurón. Ese era el motivo por el que les habían otorgado el *Eco de la Maldición* como premio: habían sido ellos los que lo habían conquistado.

Su presencia iba a ser un problema.

Variel asintió con la cabeza.

—Entiendo, comandante. He venido desde el buque insignia porque mi mensaje era demasiado valioso como para confiárselo a un subalterno o a los caprichos de una frecuencia defectuosa. Nuestra situación es grave, comandante. Muéstreme los muelles de lanzamiento.

—¿Grave, señor?

—Muéstreme los muelles de lanzamiento.

El comandante le ordenó a un tripulante que dispusiera por encima de ellos una imagen dividida en cuatro partes sobre el occulus. Dos de los cuadrantes estaban vacíos; los otros dos seguían estando a rebosar. Variel vio Thunderhawk atracadas, Land Raider en fila, así como dos escuadras completas de Corsarios Rojos listos para embarcar.

—Eso habrá que cambiarlo… —murmuró. Un número excesivo de sus hermanos seguía a bordo. Un número muy, pero que muy excesivo. La compañía de los Merodeadores todavía iba a tardar muchísimo en acabar de desplegarse del todo; podría llevarles una hora o más. Los Amos de la Noche se estaban preparando para entablar combate, pero algo así los iba a diezmar de forma tremenda.

—¿Señor?

Variel se volvió hacia el hombre. Muy despacio.

—Usted sabe quién soy, ¿verdad? —le preguntó Variel.

—Yo… Sí, mi señor.

—Escúcheme bien, comandante. Yo soy algo más aparte del Desollador, más que el heredero del Señor de los Cadáveres y más que un distinguido miembro del círculo interior de lord Hurón. Ahora mismo, usted está hablando con un alto mando del capítulo que se halla aquí, frente a usted, por orden del Tirano y con plena potestad para llevar a cabo su voluntad.

El oficial ya se estaba poniendo nervioso. Asintió con un gesto seco de la cabeza.

—Por lo tanto, obedézcame sin cuestionar mis órdenes. —Variel clavó los ojos en los del hombre—. Cierre los dos muelles de lanzamiento de babor de inmediato e introduzca los protocolos de cuarentena para armas biológicas.

La confusión que sentía el oficial resultó muy obvia. Resultó muy obvia durante menos de tres segundos, pues terminó en cuanto su cara desapareció, acompañada de una atronadora detonación reverberante.

Variel bajó la pistola y buscó con la vista al oficial mortal más cercano. Una mujer lo miraba directamente a él; acaparaba toda su atención.

—¿Usted sabe quién soy, verdad?

La mujer le hizo un saludo marcial controlando sus nervios de modo admirable.

—Sí, señor.

—Pues entonces, obedézcame sin cuestionar mis órdenes: cierre los dos muelles de lanzamiento de babor de inmediato e introduzca los protocolos de cuarentena para armas biológicas.

Ella se alejó para obedecer su orden y apartó de un empujón con el hombro a uno de los oficiales que trabajaba en la consola. Sus dedos comenzaron a teclear un código de anulación que corrió a lo largo del monitor de pequeño tamaño.

—Me pide que introduzca el código de autorización para ejecutar órdenes de emergencia.

Variel le dictó una larga retahíla de ciento un caracteres alfanuméricos de memoria, que concluía con las siguientes palabras: «Identidad: Variel, apotecario secondus, capítulo de los Garras Astrales».

La oficial se detuvo ante otro obstáculo.

—Exige otro unicódigo, señor.

—Fryga.

• • • • •

La mujer introdujo aquellas cinco letras y las sirenas comenzaron a aullar por toda la nave.

Sus botas golpeaban la tierra yerma del páramo mientras corría, sin que le afectase el polvo espeso que le llegaba a los tobillos: La cañonera que flotaba en lo alto le estaba lanzando una tormenta de arena contra la armadura, con sus motores emitiendo un lamento ululante mientras la mantenían suspendida en el aire. El vendaval de arena le erosionaba la pintura de la armadura de batalla y dejaba a su paso arañazos de gris metalizado; astillas de plata que quedaban al descubierto entre la pintura azul.

La Primera Garra había surgido de una brecha producto del bombardeo contra el muro exterior de la fortaleza monasterio, y se había topado con un batallón de carros de combate y de cargueros de los Corsarios Rojos, cuyo número se incrementaba sobre aquel desierto. Las sondas y las cañoneras seguían descargando más guerreros desde la órbita, al mismo tiempo que las cápsulas de desembarco martilleaban el terreno con un *stacatto* atronador cuyos cráteres de impacto lanzaban al aire géiseres de polvo árido.

—¿Es que planean quedarse aquí? —transmitió Cyrion.

—Van a saquear la fortaleza por completo. Con tantos hombres, no les llevará demasiado tiempo. —Talos se desvió para evitar la tormenta de arena que levantaba la cañonera que aterrizaba en ese instante. Los granos de arena seguían repiqueteando contra su armadura, pero al menos ahora tenía las lentes oculares limpias—. Algunos transportes ya se están llevando los tanques de asedio de regreso a la órbita.

Con el suspiro que haría una máquina al detenerse tras mucho esfuerzo, las garras de aterrizaje de la cañonera se clavaron en la piel del yermo.

Mercutian y Xarl subieron a bordo.

—Mi señor —crepitó la voz de Septimus desde la cabina—. Ustedes son la última escuadra que queda. El Elevado informa de que todo está listo para vuestro regreso.

Talos volvió la vista hacia Vilamus. Las torres de la fortaleza eran tan altas que era imposible discernir dónde acababan ellas y empezaban las nubes. En cambio, los primeros pisos estaban envueltos en llamas, y de sus imponentes murallas manaba la el humo espeso las brechas abiertas.

Era una victoria, sí, pero que no les pertenecía a ellos. Era otra banda de traidores la que había jugado aquella partida, por lo que a él le había sabido insípida de principio a fin.

Uzas se había quedado junto a él.

—¿Te avergüenzas? —le transmitió por el comunicador.

Talos se volvió en su dirección.

—¿Qué?

Uzas señaló la fortaleza con el hacha.

—¿Te avergüenzas de salir huyendo de otro combate, hermano? Pues no deberías; esta misión no nos llevaba a ningún lado. Nuestro auténtico combate está a punto de comenzar.

—¿Uzas? —inquirió con extrañeza Talos—. ¿Hermano?

—¿Mmm?

—Es que te has expresado con tanta claridad que… Me alegra oírte hablar así.

Uzas asintió con la cabeza.

—Ven. La presa nos aguarda en los cielos. Sangre, cráneos y almas.

—Y nuestra nave.

—Mmmm. Y nuestra nave.

• • • • •

Octavia fue directamente al único lugar donde sabía que no habría nadie con quien hablar, y Fiera se quedó esperándola fuera.

Ella tenía que dormir. Aunque fueran unas pocas horas, si es que tenía suerte, hasta que Talos regresase y la hiciera tomar parte en la noche más peligrosa y demencial de su vida.

Nunca antes había estado en la habitación de Septimus. Teniendo en cuenta lo que él la había regañado por lo desordenada que era, el cuarto no estaba tan ordenado como se esperaba. Como si lo hubieran llamado en medio del proceso de hacerle la autopsia a una máquina desconocida, la mitad del suelo estaba sembrada de entrañas

mecánicas y trapos aceitosos. Había un ancho banco de trabajo pegado a una pared y dos camastros pegados el uno al otro. Varios pares de botas, entre los que había uno cuyos cordones se habían extraviado y habían sustituido por esparadrapo, estaban amontonados en una pila bajo el escritorio.

La estancia olía a él, eso sí: el incienso con fuerte olor a roble de los aceites de limpieza, el aroma del sudor limpio que exudaba un hombre mientras trabajaba y la fragancia intensa, casi de anticuario, del cuero bien curtido.

Octavia cogió uno de los papeles de pergamino de Septimus, le dio la vuelta y lo sostuvo bajo la luz de la lámpara del banco de trabajo.

Su propio rostro le devolvió la mirada.

Se trataba de un boceto de sus propias facciones al carboncillo. Llevaba la cinta puesta y miraba ligeramente hacia un lado, con la vista puesta en algo invisible, más allá de la página. Sobre la comisura del labio figuraba el pequeño lunar que sus criadas siempre habían insistido en que era una señal de belleza.

Le dio la vuelta a otro papel y con ello descubrió un dibujo inacabado de su trono, con las mantas y un cojín tirado en uno de los lados. El tercer papel era un autorretrato de Septimus, menos elaborado que los demás bocetos, en el que no se había dibujado ni la lente ocular ni la sien, ambas en el lado izquierdo de su rostro. El cuarto y el quinto volvían a mostrar a Octavia, pero esta vez tenía el gesto ceñudo y los labios entre fruncidos y entreabiertos. Octavia se preguntó si de verdad tenía ese aspecto cuando se sentía molesta: aquella imagen no la favorecía; parecía sacada directamente de los salones fastuosos y remilgados de la Terra aristocrática.

El siguiente papel que inspeccionó ilustraba un esquema dibujado a mano del guantelete de un legionario, y el siguiente, una lista de palabras enumeradas, todas escritas en nostramano. Fue capaz de leer lo bastante como para inferir que estaba relacionado con el diagrama del guantelete.

Le dio la vuelta al resto de uno en uno y volvió a verse a sí misma muchas veces más. Al final se estaba ruborizando, en absoluto cansada, cuando Fiera golpeó la puerta.

—Ama, ama… Despertad. La nave se mueve; pronto llegará la hora.

• • • • •

El capitán Caleb Valadan alzó la vista en cuanto las sirenas empezaron a sonar. Las luces de alarma adosadas a la pared iluminaron el entorno con parpadeos amarillos. Las compuertas, las malditas compuertas, se cerraron de golpe con una irrevocabilidad brutal y atraparon a cerca de cincuenta de sus hombres y máquinas de guerra en el hangar.

Los corsarios rojos que estaban de rodillas se irguieron sin haber concluido sus

rituales votivos, presas de la confusión.

—Comandante —llamó Caleb por el transmisor. No esperaba obtener nada más que estática, y la estática fue precisamente lo que le respondió. Maldita línea. Maldita tormenta solar. Maldita…

«Iniciando purga en treinta segundos», anunciaron los altavoces de las paredes.

En ese momento, todos sus guerreros se ponían de pie haciendo resonar sus talismanes y trofeos contra las armaduras. Las luces de alarma brillaron con mayor intensidad. Caleb sintió que algo apelaba a su atención de forma tan intensa que resultaba repulsiva, y se volvió para ver que el muelle del hangar, protegido con un escudo, se abría.

El escudo en sí era una pantalla diáfana de bruma fina que entorpecía la visión justo lo suficiente como para ser perceptible. Más allá se extendía el vacío: una multitud de alfilerazos de soles distantes junto a una porción del cuarto creciente del mundo que se encontraba por debajo de ellos, sediento, muerto.

Si esto se trataba de una purga de verdad…

—¿Mi señor?

—Cierra la boca —le espetó Caleb—. Estoy pensando.

• • • • •

«Iniciando purga en veinte segundos».

—¡A las cañoneras! —ordenó.

«Iniciando purga en diez segundos».

Variel observaba el occulus y desviaba la vista de un hangar a otro, ambos densamente poblados.

—¿Lo ve? Se van a poner a salvo dentro de las cañoneras. Todo va bien.

Para sus adentros, sin embargo, estaba maldiciendo. Esperar que su plan marchase con tan pasmosa facilidad había sido ir demasiado lejos, pero al menos los había atrapado. Observó al acorazado Caleb subir a toda velocidad por la rampa de una cañonera y, en secreto, le deseó un fallecimiento en el que primase el más intenso dolor.

La escena era la misma en los dos hangares; los corsarios habían reaccionado con una celeridad admirable y se pusieron a salvo. Eso iba a suponerle un problema a Variel, pero sería un problema con el que podría lidiar en el futuro próximo.

«Iniciando purga… Iniciando purga».

Los escudos de vacío que cubrían el bostezo de los muelles del hangar ondearon de modo descoordinado cuando la intensidad de su fulgor disminuyó. El primero que desapareció fue el del hangar primario, cuyo escudo se disipó como los gases de escape de un motor en mitad de una ventisca y se deshizo en el vacío. El segundo se

desactivó un momento después en repetición de aquella disolución vaporosa.

Variel contempló el escape de aire rugiente en la forma de grandes estelas de fuerza que aleteaban y aullaban en silencio en la pantalla: unos pulmones que ya no podían tomar aire exhalaban su aliento al espacio exterior. Por la cubierta rodaban contenedores que giraban con rapidez, ansiosos por volar al interior de las fauces abiertas del vacío. Los servidores, demasiado descerebrados como para percatarse del peligro que corrían sus lobotomizadas vidas, fueron los siguientes en partir. El espacio absorbió a docenas de ellos, que se quedaron del todo inmóviles mientras surcaban el vacío. Otros, por su parte, intentaron dar la vuelta en redondo mientras volaban, incapaces de entender el motivo de que sus miembros no les respondiesen. Debido a que habían fracasado en atender a sus tareas, sus labios articularon códigos de error que no produjeron sonido alguno.

Variel vio que varios receptáculos para misiles, cintas de munición para los bólters pesados y cápsulas para cohetes sueltas daban volteretas y volaban libres en un flujo casi constante. Torció el gesto con aprensión cuando un misil clase Hellstrike chocó contra una pared mientras abandonaba la nave.

Luego les tocó el turno a los vehículos. Los cargadores automáticos que no habían anclado al suelo y los montacargas elevadores ligeros chocaron entre ellos y dieron vueltas, juntos, de un extremo a otro. Un Land Raider a medio cargar se deslizó hacia atrás con gran parsimonia, al tiempo que sus orugas soltaban chispas mientras arañaban la cubierta. Cuando por fin cayó del hangar, lo hizo con un tirón seco, como si una mano invisible lo hubiera reclamado para sí.

En total, al vacío le llevó menos de un minuto desocupar las dos cubiertas de lanzamiento.

Las tres cañoneras Thunderhawk se quedaron clavadas en sus raíles, llenas de guerreros que Variel había deseado ver morir. El otro hangar mostraba una escena similar, si no fuera por la cañonera que se estremecía y retorcía al ser arrastrada de la plataforma de aterrizaje. Como su raíl no la sujetaba, el espacio exterior casi se la había llevado antes de que el piloto pudiese accionar los motores. En su lugar, yacía herida en el centro del hangar, con sus tres garras de aterrizaje cercenadas.

Variel se volvió hacia la comandante del puente de mando.

—Ilumine las balizas de contaminación. Debemos asegurarnos de que ninguna de nuestras naves hermanas viene en nuestro auxilio hasta que tengamos la situación bajo control.

—Balizas de contaminación encendidas, señor.

El occulus cambió a una imagen del espinazo de la nave de guerra, en la que brillaban luces rojas intermitentes a lo largo de sus almenas vertebrales. A Variel le recordaron a pústulas, maduras e hinchadas, desesperadas por reventar.

—Aléjenos de la flota. Órbita alta.

Se limitó a esperar de pie al lado del trono de mando a la vez que observaba cómo las estrellas vagaban a la deriva, sedadas.

—¿Cree usted adecuado que represuricemos los muelles de lanzamiento?

—No. Nuestros guerreros están a salvo, por ahora.

—Señor, el crucero de batalla *Pacto de Sangre* nos sigue de cerca.

Las puertas de la estación se abrieron antes de que Variel fuese capaz de aplicar más subterfugios a un plan que quedaba en evidencia por momentos. Un corsario rojo entró, bólter en mano y con un casco del que despuntaban dos cuernos curvados de ébano agrietado. Con pasos calculados, descendió hasta donde Variel se encontraba de pie.

—¿Desollador? En el nombre de la mierda impía, ¿qué está pasando aquí?

De nuevo, al apotecario se le negó la oportunidad de responder. Uno de los oficiales de las consolas lo llamó, víctima de un ataque de pánico.

—¡Señor! ¡El *Pacto* nos está lanzando torpedos de abordaje!

«Ahora o nunca, ahora o nunca. Ahora, o me matan aquí mismo».

—*Valmisaiy shul'celadaan* —Variel dejó que su voz llegase a todo el puente—. *Flishatha sey shol voroshica.*

Los tripulantes se miraron los unos a los otros. Unos pocos se llevaron las manos a las armas que tenían enfundadas, pero la mayoría parecía estar confundida.

Su hermano de los Corsarios Rojos no movió ni un solo músculo.

—¿Y eso qué significa?

Variel desenfundó y disparó en el transcurso de un único movimiento: el proyectil penetró en la junta de la garganta del corsario y le explotó dentro del cuello. No fue capaz de emitir ni un ruido de atragantamiento. Momentos antes, había dos corsarios hablando uno al lado del otro, y al siguiente, uno caía derribado y sin cabeza.

Varios segundos después, el casco se precipitó mientras daba vueltas a toda velocidad y repicó contra la cubierta con un eco reverberante de ceramita contra metal.

—Significa que la VIII Legión va a recuperar esta nave. Estamos a punto de recibir invitados, momento en el que esta embarcación tiene que estar lista para realizar un breve salto hacia la disformidad. Que hable ahora todo aquel que se oponga a esta operación. No estaba de broma cuando dije que necesitaba una capa nueva.



El eco de la maldición

Los temblores hacían que a Octavia le castañeteasen los dientes. Además, estar atada a un trono sobredimensionado no ayudaba; aferraba las correas de sujeción con mucha mayor firmeza que lo que estas la aferraban a ella, y encima se golpeaba las caderas con los lados del asiento debido a que la turbulencia no dejaba de zarandearla.

Maruc estaba a su lado, con los nudillos tan blancos como los suyos. Era probable que estuviera gritando en ese momento, pero el ruido erradicaba toda evidencia de que así fuera.

—¿Es así siempre? —exclamó a viva voz.

—Sí —le respondió uno de los legionarios—. Siempre. Excepto que Uzas suele bramar clamando sangre y a Xarl le gusta aullar.

—¡Sangre para el Dios de la Sangre! ¡Almas, cráneos, almas, cráneos…!

—¿*Lo* ves?

Octavia volvió la cabeza entre bamboleos para mirar a Talos. Comparado con ella, estaba sentado en actitud sosegada, con sus armas ancladas a la pared de la cápsula. La chica ni siquiera estaba segura de que fuera él quien había contestado a gritos por sus altavoces.

Xarl echó la cabeza hacia atrás para proferir un aullido a pleno pulmón. Los altavoces lo distorsionaron y le hicieron adoptar un leve matiz estridente, pero no hizo nada por disminuir el volumen. Los cuatro humanos se taparon los oídos; hasta Fiera, quien no había sido capaz de decir ni una palabra debido al modo en que la cápsula de desembarco se estremecía.

No tenía esperanza alguna de que el tono grave de su voz se sobrepusiera al escándalo que los envolvía.

—Quince segundos —le comunicó Talos a Octavia.

—Vale.

—Siempre he querido tener mi propia nave. —Cyrion se inclinó hacia adelante para gritar—: Talos, puedes quedarte con la siguiente que robemos.

La navegante sonrió a pesar de que el ruido le hiciera adoptar una expresión de dolor en el rostro. Se dio cuenta de que Septimus la estaba mirando desde el otro lado de la cápsula. Por primera vez desde hacía tiempo no fue capaz de sostenerle la mirada.

—Cinco. Cuatro. Tres. Dos. U…

• • • • •

El impacto no se pareció a nada que ella hubiera sentido antes. Durante varios vertiginosos segundos pensó que había muerto. Estaba claro que no había modo alguno de sobrevivir al choque aniquilador que producía perforar el casco de una nave de guerra a tamaña velocidad. El estruendo hizo que el trayecto previo de la cápsula pareciera tan sereno como el jardín en lo alto de la torre de su padre a medianoche. Eclipsaba al trueno, empequeñecía hasta al sonoro rumor de las olas disformes cuando rompían contra el *Pacto de Sangre*… Incluso con las orejas tapadas, Octavia tenía claro que iba a estar oyendo ese maremoto de ruido devastador durante el resto de su corta y sorda vida.

Intentó decir «creo que me he muerto», pero no podía ni oír su propia voz.

La luz se abrió paso por el extremo opuesto de la cápsula. Se trataba de una luz artificial, pálida e insalubre que irrumpió en el interior y trajo consigo una fetidez insoportable. Era el hedor nauseabundo de los cuerpos sucios, del metal oxidado y de los seres humanos que se cagaban encima para sentir calor en aquellos gélidos corredores, por muy enfermizo que resultase ese remedio y aunque durase sólo un momento.

—Aquí apesta igual que en el Iris Infernal; qué asco —resopló uno de los amos de la noche.

Talos arrancó sus armas de la pared de la cápsula y la abandonó sin mediar palabra. Sus hermanos lo siguieron. Los esclavos tenían que trotar para seguir su ritmo. Octavia fue la última en salir, pues estaba comprobando la pistola por la que era, sin duda alguna, la centésima vez.

—*¿Vishi tha?* —le preguntó una voz que provenía del interior de la cápsula.

Vio que Septimus, Maruc, Fiera y las voluminosas formas de la Primera Garra iban por delante de ella en el pasillo. Durante un instante fue incapaz de seguirlos ni de mirar a su alrededor.

—*¿Vishi tha?* —le volvió a preguntar la niña pequeña. Sonaba como si la estuviera esperando sentada en uno de los tronos sobredimensionados de la cápsula.

—Estás muerta. —Octavia se obligó a pronunciar aquellas palabras con los dientes apretados—. Estás muerta y te has ido para siempre.

—Todavía puedo matarte —le aseguró la niña con un gótico dulce como el azúcar. Octavia se dio la vuelta en redondo con la pistola en alto, pero en la cápsula no había nadie a quien apuntar.

—No te detengas —le gritó Septimus desde lejos—. Vamos.

• • • • •

El golpe maestro había transcurrido, de momento, sin mucho derramamiento de sangre, salvo por un puñado de incidentes de lo más desafortunados, así que Variel observaba el occulus con una emoción parecida al orgullo. La tripulación se sentía nerviosa, insegura, excitada, y como resultado contaminaba el aire con el aroma del sudor y el aliento del miedo, olores que Variel detestaba. Con tal de evitar que aquella fetidez humana le invadiese los pulmones, se había puesto el casco, contento de respirar el aire estancado que le suministraba la armadura.

Que a los Amos de la Noche les pareciesen fragancias embriagadoras era algo que no alcanzaba a comprender.

La flota de los Corsarios Rojos seguía en órbita baja, concentrada de modo ostensible en el mundo que tenían las naves a sus pies. Debido a que las frecuencias y los auspex habían quedado inservibles, resultaba imposible saber si alguna otra embarcación había sido testigo de los proyectiles de abordaje de tamaño infinitesimal que habían surcado el espacio para impactar en el fuselaje del *Eco*.

El propio tamaño de la flota constituía un disfraz en sí mismo. Ninguna armada de ese tamaño podía permitir que sus naves vagaran tan cerca las unas de las otras mientras permanecían ancladas, por no mencionar que las formaciones que adoptaban las flotillas eran una cuestión de calcular cientos de kilómetros entre los cruceros de mayor envergadura. Los navíos escolta de la flota navegaban entre los buques de guerra de mayor tamaño, listos para afrontar cualquier amenaza que irrumpiera de la disformidad en las afueras del sistema.

Observó con atención que un escuadrón de destructores los sobrepasaba a la vez que sus proas estilizadas y con forma de daga cortaban el espacio entre el *Pacto* y el *Eco*. El escuadrón sostuvo la velocidad durante toda la maniobra, una trayectoria fluida y en arco, y se alejó por el vacío en dirección hacia otro racimo de cruceros.

Una patrulla rutinaria. Todo iba bien.

—¿Señor? —lo llamó la oficial a la que había ascendido sin querer y de forma extraoficial, en virtud de simplemente haber estado cerca de él cuando había cometido un asesinato.

—¿Si?

—El capitán Caleb se… mueve, señor.

• • • • •

No se quedó de brazos cruzados mucho tiempo.

La purga no era un accidente ni el mero producto de un fallo técnico. Nada había disparado las alarmas de armas biológicas dentro del hangar, lo que descartaba cualquier peligro real. La cubierta de lanzamiento seguía expuesta al vacío sideral, pues las compuertas del muelle carecían de escudo y continuaban abiertas. Los cristales de hielo relucían en una capa delicada sobre el poco equipo que quedaba dentro del hangar, y la misma pátina de escarcha coloreaba las cañoneras.

No habían llegado a llenar los tanques de combustible de las cañoneras, por lo que la solución más obvia quedaba descartada, sin importar lo capaces que fueran de poner en marcha los motores en el vacío.

Caleb Valadan era el titular de muchas virtudes que hacían de él un líder competente, pero resultaba de lo más obvio que la paciencia no era una de ellas. Alguien, en algún lugar, había intentado matarlo en su propia nave. Alguien, en algún lugar, iba a pagar por eso muy pronto.

Cruzó el muelle de lanzamiento con zancadas lentas, al tiempo que sus botas se magnetoanclaban a cada paso que daba. Una vez llegó a las inmensas compuertas que lo conducían de regreso a la nave, pasó la mano por el acero recubierto de escarcha y apartó con un movimiento el polvo de hielo de rápida formación.

No iban a poder cortar ni arrancar las compuertas. Despresurizar el resto de la nave no le preocupaba en lo más mínimo: las compuertas del hangar tenían un grosor tremendo, y su núcleo lo constituían metales densos que estaban diseñados para resistir cualquier cosa que pudiera poner en peligro la nave.

Bajo el yelmo, las marcas que se había grabado en la cara le volvían a escocer. La más reciente de ellas, que se había hecho por sexta vez en el mismo número de días para mantener a raya su capacidad regenerativa, estaba tan fresca que resultaba dolorosa. ¡Por los cojones de los dioses, lo que daría por rascársela!

Caleb retiró la mano y esta dejó a su paso una estela de cristales de escarcha relucientes, que vagaron a la deriva en aquella ausencia de aire.

—¡Merodeadores, si no podemos abrirnos paso por dentro, nos abriremos paso por fuera! —les anunció por la frecuencia de corto alcance.

• • • • •

Variel ladeó la cabeza. Esto tampoco lo había previsto.

Las distantes siluetas similares a escarabajos de sus hermanos dieron comienzo a su marcha a trompicones por el muelle carente de gravedad gracias a que las botas los mantenían bien sujetos a la cubierta. Caleb estaba ya muy cerca del borde de la boca abierta del hangar, a unos pocos metros nada más de poder echar a caminar por el casco exterior de la nave.

Variel se obligó a dejar de apretar los dientes. Se suponía que este no era su papel, y ya estaba empezando a perder la paciencia. Si hubiera deseado un puesto de mando, lo habría conseguido a base de traiciones hace mucho tiempo.

—Active los campos de energía de seguridad —ordenó.

Intolerable. Realmente intolerable.

• • • • •

Caleb hablaba muchas lenguas, desde el badabiano antiguo hasta la lengua de comercio del Iris Infernal que hacía las veces de léxico común entre la población nativa de la estación. Ahora mismo, estaba maldiciendo en todas las lenguas que conocía, lo que le llevó cierto tiempo. Luego se volvió hacia sus hombres. Llegados a ese punto, la escarcha gris le estaba tiñendo la ceramita de color rojo sangre y negro de la armadura. Mientras caminaba, las servojuntas espolvoreaban los cristales de hielo como si fueran harina.

—Que las escuadras de Xalis y Dharvan avancen hasta el otro extremo de la cubierta y carguen ese Vindicator. Vamos a abrir una brecha en el casco externo.

—Mi capitán…

—Mira a tu alrededor, Xalis. Mira a tu alrededor, deléitate con la belleza de la situación que nos ocupa, y ahora pregúntate si de verdad te parece un buen momento para discutir conmigo.

• • • • •

La imagen del occulus se estremeció, pero la zona que mostraba estaba demasiado lejos como para que en el puente de mando sintieran reverberación alguna.

El arma principal montada en un tanque de asedio Vindicator era conocida en el Adeptus Astartes con el nombre de «cañón demoledor». El uso más célebre de aquella arma había tenido lugar diez mil años antes, cuando las legiones traidoras emplearon hordas enteras de ellos, a los pies de los dioses máquina que eran los titanes, para abrir brechas en los muros del palacio del Emperador.

Variel se pasó la lengua por los dientes mientras contemplaba, en actitud ausente, cómo se llenaba la imagen del occulus de fragmentos retorcidos de metal a la deriva mientras trazaban arcos en medio del humo. Se preguntó cuántos de los corsarios de Caleb acababan de morir en aquel plan de fuga tan desaconsejable, y sospechó que habían sido muchísimos.

• • • • •

—Cerrad los ojos —les advirtió Talos.

La cápsula había perforado el bajo vientre de la nave, no lejos de la proa, por lo que los había dejado relativamente cerca del objetivo. Octavia nunca había llegado a ver de verdad cómo cazaban los Amos de la Noche, ni las reacciones que provocaban en los demás. Los miembros de la tripulación que se encontraban salían corriendo nada más ver a los invasores. Daba igual que corrieran para esconderse o para activar las alarmas. La Primera Garra no dejó ni uno de ellos con vida el tiempo suficiente para que pudieran actuar de un modo u otro. Los bólters, que llevaban agarrados con firmeza, bramaban mientras implantaban proyectiles de masa reactiva en las espaldas y piernas de los humanos despavoridos. Los gladios y los cuchillos, mediante rápidas puñaladas y cortes limpios, liquidaban a aquellos que se retorcían en el suelo.

Pasaron por delante de varios tripulantes nostramanos. Hasta el último de ellos cayó de rodillas ante los guerreros de la VIII Legión, a los que dedicaron alabanzas y bendiciones, motivadas por contemplar un recuerdo tan vivido de su aniquilado mundo natal.

Los amos de la noche se movían con rapidez, con eficiencia; uno de ellos siempre alzaba el bólter para cubrir a los demás. Al verlos así, le suponía casi un esfuerzo creer lo mucho que se detestaban los unos a los otros.

Octavia no los oía hablar, sino tan sólo los chasquidos delatores de sus conversaciones por el comunicador. De ningún modo eran sigilosos, dado que sus corazas rugían a un volumen tan alto que despertaría a los muertos, pero tampoco estaban desprovistos de elegancia.

Septimus corría a su lado, con las pistolas desenfundadas. Maruc resoplaba y jadeaba mientras sujetaba el rifle láser contra el pecho. A Fiera, quien sin lugar a dudas era el más bajo de todos ellos, ya le costaba seguirles el ritmo. La fatiga hacía mella en él, a juzgar por el esfuerzo impreso en sus rasgos mutilados. Estaba usando la escopeta como si fuese un bastón, por lo que, una vez más, Octavia se preguntó cuántos años tendría.

La nave apestaba. Si se suponía que iban a vivir después de esto, rezaba porque alguien planease limpiarla. En más de una ocasión pasaron por delante de cadáveres en estado avanzado de descomposición, pegados al suelo. La podredumbre pendía del

aire como si fuera algo normal.

Todo aquello fabricado con metal mostraba un barniz húmedo de herrumbre y mugre.

El *Pacto* era gélido, oscuro y solía oler a humedad; sin embargo, esta otra nave concordaba con las historias de tripulantes sobre las naves del Archienemigo. El *Herencia Venenosa* era un navío del Caos, desde la proa hasta la popa, pasando por su núcleo corrupto. A Octavia le preocupaba el tener que unirse a su espíritu máquina, así como las vejaciones que habría soportado el alma del navío cuando se la encontrara al final de este viaje.

—Cerrad los ojos —les advirtió Talos.

• • • • •

Se llamaba Ezmarellda.

El fluido en el que estaba sumergida era la mezcla, rica en amoníaco, de una viscosidad rica en nutrientes que hacía mucho se había enranciado y costaba media década de su propia orina. Estaba desnuda salvo por las escamas que le endurecían la piel, así como ciega salvo por el hecho de que era capaz de ver en el Mar de las Almas.

Su cubil era una cámara oscura en la que el suelo había cedido terreno a una depresión cóncava en la que nadaba, flotaba o caminaba, según se le antojase. Los bordes de su piscina maloliente le resultaban inalcanzables, dada la altura a la que estaban, lo que a todos los efectos la había dejado atrapada en un foso lleno de sus propios excrementos. Los oyó entrar, y su rostro deforme se estremeció. Lo que debería haber sido una boca estaba fusionada de forma ineficiente y emitía ruidos inarticulados cuyos significados se perdían para todo aquel que no fuera ella misma.

Cuando Octavia la vio, contempló su propio destino al descubierto. Todos los navegantes sufrían procesos involutivos conforme pasaban los siglos. Ella lo sabía muy bien. Pero esto…

La Primera Garra se desplazó alrededor de la piscina, y Ezmarellda intentó seguir sus movimientos valiéndose del sonido de los pasos de sus botas blindadas. No tenía forma alguna de saber que cinco bólters la estaban apuntando directamente.

Septimus se cubrió la boca, aunque ya tuviera los ojos cerrados. Maruc se dio la vuelta para vomitar, aunque nada con lo que contribuyera a llenar la piscina podría empeorar su estado. Fiera no hizo nada, bien porque jamás había sido capaz de ver, bien porque ya estaba habituado a cosas así. Se limitó a mirar a Octavia, como siempre hacía.

Octavia no tenía motivos para cerrar los ojos. Era la única que daba testimonio de aquella escena y, en cierto modo, se sentía agradecida. Esto era un asunto de navegantes. No había forma alguna de que pudiera ser más «asunto de navegantes»

que esta.

—¿Podemos usarla? —preguntó Xarl por el comunicador crepitante. Él no la había visto, pero aun así, seguía todos sus movimientos con el bólter.

Octavia no contestó.

La navegante del *Herencia* se volvió en dirección a la voz de Xarl. Ezmarellda surcó su propio estiércol líquido con sus miembros amalgamados a la vez que babeaba y sonreía. Se mantuvo a flote en aquellas aguas cenagosas y le tendió a Octavia unas manos que ya habían comenzado a fusionarse, de modo doloroso, hasta transformarse en unas garras palmeadas.

—Hola.

La voz de Ezmarellda resultaba tan infantil que era desagradable de oír: una abuela que había perdido la cordura y que hablaba de la misma manera en que había hecho de niña. Por la barbilla le corría un hilillo de saliva de tonalidad rosácea, debido a que pronunciar aunque fuera una sola palabra hacía que le brotara sangre de la boca y, sin embargo, parecía estar deseosa de hablar, de decir más cosas; por lo que se veía, no se daba cuenta de lo que le costaba formar palabras.

Octavia tocó el miembro que le ofrecía; la suavidad de sus yemas contrastaba con el tacto correoso de la carne de aquel ser.

—Hola —le respondió—. ¿Hurón te… te trajo aquí? ¿Para que te quedaras a vivir?

Ezmarellda dio un giro en el agua, ya que al tener la espina dorsal tan retorcida le era difícil quedarse en la misma posición durante mucho tiempo. Mientras se desplazaba, de debajo del agua surgió una calavera blanquecina que se balanceaba, arriba y abajo, en la superficie llena de grumos.

—Esta es mi nave. —La navegante se relamió sus derretidos labios con una lengua negra y viperina—. Esta es mi nave.

Octavia retrocedió sobre sus pasos.

—No —le contestó a Xarl—. La verdad es que no.

Cinco bólters abrieron fuego en perfecta sincronía.

• • • • •

No pensaba meterse en aquel caldo bajo ningún concepto.

Octavia estaba sentada al lado de la entrada con la espalda apoyada en una pared, en la que había crecido légamo debido a la sempiterna condensación.

—Puedo pilotar desde aquí.

Talos accedió sin reparos, dadas las circunstancias.

—Voy a dejarte en compañía de Uzas y Xarl, para que te vigilen.

Ella asintió, pero no le dio las gracias.

Maruc no podía dejar de mirar, atónito y lleno de horror, a lo que flotaba boca

abajo en el cieno enrojecido del foso.

—Por el Trono del Dios Emperador —repitió por cuarta vez.

—No era un dios —le aclaró Cyrion con un matiz de irritación en la voz—. Sé de lo que hablo. Una vez lo vi.

• • • • •

La cámara tenía peor aspecto cuando cerraba los ojos. Octavia vio lo mismo que había visto Ezmarellda; las capas de una corrupción cancerígena hinchada que colgaba, invisible para los demás, de todo lo que la rodeaba. El Mar de las Almas ya había besado el casco de la nave antes, pero aún no había echado raíces del todo. Se trataba de que el cáncer lo había traído la tripulación consigo, no de que anidara en los huesos de hierro de la nave.

Al principio, y a pesar de su poder, el espíritu máquina se apartó de ella de forma brusca. Octavia se quejó con un gemido mientras se enroscaba la válvula de conexión que tenía implantada en la muñeca y ajustaba mejor el cable de la interfaz.

Tú no eres mi navegante, le dijo el alma del navío, justo como había hecho el *Pacto* antes que ella. Su voz era más profunda, aunque también más comedida.

Sí, sí que lo soy —Octavia repitió las mismas palabras que le había dicho a la otra nave, por medios telepáticos, muchos meses atrás—. *Me llamo Octavia. Y te voy a tratar con mucho más respeto que cualquier otro navegante con el que hayas surcado las olas.*

Suspicacia. Desconfianza. Los indicios de unas garras ocultas en vainas psíquicas.

¿Por qué?

Porque así es como me educó mi padre.

Salta —una voz intrusa se vertió en el interior de la mente de Octavia. Era Ruven, el hechicero, desde la otra nave—. *Octavia. Salta.*

Debemos partir, le comunicó al Eco.

Muéstrame el camino.

Ahora.

Ahora.

Ahora.

• • • • •

Dos naves en la periferia de la armada de los Corsarios Rojos pusieron en marcha sus motores con calculada precisión. Ambas avanzaron, paralelas tanto en forma como en

formación, mientras ganaban velocidad.

Los escuadrones de destructores ya se habían puesto en marcha. Varios cruceros más se aproximaban, ya que sus capitanes intentaban llevar a cabo un bloqueo para impedir el paso de los dos buques insignia.

El vacío se rasgó ante los dos venerables cruceros de batalla, al tiempo que sus proas acorazadas perforaban el espacio de una realidad a otra. Con una espiral de colores reminiscente de migrañas y locura, las dos heridas en la realidad explotaron para abrirse y tragarse enteras ambas naves.

Los destructores que se acercaban se estremecieron al tiempo que la realidad se asentaba hasta recuperar su aspecto original. Los capitanes, en sus puentes de mando, maldijeron al ver que lo único que fijaban ahora sus armas era el vacío estelar.

• • • • •

El *Pacto de Sangre* irrumpió de la disformidad poco después, y tal y como su capitán había pretendido, se había producido a varios sistemas estelares de distancia.

Los Corsarios Rojos tardarían siglos en rastrear su trayectoria, pues iba a quedar entremezclada entre las olas de presión que batían alrededor de Vilamus debido a la llegada de una flota tan inmensa hacía pocas horas antes. El Elevado no pensaba que tuviera motivos para preocuparse.

Libres del yugo de los fogonazos coronales, los sistemas de la nave de guerra volvieron a la vida acompañados de un incremento de energía y los suspiros de alivio de la tripulación.

—Auspex, listo.

—Líneas, listas.

Pero el Elevado apenas los escuchaba. La criatura se levantó del trono y se quedó mirando a la negrura del espacio.

—¿Dónde está el *Eco de la Maldición*?



TREGUA

El *Eco de la Maldición* ralentizó el avance hasta vagar con lentitud, de modo que las estelas de vapor menguaron hasta convertirse en volutas de bruma que se desvanecían en el espacio.

Talos no se había sentado en el trono aún, aunque tampoco estaba seguro de querer hacerlo. Variel se alegró al verlo entrar en la cubierta de mando, en la medida en que Variel era capaz de alegrarse por algo.

—Cuéntamelo todo —le pidió Talos—. Hemos capturado la nave sin apenas resistencia. ¿Cómo lo lograste?

—Intenté arrojar por la borda a los corsarios para que murieran en el espacio —admitió el apotecario—. Cuando eso no dio resultado, opté por enjaularlos.

—¿Dónde?

—En los muelles del hangar. Intentaron fugarse cargando y disparando el cañón principal de un tanque de asedio Vindicator.

Talos pasó de una imagen a otra de las pictopantallas encendidas de los muelles del hangar. Dos de ellas estaban vacías y sin energía. Las otras dos… Talos le lanzó una lenta mirada al antiguo miembro de los Corsarios Rojos.

—Eso explica los agujeros del casco —comentó Cyrion, que miraba por encima del hombro de Talos.

—Creo que sus comunicadores a corta distancia funcionaban, pues lo intentaron en ambos muelles al mismo tiempo. Los resultados fueron los que te puedes imaginar cuando disparan un cañón demoledor a tan corta y desaconsejable distancia.

—Funcionó, eso sí —apostilló Mercutian.

—Si te refieres a que nos dejaron dos perforaciones en el casco, entonces sí; su misión fue un éxito de lo más sonado. Si te refieres al hecho de que las explosiones y

las ondas expansivas resultantes mataron a casi una cuarta parte de ellos, entonces los resultados no son tan espectaculares.

Cyrion sorbió aire a través de los dientes apretados. Como tenía el vocalizador del yelmo funcionando, aquello sonó como el siseo de una serpiente de cascabel mecánica.

—¿Quieres decir que estaban marchando por el exterior del casco después de haber abierto un agujero en el muelle de aterrizaje?

—Exacto. Caleb dirigió la marcha al exterior, sin lugar a dudas con la intención de buscar un punto de entrada adecuado, para volver a entrar en la nave cortando el fuselaje con armas de energía.

Talos soltó una suave risa entre dientes.

—Entonces, estaban sobre el casco exterior de la nave cuando entramos en la disformidad.

—Casi seguro que sí. Vi lo que le pasó a varios de ellos; los que estaban al alcance de las pictograbadoras externas. Fue una escena de lo más reveladora el contemplar cómo, primero sus armaduras, luego su carne y por último sus huesos se disolvían en el Mar de las Almas… Ser testigo de la velocidad con la que las tempestuosas mareas de la disformidad los consumieron fue casi un llamamiento a sentirse insignificante. La mayoría se soltó en el preciso momento en que las primeras olas los golpearon. Pero llegué a seguir a unos pocos y observé cómo las olas de energía psíquica fundida los despedazaban por completo.

Hasta Cyrion torció el gesto.

—Por la sangre del Padre, Variel. —Talos negó con la cabeza cubierta por el casco —. Esa es una forma muy fría de matar.

El apotecario se quedó pensativo.

—Y yo que esperaba que ibas a quedar impresionado…

—Y lo estoy —le confesó Talos—. Ojalá se me hubiera ocurrido a mí. —El profeta se dirigió a tres oficiales que estaban al frente de la consola de comunicaciones—. Saluden al *Pacto de Sangre*.

El líder de los oficiales se bajó la capucha, como si acabara de decidir te puedes imaginar cuando disparan un cañón demoledor a tan corta y desaconsejable distancia.

—Funcionó, eso sí —apostilló Mercutian.

—Si te refieres a que nos dejaron dos perforaciones en el casco, entonces sí; su misión fue un éxito de lo más sonado. Si te refieres al hecho de que las explosiones y las ondas expansivas resultantes mataron a casi una cuarta parte de ellos, entonces los resultados no son tan espectaculares.

Cyrion sorbió aire a través de los dientes apretados. Como tenía el vocalizador del yelmo funcionando, aquello sonó como el siseo de una serpiente de cascabel mecánica.

—¿Quieres decir que estaban marchando por el exterior del casco después de

haber abierto un agujero en el muelle de aterrizaje?

—Exacto. Caleb dirigió la marcha al exterior, sin lugar a dudas con la intención de buscar un punto de entrada adecuado, para volver a entrar en la nave cortando el fuselaje con armas de energía.

Talos soltó una suave risa entre dientes.

—Entonces, estaban sobre el casco exterior de la nave cuando entramos en la disformidad.

—Casi seguro que sí. Vi lo que le pasó a varios de ellos; los que estaban al alcance de las pictograbadoras externas. Fue una escena de lo más reveladora el contemplar cómo, primero sus armaduras, luego su carne y por último sus huesos se disolvían en el Mar de las Almas… Ser testigo de la velocidad con la que las tempestuosas mareas de la disformidad los consumieron fue casi un llamamiento a sentirse insignificante. La mayoría se soltó en el preciso momento en que las primeras olas los golpearon. Pero llegué a seguir a unos pocos y observé cómo las olas de energía psíquica fundida los despedazaban por completo.

Hasta Cyrion torció el gesto.

—Por la sangre del Padre, Variel. —Talos negó con la cabeza cubierta por el casco —. Esa es una forma muy fría de matar.

El apotecario se quedó pensativo.

—Y yo que esperaba que ibas a quedar impresionado…

—Y lo estoy —le confesó Talos—. Ojalá se me hubiera ocurrido a mí. —El profeta se dirigió a tres oficiales que estaban al frente de la consola de comunicaciones—. Saluden al *Pacto de Sangre*.

El líder de los oficiales se bajó la capucha, como si acabara de decidir que llevar la túnica escarlata de los Corsarios Rojos ya no fuese adecuado, a la luz de los nuevos propietarios de la embarcación.

—El *Pacto de Sangre* no está a distancia de saludo, señor.

—Auspex —ordenó Talos—. Es imposible que hayamos llegado antes que ellos; el salto era demasiado corto.

—El auspex está limpio tanto de amigos como de enemigos, señor. Nos encontramos en el espacio profundo.

—Realice otro escaneo. Se suponía que teníamos que haber atravesado la disformidad hasta llegar al sistema Reghas.

El maestre de auspex consultó una placa de datos. Un momento después, transmitió sus averiguaciones directamente a la mesa de proyecciones hololíticas. La runa identificativa del *Eco* titilaba, dorada y solitaria, lejos de cualquier otro elemento importante. Incluso la estrella más cercana estaba a millones de kilómetros de distancia.

—Estamos a una distancia de, aproximadamente, dos horas a plena potencia de Reghas, señor.

Todos los miembros de la Primera Garra pronunciaron el mismo nombre a la vez:

—Octavia…

• • • • •

Octavia se desconectó con un escalofrío y se encontró en el último sitio en el que querría estar. El aire húmedo se movía dentro de sus pulmones con la sensación helada y aceitosa que daban las flemas atascadas. El cadáver de Ezmarellda, al igual que su piscina de fluidos corporales, espesaba el aire con el hedor penetrante de una rancia enfermedad.

Octavia se restregó los ojos con las mangas para limpiarlos, aún temblorosa por culpa de la impaciencia del *Eco*. Una vez se abrió al espíritu máquina, este le respondió como era debido y saltó hacia adelante con brío. Le recordó a un caballo al que su antiguo dueño hubiera maltratado, como si el simple acto de correr libre de su amo fuera a limpiarle el cuerpo de las marcas de latigazos. El *Eco* salió disparado nada más tocarlo un poco con la mente, pues era presa de la misma desesperación: como si al interponer distancia entre él y el Torbellino fuera a escapar de las vejaciones que había sufrido en su pasado reciente.

Y, al igual que un potro temperamental, controlarlo había sido una pesadilla al principio. Quería correr y no le importaba adonde. Octavia había sido capaz de encauzar vagamente la quineticidad tan excitable de la máquina en la dirección correcta, pero tenía la sospecha de que, a pesar de eso, se habían desviado bastante de la ruta.

Lo más probable era que Talos estuviera decepcionado con ella, pero a la chica era incapaz de importarle en ese momento.

Octavia se quitó la cinta. Al igual que ella, al igual que el resto de la cámara, la tela olía entre mal y fatal.

—Ama.

Fiera se acercó hasta ella con pasos torpes y se dejó caer para sentarse a su lado. Octavia oía el ritmo irregular de las pulsaciones del hombrecillo en sus jadeos entrecortados. En la pantanosa semiluz de la cámara rebosante de fluidos, su sirviente tenía un aspecto incluso más pálido, incluso más enfermizo, incluso más viejo.

—Estoy cansado —le confesó, a pesar de que ella no se lo había preguntado—. Correr por la nave para no perderos de vista… me ha cansado mucho.

—Gracias por quedarte junto a mí.

—No tenéis por qué dármelas. Quedarme junto a vos es lo que siempre hago.

Ella le pasó el brazo por la joroba, se acercó a él y se puso a llorar en silencio con el rostro sumergido en los ropajes raídos del hombre.

Sin saber muy bien qué hacer, él la estrechó entre sus brazos cubiertos de vendas.

—Tuve una hija una vez —admitió con voz tranquila—. Su voz sonaba justo como

la vuestra. Suave. Triste. Fuerte. Quizá también se parecía a vos. No lo sé. Nunca he llegado a veros.

Ella sorbió por la nariz.

—De todas formas, he estado más guapa otras veces. —Tras una pausa, esbozó una ligera sonrisa—. Tengo el pelo negro. ¿Ella también lo tenía?

Los labios de Fiera, finos y agrietados, se replegaron hasta formar una sonrisa.

—Era nostramana. Todos los nostramanos tienen el pelo negro.

Estaba a punto de contestarle, pero él la hizo callar con un «shhh» muy breve.

—Viene alguien, ama —le dijo.

La puerta se abrió y mostró a Septimus. Tras él, Xarl y Uzas seguían montando guardia a cierta distancia, corredor abajo. La navegante oyó los chasquidos de sus cascos; sin lugar a dudas estaban discutiendo en privado. Xarl parecía estar tratando de convencer a Uzas, quien parecía hacer caso omiso.

—Por lo que parece nos hemos desviado del rumbo. Talos quiere que te prepares para guiar la nave otra vez.

Sin mediar palabra, la chica agarró el cable de conexión. Hasta que se fundiera del todo con la nave e instalaran un trono para ella, iba a tener que ser así.

• • • • •

Brekash de los Ojos Sangrantes se desplazaba pasillo abajo, caminando sobre dos pies pero deteniéndose cada pocos pasos para olisquear el aire nauseabundo. Al igual que la Primera Garra, los Ojos Sangrantes habían abordado la nave y no habían encontrado ni mucha caza ni casi nada de resistencia.

Brekash volvió a detenerse y olisqueó el aire a su izquierda.

Había algo que arañaba la pared desde dentro. Algo con garras.

Brekash emitió un ruido por la rejilla bucal, un sonido que indicaba desconcierto y que no era del todo una palabra ni tampoco un graznido.

Lo que le respondió fue un gruñido gutural que le llegó amortiguado a través de la pared metálica. ¿Acaso era algo que estaba atrapado dentro de la piel de hierro de la nave? ¿Alimañas, quizá?

Brekash no tenía claro qué hacer. Se llevó la mano a la espada sierra de manera irritada y poco entusiasta, aunque se abstuvo de pulsar la runa de activación. Otro gruñido precedió a tres golpes sordos, como si unos nudillos golpearan la pared por el otro lado.

A modo de respuesta, el rapaz arrastró el guantelete rematado en garras por la pared del corredor, a modo de advertencia para fuera cual fuese la alimaña mutante que moraba allí dentro.

—Lucoryphus —transmitió por el comunicador—. Hay… una cosa dentro de una

pared, aquí.

• • • • •

El líder de los Ojos Sangrantes hizo una pausa en su propio patrullaje por las cubiertas infectas del *Eco*.

—Repite —contestó.

La respuesta de Brekash sonó confusa, y Lucoryphus se mofó soltando una sarta de graznidos por el comunicador.

—Te abalanzas sobre sombras, hermano.

Brekash emitió una serie de gritos estridentes y abruptos: el sonido más patético que Lucoryphus le había oído a un hermano rapaz en toda su vida, pues imitaba el grito de auxilio del cóndor nostramano.

Luego, con un crujido de funesta irrevocabilidad, el enlace murió.

—Cazador de Almas, hay algo en esta nave que nos está cazando —transmitió el líder de los Rapaces.

• • • • •

El guerrero que se había hecho llamar por el nombre de Caleb Valadan, entre toda una cohorte de títulos que había adquirido bajo los servicios del Tirano de Badab, no había sucumbido a la muerte gloriosa que siempre había imaginado que tendría. No hubo pilas de cuerpos amontonados del enemigo sobre las que alzarse mientras derramaba sus últimas gotas de sangre; no hubo vítores mientras sus honorables hermanos presentaban sus respetos y elogiaban a ese muerto victorioso en el que se convertiría.

Ni siquiera había tenido un arma en las manos cuando los últimos resquicios de su mortalidad se dispersaron, como si él no hubiera sido más que un anciano desdentado que estuviera expirando en un lecho en lugar de un campeón con dos siglos de combate a sus espaldas.

Caleb se había familiarizado con dos cosas mientras se moría. La primera fue el dolor. La segunda fue el fuego.

Era incapaz de dilucidar dónde acababa uno y empezaba el otro o, incluso, si existía alguna diferencia entre ambos, a la vista de lo que había pasado. Pero Caleb recordaba esas dos cosas por encima de todo lo demás.

La nave había entrado en la disformidad.

Lo había visto venir. Todos lo habían visto venir: la manera en la que las estrellas

se deformaban en sus cuencas astrales, así como la forma en que un lamento se abría paso por toda la nave hasta llegar a su núcleo metálico. Unos pocos de sus guerreros habían saltado del espinazo de la nave igual que marineros que abandonan un barco que se hunde, pues preferían morir congelados en el vacío infinito que dejarse arrastrar al Mar de las Almas.

En ese momento, Caleb estaba magnetoanclado al casco de la nave, hacha en mano, y cortaba el hierro del fuselaje para abrirse paso de regreso al interior. Y un instante después se ahogaba, se asfixiaba en fuego líquido y se sofocaba al mismo tiempo que lo desintegraban desde fuera y lo incineraban desde dentro. Murió una docena de muertes en lo que dura el latido de un corazón, y las sintió todas y cada una de ellas.

Lo mismo que sus hermanos. Cuando el cieno fundido fluyó por la nave y los sepultó, vio que la mayoría terminaban por soltarse del casco. Guerreros junto a los que había servido durante décadas, incluso siglos, daban vueltas vertiginosas en la locura hirviente del espacio disforme mientras chillaban y se disolvían. Muchos de ellos quedaron reducidos a la forma espectral y aullante de sus esqueletos envueltos en llamas, antes de que las mareas embravecidas devorasen la misma esencia de sus almas, de forma que inmolaron incluso esos restos y arrastraron los residuos para que se disolvieran entre las olas rompientes.

Caleb se negó a abandonar. La inundación le arrancó el hacha de la mano y luego la armadura del cuerpo, pero no iba a renunciar a agarrarse. El fuego le desgajó con violencia el cuerpo de los huesos y los huesos del alma. Y, a pesar de todo, siguió aferrándose.

Entonces llegó la sombra, lo bastante vasta y lo bastante umbría como para eclipsar la luz bruja aullante del antiespacio.

Tras eso, Caleb había abierto los ojos a las estrellas una vez más; las estrellas del espacio real, orbes titilantes de soles remotos que destellaban en la noche y en el fuselaje que tenía bajo las botas.

No estaba muerto. No estaba muerto en absoluto. Lo que estaba era cubierto de la ceramita de los Corsarios Rojos, empuñando un hacha.

Aunque estaba solo. Se encontraba en completa soledad sobre la piel del navío, con el arma en la mano pero sin nadie al que pudiera llamar hermano.

Caleb había cortado, y cortado, y vuelto a cortar; se había valido de cada golpe de su hacha energizada para descender a mayor profundidad.

Encontró a su primera presa en cuestión de minutos, y cuando ese guerrero con garras que no paraba de gritar murió, el corsario rojo mutiló el cadáver del rapaz en pedazos revestidos de ceramita, tras lo cual, con dedos temblorosos, sacó la carne de la armadura y se las llevó a las mandíbulas.

Necesitaba más. Necesitaba mucho más. Seguía hambriento.

Acertaba a oler algo, algo dulce pero inidentificable que coloreaba el aire de los corredores de la nave. Caleb respiró con mayor lentitud, saboreando el aroma. Se

trataba de algo que había sido tocado por la disformidad, cuya resistencia a la corrupción le otorgaba una dulzura enfermiza y que, además, tenía la sangre más rara y dulce de toda la especie humana. Cada gota de sangre que pudiera exprimirle del corazón cuando se lo estrujase iba a ser néctar de los dioses.

El corsario rojo se abalanzó hacia adelante y emprendió una carrera salvaje.



Vandred

El Elevado caminaba impaciente por el puente de mando sin que sus garras cesaran de abrirse y cerrarse, de manera que si en un momento dado formaban puños nudosos, al siguiente se abrían con lentitud, igual que unas flores horripilantes ante la llegada de la primavera.

Los Atramentar, los siete que quedaban tras el fallecimiento de Vraal en Crythe, se habían reunido en el strategium para atender a su amo y señor, pues su amo y señor estaba furioso.

Uno de los exterminadores cargaba con un mazo a dos manos cuya cabeza de martillo descansaba en una de sus hombreras, la cual mostraba el semblante esculpido de un rugiente león nostramano. La luz que reflejaba el martillo le otorgaba a sus ojos de una sempiterna mirada áurea.

—El profeta no os ha traicionado, señor.

—¿Y tú qué vas a saber, Garadon?

El Elevado seguía caminando con ansiedad de aquí para allá, aunque con una forma de andar encorvada y brutal. Cada uno de sus pasos transmitía vibraciones a lo largo de la cubierta. La tripulación estaba empezando a inquietarse, pues el señor de la guerra apenas se levantaba del trono a no ser que fuera para destruir o denigrar a cualquier ser vivo u objeto que no tuviera al alcance de las garras.

—No podemos quedarnos aquí para siempre. Nos van a rastrear… a cazarnos… Hurón cuenta con hechiceros que manipulan la disformidad con astucia y que pueden separar el Mar de las Almas.

Malek, el campeón de los Atramentar, se había estado entreteniendo hasta ese momento con activar las cuchillas relámpago cada pocos minutos e inspeccionarlas de arriba abajo. Estas surgían de las ranuras que tenía en el dorso de cada puño de

energía igual que guadañas, sólo para volver a retraerse de forma abrupta después de que el exterminador diese por terminada otra breve inspección más.

—Vos también contáis con un hechicero que manipula la disformidad con astucia, señor.

El Elevado escupió ácido sobre la cubierta, gesto con el que descartó la simple idea de que ese fuera el caso.

—Ruven sobresale en tres papeles: en el de brujo, en el de traidor y en el de ser un derroche de piel. Te aseguro que si he canjeado a un vidente libre de mácula, a una navegante y a tres docenas de Rapaces de los Ojos Sangrantes… a cambio de quedarme con Ruven… —el Elevado volvió a escupir, y un tripulante se apartó de aquella flema letal de un salto—… entonces voy a perder los estribos. Y lo que perderán aquellos que tenga a mi alrededor será su sangre —sentenció el demonio.

—Un auspex nos ha detectado, mi señor.

El Elevado se hizo oír por el puente de mando con voz húmeda y rugiente:

—Por fin, ya están aquí.

—Ha aparecido un segundo auspex, señor. Y un tercero.

Unos servidores sin miembros que estaban esclavizados a la mesa del escáner empezaron a murmurar cánticos en binario a la vez que seguían la trayectoria de las naves que se aproximaban con los cogitadores que tenían acoplados al cráneo. El Elevado prestó atención al barullo que se apoderaba del strategium mientras regresaba al trono.

—Son destructores clase Cobra —anunció el maestre de auspex.

El demonio se pasó la lengua por las encías, como si buscase trocitos de comida metidos entre los dientes. La lengua de la criatura tenía la longitud suficiente como para lamer los humores vítreos de sus propios ojos, gesto que solía hacer para limpiárselos. La ascensión demoníaca había privado al Elevado de párpados. No los echaba de menos.

—¿Son escoltas? ¿O la vanguardia de una formación mucho más grande? —preguntó Malek.

—Lo sabremos cuando los destruyamos. —El tono de voz del Elevado volvía a rezumar resolución: una guerra en el vacío. Una que podían ganar. El pillaje que podrían obtener como resultado de acabar con un escuadrón de tres Cobras, si podían dejarlos razonablemente intactos, constituiría el botín de todo un año solar—. Avante a toda máquina. Activen los escudos, abran las portillas de armas, conecten todas las lanzas y activen las baterías.

Un coro de afirmaciones respondió a los decretos de la criatura. El propio *Pacto* saltó para obedecer y calentó los motores, cuyo fulgor ganó en brillo y voluptuosidad mientras los propulsores bramaban y vomitaban estelas ígneas de promethium en la quietud del espacio.

La nave se movía ahora como lo había hecho antaño, antes de haberse pasado décadas enzarzada en cruzadas extenuantes y de efectuar arreglos pasajeros que no

habían hecho de ella otra cosa sino un espectro con un pasado majestuoso. Entre las tripulaciones del Iris Infernal y las materias primas de Ganges, el Elevado había logrado precisamente lo que se había propuesto: dejar atrás los años de penurias y vergüenza en favor de retomar la agresividad de la que habían hecho gala antaño. Volvían a ser cazadores. Cazadores del vacío.

El corazón orgánico del demonio latió más de prisa tras la jaula poco hospitalaria que formaban sus costillas. Las tres naves tomaron forma en el occulus y pasaron a ser dagas cuyos flancos, torretas y pináculos estaban pintados con el color escarlata del Tirano.

—No apunten a las matrices de armas. Quiero apoderarme de ellas como el fruto suculento que son. Cuando lancen los torpedos contra nosotros, encajen los impactos con los escudos de proa; si rodamos y ejecutamos virajes a estribor, que sea sólo en caso de que el enemigo haya ajustado la velocidad por debajo de un tercio de potencia. Efectuaremos ataques de lanza precisos para romper sus escudos mientras hacemos un picado directo contra la nave principal, y luego descargaremos un cuarto de andanadas de las baterías de armas costales conforme atravesamos su formación.

En los ojos del demonio relucía toda una plétora de ayunas, aunadas bajo una única sensación sólo gracias a la voracidad que compartían.

—Nos ha detectado otro auspex, señor. Un crucero de clase mixta. Y otro que viene precedido de una ola bruja de presión considerable… No, son otros tres. Es un escuadrón de destructores parásitos del crucero.

—Son una vanguardia —maldijo Malek con un jadeo, pero su yelmo con colmillos lo vocalizó como un suspiro zumbante—. Deberíamos huir, señor. El *Pacto* acaba de renacer. No hay victoria que valga si para ganar este combate hemos de soportar daños tremendos.

—Empiezas a hablar como el profeta. —El Elevado observaba atentamente el occulus, por lo que no le prestaba demasiada atención a Malek—. ¿Seis destructores y un crucero panzudo? Podríamos atravesar su formación a ciegas y aun así saldríamos ilesos. A pesar de eso, no he pasado por alto el peligro que corremos, así que, después de que hayamos destruido a las tres primeras naves, adoptaremos una distancia preventiva hasta que la situación se aclare del todo; en absoluto me siento inclinado a enfrentarme cara a cara a una armada.

En ese momento, muchas más sirenas de auspex resonaron por la cubierta de mando.

—Señor…

—Habla, idiota.

—Otras nueve naves acaban de irrumpir de la disformidad. Tres de ellas son buques insignia. Tenemos a un escuadrón de seis destructores clase Iconoclasta que se dirigen a nuestro flanco a toda máquina.

Las noticias le borraron al Elevado su confiada y feroz sonrisa de la cara.

—Que todo el personal atienda los puestos de armas, que todas las Garras adopten

posiciones defensivas y se preparen para repeler a los invasores. Informen al navegante de que muy, pero que muy pronto, vamos a necesitar que nos guíe.

—Torpedos entrantes, señor.

El Elevado se relamió la saliva corrosiva que le cubría los colmillos y enunció la frase que, con diferencia, más odiaba pronunciar:

—Preparados para el impacto.

• • • • •

Esta vez vomitó. Le borboteó de la garganta y chapoteó sonoramente sobre la superficie teñida de sangre del agua.

—No quiero seguir —jadeó, sin ser capaz de darle al mensaje más fuerza que esa —. No quiero seguir… por favor, no quiero… no hasta que hayan limpiado la nave.

Fiera le limpió los labios con el borde menos mugroso de sus harapos. La voz de Talos surgió de los altavoces e inundó la cámara nauseabunda:

—Lo has hecho bien, navegante. Tómate un descanso.

• • • • •

—No me creo lo que estoy viendo… —exclamó Cyrion con un suspiro de asombro. Con lentitud, se quitó el casco, pues sentía la necesidad de mirar la pantalla con sus propios ojos—. Vamos, es que no me lo creo —repitió.

Talos no contestó. El occulus centraba su atención en una batalla distante, y en el centro de esta, la imagen seguía a una mole que giraba, se desgarraba y estaba envuelta en llamas.

El *Pacto de Sangre* atravesaba a toda velocidad el centro de la flota enemiga mientras sus escudos relucían con las iridiscencias del aceite sobre el agua. De las grietas igual que barrancos del casco de la nave tenebrosa surgían estelas de humo que delataban que los escudos ya se habían desconectado con anterioridad.

En ese instante fueron testigos de cómo el *Pacto* incrementaba todavía más la velocidad en dirección a un navío enemigo, de casi la misma envergadura, para en el último momento sumergirse y deslizarse por debajo de este. La barriguda nave luchó en vano por desviarse mientras el crucero de ataque, mucho más esbelto, la sobrepasaba por debajo a la vez que giraba sobre sí mismo para enfilar el vientre de la nave enemiga con las baterías de armas de estribor.

A la escasa distancia que separaba ambos cruceros, la totalidad de los cañones de ese lado del *Pacto* desencadenaron su furia y los rayos de plasma y las ráfagas láser

rastrillaron la quilla del buque corsario.

—Eso debe de haber acabado con ella —murmuró Mercutian—. Mirad, hermanos. Debe de haberla destruido.

El *Pacto* no se quedó ahí para comprobarlo. Se alejó valiéndose de unos motores que lo propulsaban con furia insostenible y, a su paso, el crucero corsario rodó, se rasgó y su vientre quedó hecho pedazos. Unas detonaciones recorrieron la superficie de la nave y esta quedó hecha un muñeco roto al que se le hubieran descosido las costuras. A los pocos segundos ya se había convertido en una bola de fuego que se desmenuzaba sobre sí misma y cuyas torres se desmoronaban sobre su núcleo incandescente. La onda expansiva que provocó el núcleo de plasma al explotar empujó entre bandazos a las naves de menor tamaño que tenía cerca desviándolas de su ruta.

—Maestre de auspex, ¿puede hacer el recuento de naves enemigas?

—Doce, mi señor. Los restos indican que hay cuatro que ya han sido destruidas.

Talos no apartó la vista del *Pacto* y lo vio arder.

—Aceleren a rumbo de ataque y abran un canal de comunicación con el *Pacto*.

• • • • •

El Elevado jugaba una partida peligrosa. Ese ser, el demonio en sí, no era ningún virtuoso de la guerra entre flotas. Era un cazador, un depredador, un asesino sin conciencia o parangón…, pero no era un virtuoso de las guerras en el vacío.

Estar al mando de una nave que combatiera en una guerra orbital equivalía a sumergirse de lleno en una saturación informativa absoluta. Las cifras y códigos binarios que le gritaba la tripulación del puente se traducían en las distancias que separaban las naves entre sí, distancias que atañían a los cabeceos, giros y virajes que estas efectuaban, sin olvidar los entresijos y excentricidades inherentes a cada uno de los movimientos estimados de los objetos en un entorno tridimensional. El Elevado se sumió en un estado de concentración absoluta como siempre había hecho en el pasado: retrajo su consciencia hasta donde moraba la mente humana sobre la que gobernaba para arrancarle la piel a tiras y dejar al descubierto cualquier conocimiento relevante.

Eran recuerdos. Los recuerdos de Vandred. Si bien el Elevado no poseía los conocimientos necesarios como para comprender unas danzas astrales tan demenciales como esas, sí que era capaz, con sólo pensarlo, de hurgar en el cerebro de su cuerpo huésped y desvalijar la psique del amo de la noche. Una vez dentro, no le llevaría más que un instante de concentración para adoptar los recuerdos de Vandred y cubrirse con un manto de conocimiento tal que sería como si esos pensamientos siempre hubieran sido propiedad del demonio.

Vandred era poseedor de toda una riqueza en percepciones de ese calibre. Cuando estaba vivo, había sido un gladiador del vacío sin igual. Fue eso lo que lo elevó hasta el rango de capitán de la Décima en los meses subsiguientes a la defunción de Malcharion.

El Elevado saqueó la mente de su cuerpo huésped con la misma tenacidad con la que despojaba al Imperio de la Humanidad de sus riquezas materiales. Entre ambos actos no había diferencia alguna. Los fuertes siempre han quitado a los débiles lo que es suyo: así eran las cosas.

Pero, por lo visto, esa parte humana del Elevado que era el alma menguante de Vandred arrastraba consigo sus cada vez más diáfanas memorias de camino al olvido.

Al principio, al Elevado no le importó; para él, Vandred suponía una molestia cuya consciencia podía desvalijar con total libertad. Únicamente pasó a convertirse en un calvario cuando lo que quedaba de la chispa vital del humano desarrolló una astucia de lo más irritante: Vandred empezó a quedarse callado en vez de chillar pidiendo ayuda a sus antiguos hermanos, costumbre que había sido inútil, pues ellos no eran capaces de oírlo. Pasó a esconderse de los zarcillos mentales que el Elevado lanzaba para rastrear las profundidades del cerebro que compartían y, además, enterró en otros rincones aún más remotos sus recuerdos más útiles y valiosos, con la intención de dejarlos fuera del alcance del demonio y defenderlos con un tesón crispante.

Aun así, el Elevado lo había tolerado, pues sospechaba que en su cerebro físico quedaba todavía lo suficiente de la huella de Vandred como para que al demonio le supusiera algo de esfuerzo robarle sus recuerdos, por lo que la posibilidad de que el alma del amo de la noche hubiera expirado para siempre no le importaba.

La relación de simbiosis despótica y aborrecible que compartían se había prolongado, si bien con un deterioro sostenido, durante un siglo, más o menos…

… Hasta el preciso instante en que dieciséis naves de guerra de los Corsarios Rojos rasgaron el espacio real y apuntaron con sus armas al *Pacto de Sangre*.

El Elevado se quedó mirando cómo se actualizaba la imagen hololítica en continua evolución, y aunque comprendía lo que estaba viendo, apenas podía inferir ni predecir nada de las representaciones rúnicas. Si no tendía el manto de percepciones de Vandred sobre las suyas, entonces la conducta de esa especie menor, los juegos incoherentes y estúpidos con los que se entretenían esos pedazos de carne, casi no tenían sentido.

Atacar. Destruir. Saquear. El Elevado sí entendía esos términos. También alcanzaba a conocer los preceptos básicos de la guerra en el vacío. Lo que le faltaba era comprender la logística, la estrategia y la diferencia que supone en cualquier batalla dominar las tácticas, el saber y la capacidad de predecir los movimientos del adversario.

Las naves de guerra enemigas se les acercaban.

El Elevado llevó su consciencia hasta el interior de la mente de su cuerpo huésped,

pero no encontró nada.

La tripulación de mortales del puente empezó a pedirle órdenes. El Elevado, molesto, los hizo esperar con gruñidos despectivos mientras desmantelaba su cerebro compartido en pos de lo que andaba buscando. Nada. No quedaba ningún recuerdo. O bien Vandred se seguía escondiendo, o bien había desaparecido del todo.

Al fin, cerró la garra en torno al alma diminuta y encogida de Vandred, aunque dicho proceso tardó varios segundos en llevarse a cabo en el reino material y muchísimo más tiempo en la propia psique del demonio, desligada del flujo temporal. El amo de la noche apenas ofreció resistencia, pues el desgaste lo había debilitado hasta casi extinguirlo.

No importaba. El Elevado volvió a levantar las capas de conocimiento que cubrían esa presencia, base esencial de la mente que compartían, con una práctica que había robado. Era el mismo ritual entre cadáver y carroñero que habían realizado tantas veces antes, incluso en Crythe, la vez en que las maniobras de ataque del *Pacto* habían impresionado incluso a Abaddon el Saqueador.

Y, como siempre, Vandred liberó el conocimiento de toda una vida en tenues vaharadas para que el Elevado las devorase a su antojo.

Sin embargo, eso no bastaba. Las runas parpadeantes cobraban sentido; la criatura ya podía inferir las acciones más probables de las embarcaciones enemigas de acuerdo a su masa, armamento y naves de apoyo… Pero no bastaba. En la mente del Elevado empezaba a florecer un entendimiento que indicaba que todos los análisis llegaban a la misma conclusión: iba a perder.

El Elevado iba a ser destruido e iban a lanzarlo de vuelta a las mareas tempestuosas de la disformidad, obligado a permanecer en la inexistencia caótica hasta que otro cascarón huésped adecuado se pusiera a su alcance.

Desesperado, el demonio zarandeó con violencia aquella alma para succionarle la vida como una sanguijuela y buscar respuestas mientras esta se desvanecía por momentos.

Los restos que quedaban de Vandred resonaron con tono jocoso:

El Pacto se enfrenta a dieciséis naves. Combatir contra los cuatro cruceros garantizaría por sí solo que nos destruyéramos mutuamente. Sus naves escolta inclinan la balanza a favor del enemigo.

Mentira.

El Elevado no podía, ni pensaba, morir aquí.

¿Y qué quieres de mí ahora, demonio? El Pacto es un príncipe entre las naves, nacido en una era más grandiosa. Pero eso no quiere decir que sea invulnerable. Te has dedicado durante décadas a destrozarlo, pieza por pieza, tan sólo para perderlo para siempre unos pocos días después de su resurrección.

Presa del pánico, el Elevado hizo caso omiso de las exigencias de la tripulación del puente a la vez que registraba recuerdos aleatorios con la esperanza de encontrar algo, lo que fuera, que pudiera utilizar como arma para salvar su propia existencia. Por

primera vez desde hacía un siglo, el demonio había mostrado debilidad. Contó con un breve, a la par que terrible, segundo para sentir que el amo de la noche estaba sonriendo.

Vandred se valió de todo lo que se había estado guardando y acometió con todas sus fuerzas al Elevado. Recuerdos de hermandad, de guerras que había librado bajo cielos en llamas, de duelos en el vacío que había ganado en nombre de una legión por la que habría muerto sin dudarlo. La plenitud del espectro de la emoción y experiencia humanas; desde los miedos que apenas recordaba de niño hasta el orgullo sádico de ver que por una piel pálida corrían regueros de sangre.

Dentro de esa mente compartida se derramaron recuerdos tras recuerdos y percepciones tras percepciones. Y nada de aquello pertenecía al Elevado.

Vandred gritó. El alarido empezó en su mente…

… y abandonó sus monstruosas mandíbulas con un rugido.

Lo primero que le sobrevino de golpe fue lo que se sentía al respirar. Le dolía. Le ardían los pulmones. Las sensaciones lo inundaron como si acabaran de expulsarlo del útero y lo hubieran expuesto al mundo exterior, frío y luminoso. Volvió a rugir, y esta vez acabó en una carcajada.

La nave se estremecía a su alrededor, víctima de los daños. Los Corsarios Rojos eran unos cabrones astutos: sabían cómo atacar para que doliera, por lo que no iba a pasar mucho tiempo antes de que el fuego enemigo inutilizase los motores de disformidad del *Pacto*. Si Vandred intentaba emprender la huida, lo único que conseguiría sería acelerar su muerte al exponerse demasiado al enemigo.

La otra opción era la única posible. Quedarse. Luchar.

—Oficial de artillería Jowun —rugió a través de su sonrisa leonina.

El hombre se encogió de un sobresalto cuando lo llamaron por su nombre.

—¿Mi señor?

Vandred hizo un ademán en dirección al hololito y se obligó a sí mismo a no distraerse por la monstruosa garra en la que se había convertido su mano derecha.

—Empezaremos por ese crucero clase Muerte, Jowun. Prepare las lanzas.

• • • • •

El *Pacto* estaba envuelto en llamas. No obstante, presentó batalla.

Las baterías de armas de babor eran una fea cicatriz que corría a lo largo del casco. Los respiraderos de dos de los sobrealimentadores principales eran un amasijo de hierros derretidos que propagaban tanto incendios por toda la cubierta del maquinarium como muertes inenarrables entre los esclavos de menor categoría. El fuego concentrado del enemigo había arrancado del espinazo de la nave una gran cantidad de estatuas y elementos arquitectónicos de las almenas; simplemente habían

dejado de existir. Algunas secciones del castillo de popa habían sufrido una suerte similar. En toda la nave, lo único que se había librado de resultar chamuscado, perforado o directamente destrozado era apenas un metro cuadrado. El vacío absorbía las llamaradas que surgían de la nave, lo que les otorgaba un aspecto fantasmal, al mismo tiempo que el agua y el aire de los depósitos salían a chorros de las grietas enormes, como cañones rocosos, que el enemigo había horadado en el casco: la primera parecía orina que se hubiese congelado hasta convertirse en estelas de cristales de hielo; el segundo se disipaba y moría en la apnea del espacio profundo.

El destructor *Laquesis* perdió la mitad de su superestructura a raíz de la explosión de un reactor que las lanzas delanteras del *Pacto* habían seccionado. Medio minuto después, el crucero de ataque se abrió paso con una embestida por los fragmentos rodantes de la fragata y machacó con su agrietada proa lo que quedaba de la sección del casco de la nave enemiga, golpe que la hizo salir disparada como si no fuera más que un insecto.

Aunque cojeara, tuviera las piernas rotas y la piel envuelta en llamas, la nave de guerra de los Amos de la Noche asestó zarpazos a cualquier presa que tuviera al alcance.

El crucero *Laberíntico*, que ahora se veía privado de su última nave de apoyo, se cernió con lentitud sobre el ralentizado *Pacto*. Una andanada de disparos de cañón de plasma se alió con un acerado corte de sus lanzas para desencadenar una lluvia de devastación sobre la nave que tenía debajo. Demasiado inutilizado como para escapar, el *Pacto* giró sobre su eje con la poca inercia que le quedaba y se preparó para hacerle pagar las consecuencias y disparar sus lanzas por última vez, movido por el rencor.

El *Laberíntico* volvió a disparar.

Y falló.

Toda aquella carga letal salpicó, inofensiva, los escudos rielantes de otra embarcación: un navío idéntico en tamaño y en mortífera elegancia al moribundo *Pacto*. La nave intrusa atravesó el espacio que las separaba a toda velocidad y las obligó a apartarse mientras las alarmas de proximidad aullaban en los dos puentes de mando.

Tras recibir el tiro de gracia y dejar que se dispersara por los escudos, el recién llegado respondió arremetiendo al enemigo con una andanada devastadora de sus baterías de armas láser. Los escudos de vacío del *Laberíntico* reventaron, por lo que, en un intento desesperado de evitar otra andanada, efectuó un viraje hacia estribor.

En el puente de mando del *Pacto*, una voz resonó, con siseos y chirridos de estática, por los altavoces:

—Aquí Talos de la VIII Legión, a bordo de la nave de guerra *Eco de la Maldición*.

La respuesta llegó por el comunicador entre chasquidos con una distorsión demencial:

—Muy gracioso, pero tenías que haberte quedado al margen de esta batalla, profeta. No tiene sentido que nuestra legión pierda dos naves esta noche.

• • • • •

Xarl y Uzas escucharon los nuevos fragmentos de mensajes enajenados que les llegaban por la línea. Los Ojos Sangrantes, o al menos varios de ellos, llenaban el canal de comunicación con los gritos más molestos y desgarradores imaginables.

—¿Dónde os encontráis? —les preguntó Xarl, y no por primera vez—. Aquí Xarl de la Primera Garra. ¿Dónde os encontráis?

Los gritos cesaron otra vez. Llevaban un buen rato con esa dinámica, en la que cada episodio de chillidos falcónidos de rabia lo precedía una parte de cháchara incoherente sobre «cazar a aquellos que se convertirán a sí mismos en cazadores» y «acechar a la presa cuya alma está rota».

Xarl odiaba a los Rapaces.

—Odio a esos seres —confesó, y tampoco era la primera vez que lo hacía—. Odio cómo hablan, odio cómo piensan y odio que sean tan pesados con eso de ser los primeros en atravesar los muros del palacio del Emperador.

Uzas no le contestó, ya que también estaba intentando escuchar lo que decían los Rapaces.

—La caza no les está yendo bien —reflexionó en voz alta.

—Gracias por traducírmelo, hermano. —Xarl sacó su auspex manual y pulsó con el pulgar la runa de activación—. Tú espera aquí; vuelvo en seguida.

Uzas ladeó la cabeza.

—Pero Talos nos ordenó que esperásemos…

—¿Y tú me vas a enseñar a mí cómo cumplir órdenes? —Xarl fingió que miraba alrededor de ellos, incrédulo—. ¿Es que estás poseído o algo así, hermano?

Uzas no contestó.

—Vuelvo en seguida —repitió Xarl—. Quiero unirme a los Ojos Sangrantes para cazar… lo que quiera que sea que estén cazando. Suena como si los estuviera despedazando miembro a miembro, y para mí eso es un pronóstico prometedor.

—Yo también quiero cazar —gruñó Uzas con un tono de lo más caprichoso—. Quédate tú y yo me voy a cazar con esos idiotas berreantes.

Xarl negó con la cabeza.

—Ni hablar.

—¿Por qué? ¿Por qué yo me tengo que quedar y tú puedes irte? —inquirió Uzas.

—Porque hasta en mis peores días soy el que mejor maneja la espada. Tú, por otro lado, te dedicas a correr por ahí con un hacha mientras rebuznas a los dioses y masacras a tus propios sirvientes.

Sin esperar a que Uzas le replicase, Xarl se alejó con paso firme corredor abajo, acompañado por los golpes secos que emitían sus botas al pisar la cubierta.

• • • • •

Vandred era uno de los pocos que quedaban con vida en el puente de mando del *Pacto de Sangre*. Las llamas cubrían las paredes como una segunda piel y empezaban a devorar los cuerpos de aquellos que habían caído en cumplimiento del deber. Estaba medio cegado por la luz de demasiados fuegos y, además, olía el último aliento de su nave en aquel humo acre.

A pesar de la fuerza bruta que le brindaba su cuerpo, la pérdida de sangre producto de la gran cantidad de tajos pavorosos que había sufrido le dificultaba regresar al trono. La sangre en sí desprendía un olor nauseabundo y goteaba de sus heridas en grumos espesos y pegajosos.

Lo que quedaba de la tripulación de mando estaba compuesto en su totalidad por servidores, cuyos protocolos conductuales limitados los ligaban a sus tareas sin importar los estímulos externos que tuvieran lugar. Dos de ellos ardían, literalmente envueltos en llamas, mientras permanecían en sus puestos de control: las partes metálicas se chamuscaban y la carne se ennegrecía y sangraba. Estaban introduciendo códigos en los teclados para disparar torretas de armas que ya habían dejado de existir.

Vandred se recostó con gran esfuerzo en el trono y sus heridas empezaron a derramar sangre sobre el hierro negro. La nave volvió a estremecerse. Algo estalló en la pared del occulus y soltó un chorro de vapor presurizado.

—Talos.

La voz del profeta le llegó entrecortada, pero el hecho de que le hubiese llegado ya casi constituía un milagro de por sí.

—Te escucho —contestó.

Vandred escupió sangre. Qué difícil resultaba hablar con todos estos dientes.

—El *Pacto* no va a salvarse, hermano. Ni siquiera nos van a abordar. Nos quieren muertos, deseo que pronto van a ver hecho realidad.

Talos gruñó, lleno de irritación.

—Pues huye. Te cubriremos mientras escapas. El salto doble a la disformidad dará resultado esta vez, te doy mi palabra.

—Pero ¿a qué viene tanto empeño en perder ambas naves? El *Pacto* apenas puede arrastrarse, por no hablar de correr. Ahórrate tus heroísmos inútiles para cuando haya un público que los aprecie, profeta. Puede que ese día esté por venir, pero no será hoy. Eres tú el que tiene que huir. Seré yo quien te cubra a ti mientras escapas.

—A tus órdenes.

—Dirígete a estas coordenadas. Aléjate del combate, mantén a raya al enemigo con ataques de lanza y prepárate para recibir a los supervivientes. No te enzarces con el enemigo. ¿Me has entendido?

Hubo una pausa.

—Te recordaremos, Vandred.

—Preferiría que no lo hicierais.

Puso fin al enlace con una garra sanguinolenta y cambió al canal general de la nave, a la vez que se preguntaba cuántos quedarían con vida para escucharlo.

—Les habla el capitán. Busquen asilo a bordo del *Eco de la Maldición* de inmediato. Que todo el personal, repito, que todo el personal…

Tomó un trémulo aliento.

—… abandone la nave.



PERDIDAS

Las primeras embarcaciones en abandonar la mole envuelta en llamas del *Pacto* fueron las siluetas de buitre de las cañoneras de la legión. Salieron disparadas al vacío con los motores dejando estelas meteóricas, al tiempo que ponían distancia de por medio entre ellas y su nave nodriza, abocada a la perdición.

Talos se quedó mirando cómo se escoraban y viraban, navegando sin dar ningún indicio de que siguieran formación táctica alguna, pues todas las naves ajustaban la ruta para guarecerse en el refugio que les ofrecía el *Eco*.

—Acabas de heredar varias Garras —comentó Mercutian.

Talos distinguía unas cañoneras de otras por los dibujos de las alas. Se preguntó si Ruven habría sido capaz de meterse en una a base de súplicas.

Las embarcaciones civiles de los sirvientes fueron las siguientes en llegar desde los muelles de lanzamiento del *Pacto*, repletas de suministros y de refugiados, cuyo lento progreso no se parecía en nada a las vertiginosas maniobras de los transportes de la legión. La única excepción era *Epsilon K-41 Sigma A:2*, la caja blindada que Deltrian tenía por nave, poseedora de una bodega de carga que parecía engordar su silueta y cuyo conjunto estaba erizado de una colección de torretas de armas que rozaba lo ridículo, como si fuera un mamífero de pequeño tamaño que se estuviera protegiendo con sus púas. La *Epsilon* sobrepasó a sus congéneres con el fulgor de las amplias toberas de sus motores. Las torretas automáticas que cubrían toda la estructura igual que percebes, destruían todo misil que se pusiera a tiro. Que el tecnoadepto les salvase la vida a más tripulantes que ningún otro refugiado no fue más que un efecto natural de su eficiencia mecánica.

Mientras tanto, el *Pacto* seguía arrastrándose, y sus últimas andanadas se alejaban para impactar contra la flota enemiga que se reagrupaba. Las embarcaciones de los

Corsarios Rojos le respondieron con sus disparos de largo alcance, lo que incendió a más cubiertas, y como resultado, varias lanzaderas de esclavos apenas habían conseguido salir del casco del *Pacto* cuando perecieron en la tormenta de fuego que continuaba despedazando su nave nodriza.

Las últimas en partir fueron las cápsulas de escape: las más pequeñas y numerosas de todas bien podían ser también las que más se dispersaron. Salieron como escupitajos que revolotearon en trayectorias aleatorias, demasiado pequeñas como para atraer la atención pero también demasiado lentas como para correr despavoridas al amparo del *Pacto*.

El *Eco de la Maldición* huyó, tal y como Vandred había ordenado, y se retiró de la batalla a medida que acogía a todas esas almas en pena en el interior de sus dos muelles de lanzamiento operativos.

• • • • •

El profeta recibió a un buen número de refugiados en la cubierta de ataque principal. La primera causa de preocupación para él fue que no vio ni rastro de los Atramentar. La segunda causa eliminó por completo a la primera e hizo que la preocupación quedase sustituida por una cólera tremebunda.

Deltrian descendió por la rampa de desembarco de su nave a la cabeza de un desfile de servidores: un centenar de aquellos esclavos lobotomizados trasladaban el equipo. Unos montacargas sobre patines antigravíticos transportaban las piezas de sus reliquias de mayor tamaño una por una… el profeta estaba seguro de haber visto el brazo de un dreadnought en una de las plataformas de transporte. Y, en otra, un cilindro lleno de un fluido amniótico cuyo interior contenía el cuerpo durmiente y laxo del princeps de titán que la Primera Garra le había ofrecido como regalo a Deltrian.

Varios de los siervos potenciados habían sido modificados para realizar tareas de carga industriales y trabajaban en equipos poco numerosos para el inmenso peso de toda esa maquinaria de gama media. Dos de esos grupos cargaban unos ataúdes revestidos de hierro, tarea que realizaban con una expresión de mirada siniestra carente de toda emoción.

Talos observaba a este segundo equipo, así como su carga, con ojos entrecerrados.

Antes de que pudiera interceptar al tecnoadepto, uno de sus hermanos le cerró el paso.

—¡He sobrevivido, Talos! —Ruven no cabía en sí de júbilo—. ¿Qué más pruebas necesitamos para creer en la mano del destino? Vamos a sobrevivir para luchar juntos de nuevo.

Talos pasó de largo y echó un segundo y más cuidadoso vistazo a la carga que

portaban seis de los servidores de Deltrian.

—Pedazo de cabrón traidor —musitó. Deltrian, a varios metros de distancia de él, no oyó nada. El tecnoadepto siguió incluyendo en el inventario aquellos objetos que había podido salvar.

El comunicador del profeta crepitó al resucitar, lo que acaparó la atención de Talos pero no disminuyó nada su furia. La runa que destellaba era la de Xarl.

—Xarl, no te vas a creer lo que ha hecho Deltrian.

—De todas formas, dudo mucho de que me vaya a importar. Esto es mucho más serio, hermano: los Ojos Sangrantes han encontrado algo en las profundidades de la nave. Ya ha matado a ocho de ellos.

—¿Qué es?

—Apenas alcancé a verlo, pero creo que es uno de los nunca nacidos.

Y uno feo de narices, por cierto.

• • • • •

Lucoryphus cazaba sin tener en cuenta la ley de la gravedad. Aunque la mayoría de aquellos corredores le negaban la posibilidad de volar, para el rapaz no existía diferencia alguna en arrastrarse por el techo, las paredes o el suelo, ya que sus garras articuladas equilibraban la dificultad de desplazarse por aquellas superficies.

Nada más aferrarse al techo de una cámara comedor para los siervos, ladeó la cabeza con movimientos agresivos y entrecortados, a la busca de cualquier señal de movimiento por debajo de él.

Ni veía nada que se moviera ni olía nada que sangrase. Ninguna de esas ausencias tenía sentido. La criatura que estaban cazando estaba herida y había huido al interior de esta cámara, así que Lucoryphus había dividido a sus guerreros de los Rapaces en grupos para que vigilasen cada una de las tres entradas de la estancia. Él había entrado solo y se había propulsado de inmediato hasta el techo, donde se había quedado.

—No veo nada —transmitió por el comunicador—. No oigo nada. No huelo nada.

—No puede ser —le espetó Vorasha.

—Se esconde —dijo Krail con tono áspero.

Lucoryphus reptó por el tejado a la vez que chasqueaba la lengua, abstraído, y su lacrimosa placa facial miraba fijamente a la cubierta que tenía debajo.

• • • • •

Poco a poco, Caleb Valadan empezaba a familiarizarse con lo que su nueva forma era

capaz de hacer. El Panteón había bendecido su carne resurrecta con una gran vitalidad física, al igual que ocurría con todos sus siervos, y, valiéndose de un vuelco de pensamiento y de un destello de concentración, el corsario rojo podía reestructurar la propia realidad.

Cuando estaba vivo, sabía que los dioses lo recompensarían en la muerte por la vida de extrema devoción que había llevado, pero esta no era una simple posesión demoníaca: estaba caminando por la frontera de la demonicidad y empezaba a dominar ciertos dones que ningún mortal debería poseer.

Lo primero que aprendió fue a conseguir que las moscas se quedasen calladas. Estas rezongaban y zumbaban en forma de nube omnipresente mientras se instalaban en la colmena que habían formado en las grietas de su armadura de ceramita. Los amos de la noche lo habían rastreado por el ruido que emitían, hasta que aprendió a concentrarse en acallar la hueste de insectos con un ejercicio mental.

Luego, los rapaces siguieron el olor que desprendía. Las venas le sobresalían de la armadura como si la ceramita fuera una segunda piel y latían con pulsaciones fluctuantes. Era de este cableado orgánico subyacente de donde emanaba aquel efluvio, puesto que su cuerpo no podía contener el hedor sulfuroso de su propia sangre. Uno de los rapaces había conseguido herirlo al desgarrarle tiras del cuello con un zarpazo vertiginoso, y la sangre que despidió Caleb burbujeó en contacto con el aire, siseó e hirvió como si fuera ácido hasta evaporarse.

La sangre que salía fuera de su cuerpo simplemente ardía hasta dejar de existir, incapaz de ligarse al universo material.

Caleb bendijo y le dio las gracias al rapaz antes de estrangularlo con una amplia sonrisa. Había dejado de ser una criatura perteneciente a este plano existencial. Para un mortal, sus poderes resultaban antinaturales; para un avatar engendrado por la disformidad como él, el caso no podía ser más opuesto. Ahora estaba sujeto a las leyes de una realidad diferente.

Lo siguiente que aprendió fue justo aquello de lo que sacó más partido. Mientras intentaba esconderse de sus cada vez más numerosos cazadores, se volvió indetectable a ojos de estos. A diferencia de los otros poderes, los cuales manejaba por instinto, este requería la máxima concentración, que logró recitando los nombres del Panteón y las hazañas que pensaba cometer en su honor si lo bendecían con la oportunidad de cazar a su auténtica presa.

Y así había sido, al parecer. Caleb traspasó con lentitud las paredes de la nave sin que sus botas hicieran ruido alguno sobre la cubierta, hasta que, por fin, sintió que sus ojos, las yemas de sus dedos, su corazón pulsante, todo, se retraía de regreso a su cuerpo como si tirasen de ellos unos hilos invisibles.

Dejó de concentrarse y se manifestó en un corredor situado en las profundidades de la nave. Este estaba más oscuro que ningún otro porque hacía poco que alguien había disparado contra los fluorescentes del techo.

Se dio la vuelta al oír un ruido a su espalda, un ruido que conocía muy bien.

• • • • •

El hacha sierra rugió a la vez que sus dientes devoraban el aire. Uzas cambió de agarre y sujetó el arma con ambas manos, listo para cortar a la criatura en dos en cuanto tuviera su carcasa de aspecto nauseabundo a su alcance.

—Ven aquí —lo incitó Caleb entre risas.

Las moscas habían hecho de su boca un nido.

—Proteged a la navegante —ordenó Uzas.

Septimus y Maruc huyeron tras la compuerta blindada y la cerraron tras de sí.

—Ven aquí —volvió a decir el demonio mientras avanzaba hacia él.

El amo de la noche no obedeció. En su lugar, realizó un tajo de prueba al aire, como si estuviera calentando los músculos.

Uzas esperaba un duelo grandioso. Aunque su percepción de la realidad no era la misma que antaño, presentía que iba a ser una batalla que recordaría con un orgullo feroz durante el resto de su vida. No se esperaba que la violencia sin sentido le importase tan poco a la criatura como para que se limitara a apartarlo de un golpe tan tremendo que le haría perder el conocimiento, pero fue exactamente lo que sucedió.

La garra de aquel ser le aferró el pecho y lo arrojó contra la pared con la fuerza suficiente como para dejar un boquete de dos metros de largo. Uzas disfrutó de varios segundos de consciencia que empleó en intentar ponerse en pie otra vez. Tener el cráneo roto y sufrir las náuseas que tal lesión conllevaba le impidieron hasta eso. Un golpe capaz de tumbar a un guerrero de las Legiones Astartes bastaría para matar a un humano o abrir un agujero en el pellejo de un transporte blindado. Uzas perdió la consciencia, todavía furioso, sin ni siquiera plantearse pedir auxilio por el comunicador.

• • • • •

Los humanos oyeron el golpe sordo que produjo algo metálico y pesado al chocar contra una de las paredes del pasillo. Después les llegó el olor y el humo amarillo que se filtró a través de la compuerta cerrada.

Octavia se alejó de la entrada rodeando el borde de la piscina con la pistola bien sujeta. Los otros tres estaban armados y del todo preparados, sin saber bien para qué.

—¿Dónde le disparamos? —preguntó Maruc.

Al principio, Septimus no contestó y, una vez lo hizo, fue sólo para encogerse de hombros.

—En la cabeza. Supongo.

—Uzas lo detendrá —les aseguró Octavia.

Sin embargo, hasta a ella le pareció que su voz no transmitía nada de confianza. Quería confesarles que ya había visto a Uzas matar a un fantasma procedente de la disformidad que ella misma había creado en una ocasión anterior, así como garantizarles que estaba segura de que sería capaz de matar también a este otro, siempre y cuando no se hiciera más fuerte.

No obstante, eso equivaldría a admitir que la situación en la que se encontraban era exclusivamente culpa suya. Era ella la que lanzaba a esos muertos sin descanso sobre ellos, del mismo modo que era la que les imbuía fuerza cada vez que abría el tercer ojo.

—El *Pacto* me ha lanzado una maldición —confesó. Lo que dijo abandonó sus labios como un susurro estrangulado.

Nadie lo oyó. Ninguno de ellos podía apartar la mirada del humo que empezaba a manifestarse en una forma vagamente humanoide dentro de la estancia.

—Creo que el ruido lo provocó Uzas al intentarlo y fracasar —comentó Maruc a la vez que retrocedía.

Después, alzó el rifle láser.

• • • • •

El *Pacto* aventajaba tanto en tamaño como en velocidad y potencia al resto de naves de la flota enemiga, pero estaba solo, rodeado y herido de muerte.

Uno de los destructores se dispuso a pasarlo por uno de sus flancos con la intención de dejar atrás su mole envuelta en llamas y perseguir al *Eco de la Maldición*. El *Pacto* disuadió a todas las naves enemigas de seguir su ejemplo, pues protegió a su nave hermana al lanzar por la borda el núcleo del motor de disformidad. El destructor intentó virar de forma tan rápida como una embarcación de su tamaño era capaz de hacer, y trazó un arco para alejarse de aquella maquinaria rodante.

Estuvo a punto de lograrlo.

El *Pacto* de Sangre disparó las últimas reservas de munición que quedaban en las torretas de popa, que hicieron pedazos el núcleo del motor provocando su estallido. La explosión iluminó el vacío con llamas de un púrpura cercano al blanco que se expandieron en una onda esférica cuya ira atrapó a dos navíos. El primero fue el destructor de la clase Cobra *Potentado*, que se topó con que ahora estaba bañado en fuego nuclear, alejado de su rumbo y privado de una tercera parte de sus tripulantes durante el largo transcurso de los minutos subsiguientes, pues luchaban para apagar las llamas que amenazaban con enviar aquella nave a la tumba.

La segunda nave fue el *Pacto* mismo. A la vez que se enfrentaba a la flota enemiga, también se alejó del *Eco*, pero su cojera no era rival para los cruceros de los Corsarios Rojos, que lo hostigaron con las armas de largo alcance al tiempo que se adelantaban

a sus débiles intentos de cargar contra ellos.

Debido a que era incapaz de conseguir la velocidad necesaria como para llevar a cabo una embestida suicida mediante los mecanismos tradicionales, la única elección que le quedaba a Vandred era hacer trampas.

La parte trasera del *Pacto* había quedado del todo inmersa en la detonación expansiva del núcleo del motor de disformidad, ya destruido. La onda de choque impactó contra el crucero de batalla, lo que le hizo trizas la mitad trasera y propulsó los restos retorcidos del casco hacia adelante, a la viva imagen de un tiburón moribundo que se deja llevar por la cresta de una ola.

Las naves que constituían la flota de los Corsarios Rojos ejecutaban virajes, se escoraban, abrían fuego… Todo ello en vano. El *Pacto* de Sangre perforó como una lanza el *Cielo sobre Badab*, un crucero de batalla que trataba de virar para alejarse y al que impacto de lleno en el flanco, lo que los destruyó a ambos con una explosión que sacudió la totalidad de la flota corsaria y desbarató por completo su formación, puesto que el resto de naves intentaron escapar de una nueva detonación nuclear.

• • • • •

Las únicas almas presentes para escuchar las últimas palabras de Vandred fueron los servidores que todavía seguían con vida en la cubierta de mando del *Pacto*, aunque él no tenía la certeza de que esos desgraciados poseyeran almas, siquiera.

A medida que el occulus se llenaba con la imagen del *Cielo sobre Badab*, Vandred renunció por fin al ansia que lo había consumido igual que una peste durante un siglo, durante cada noche de cada año y durante cada minuto de cada hora. Había estado luchando todo ese tiempo con el único propósito de existir. Y ahora… lo dejaba todo atrás.

—Espero que esto te duela —dijo el hombre, y cerró los ojos.

Su cuerpo se estremeció un breve instante. La criatura volvió a abrirlos.

Las últimas palabras del Elevado fueron un alarido inarticulado desprovisto de todo aquello que no fuera dolor.

• • • • •

La criatura tomó forma. El ser era, más o menos, como uno de los Corsarios Rojos.

Los cuatro humanos abrieron fuego al unísono y llenaron la cámara con los crujidos de las armas láser. Cada una de las alargadas ráfagas láser rasgó y quemó la armadura del corsario rojo, pero esa descarga no consiguió gran cosa aparte de

generar una lluvia de moscas en combustión con cada herida que infligían.

El arma de Fiera emitía un estampido más colérico y gutural tras cada disparo. Los cartuchos de escopeta dispersaban la nube de moscas y se estrellaban contra la ceramita carnosa. La sangre apestaba. Incluso tras toda una vida en el Pacto, incluso por encima de varias horas en la misma cámara que el cadáver de Ezmarellda, la sangre de aquella criatura hedía como nada que hubieran olido en sus vidas. Maruc vomitó y disparó a ciegas mientras lo hacía.

El corsario rojo se lanzó a la carrera sin que le importasen lo resbaladizos que estaban los bordes de la fría y húmeda cubierta y alargó una garra para atrapar al antiguo trabajador de Ganges. Maruc chilló, y al hacerlo se le llenó la boca de moscas mientras la criatura lo levantaba del suelo agarrándolo del tobillo. Colgado del revés, Maruc le disparó unos cuantos tiros a través de las moscas, y todos los proyectiles penetraron la armadura sin mayor efecto que ese.

—Este no es —comentó el corsario rojo.

Tras eso, estampó a Maruc contra la pared, lo que le rompió el cráneo, y luego lanzó el títere en que se había convertido el sirviente dentro de la piscina de fluidos insalubres.

—Ese no era.

Fiera tenía que recargar. Sus manos cubiertas de vendas realizaban los movimientos con sorprendente eficiencia y metían cartucho tras cartucho mientras retrocedía con cuidado de no resbalar. Justo en el momento en que cerró la escopeta con un chasquido y el cartucho se metió en la recámara, Caleb lo alcanzó de un salto.

Al contrario que Maruc, Fiera no gritó ni forcejeó ni tampoco se orinó encima. Dejó que la criatura lo levantase y, una vez estuvo al mismo nivel que la cara del monstruo, le metió en la boca el cañón de la escopeta.

No hubo últimas palabras desafiantes por parte de Fiera. Ni comentarios socarrones ni risas audaces. Apretó los dientes, le clavó su mirada ciega a ese ser y apretó el gatillo. El primer disparo pulverizó los colmillos de la bestia y le hizo carne picada la lengua. El segundo le voló el contenido de sus mandíbulas hasta el fondo de la garganta.

El tercer disparo no llegó a producirse. El corsario empotró el puño en el interior del pecho de Fiera acompañado de un húmedo y quebradizo sonido y arrojó el cuerpo a un lado con mucha más rabia de lo que había hecho en el caso de Maruc. Fiera sobrevoló la piscina por completo y llegó al otro extremo limpiamente hasta chocar contra la pared opuesta con un crujido doloroso para los oídos. Cayó sobre la cubierta, del todo inerte. Septimus estaba al lado de Octavia y ambos disparaban al unísono sin lograr absolutamente nada.

—Tu ojo…

—No sirve —afirmó Octavia, sin aliento.

—Entonces, corre.

Ella dejó de disparar, casi temblando y con una pregunta en los ojos.

—¡Que corras! —siseó Septimus otra vez.

El corsario rojo se lanzó a por Septimus a toda velocidad. Este último retrocedió al tiempo que seguía disparando y Octavia alcanzaba la compuerta cerrada. Se abrió en el preciso instante en que la tocó con los dedos.

—¡Aparta! —Uzas empujó a la navegante y esta cayó sobre su propio trasero. Él arrojó el hacha.

• • • • •

Todavía era capaz de sentir dolor.

A pesar de que los disparos no tenían mayor efecto que escocerle como arañazos en la piel, los cartuchos de escopeta de aquel cabrón diminuto lo hicieron tambalearse, destrozado por las heridas, a la vez que se estremecía debido a la permanente agonía que sentía. Aquello avivaba su rabia, pero también eso le dolía.

El hacha se le incrustó en la cabeza con un dolor aplastante y arrollador. Contó con un solo segundo para gruñir antes de percatarse de que la hoja seguía funcionando. Los dientes del hacha se le engancharon a la cabeza y chasquearon una, dos veces… hasta que empezaron a roer.

El dolor que le había provocado que le reventasen las mandíbulas y la garganta resultó ser insignificante comparado a la sensación de tener unos dientes de metal dentro del cráneo que le trituraban el cerebro.

• • • • •

La criatura rugió, aunque los restos de su cara no emitieron sonido alguno. Su cabeza tenía el mismo aspecto que un huevo roto, en tanto que su garganta era un amasijo sangrante de tajos sanguinolentos y de carne picada. El ser, con furia salvaje, le dio la espalda a Septimus y se dispuso a cazar a la amenaza principal: aquel que le había infligido mayor dolor. Para llegar hasta Uzas, se lanzó a la carrera y se metió en la piscina, lo que transformó su carga en un furioso vadear.

Uzas ya había empezado a disparar el bólter. El arma se estremecía y coceaba en sus manos al tiempo que escupía proyectiles de masa reactiva contra el cuerpo del demonio, todos los cuales explotaron en su interior sin ningún efecto aparente. Los ruidos sordos, amortiguados y parecidos al del papel al arrugarse que emitían los proyectiles de bólter al reventar dentro de su cuerpo resultaban casi descorazonadores.

Xarl estaba de pie al lado de su hermano, con la espada sierra a dos manos

preparada.

—Déjalo —le dijo Xarl.

—Esa cosa busca a la navegante.

Uzas recargó y se dispuso a apuntar para volver a abrir fuego. La cabeza le dio una sacudida repentina después de que Xarl le estrellara uno de sus codos blindados en la placa facial.

—¡Que lo dejes! —le repitió el otro amo de la noche con un rugido.

Uzas meneó la cabeza para aclararse la vista mientras observaba de reojo a Xarl y al demonio que se acercaba cada vez más. Se llevó a Octavia agarrándola por el cuello, sin elegancia ni suavidad, y siguió a Xarl de regreso al corredor.

• • • • •

Lo único que le quedaba a Caleb era su rabia. Se impulsó para salir de la piscina y se lanzó a través de la puerta…

Lo estaban esperando. En ese momento, los seres a los que había estado cazando se habían reunido en una gran jauría. Estaban agazapados sobre la cubierta, aferrados a las paredes, colgados del techo… Veinte máscaras faciales, cada una de ellas provista de dos ojos rojos que lloraban lágrimas pintadas de plata y escarlata.

Parloteaban y gruñían desde el fondo de la garganta, siseaban y bufaban. En medio de ellos, dos amos de la noche lo apuntaban con sus pistolas bólter. Uno de ellos tenía agarrado por la garganta el premio que tanto ansiaba, y le daba igual lo mucho que este pataleara o se retorciera.

El olor de la sangre de la chica era delicioso, pero no podía centrarse en ella. La manada se puso tensa y comenzó a moverse con bestial sincronía. Caleb sintió que la furia lo abandonaba, como el pus de un grano reventado. Fue como si el Panteón hubiera dejado de ayudarlo al percibir que no era digno.

Caleb intentó volver a invocar sus poderes, a aferrarse otra vez a la furia, a ignorar el dolor y alimentar sus músculos.

La compuerta blindada se desplazaba a su espalda, lo que iba a dejarlo encerrado con los rapaces. El corsario rojo miró por encima del hombro y vio que del techo pendía el líder de sus enemigos, quien alargó una garra y cerró la puerta de golpe.

—Voy a comerme tus ojos —le prometió Lucoryphus.

Los rapaces se abalanzaron sobre él al unísono.

• • • • •

Le costaba hablar, pero la chica lo intentó con todas sus fuerzas.

—¿Fiera? —le llamó con un graznido debido a lo que le dolía la garganta—. Fiera, soy yo.

Le dio la vuelta. Él nunca había sido guapo, pero ahora quedaba todavía menos de su rostro. Octavia lo cogió de una mano temblorosa y se la apretó con suavidad.

—Estoy muy cansado, ama. —Su voz era tan débil como la de ella—. Gracias por darme un nombre.

—De nada. —Tenía lágrimas en los ojos. Estaba derramando lágrimas por un hereje mutante… ¡Ay de ella si su padre la viera!—. Gracias por cuidar tanto de mí.

—Todo está muy oscuro. Tanto como en Nostramo. —Se pasó la lengua por los labios magullados—. ¿Lo mataron? ¿Estáis a salvo?

—Sí, Fiera. Lo mataron y estoy a salvo.

Él sonrió y le apretó la mano con los dedos, débiles y sucios.

—Ha empezado a llover, ama —dijo con una risa leve.

Octavia enjugó sus propias lágrimas de aquel rostro surcado de cicatrices y arrugas, pero él ya estaba muerto.



SECUELAS

Uzas se volvió para mirar hacia la puerta mientras se abría. Hasta ese momento se había quedado de pie en el centro de la celda mientras pensaba en el aroma de la sangre, la sensación igual al aceite diluido que le dejaba en el rostro y los dedos, así como en el calor punzante, adictivo, de su amarga dulzura a medida que le corría por las encías y la lengua. Dentro de ese sabor, de ese tacto, de ese aroma, se escondía el nombre de un dios. Un dios al que detestaba pero que al mismo tiempo alababa sólo por la promesa de obtener poder.

—Sabía que vendrías —le dijo a la figura que se había quedado a la entrada de la cámara—. Después de Vilamus, después de lo que me dijiste en la fortaleza, sabía que vendrías.

Su hermano entró en la estancia de pequeño tamaño; un eco espartano de la antigua celda carente de mobiliario que Uzas había tenido a bordo del *Pacto*. A decir verdad, no llevaba mucho tiempo recrear tamaña carencia de comodidades; lo único que faltaba era la pila de cráneos, huesos y pergaminos viejos amontonados en la esquina.

—Yo no lo maté —murmuró Uzas—. ¿Te vale con eso?

—Me valdría si fuese cierto.

Uzas se encogió de hombros. Aquella acusación hizo que un sentimiento de indignación lo recorriera de pies a cabeza, sin embargo, la furia auténtica, por no hablar de la cólera, yacían aletargadas en sus venas esa noche.

Esta vez no despotricó. Sencillamente no le apetecía, ¿de qué servía rebelarse contra lo inevitable?

—Yo no maté a Arkiah —le aseguró Uzas, enfatizando cada palabra—. Es la última vez que te lo digo, Talos. Ahora, haz lo que quieras.

—Arkiah fue el último de una larga, larga lista, hermano. Antes de él fueron Grillath y Farik. Antes de ellos fue Roveja. Antes de ella Jaena, Kerrin y Ulivan. Llevas masacrando a los tripulantes del *Pacto* desde hace más de un siglo, y eres culpable de las muertes de la Tercera Garra. No voy a permitir que hagas lo mismo en el *Eco de la Maldición*.

Uzas soltó una risa ahogada muy sincera.

—¿Acaso tengo yo la culpa de todas las muertes que tuvieron lugar en las venerables cubiertas del *Pacto*?

—¿De todas? No. Pero tienes las manos manchadas con la sangre de muchas de ellas. No lo niegues.

No lo negó. Aunque lo hiciera, eso no lo ayudaría ni lo salvaría, de todas maneras.

—Veo que ya me has sometido a juicio. Lleva a cabo la sentencia, pues.

Uzas inclinó la cabeza hacia adelante y sintió que ambos corazones le palpitaban con mayor fuerza. Así… Así es como acabaría todo. Le iban a separar la cabeza de los hombros. No habría más dolor. Nunca jamás.

No obstante, el profeta no llevó la mano a la espada. El silencio hizo que Uzas alzase la vista con lentitud y sorpresa, confundido.

—Se te ha sometido a juicio —Talos pronunció aquellas palabras con el mismo énfasis con que Uzas lo había negado todo—, y con ello estás vinculado a la ley de la legión.

Uzas permaneció impasible, sin mediar palabra.

—Quedas condenado al repudio. Mancharás tus guanteletes del rojo que tiñe el último juramento de aquellos que han pecado, y cuando tu señor exija quitarte la vida, ofrecerás la garganta al filo de su espada.

Uzas resopló por la nariz de forma muy parecida a una risa. Aquella tradición era una rareza incluso en los días de gloria de la VIII Legión, por lo que dudaba de que muchas partidas de guerra se hubieran llevado con ellas esa práctica a lo largo de tantos siglos. A veces, a los miembros de las bandas o familias de Nostramo que traicionaban los juramentos que habían prestado se los condenaba a ejecuciones pospuestas, de manera que podían expurgar sus pecados realizando tareas expiatorias antes de que se hiciese justicia. La tradición en el mundo natal de tatuar las manos del condenado se había extrapolado en la legión en el acto más obvio de pintar los guanteletes del guerrero. El hecho de tener las manos pintadas del rojo de los pecadores equivalía a mostrarle al mundo que habías vivido a costa del sufrimiento de los demás y que jamás volverías a ser digno de confianza.

—¿Y por qué no me ejecutas y ya está?

—Porque tienes deberes que cumplir para la legión antes de que se te conceda la muerte.

Uzas discurrió sobre el asunto en la medida en que era capaz de discurrir.

—Los demás me querían muerto, ¿no es así?

—Así es. Pero aquí no mandan ellos. Mando yo. Era yo quien debía dictar

sentencia.

Uzas miró a su hermano. Tras un instante, asintió con la cabeza.

—Te he entendido y voy a obedecer. Me mancharé las manos.

Talos se volvió para marcharse.

—Reúnete conmigo en el puente de mando dentro de una hora. Tenemos un último asunto que atender.

—¿Los Atramentar?

—No. Creo que cayeron junto al *Pacto*.

—No me parece muy propio de los Atramentar —apostilló Uzas.

Talos se encogió de hombros y se marchó.

La puerta corredera se cerró y Uzas volvió a quedarse solo. Posó la vista en sus manos y las contempló revestidas de medianoche por última vez. El sentimiento de pérdida fue lo bastante real, lo bastante gélido, como para provocarle un escalofrío.

Después, durante un turbado instante, miró alrededor y se preguntó de dónde iba a sacar pintura roja.

• • • • •

La chica se golpeó la cabeza contra la pared y torció el gesto por lo fuerte que se había dado.

—Perdona —susurró Septimus.

A Octavia le lagrimeaban los ojos a pesar de todo lo que estaba pestañeando.

—Idiota —lo acusó con una ancha sonrisa—. Bájame, anda.

—No.

Sus ropas susurraban mientras se abrazaban. Él la besó de forma muy suave; el más leve roce de sus labios con los de ella. Septimus sabía a aceite, a sudor y a pecado. Ella volvió a sonreír.

—Sabes a hereje.

—Soy un hereje. —Septimus se acercó más—. Y tú también.

—Pero no has muerto. —Se dio unos golpecitos en la comisura de los labios—. Eso del beso del navegante era un mito, después de todo.

Él respondió a su sonrisa con la misma moneda.

—Vale, pero déjate la cinta puesta esta noche. No quiero morir.

La puerta escogió ese preciso instante para abrirse.

Talos estaba de pie bajo el arco de la entrada negando con la cabeza. Aquel imponente guerrero soltó un gruñido como muestra de irritación.

—Dejad de hacer eso —dijo—. Presentaos en el puente de inmediato.

Octavia vio a varios de sus ayudantes a los pies de Talos. Pero no eran Fiera. Eran los que no tenían nombre. Los que no le gustaban. Languideció en los brazos de

Septimus y escuchó las rápidas pulsaciones de su corazón con la cabeza apoyada en su pecho.

Cometió un error al cerrar los ojos. De nuevo vio a Ezmarellda, lo que mató el deseo que sentía en su interior de forma absoluta e irrevocable.

• • • • •

Ruven fue el último en entrar. Alzó una mano para saludar a la Primera Garra, dispuesta en una amplia media luna que se cernía sobre la mesa hololítica.

Reparó en un trono que era la viva imagen del asiento de bronce ennegrecido que había pertenecido al Elevado, aunque ahora estaba vacío, al igual que el estrado que había sido antaño el territorio de los Atramentar.

«Eso va a cambiar pronto. Puede que Talos rehúse sentarse en él, pero yo no lo haré», pensó.

La idea era digna de meditarse: el profeta jamás había expresado ningún deseo de liderarlos, y lo más probable era que la Primera Garra se sintiera honrada de que la ascendieran para convertirse en los Atramentar, que le servirían como dignos guardaespaldas, al menos hasta que la siguiente generación de legionarios naciera de la afluencia fresca de infantes esclavos.

Ruven observó cómo trabajaban los tripulantes del strategium y se percató de que llevaban uniformes diferentes. La mayoría de los mortales lucían los uniformes de la Armada Imperial a los que habían arrancado las insignias y que caracterizaban a los tripulantes del *Pacto*, o bien los trajes de faena de color oscuro de los siervos de la VIII Legión, aunque estaba claro que varias docenas de esclavos repartidos a lo largo de un buen número de aquellas estaciones habían sido vasallos de los Corsarios Rojos. La mayor parte de estos últimos llevaban puestas las túnicas rojas propias de los siervos de aquel capítulo caído.

La última vez que Ruven había recorrido las cubiertas de un navío de los Amos de la Noche, la tripulación apestaba a miseria: el compuesto embriagador de la fatiga, el miedo y la duda que vagaba siempre en el aire cuando los mortales se hallaban próximos al Elevado. Una suerte de néctar. Aquí, fluía bajo el aroma salado de la tensión. El hechicero los compadecía por ser tan esclavos de su terror. Existir de esa forma tenía que ser insoportable.

Se puso al lado de la Primera Garra en la mesa hololítica. Lucoryphus también estaba presente, de cuclillas y encorvado sobre una consola cercana como una gárgola. Los dos esclavos, el séptimo y la octava, también estaban ahí. Mostró su desprecio hacia ellos al no saludarlos. Ni siquiera deberían estar aquí.

—Hermanos, hay mucho sobre lo que discutir. Tenemos una nave a nuestra disposición para conquistar la galaxia, libres de la paranoia exasperante del Elevado.

Así que, ¿hacia dónde navegamos?

Talos parecía estar considerando esa misma pregunta al tiempo que estudiaba la imaginería transparente de varios sistemas solares cercanos. Ruven empleó aquel instante para lanzar una mirada furtiva a los demás.

Toda la Primera Garra se lo había quedado mirando. Mercutian, derecho y orgulloso; Xarl, apoyado sobre su inmensa espada; Cyrion, con los brazos cruzados sobre la placa pectoral; Uzas, encorvado mientras apoyaba los nudillos sobre la mesa de proyecciones, con los guanteletes rojos por decreto de la legión, y Variel, la adquisición más reciente de la escuadra, recubierto de medianoche, con la armadura repintada y, sobre la hombrera, el emblema con la garra cerrada de los Corsarios Rojos destrozado a base de martillazos. El apotecario aún llevaba el avambrazo nartecium y abría y cerraba el puño con actitud ausente, lo que disparaba el punzón empalador cada pocos segundos. Este perforaba el aire con un chasquido cada vez que surgía de la carcasa del nartecium como un resorte y volvía a retraerse al segundo siguiente, antes de que Variel volviera a expulsarlo.

Hasta los esclavos tenían la mirada clavada en él. El séptimo, con su ojo mecánico y sus armas inútiles aseguradas con correas a su frágil cascarón mortal. La octava, pálida y demacrada, cuyo conducto brujo estaba oculto bajo una cinta de tela negra.

Ruven se apartó de la mesa, pero el profeta ya se estaba moviendo, acompañado de una media luna de oro crepitante que salía de sus puños cerrados.

● ● ● ● ●

Talos se alzaba sobre el cuerpo mutilado mientras contemplaba cómo sus manos, que todavía se movían, arañaban la cubierta.

—Tú… —De la boca de Ruven surgían burbujas de sangre que ahogaban las palabras—. Tú…

El profeta se acercó. La Primera Garra se situó junto a él, con ojos de chacal que relucían por la promesa de disfrutar de la carroña.

—Tú… —volvió a acusarlo, atragantado.

Talos apoyó una de las botas sobre la placa pectoral de Ruven. El cuerpo acababa ahí: el resto por debajo del esternón se había derrumbado hacia el otro lado, lo que dejó a la otra mitad libre de, arrastrarse y tardar casi un minuto en morir. Talos hizo caso omiso de las piernas cercenadas y se centró tan sólo en la mitad que todavía era capaz de hablar.

La sangre manaba en un flujo torpe y se encharcaba alrededor de las dos mitades, aunque brotaba con mayor efusividad de aquella que conformaban el torso y los brazos, que no paraban de sacudirse con espasmos. Las entrañas descoloridas del hechicero se derramaban como resultado de todo aquel forcejeo, resbaladizas por la

sangre que seguía regenerándose en vano en el interior de su cuerpo agonizante. Un atisbo de hueso anunciaba los restos de su caja torácica, refugio de órganos oscuros y palpitantes. Aquel único mandoble le había seccionado dos de sus tres pulmones.

Talos mantuvo la bota sobre el pecho de Ruven para evitar que continuase arrastrándose en vano. Xarl y Mercutian pisaron las respectivas muñecas de Ruven, lo que lo clavó por completo al suelo mientras su vida inundaba la cubierta.

En los labios del profeta se dibujó una sonrisa torcida: el diáfano deleite que sentía lo instaba a adoptar esa expresión de taimada diversión y amarga sinceridad.

—¿Recuerdas cuando asesinaste a Secondus? —le preguntó.

Ruven pestañeó a la vez que lo que le quedaba del pecho se sacudía debido a que el aire entraba, convulso, en sus pulmones. Por encima del sabor de su propia sangre pudo saborear el acre hierro de la espada robada de Talos, pues el profeta había hecho descansar la punta de la cuchilla sobre sus labios.

—Pues suenas justo como él cuando murió —le aseguró Talos—. Valiéndote de tus pulmones moribundos para boquear y jadear como un perro al que han propinado una paliza. Y también tienes el mismo aspecto, con esos ojos abiertos de par en par que no paran de parpadear, pues ya empiezas a percatarte de que la muerte se cierne sobre ti a través del dolor y el pavor.

Deslizó la punta de la espada dentro de la boca del brujo. La sangre salpicó el metal plateado.

—He aquí el cumplimiento de una promesa…, «hermano». Mataste a Secondus e infligiste dolor a dos siervos vinculados a la VIII Legión, sin olvidar que ya nos traicionaste una vez, como seguramente pensabas hacer en el futuro.

Sostuvo la espada en la boca del hechicero y notó que este se cortaba los labios y la lengua con el filo de la hoja con cada espasmo que sufría.

—¿Unas últimas palabras? —le preguntó Xarl, inclinado sobre él y con una ancha sonrisa.

Sorprendentemente, Ruven forcejeó. Se sacudía para liberarse de sus captores, de la irrevocabilidad de su propio fallecimiento, pero la fuerza se le escapaba junto a la sangre que derramaba su cuerpo.

La escarcha bruja a medio invocar le adhería sus enguantados dedos al suelo.

La Primera Garra se quedó junto a su presa hasta que esta expiró, exhaló su último aliento y, al fin, quedó inerte sobre la cubierta.

—Variel —lo llamó Talos en voz baja.

El apotecario dio un paso al frente.

—¿Sí, señor?

—Despelléjalo. Quiero que sus huesos desnudos cuelguen de cadenas sobre el occulus.

—A la orden, hermano.

—Octavia.

La chica dejó de morderse el labio inferior.

—¿Si?

—Regresa a tus cámaras y prepárate para navegar por el Mar de las Almas. Haré lo que esté en mi mano para intentar que no te fatigues, pero la ruta no será fácil.

Octavia se limpió las manos sudorosas en los pantalones; ver el cuerpo seccionado de Ruven le daba grima. Que Variel estuviera de rodillas al lado del cuerpo mientras le cortaba la armadura y a punto de proceder con la sierra para carne no ayudó demasiado.

—¿Hacia dónde partimos? —preguntó la chica.

Talos mostró una imagen en la mesa hololítica central. Las estrellas relucientes proyectaron un fulgor maligno que se posó sobre los rostros y placas faciales que se alzaban para mirarlas.

—Quiero regresar al Ojo y contactar con algunas partidas de guerra de la VIII Legión. Pero de momento no me importa adonde vayamos. A cualquier lugar menos este, Octavia. Tú sólo limítate a llevarnos hasta allí sanos y salvos.

Por primera vez en su vida, la navegante realizó un saludo marcial: el del puño sobre el corazón, del mismo modo en que los guerreros de la legión habían saludado al Elevado en el pasado.

—Curioso. —Los ojos totalmente negros de Talos brillaban gracias a la luz de las estrellas artificiales—. A tu estación, navegante.

Esta vez, Octavia realizó una reverencia cortés típica de Terra, como si hubiese regresado a los salones de baile del remoto mundo del trono.

—A la orden, mi señor.

En cuanto la chica salió del puente de mando, Talos se volvió hacia sus hermanos.

—Volveré pronto. Si me necesitáis, estaré con el tecnoadepto.

—Espera, Talos —lo llamó Variel, que tenía una mano metida hasta la muñeca dentro del pecho del traidor—. ¿Qué hago con esta semilla genética?

—Destrúyela.

Variel cerró la mano de golpe y el órgano que tenía agarrado reventó.

• • • • •

El Salón de la Reflexión del *Eco* resonaba justo como el Salón del Recuerdo del *Pacto* había resonado: con la laboriosidad divina. El botín de los Corsarios Rojos yacía tirado en el suelo para que lo recogieran una vez que Deltrian tuviese tiempo para atender a un detalle tan nimio como ese. Mientras tanto, observaba a su ejército de servidores instalar sus preciadas reliquias de la legión en sus puestos de honor.

La pérdida de cada artefacto a bordo de la otra nave había generado una gran cantidad de datos que había ordenado por categorías y que había interpretado como la aproximación digital a una emoción negativa: lo que un humano habría llamado

«lamentarse»; sin embargo, le complacía el modesto conjunto de material que había sido capaz de salvar.

Lo extremadamente bueno del asunto era que el *Eco de la Maldición* podía alardear de una cámara de lo más adecuada para confinar los tesoros de su oficio, y aunque la putridez se había asentado a lo largo de la nave durante los años que había pasado en las zarpas de los Corsarios Rojos, no había nada que no se pudiera arreglar mediante la aplicación de labores de restauración cuidadosas y de mantenimiento rutinario.

Deltrian pasó por delante de una cápsula de soporte vital y acarició el cristal del que estaba hecha con un dedo de acero. Del mismo modo en que un hombre le daría golpecitos a una pecera para llamar la atención de un pez de colores, Deltrian tamborileó repetidamente el cristal a medida que contemplaba una de las auténticas perlas de su colección: el princeps de titán, desnudo y atado de pies y manos, se mecía en el fluido amniótico, casi en posición fetal alrededor de los cables de entrada y salida que le habían implantado en las entrañas.

El durmiente se estremeció con la segunda tanda de golpecitos del tecnoadepto, como si de verdad pudiera oír aquel saludo. Lo que era imposible, por supuesto. Teniendo en cuenta la cantidad de sedantes que inundaban el riego sanguíneo del princeps, este se hallaba sumido en las espirales más profundas de un coma inducido. En caso de que estuviera siquiera remotamente consciente… bueno, entonces sufriría un dolor indescriptible, lo que conllevaría un detrimento de cordura casi con total seguridad.

Deltrian vio que el hombre se estremecía otra vez. Anotó monitorizar de cerca el confinamiento inconsciente del princeps durante las noches venideras mientras se aclimataba a su nuevo santuario. El tecnoadepto prosiguió con su periplo.

Unos servidores de carga izaban uno de los sarcófagos que habían logrado rescatar para depositarlo dentro de un soporte estanco. Este… Este le causaba cierta preocupación a Deltrian. Legiones Astartes Uno-DosDiez; apelación preferente: Talos estaba al mando ahora, y la existencia de ese sarcófago en especial contravenía los deseos que había expresado en una situación pasada.

Sin embargo, esa era una eventualidad de la que se preocuparía cuando el tiempo lo requiriese. Deltrian consideraba aquel féretro como su mejor obra: una representación perfecta del guerrero que confinaba en su interior. La imagen del amo de la noche grabada en platino bruñido, cuyas proporciones y armadura había esculpido con total exactitud, adoptaba una pose que concordaba con las representaciones de las figuras heroicas y míticas de, al menos, otras dieciséis culturas humanas. El yelmo que le cubría la cabeza miraba a lo alto para sugerir un mítico rugido triunfal de cara a los cielos mientras agarraba los cascos de dos guerreros caídos con sendas manos. Con la bota pisaba el casco de un tercero, lo que apelaba a su victoria absoluta.

Pues sí. Deltrian se sentía por completo orgulloso del trabajo que había realizado

con aquella unidad dreadnought en especial, y sobre todo con la cirugía de feroz complejidad que había sido necesaria para salvar la vida a sus restos mortales durante la primera y única vez que el guerrero había concedido que lo activasen.

El tecnoadepto se quedó inmóvil cuando las inmensas puertas dobles se abrieron acompañadas del chirrido de los mecanismos hidráulicos. En un gesto que resultaba muy curioso por lo humano que era, se llevó las manos a la capucha para cubrirse el rostro.

—Saludos, Talos —dijo sin darse la vuelta.

—Explicaos.

Eso sí que lo instó a darse la vuelta. No se trataba del tono enojado del profeta, pues su voz no transmitía tal emoción, sino de la gentileza de la exigencia, que resultaba de lo más intrigante.

—Infiero que hacéis referencia a la existencia del sarcófago Diez-Tres. ¿Correcto?

Los ojos del profeta brillaron mientras miraban hacia un lado. Observó fijamente el ataúd repujado durante seis segundos y medio, exactamente.

—Explicaos —repitió, con tono más frío esta vez, al tiempo que su voz sufría una reducción significativa en la templanza que hasta ahora había utilizado. Deltrian optó por expresarse por medio de los términos más sencillos:

—Alguien de autoridad superior revocó vuestras órdenes tras el conflicto de Crythe.

El profeta entrecerró los ojos.

—El Elevado jamás habría ordenado tal cosa. El alivio que sintió por la destrucción de Malcharion era palpable. La satisfacción surgía de él a raudales, tecnoadepto. Creedme, yo mismo lo vi cuando lo informé del asunto.

Deltrian esperó la ocasión adecuada para interrumpirlo.

—Suposición incorrecta. El individuo de autoridad superior al que hacéis referencia no es el individuo de autoridad superior que yo pretendía que infirieseis. La orden de reparar y perpetuar la vida del guerrero del interior del sarcófago Diez-Tres no vino dada por el Elevado. Quien emitió la orden fue «Legiones Astartes Distinctus Uno-Diez/Previo-Uno».

Talos negó con la cabeza, confuso.

—¿Quién?

Deltrian vaciló. No conocía el apelativo preferente de aquel guerrero, pues jamás se lo habían dicho.

—El… guerrero Atramentar, primero de los guardaespaldas del Elevado, Décima Compañía, antaño de la Primera Compañía.

—¿Malek? ¿Fue Malek quien dio la orden?

Deltrian retrocedió, acobardado.

—La modulación de vuestra voz indica ira.

—No. Me sorprende, eso es todo. —Talos devolvió la vista al sarcófago, al que ya le estaban instalando los alimentadores estancos—. ¿Está vivo, entonces?

Deltrian bajó y subió la cabeza para imitar el tradicional gesto humano de mostrarse de acuerdo de forma positiva.

—¿Acabáis de asentir? —le preguntó Talos.

—Afirmativo.

—Parecía más bien una reverencia.

—Negativo.

—Así que está vivo.

A veces, Deltrian caía en la desesperación. Le resultaba del todo deplorable lo difícil que era tratar con estos Amos de la Noche, a quienes les pasaba factura el defecto de ser orgánicos.

—Sí. Esta unidad dreadnought está lista para que la active, y el guerrero de su interior está, como vos decís, «vivo».

—¿Por qué no me informasteis de esto? Estuve muchas veces en el Salón del Recuerdo a bordo del *Pacto*. ¿Por qué escondisteis el sarcófago?

—Las órdenes eran mantenerme en silencio. Se tenía la creencia de que reaccionaríais de forma violenta si lo descubríais.

Talos negó con la cabeza de nuevo, aunque esta vez el tecnoadepto supuso que el gesto acompañaba al acto de pensar, más que indicar que su interlocutor no se mostraba de acuerdo.

—¿Reaccionaréis con violencia? —inquirió el tecnoadepto—. Nos encontramos en suelo sagrado que ya ha sido consagrado al Dios Máquina, en honor del juramento que se halla vigente entre el Mechanicum y la VIII Legión.

El profeta continuaba mirando el sarcófago del dreadnought.

—¿Os parezco un alma violenta? —preguntó.

Deltrian era incapaz de discernir la proporción exacta entre la sorna y el interés auténtico que traía consigo la pregunta del amo de la noche. Sin una comprensión exacta de la naturaleza del mensaje, no podía formular una respuesta acorde. Como no disponía de otro recurso, contestó con sinceridad:

—Sí.

Talos resopló, sin mostrarse de acuerdo ni en desacuerdo.

—Despertad a Malcharion, si sois capaz —dijo—. Una vez lo hagáis, discutiremos lo que ha de hacerse.

EPÍLOGO
PORVENIR

El profeta ve como mueren.

Ve como caen, uno por uno, hasta que al final se queda solo, sin más posesiones que una espada rota en sus manos ensangrentadas.

Un guerrero sin hermanos.

Un señor sin esclavos.

Un soldado sin espada.

• • • • •

Cyrion no es el primero en morir, pero su muerte es la peor que cabe presenciar. El fuego inhumano, que arde con una luz bruja alienígena, devora su cadáver inerte.

Su mano extendida descansa con los dedos agarrotados y ennegrecidos, como avergonzados por haber perdido el bólter.

• • • • •

Xarl, el más fuerte de todos ellos, debería ser el último, no el primero. Desmembrado, reducido a pedazos de carne envueltos en piezas de armadura, su muerte no es ni rápida ni indolora, y tan sólo ofrece una sombra de la gloria que tanto ansiaba.

No se trata de una muerte que él hubiese recibido gustoso, pero sus enemigos, aquellos que todavía respiran cuando el sol por fin se alza tras la noche más larga de sus vidas, lo recordarán hasta el día en que ellos mismos mueran. Eso, al menos, constituye un consuelo que puede llevarse a la tumba.

• • • • •

Mercutian no es el último, tampoco. El triste y leal Mercutian se alza sobre los cuerpos sin vida de sus hermanos para defenderlos frente a esas criaturas xenos de mierda que no paran de gritar y que lo despedazan con sus hojas curvadas.

Lucha hasta la muerte, y cuando sus órganos, su sangre y el aire que respira no bastan, da fuerzas a su cuerpo con su obstinada furia.

Cuando cae, lo hace con una disculpa en los labios.

• • • • •

Variel muere junto a Cyrion.

Ese hecho inspira una extraña tristeza en el testigo: Cyrion y Variel no se caen bien, apenas soportan la voz del otro. Las mismas llamas que abrazan al primero brincan para abrazar al segundo, lo que acarrea la muerte de uno y el dolor de otro.

Variel muere desarmado, y es el único en hacerlo.

El último es Uzas. Uzas, cuya alma tiene grabadas runas divinas aunque su coraza no las tenga.

Él es el último en caer, con el hacha y el gladio bañados del rojo de la apestosa sangre alienígena. Unas sombras bailan a medida que cierran un círculo en torno a él y aúllan locuras con sus gargantas inhumanas. Él les sale al encuentro profiriendo sus propios gritos: primero de rabia, luego de dolor y, por último, de risa.

• • • • •

La navegante cubre sus dos secretos con tela negra, pero de los dos, sólo uno puede ocultarse fácilmente. Mientras corre por las calles de la ciudad sumidas en la noche, bajo una luz de las estrellas que es más amable con su pálida piel de lo que podría haberlo sido la antiluz del Pacto, mira por encima del hombro para buscar indicios de que la estén persiguiendo.

No encuentra ninguno, de momento.

El testigo siente su alivio, aunque esto no sea más que un sueño y ella no pueda verlo.

Sin aliento, a la vez que se esconde, comprueba sus secretos para asegurarse de que ambos están a salvo. La cinta sigue en su sitio: la vaina de su tan preciado don para aquellos que jamás lo entenderían. El testigo sigue con la mirada las manos de la chica cuando estas descienden por su cuerpo hasta descansar en su segundo secreto.

Sus dedos pálidos acarician un vientre hinchado que la chaqueta negra que lleva puesta apenas disimula. El testigo conoce ese abrigo: pertenece a Septimus.

Unas voces la llaman a gritos, la desafían y maldicen con el mismo aliento. Una figura de elevada estatura aparece en la boca del callejón. Lleva una armadura ligera, ideal para llevar a cabo persecuciones y correr en los vertiginosos tiroteos propios de una batalla callejera.

—¡Detente, hereje, en el nombre de la Sagrada Inquisición!

Octavia echa a correr otra vez mientras acuna su orondo estómago y los disparos le pisan los talones.

• • • • •

El profeta abrió los ojos.

A su alrededor no quedaba nada más que una cámara; la comodidad gélida de su celda personal. Las fluidas palabras cuneiformes nostramanas ya llenaban las paredes, escritas en algunos sitios, talladas en otros. Sobre la armadura del guerrero podían verse los mismos grabados y arañazos, garabateados a modo de decoración profética e inconsciente.

De la mano se le cayó la daga y el arma repiqueteó en el suelo, lo que dejó la última runa incompleta. Él conocía el glifo: no se trataba de uno que hubiera dibujado valiéndose de su lengua materna.

Un ojo rasgado le devolvía la mirada desde el muro. Lloraba una lágrima, sola e inacabada.

Una runa eldar que simbolizaba el dolor de una diosa, así como el desafío que había lanzado una especie que se había exiliado para surcar las estrellas.

Los meses de sueños febriles adquirieron sentido de repente. Se volvió hacia una espiral tallada en la pared de acero rodeada de un tosco círculo cuyos extremos elípticos la estropeaban.

Sólo que no se trataba de una espiral, ni tampoco de un círculo. Era un vórtice que le clavaba la mirada con un ojo maligno y una presencia que orbitaba en torno a este.

Siguió el trazo de aquel óvalo con los dedos.

«¿Qué órbita alrededor del Gran Ojo, atrapado en sus garras?».

—La *Canción de Ulthanash* —Talos rompió el silencio asentado en la gélida estancia mientras miraba el llanto de la diosa.

»El mundo astronave Ulthwé.

AGRADECIMIENTOS

Mi más sincero agradecimiento a Heresy-Online, a Bolthole, a Dakka Dakka, a thegreatcrusade.co.uk, a elegant gentlemen, al sorprendentemente educado WarSeer y al poderoso Bolter&Chainsword.

Les dedico un agradecimiento extra especial a Rachel Docherty y a Nik Vincent-Abnett, por los perspicaces comentarios que salvaron esta novela.



AARON DEMBSKI-BOWDEN, autor británico, es un fan acérrimo de Warhammer 40 000 desde que destrozó su ejemplar de Space Crusade, cuando pintaba las miniaturas con la destreza de un niño de nueve años sobreexcitado. Tenía 19 años cuando se dio cuenta de que quería ser escritor después de descubrir que «era demasiado vago para ser paramédico».

Comenzó su carrera profesional en las industrias de los videojuegos y del rol. Para Black Library ha escrito Cadian Blood y Soul Hunter.